Cruzados en la Reconquista

Francisco García Fitz y Feliciano Novoa Portela

Marcial Pons **Historia**

ACCESO ABIERTO

Los contenidos de este libro pueden ser
reproducidos, en todo o en parte, siempre
y cuando se cite la fuente y se haga con
fines académicos, y no comerciales.

Francisco García Fitz

Feliciano Novoa Portela

CRUZADOS EN LA RECONQUISTA

Prólogo de
Miguel Ángel Ladero Quesada

Traducción de
Clara Álvarez Alonso

Marcial Pons Historia

2015

PRÓLOGO

«Reconquista» y «Cruzada» son términos que hacen referencia a situaciones medievales distintas aunque susceptibles de entrar en relación e influirse recíprocamente por diversos motivos y en determinadas circunstancias. El capítulo primero de este libro, en el que se fundamentan todos los otros, se dedica, por lo tanto, a una imprescindible y esclarecedora labor de definición. La idea y la realidad de la Cruzada nace en el Occidente europeo, o Cristiandad latina, a finales del siglo XI por iniciativa pontificia, en el marco de la llamada «reforma gregoriana», e impulsa las peregrinaciones armadas dirigidas desde cualquier punto de la Cristiandad occidental a la conquista de Tierra Santa, en poder de los musulmanes, y a la veneración allí del recuerdo y las huellas de la vida terrenal de Jesucristo; el objetivo primero de la Cruzada es individual por más que haya tenido tantas consecuencias de orden territorial, político y eclesiástico, y que se haya extendido después su aplicación a otros ámbitos que nada tienen que ver con el Levante mediterráneo,

Por su parte, la expresión «Reconquista», que se viene utilizando desde el siglo XIX, se refiere a una realidad específica de Hispania, de la España medieval: es el impulso ideológico con el que se justifica la lucha por la recuperación del territorio y la restauración del orden político y eclesiástico peninsular destruido como consecuencia de la conquista árabe-beréber del siglo VIII y la formación de al-Andalus. Este impulso se observa ya en el naciente reino de Asturias desde la época de Alfonso II y se consolida y extiende en los siglos siguientes, en especial desde mediados del siglo XI, ante las nuevas

realidades de un al-Andalus dividido y debilitado y de un Occidente europeo en expansión, del que los dirigentes y habitantes de la España cristiana son parte. El objetivo reconquistador es colectivo y, en la lógica de aquellos tiempos, incluye elementos sacralizadores de la guerra contra los infieles, una forma o modelo propio de «Guerra Santa» sobre el que se adaptará el modelo europeo de Cruzada desde el siglo XII.

Una vez aclarados los conceptos y establecidas las diferencias, es también fácil entender por qué, como escriben los autores, «en las fronteras hispánicas se dieron las circunstancias precisas para que los contemporáneos —los "indígenas" y los foráneos— las considerasen como un "frente cruzado"», pero con puntos de vista y actitudes diferentes en muchos casos. Para los dirigentes de la España cristiana, como escribía don Juan Manuel hacia 1330, «ha guerra entre los cristianos et los moros et habrá fasta que hayan cobrado los cristianos las tierras que los moros les tienen forzadas; ca cuanto por la ley ni por la secta que ellos tienen, non habrían guerras entre ellos, ca Jesucristo nunca mandó que matasen nin apremiasen a ninguno porque tomase la su ley, ca él no quiere servicio forzado sinon el que se faze de buen talante et de grado». Para los cruzados que venían de otros países, se trataba de intervenir en una «Guerra Santa» y también, si tenía buen término, de obtener provecho económico, pero la de los *Cruzados en la Reconquista* no fue la única forma de presencia europea: muchísimos peregrinos a Santiago de Compostela acudieron al margen de finalidades cruzadísticas bélicas, así como la gran mayoría de los inmigrantes ultrapirenaicos que participaron en la colonización y población peninsulares durante los siglos XI al XIII.

La presencia de cruzados de otras partes de Europa en las guerras de la Reconquista es muy diversa y desigual según regiones y épocas. En realidad, si se puede considerar a muchas de aquellas guerras como cruzadas es porque los papas otorgaron a quienes combatían en ellas o colaboraban a su sostenimiento los mismos beneficios o indulgencias que tenían quienes lo hacían en Tierra Santa, con independencia de que hubiera o no cruzados extranjeros. Es más,

como bien explican los autores, desde el siglo XIII, el pontificado consideró que el asunto competía a los reyes y habitantes de la España cristiana, aunque fusionando, como solía, la idea de Reconquista en la de Cruzada, y ya no estimuló la venida de combatientes de otros países.

La presencia de éstos, sin embargo, tuvo importancia efectiva en muchas ocasiones desde los últimos años del siglo XI. Unas veces procedían directamente de tierras próximas, al norte de los Pirineos, como sucedió durante la conquista del valle medio del Ebro. Otras fueron los interesados apoyos de las repúblicas marítimas italianas de Pisa y Génova, por ejemplo en el primer intento de conquista de las Baleares en 1114 o en la toma de Almería en 1147. El paso de grandes expediciones de cruzados ingleses, alemanes y flamencos hacia Tierra Santa benefició especialmente al nuevo reino de Portugal porque su ayuda facilitó las conquistas de Lisboa (1147), Silves (1188) y Alcácer do Sal (1217), pero también a la naciente Cataluña, por su intervención en la toma de Tortosa (1148). La participación de cruzados europeos en las conquistas de los reyes de Castilla y León fue mucho menor: dejando aparte esporádicas presencias de individuos o pequeños grupos, el único momento en que alcanzó cierto peso fue durante la campaña de Las Navas de Tolosa, en 1212, aunque la mayoría de los ultrapirenaicos se retiró en las semanas previas a la batalla. Una vez terminadas las grandes conquistas, a mediados del siglo XIII, la venida de cruzados europeos se hizo mucho más rara, aunque la frontera de Granada fue siempre un lugar adecuado para que guerreros de otros países vinieran «per fer caballerías», a veces como parte de una formación que incluía ya una especie de *grand tour* o viaje al extranjero y el probar armas contra los infieles en alguna frontera, ya fuera la granadina, ya la prusiana. Y, en fin, hubo pequeños grupos de combatientes en campañas principales: Teba (1330), Algeciras (1342), Antequera (1407-1410) y, por supuesto, en la guerra de conquista que culminó en 1492, pero carecieron de importancia desde el punto de vista militar aunque se les diera cierto relieve en las crónicas de la época por motivos de propaganda político-religiosa.

Francisco García Fitz y Feliciano Novoa Portela narran con detalle, agilidad de pluma y capacidad analítica estos episodios de las relaciones europeas que contribuyeron a la identidad de la España medieval. Es la primera vez que el asunto se considera globalmente, con apoyo en todo tipo de fuentes cronísticas y documentales y en estudios anteriores. Los autores atienden tanto al relato como a la interpretación, por lo que el libro está llamado a convertirse en referencia obligada durante mucho tiempo. Y responden también a otra pregunta de importancia al tratar sobre «la imagen de los cruzados» que ofrecen las crónicas hispánicas: pocas veces es positiva porque resalta en ella su condición de «otros» ajenos a las realidades sociales y a las formas de relación con los musulmanes propias del país. Rapaces a menudo, incapaces de entender y respetar pactos y costumbres propias de la guerra y la tregua, indisciplinados y cobardes a veces, soberbios e ignorantes otras porque «no eran sabedores de la guerra de los moros», lo que dio lugar a catástrofes como la del escocés sir James Douglas en 1330, que murió con todos los suyos al caer en la clásica trampa del *tornafuye* tendida por los granadinos. En suma, «gientes que non entendíamos», como escribe un analista toledano del siglo XIII. Demasiado negativo pero, tal vez, concluyen los autores, «la única cuestión que no cambió fue su incapacidad de entender lo que realmente sucedía en la Península, de comprender los argumentos y los deseos de los que aquí habitaban y de conocer la diferencia entre vivir en la retaguardia y vivir en la frontera».

Tal vez nosotros podamos entenderlo mejor gracias a libros tan excelentes como el que tengo el honor de prologar.

Miguel Ángel LADERO QUESADA
Madrid, abril de 2014

INTRODUCCIÓN

Fernando del Pulgar, tras repasar la biografía de una veintena de *Claros Varones de Castilla*, de los cuales sistemáticamente había subrayado su dedicación a las armas, sus esfuerzos en las guerras contra cristianos y musulmanes, sus valores caballerescos y sus habilidades militares, se dirigía a la Reina Católica para destacarle cómo aquellos caballeros, junto a otros muchos hidalgos y nobles naturales suyos, habían combatido a los infieles, gracias a lo cual «guerreando a España la ganaron del poder de los enemigos». Con fortaleza y diligencia, con justicia y clemencia, recibiendo el amor de los suyos y siendo el terror de los extraños, «governaron huestes, ordenaron batallas, vencieron los enemigos, ganaron tierras agenas y defendieron las suyas», y ello a pesar de que «los moros son ombres belicosos, astutos y muy engañosos en las artes de la guerra, y varones robustos y crueles» y de que «poseen tierra de grandes y altas montañas y de logares tanto ásperos y fraguosos que la disposición de la misma tierra es la mayor parte de su defensa».

Necesariamente el autor, que había declarado estar movido por el amor a su tierra a la hora de elaborar su obra, tenía que poner un particular empeño en destacar las «hazañas y notables fechos» de los castellanos, cuya excelencia quedaba a la altura o por encima de los héroes romanos, griegos y franceses. Pero, además, le interesaba mucho subrayar, y así se lo hacía saber a la reina Isabel, que todos aquellos logros obtenidos en la guerra contra los musulmanes los habían conseguido ellos solos, por sus propios y exclusivos méritos, sin el concurso de combatientes de procedencia foránea: «Vi tanbién guerras en

Castilla y durar algunos tienpos pero no vi que viniesen a ella guerreros de otras partes». Su presencia no hacía falta alguna: llegar de fuera a combatir a estas tierras era como llevar hierro a Vizcaya. Los extranjeros eran conscientes de ello: carecía de sentido venir a mostrar su valentía a un lugar «do saben que ay tanta abundancia de fuerças y esfuerço en los varones de ella que la suya será poco estimada»[1].

El juicio del secretario y cronista de los Reyes Católicos puede entenderse en el marco de una obra concebida para ensalzar lo propio, lo castellano, por cuanto tales aspiraciones suelen conllevar el rebajamiento de lo ajeno, pero no puede negarse que distorsionaba una realidad que, seguramente, conocía: con mayor o menor intensidad según el momento, tanto en la época de Isabel y de Fernando, como en los tiempos de sus predecesores, desde hacía cuatrocientos años, miles de guerreros no hispánicos venían haciendo acto de presencia en las fronteras peninsulares y sumando sus esfuerzos a los realizados por portugueses, leoneses, castellanos, aragoneses y catalanes en su particular lucha contra los musulmanes de al-Andalus.

El fenómeno no ha escapado del interés de los especialistas, que han analizado con mucha solvencia la presencia de cruzados europeos en determinadas operaciones militares llevadas a cabo en el escenario ibérico: los estudios que han indagado sobre su participación en las conquistas de Barbastro, Zaragoza, Lisboa, Almería, Tortosa, Silves, Alcáçer do Sal, Algeciras y Granada, en la batalla de Las Navas de Tolosa o el papel desarrollado por grupos de alguna procedencia concreta dan cuenta del interés historiográfico que ha suscitado esta cuestión[2].

Sin embargo, creemos que se echa en falta una visión específica, de conjunto y con vocación de síntesis, que permita tener una perspectiva global de aquellas intervenciones, que de cuenta actualizada de las mismas, de su tipología, de sus contextos, de sus desarrollos, de sus protagonistas y de sus consecuencias, que valore su evolución a lo largo de cuatro siglos, su grado de trascendencia en cada momento y el modo en que su aportación fue percibida por los contemporáneos.

Tales son los objetivos que pretende alcanzar esta monografía.

Quienes desde la Europa continental, desde las Islas Británicas, desde la Península Escandinava o desde la Itálica protagonizaron este viaje armado a las fronteras hispánicas lo hicieron bendecidos por los papas, justificados, legitimados y movilizados al amparo de un proyecto pontificio y universal, el representado por la idea de Cruzada. Pero llegaban a un ámbito donde se venía desarrollado una ideología de la guerra contra el Islam autóctona y particularista, que podemos categorizar bajo el concepto de Reconquista, cuyos trazos, aunque presentaban indudables similitudes con los cruzadistas, no siempre encajaban en ellos. Ha resultado necesario, pues, aclarar el significado de ambas nociones, explicarlas y confrontarlas, puesto que con ellas se pretendía dar un sentido a las actuaciones de unos y otros. A ello hemos dedicado el capítulo I de esta obra.

Un lector riguroso podría esperar que una monografía dedicada a analizar la presencia de cruzados europeos en la Península Ibérica arrancase su análisis a partir de la predicación de la Primera Cruzada. En términos estrictos, podría argumentarse, no puede haber cruzados antes de la Primera Cruzada. El problema, como tendremos ocasión de explicar más adelante, es que no todos los autores admiten que el llamamiento papal de 1095 supusiera una radical novedad respecto a la concepción eclesial de la guerra imperante en las décadas anteriores y, desde luego, no cabe duda de que cuando alguien gritó «Deus lo vult» en el Concilio de Clermont, la Península Ibérica ya era, desde tiempo atrás y para muchos guerreros europeos, un escenario privilegiado donde combatir al infiel. De ahí la necesidad de que nuestro estudio arranque, en el capítulo II, mucho antes de la Primera Cruzada.

Una vez que se produjo la gran peregrinación armada a Jerusalén, dando continuidad a la atracción que desde antes habían sentido los guerreros europeos por combatir al sur de los Pirineos, el fenómeno no hizo sino acrecentarse: después de todo, luchar en Hispania significaba defender y ampliar las fronteras occidentales de la Cristiandad, y al mismo tiempo contribuía también a la empresa reconquistadora «local» encabezada por los monarcas ibéricos.

Dependiendo de cada operación en particular y de los contextos concretos en que se desarrollaron, sus aportaciones fueron ciertamente muy desiguales, pero parece evidente que su influencia sobre el balance militar del enfrentamiento entre cristianos y musulmanes en la Península fue mucho mayor entre 1095 y 1217, esto es, en la etapa comprendida entre la Primera y la Quinta Cruzada, que en épocas posteriores. Sin duda a ello no es ajeno el dinamismo general del movimiento cruzadista durante aquella docena de décadas y su enfriamiento en los siglos siguientes, pero quizás tampoco haya que perder de vista que el progresivo fortalecimiento de las monarquías hispánicas hizo que las contribuciones foráneas fueran cada vez menos necesarias y, cuando las hubo, menos determinantes en el curso de los acontecimientos.

Como quiera que fuese, la notoriedad de la participación de los cruzados europeos entre finales del siglo XI y las primeras décadas del XIII nos obliga a detenernos en su análisis con mayor detalle. A este respecto, creemos que es necesario indicar, desde un principio, que las expediciones de cruzados europeos que intervinieron en suelo hispano durante este período no respondieron a un único modelo de actuación. Aunque pudiera hacerse una taxonomía más amplia y matizada, al menos hay que reconocer dos tipos de participación foránea: por un lado, debe mencionarse la de aquellos cruzados que se animaron a desplazarse hasta el extremo suroccidental de Europa con el único objetivo de contribuir con su presencia a la guerra que la Cristiandad libraba contra los infieles en la Península. En estos casos, el solar hispano era entendido como un «frente cruzado específico», para el que los pontífices explícitamente otorgaban los mismos privilegios penitenciales y espirituales que los que adornaban a la Cruzada jerosolimitana, los hacían predicar más allá de los Pirineos y auspiciaban el reclutamiento de contingentes para luchar en tierras hispánicas. Por otro lado, encontraremos a un segundo grupo de cruzados europeos para quienes el conflicto ibérico no constituía sino un «frente circunstancial», en la medida en que su objetivo principal era participar en las cruzadas de Tierra Santa y no en la guerra peninsular. En estos otros casos, los cruzados europeos sólo

estaban de paso hacia el Mediterráneo oriental, lo que quiere decir que no se habían puesto en marcha para combatir en el «frente hispano», sino que, debido a las exigencias geográficas de su viaje —la necesidad de bordear las costas de la Península—, se podían encontrar en una posición adecuada para intervenir eventualmente en el escenario militar ibérico y alcanzar por adelantado algunos de los objetivos por los que se habían movilizado, ya fueran éstos de carácter religioso, económico o una mezcla de ambos. Se entiende, pues, que hayamos dedicado a estas materias dos capítulos de la obra, en concreto el III y el IV.

A partir de 1217 y hasta que en 1492 desaparezca el último Estado islámico andalusí, la presencia de cruzados europeos no dejará de hacerse notar, pero es evidente que su peso y visibilidad será mucho menor que durante las décadas precedentes: las aportaciones masivas darán paso a colaboraciones individuales o colectivas de menor entidad, cuya contribución muchas veces parece más testimonial que efectiva. De todas formas, el fenómeno no deja de ser interesante, especialmente porque muestra los cambios experimentados por la sociedad occidental en torno al movimiento cruzado en general, y en particular sobre el conflictivo escenario ibérico. A ello dedicamos el capítulo V de la obra.

Por mucho que los cruzados europeos y los guerreros y dirigentes hispanos colaborasen en una misma empresa, lo cierto es que las relaciones entre ellos nunca fueron fáciles. No cabe duda de que el desconocimiento mutuo, la variedad de tradiciones culturales, pero también la fortaleza de unas identidades específicas que precisamente se iban delimitando gracias a la guerra contra el Islam, contribuían al desencuentro. El desprecio y la desconfianza colorean de manera significativa la imagen que los unos tenían de los otros, y precisamente a estas cuestiones hemos dedicado el último capítulo de esta obra.

CAPÍTULO I

RECONQUISTA *VS* CRUZADA

«Reconquista» y «Cruzada» son, probablemente, dos de los conceptos más acaloradamente debatidos en la historiografía desde el siglo XIX, tanto en lo que se refiere a su definición y significado, como considerando los estrechos vínculos que los relacionan. De tal manera ha sido así que, desde hace algún tiempo, existe la impresión de que vivimos en lo que un historiador ha descrito como el «inequívoco cansancio que producen los caminos transitados»[1]. Las razones habría que buscarlas, en buena medida, en la falta de nuevos materiales documentales, lo que ha ido provocando una continua repetición de esquemas e impedido la aparición de nuevas hipótesis (salvo raras excepciones). Nos encontramos, por otra parte, con una evidente contaminación de los dos conceptos, sobre todo el de «Reconquista», como consecuencia de batallas (ideológicas y de las otras) que guardan poca o ninguna relación con lo sucedido en la época medieval, pero que sirven como espejos deformantes para los tiempos actuales, dando la razón a Heidegger cuando afirmaba que la historiografía es «la ciencia que explora y administra el pasado a beneficio del presente»[2]. Un ejemplo de lo dicho por el controvertido filósofo alemán lo constituye la utilización del término «Reconquista» en una famosa y manoseada conferencia impartida por José María Aznar en la Universidad americana de Georgetown, en septiembre de 2004. En ella, el expresidente afirmaba que el problema de España con al-Qaeda y el terrorismo islámico no había empezado en Irak durante su mandato, sino que venía de lejos, de la invasión «de los

moros» en el siglo VIII, cuando España rechazó ser una pieza más del islamismo y comenzó una larga lucha para recobrar su identidad cristiana.

Aun así, y pese a la dificultad para ser original, el objetivo principal de este libro —el estudio de la presencia de los cruzados en la Reconquista— exige que presentemos un estado de la cuestión que, por supuesto, ni es ni pretende ser exhaustivo, pero que al menos creemos que nos permitirá enmarcar conceptualmente la historia de los cruzados en la Península y, tal vez, ofrecer algunas reflexiones y consideraciones que contribuyan a animar el debate[3].

La Cruzada

Recientemente se ha traducido al castellano la magnífica síntesis sobre las cruzadas del historiador inglés Riley-Smith[4]. Se inicia esta edición con la incorporación de los prólogos de las cuatro anteriores ediciones, cuya lectura, además de informarnos sobre la evolución que ha ido experimentando la opinión del autor, pone de manifiesto la dificultad de los especialistas para aceptar una única definición de Cruzada. Giles Constable observaba, a principios de la década pasada, que si bien la mayoría de las posturas existentes coinciden en considerar como punto de partida y motor de la Cruzada el espíritu religioso, aunque éste no fuera el único, todas ellas discrepan de forma notoria sobre su origen, móviles, elementos que la caracterizan, el mayor o menor protagonismo de cada uno de estos…[5], lo que ha hecho imposible, hasta el día de hoy, aceptar una definición «inequívoca y lúcida» del concepto de «Cruzada», como pedía Hans Eberhard Mayer en los años sesenta[6].

Así las cosas, y a pesar de las disparidades de criterios y puntos de vista, los especialistas han podido agrupar las diversas posturas en, al menos, dos grandes corrientes de interpretación. A este respecto y por resumir tan compleja cuestión, cabría distinguir, haciendo nuestras las palabras de Carlos de Ayala, entre «tradicionalistas» y «pluralistas»: «los primeros atribuyen a la cruzada un alcance limitado en el espacio y en el tiempo —la cruzada sería la empresa papal

destinada a la liberación de los Santos Lugares—, mientras que los segundos piensan en la cruzada como un fenómeno de muy amplio espectro en el que la defensa de la Iglesia y de sus intereses, con independencia de escenarios y de enemigos concretos, define fundamentalmente su esencia». Por supuesto, como ha recalcado el citado autor, no existen representantes puros de una u otra corriente interpretativa e incluso no es difícil encontrar equívocos, contradicciones, ambigüedades y divergencias entre los que sostienen parecidas opiniones[7].

Entrando de lleno en la polémica y con la mente puesta en la realidad histórica del escenario ibérico medieval, José Manuel Rodríguez García, en consonancia con los autores pluralistas, ha recordado que los propios contemporáneos concibieron como cruzadas expediciones militares no relacionadas con Tierra Santa, pero lo mismo podría decirse de la expansión cristiana por las riberas del Báltico o la persecución de determinadas herejías[8]. Baste recordar, a este respecto, la opinión de Riley-Smith:

> «para la curia papal muchas de las expediciones dirigidas a España o a las costas del mar Báltico para combatir a los herejes o los cismáticos, o incluso las potencias seculares de la Europa Occidental, se consideraban pertenecientes a la misma categoría que las cruzadas a Oriente […] Pueden encontrarse expresiones de la misma actitud en las liturgias, en los escritos de los canonistas, en los sermones de los predicadores y en la práctica de la conmutación propia del siglo XIII […] en la medida en que respondían a los llamamientos y luchaban en las campañas de España, la región del Báltico y en otras partes, los voluntarios demostraban que compartían la opinión de los papas»[9].

Consecuentemente, si ello fue así, como parece evidente, quizás tampoco a los estudiosos del fenómeno debiera resultarles incómodo ni conceptualmente inexacto considerarlas como auténticas cruzadas. Desde luego, esta última consideración hay que tenerla en cuenta porque va a determinar la interpretación que hagamos de la presencia de los cruzados en la Península y nos ayudará a fundamentar una premisa básica de este estudio: muchas de las campañas desarrolladas en el escenario ibérico fueron cruzadas en toda regla.

En cualquier caso, no podemos dejar de reconocer que nos encontramos ante

una cuestión —el concepto de «Cruzada»— de múltiples y, a veces, imprecisas características. El primer punto de polémica lo constituye la respuesta a una pregunta tan fácil de formular como difícil de responder: ¿desde cuándo podemos hablar de cruzadas? La mayor parte de los medievalistas ofrece una única contestación: desde el 27 de noviembre de 1095. Ese día el papa Urbano II (1042-1099) hizo un llamamiento a la Guerra Santa en la ciudad de Clermont, región de Auvernia, ante un expectante pueblo de Dios «que se alimentaba de imágenes soñadas»[10], pocos días después de haberse celebrado un concilio en la misma ciudad francesa, cuyo segundo canon se dirigía a todos los que emprendieran el camino de Jerusalén para liberar la Iglesia de Dios[11]. El mensaje de Clermont representa para esta mayoría de medievalistas la primera expresión universal de Cruzada y una ruptura con respecto a llamamientos anteriores a 1095. Incluso algunos historiadores consideran esta Primera Cruzada (hay que señalar que el término empezó a ser utilizado con posterioridad a cuando tuvo lugar) como única[12] o, cuando menos, como la madre de todas ellas[13].

Ahora bien, ¿qué tuvo el llamamiento de Urbano II para que representara un salto cualitativo respecto a invocaciones papales anteriores? Según el historiador alemán Carl Erdmann (1898-1945), cuyo trabajo publicado en el año 1935 sigue siendo aún un referente ineludible para el estudio del fenómeno de las cruzadas[14], la respuesta a la pregunta hay que buscarla en la reforma gregoriana, llamada así por el nombre de su principal protagonista e impulsor, el papa Gregorio VII (1020-1085) y a la que algún autor ha considerado la primera gran revolución europea[15]. El papa, un toscano, antiguo monje cluniacense de nombre Hildebrando, al que ya encontramos en 1049 al servicio del reformista León IX (1002-1059), propuso, inspirado en los principios de renovación de Cluny y en el llamado agustinismo político[16], una regeneración espiritual de la Iglesia y una profunda reforma de sus estructuras internas. Pero había más: Gregorio VII reivindicaba en un conocido documento, el *Dictatus papae* —en realidad una doctrina política en la que encontramos ecos de la falsa «Donación de

Constantino» del siglo VIII—, la autoridad absoluta y universal de Roma en las dos ciudades, la de Dios y la terrenal, a las que quería transferir la forma política y jurídica de la Iglesia. Seguramente Gregorio VII, que era un hombre que miraba inteligentemente hacia el pasado, tuvo en cuenta la interpretación del pasaje bíblico que abogaba porque fuera el papa el depositario de las dos espadas y quién sabe si también la frase de la *Ilíada* citada en el libro 12 de la «Metafísica» de Aristóteles: «no es bueno que manden muchos; que haya un solo señor»[17].

Pero, además, la Reforma llevaba en sus propuestas un importante giro ideológico sobre la violencia, el último de un largo camino que Erdmann se encargó de dilucidar pormenorizadamente. La postura eclesiástica sobre la guerra fue evolucionando, según este autor, desde el pacifismo evangélico de los primeros cristianos, que rechazaba el uso de las armas, hasta la indubitable santificación de la guerra, ya en el siglo XI. A lo largo de esta trayectoria, la Iglesia había aceptado, primero —desde el siglo IV—, la idea de guerra justa, en virtud de la cual determinados conflictos, atendiendo a sus causas y fines, podían ser justificados, para después —al menos a partir del siglo IX— otorgar cierto grado de sacralización a algunas acciones militares inspiradas por la propia Iglesia, en beneficio de intereses particulares, procediendo para ello a la progresiva cristianización de la actividad bélica de los guerreros que estuvieran a su servicio, quienes además acabarían encontrando en la violencia una vía de salvación personal. Pues bien, a partir de la segunda mitad del siglo XI, el movimiento reformista completaría definitivamente este giro ideológico al sancionar el uso de las armas como un camino de perfección y como un medio para restaurar los quebrantados derechos políticos y territoriales de la Iglesia[18]. Y así, al lado de la Guerra Santa, surgió, como algo nuevo, la Cruzada: lo que antes habían sido simples llamamientos concretos —ligados a consideraciones de bien público, defensa del territorio, honor nacional o intereses de Estado— se convirtió en Clermont en un único llamamiento general en defensa de la Iglesia universal con postulados teóricos propios del pensamiento cristiano occidental:

«es obvio que estas raíces [las de la Cruzada] no se han de buscar en Palestina», señalaba el historiador alemán para negar tajantemente cualquier explicación foránea[19].

El trabajo de Erdmann, en torno al que siguen girando la mayoría de los estudios sobre el origen del movimiento cruzado, y seguramente seguirán haciéndolo en el futuro, ha suscitado numerosas reacciones, unas decididamente contrarias y otras a favor de su línea argumental, al hilo de las cuales creemos que se pueden presentar los principales elementos conformadores de la idea de Cruzada y, al mismo tiempo, algunas de las discusiones surgidas en torno a ellos.

Como decíamos, no pocos especialistas han tomado como punto de partida las tesis de Erdmann sobre el origen de la Cruzada para matizarlas en determinados aspectos: se le ha objetado, por ejemplo, la escasa importancia que le otorgó a la relación entre Cruzada y peregrinaje; la consideración del fenómeno cruzado como la continuación de los enfrentamientos que provocó la llamada «Querella de las Investiduras», iniciada en 1073; la insuficiente precisión a la hora de definir y diferenciar claramente los conceptos de «Guerra Santa» y «Cruzada»; la excesiva importancia que dio al movimiento de la «Paz de Dios»; las diferentes etapas que llevaron a la aceptación de la violencia en el siglo XI; la atribución abusiva del nombre de Cruzada a llamamientos muy anteriores a 1095, o la visión demasiado institucionalista que tenía Erdmann del feudalismo[20].

Más críticos con el autor alemán son aquellos que rechazan su tesis básica de que las raíces de la Cruzada hay que buscarlas en las transformaciones ideológicas que sufre la Iglesia cristiana occidental como consecuencia del reformismo gregoriano. Para estos otros autores, ni el reformismo ni el llamamiento de Urbano II supusieron ruptura alguna con un proceso que había tenido su principio mucho antes. Ésa es la hipótesis del historiador francés Etienne Delaruelle, para quien habría que buscar este inicio durante el papado de Juan VIII (872-882) en el contexto de las llamadas «segundas invasiones»: será entonces cuando, según este autor, podamos hablar de una génesis muy perfilada

de la Cruzada, a la que por cierto define como un combate librado en nombre de Dios y sancionado por Roma, negando la propia especificidad del concepto de «Cruzada», que queda asimilado al de «Guerra Santa»[21]. El argumento de Delaruelle sobre el escaso papel de los papas reformadores en el proceso de definición de la idea de Cruzada/Guerra Santa está presente, aunque con otro matiz, en la obra del historiador americano John Gilchrist, quien sostiene que el ideario papal habría sido, en esencia, el mismo desde Adriano I (muerto en 795) hasta Inocencio III (c. 1161-1216), en los comienzos del siglo XIII, por lo que no es posible hablar de «Cruzada» y «Guerra Santa» como dos conceptos diferentes tal y como señalaba Erdmann. Al contrario, uno y otro serían idénticos a un tercero más apropiado, el de «la guerra de Dios» del Antiguo Testamento, que habría inspirado las teorías papales sobre los conflictos militares desde el siglo VIII al XIII[22].

Otra enmienda a la totalidad de las tesis de Erdmann la constituye la crítica de Riley-Smith, realizada desde una perspectiva diametralmente distinta. Para este autor, la Cruzada habría sido una Guerra Santa cuya causa no deriva de los precedentes invocados por Erdmann, sino del proyecto de liberación de Jerusalén y del Santo Sepulcro que Urbano II convirtió en una peregrinación armada, en palabras de Michaud[23]. Este objetivo convertía a la campaña en una peregrinación con un importante significado penitencial, una dimensión reconocida tanto por el papa, que la predicó como tal y extendió a los cruzados la misma protección jurídica tradicionalmente otorgada a los peregrinos, como por los propios cruzados, que no dudaron en considerarse a sí mismos como peregrinos y en actuar en consecuencia, realizando prácticas litúrgicas propias del peregrinaje. Además, la misma connotación penitencial de la Cruzada se habría de traducir en el compromiso del voto.

Aquello que Erdmann vio como el final del proceso —la conquista de Jerusalén en 1099— supuso, para el pluralista Riley-Smith, sólo un inicio que tendría su continuación en otros marcos geográficos —estaría allí donde Dios lo reclamase, en la región del Báltico o en la Península Ibérica, como acabamos de

señalar— y con otros marcos de referencia, abarcando así no sólo la lucha contra los infieles musulmanes, sino también la guerra contra paganos bálticos, los cismáticos griegos, los herejes —caso de los cátaros— e incluso los adversarios seculares de los papas en Occidente —señores, reyes, emperadores—, todos ellos convertidos en enemigos de la Iglesia y en objetivo de Cruzada: «¿Con quién es más conveniente combatir? ¿Con el pagano que no conoce a Dios o con el cristiano que, según sus propias palabras, actúa en contra de sus principios? ¿Contra quién es mejor proceder: contra el hombre ignorante y blasfemo o contra el hombre que conoce la verdad y es agresivo?», se preguntaba Pedro el Venerable, abad de Cluny[24].

Pero, de la misma forma, las posiciones de Riley-Smith han sido susceptibles de crítica en varios puntos. Lo ha sido su hipótesis de que el único objetivo articulador del proyecto cruzadista hubiera sido la conquista y liberación de Jerusalén. Esta tesis ha sido matizada por otros autores que consideran que si bien la liberación de Jerusalén formó parte del discurso movilizador de Urbano II, también lo hizo en parecida medida la petición angustiosa de ayuda a los cristianos de Oriente que realizó el *basileus* Alejo para recuperar los territorios que habían ocupado los musulmanes[25]. Una petición atendida porque Urbano II la creía una exigencia moral para toda la Cristiandad y porque con ello trataba de eliminar la desconfianza y restablecer la concordia entre Roma y Constantinopla que se había visto agravada por causa de la concepción teocrática de la Iglesia romana que tenía Gregorio VII[26].

También ha sido criticada la postura de Riley-Smith a propósito del papel que desempeñó el peregrinaje en el llamamiento de Urbano II: Jean Flori no lo considera tan determinante como piensa el historiador inglés[27] y García-Guijarro lo niega en todos sus términos por las importantes desviaciones estructurales del concepto de «peregrinaje armado» frente a los rasgos del peregrinaje tradicional[28]. Encontramos otra crítica en el mismo sentido, la del también historiador inglés Christopher Tyerman, que añade un interesante argumento: que la idea de la peregrinación sólo habría aparecido después de la toma de

Jerusalén y que la Primera Cruzada, al menos en la perspectiva de su principal promotor, Urbano II, fue en realidad una empresa militar, una Guerra Santa que, en todo caso, por decirlo con sus propias palabras, «era una alternativa al peregrinaje, una milicia penitente, igualmente meritoria en el terreno penitencial»[29].

Recientemente Jean Flori ha retomado otro de los aspectos que se consideran definidores de la Primera Cruzada: el papel desempeñado por la perspectiva escatológica en los orígenes de la campaña[30]. Según este autor, ésta habría sido la plasmación de lo que es sin duda una de las más importantes concepciones del cristianismo y de la cultura occidental en su conjunto, la batalla escatológica. Desde luego estuvo presente en los predicadores populares como Pedro el Ermitaño y en el llamamiento de Urbano II, en concreto en la referencia que el pontífice hizo a la conquista de Jerusalén como desencadenante del triunfo del reino de Dios en la tierra. La parusía del Nuevo Testamento es lo que esperaba una gran parte de los participantes en la conquista de Jerusalén, sobre todo los sectores populares, dispuestos a ayudar a Dios para escapar de la miseria en la que vivían.

Obviamente, la dimensión escatológica de la Cruzada desapareció después de la conquista de Jerusalén: algunos de los que se quedaron en la Ciudad Santa quizás siguieron aguardando «la perfección de los tiempos», pero sin duda se había impuesto una nueva realidad más terrenal, más secularizada, alejada ya de los peligrosos anhelos de justicia y libertad de los cruzados populares. En este sentido, algunos historiadores han visto las cruzadas como la expresión de la primera experiencia colonial con la que Europa canalizaba sus excedentes poblacionales, una óptica de carácter economicista que tuvo su primera formulación en los trabajos del historiador francés René Grousset[31].

Valga esta pequeña síntesis para poner de relieve dos cuestiones a propósito del fenómeno cruzadista: la primera, que efectivamente es difícil llegar a una definición «inequívoca y lúcida», como pedía Mayer y señalábamos al inicio de estas páginas, porque, aunque la mayor parte de los historiadores están de

acuerdo en que la Cruzada fue el resultado de un llamamiento papal a la guerra y de una serie de factores como el peregrinaje, el objetivo jerosolimitano, la ayuda a los cristianos de Oriente, los votos, las indulgencias y la dimensión escatológica —y de otros en los que no nos hemos detenido como la Yihad islámica que ha sido vista por algunos autores como el espejo en el que se miró la Cruzada[32] o la reciente hipótesis de Chevedden señalando que las cruzadas no fueron un producto papal, sino una iniciativa de los príncipes cristianos—[33], el problema surge a la hora de valorar el grado de importancia que tiene cada uno de ellos, teniendo en cuenta sus plurales significados y contenidos[34].

La segunda cuestión sobre la que nos gustaría llamar la atención tiene que ver con el hecho de que, al ponerse el énfasis sobre todos estos elementos conformadores de la noción de Cruzada, algo que por otra parte es lógico y está absolutamente justificado, se puede correr el riesgo de ignorar o minusvalorar otro aspecto básico, ya subrayado por Erdmann pero no siempre suficientemente apreciado por algunos autores: al margen de la importancia que se quiera otorgar a cada uno de aquellos elementos constituyentes, la Cruzada fue la consecuencia más llamativa del reformismo gregoriano, «una manifestación más, la más espectacular, del rearme que para el pontificado supuso la reforma gregoriana»[35].

No estamos seguros de hasta qué punto Urbano II participó de la convicción de que después de la conquista de Jerusalén llegaría el final de los tiempos, porque obviamente la parusía significaría el fin de la Iglesia, pero sí es posible que pensara, dentro de los parámetros del reformismo gregoriano, que tal hecho podría suponer un giro histórico decisivo para alcanzar los objetivos de este movimiento: la restauración de la *res* pública cristiana universal y el sueño de la anhelada *Pax Augusta*. En ese sentido, es probable también que Urbano II creyera que el llamamiento de Clermont constituía una especie de nuevo Edicto de Milán que haría posible que todos los hombres vivieran bajo la monarquía divina, a la que aspiraba el reformismo gregoriano, y que ésta debía reinar en todas partes y para todos: un reino ideal al final de la historia[36]. No sería el

emperador ni el Imperio, sino el papa quien legitimara la acción política y la acción religiosa en todo el Universo, ahora que se consideraba heredero del imperialismo romano: según la concepción cristiana de la historia, el pasado es una promesa del futuro y éste no podía ser otro que el monoteísmo cristiano, cuya expansión, liderada por el papa como cabeza de la Iglesia y de la Cristiandad, se convertiría en uno de los más potentes signos de identidad de las cruzadas[37].

Como se ha encargado de subrayar García-Guijarro, el denominador común de todas las cruzadas es, precisamente, «la pretendida preeminencia romana en el terreno espiritual y temporal»: al margen de las diferencias que podemos encontrar entre unas y otras, su hilo conductor, ha señalado, «no son las formas, sino los anhelos de la sede de San Pedro por erguirse como gran poder universal expresados mediante el control de brotes del movimiento general expansivo —cruzadas musulmana, oriental o báltica—, el castigo de la infidelidad o la supeditación al dominio eclesiástico del Imperio»[38]. A nuestro juicio, tampoco las fronteras ibéricas son completamente ajenas a estas circunstancias o al menos no lo fueron en determinados momentos y contextos.

Precisamente la inserción del fenómeno cruzadista dentro de las coordenadas del programa político e ideológico que la reforma gregoriana concibió y puso al servicio de los intereses del papado, será uno de los elementos que marcará la diferencia respecto a la otra noción que nos gustaría presentar: la Reconquista hispana.

La Reconquista

Entre el año 881 y el 883, un monje del monasterio de Monte Laturce, aunque también pudo ser un clérigo de la corte de Alfonso III (866-910), escribió en Oviedo una especie de historia universal conocida como *Crónica Albeldense* donde podemos leer este ferlosiano párrafo: «… llamados por los enredos del país, los sarracenos ocupan España y se apoderan del reino de los godos, que

todavía retienen en parte de manera pertinaz. Y con ellos los cristianos día y noche afrontan la batalla y cotidianamente luchan»[39]. Muchos años después, a finales del siglo XV, el historiador y cronista Fernando del Pulgar justificaba con parecidos argumentos las razones de los Reyes Católicos para proseguir las campañas contra el reino de Granada: «Las Españas en los tienpos antiguos fueron poseydas por los reyes sus progenitores; e que si los moros poseyan agora en España aquella tierra del reyno de Granada, aquella posesión era tiranía, e no jurídica. E que por escusar esta tiranía, los reyes sus progenitores de Castilla y de León, con quien confina aquel reyno, sienpre pugnaron por lo restituyr a su señorío, según que antes avía sido»[40].

Valgan estos dos testimonios, tan distanciados uno de otro en el tiempo, para ilustrar la continuidad ideológica de un proceso histórico de siete siglos que ha sido analizado desde muchas perspectivas que en ocasiones dicen más de la forma de pensar de quienes las plantearon y de la época en que se escribieron que del período de tiempo que pretenden analizar: en ese sentido, toda historia es historia del presente, como dice un conocido axioma.

La inmensa mayoría de los especialistas le han dado a este proceso el nombre de *Reconquista*, un término de extraordinaria capacidad sintética que, cuando empezó a utilizarse de forma habitual en la primera mitad del siglo XIX[41], aludía a la lucha sin cuartel de casi ochocientos años que habían llevado a cabo los cristianos contra el Islam con el único objetivo de restaurar una continuidad rota por los extranjeros musulmanes. El hecho fue tan determinante que el célebre medievalista español Claudio Sánchez Albornoz lo consideró como la verdadera clave de nuestra historia y la etapa trascendental de nuestro país[42]. Cercanas a las ideas de Albornoz, pero con precisas matizaciones historiográficas, son las opiniones de dos intelectuales liberales españoles: José Antonio Maravall y Julián Marías. El primero señalaba que la Reconquista había constituido la encrucijada más grave y dramática de la historia española, que se propuso recuperar y restablecer la unidad territorial que existía antes de la conquista musulmana y restaurar el culto cristiano; para este autor, desde san Isidoro

España no era sólo una tierra, sino el espacio en que se daba una vida colectiva y la «Reconquista no era sólo una lucha de cristianos simplemente contra los enemigos en general del nombre de tales, sino tarea de unos cristianos determinados, los peninsulares, para recuperar de unos infieles que les son inmediatos algo que les era propio»[43]. Para el orteguiano Marías, España fue un proyecto colectivo que se creó solamente desde el empeño de ser cristiana con toda su tradición visigoda y romana detrás: una mirada hacia dentro, pero también hacia fuera, hacia la Europa a la cual España habría decidido pertenecer al negarse a ser musulmana[44].

Este concepto de Reconquista, que con todas las matizaciones que se quieran podemos llamar tradicional, fue objeto de crítica desde muy pronto, sobre todo en el contexto general del fracaso que supuso el siglo XIX español y que tuvo su momento crítico o más conocido en 1898, cuando España entró en conflicto con Estados Unidos. El resultado, además de una humillante derrota militar, supuso el aislamiento internacional y una profunda crisis de la identidad nacional. Las críticas a esta situación se sucedieron, sobre todo por parte de los intelectuales de la llamada generación del 98, que pusieron a «España en la mesa de disección» para incidir sobre todo en la idea de que el país tenía que despertar del engañoso pasado que había hecho de España «la deformación grotesca de la civilización europea», como denuncia Max Estrella, el personaje protagonista de la obra de Valle-Inclán, *Luces de Bohemia*. En ese sentido se expresaba el político e historiador Cánovas del Castillo, para quien era imprescindible tener en cuenta los yerros pasados para no repetirlos, y el regeneracionista Joaquín Costa, que consideraba imprescindible echar la «doble llave al sepulcro del Cid» para acabar con el particularismo ibérico y con el retraso con respecto a Europa, los dos atribuibles en gran parte a la mitificación del pasado y a su invención, como había sucedido por ejemplo con la guerra contra Napoleón y, desde luego, con la Reconquista[45]. Parecida opinión a la de Costa fue defendida por un joven Sánchez Albornoz en el año 1928, cuando veía en la larga duración de la Reconquista un factor más del atraso económico y social español frente a

Europa.

Otro reparo al concepto tradicional de Reconquista es el que se ha hecho desde lo que Manuel González Jiménez ha llamado presupuestos regionalistas, para los cuales la Reconquista no sería más que un mito creado por los sectores más reaccionarios del nacionalismo español, sobre todo durante el franquismo, cuando el régimen utilizó y convirtió el término en un esperpento histórico oportunista con el que se trataba de imponer un determinado modelo de Estado con pretensiones uniformizadoras y con una fuerte carga católica y castellanista[46]. Sobre estas críticas, Eloy Benito Ruano ha señalado que, a veces, más que críticas historiográficas parece que estemos ante una reacción político-cultural e ideológica de los llamados nacionalismos periféricos, empeñados en una frenética búsqueda de diferencias históricas con el Estado, lo que ha provocado, por ejemplo, el surgimiento de todo tipo de elementos identitarios —culturales, psicológicos, éticos…— del que son ejemplos la aparición de una Reconquista catalana con su Pelayo y su Covadonga[47] o las presunciones de algunos intelectuales nacionalistas andaluces que niegan el proceso de conquista y que piensan que el final de la Hispania goda y la aparición de al-Andalus fue la consecuencia de una simple evolución de la sociedad[48].

Pero las discrepancias respecto al concepto tradicional de Reconquista vienen sobre todo desde el campo del análisis histórico. En realidad, más que de diferencias podemos hablar de una verdadera antítesis, de la que fueron pioneros Abilio Barbero y Marcelo Vigil a mediados de los años sesenta del pasado siglo. Desde una óptica muy influida por el materialismo histórico, concebían la Reconquista, término que no tenían ningún reparo en utilizar, como un proceso que solamente se explicaría desde la necesidad expansionista que tenían unas aisladas comunidades con un fuerte carácter gentilicio, no afectadas por la romanización, ni tampoco por la dominación visigoda. En concreto se referían a astures, cántabros y vascones, quienes, según estos autores, habrían iniciado su camino hacia el sur impulsados únicamente por motivos socioeconómicos y no por razones políticas vindicativas y religiosas, que en realidad no habrían sido

más que el resultado de una manipulación ideológica ideada *a posteriori* por resentidos emigrantes mozárabes, sobre todo cordobeses, que trataban así de encubrir sus verdaderas intenciones y las de las elites dirigentes de las comunidades norteñas[49].

Las críticas a la teoría indigenista de los historiadores Barbero y Vigil y de otros que siguieron en alguna medida sus postulados —los mejores ejemplos los constituyen Ángel Barrios[50] y José Luis Martín[51]— no se hicieron esperar. La primera fue la del propio Sánchez Albornoz, que insistía en que la guerra con los musulmanes era una reconquista y también una guerra de religión[52]. Más tarde otros autores[53] han reivindicado la idea albornociana, negando que el ideario reconquistador fuera una simple apariencia en toda su totalidad. Sus hipótesis de trabajo sugerían, después de un pormenorizado estudio cronístico y arqueológico, que las regiones del norte peninsular habían perdido hacía tiempo sus estructuras sociales originarias como consecuencia de un proceso de romanización que habría sido más profundo de lo que en principio se había pensado; es más, dos de estos autores, Julia Montenegro y Arcadio del Castillo, defendían, en un artículo hoy de referencia, que la sublevación de don Pelayo había sido la actividad de un visigodo, perteneciente a una nobleza del mismo origen, que gozaba de una preeminencia económica, social y política en las *highlands* asturianas[54].

Desde una perspectiva más amplia que la de Barbero y Vigil, algunos autores han visto la Reconquista como la consecuencia de la expansión occidental del sistema feudal o, dicho con otras palabras —las de García de Cortázar—, como «la ofensiva y expansión de Europa en el escenario español»[55]. Por ejemplo, José Luis Corral[56] ha expuesto que lo que se esconde detrás del término «Reconquista» es la consecuencia del crecimiento de los Estados feudales cristianos peninsulares ante la decadencia del Islam andalusí y no la recuperación de unas tierras previamente perdidas en un «aciago día», como manifiesta uno los personajes de la obra *El puñal del godo* del famoso dramaturgo José Zorrilla. Por su parte, Joseph Torró en un pequeño artículo, con

título sugestivo y revelador, «Pour en finir avec la Reconquête», niega cualquier tipo de proceso reconquistador para enmarcar lo acontecido en la Península dentro de la general expansión del sistema feudal, una expansión que no habría sido uniforme, sino que presenta modalidades, según las peculiaridades de su frente de expansión[57]. Por último, Álvarez Borge ha argumentado, en clara afinidad con los autores anteriores, que la Reconquista no es más que la expansión de las sociedades cristianas hacia el sur, encabezadas por unos grupos dominantes que ven en la confrontación con el Islam la mejor forma de afianzar su poder político, social y, obviamente, económico, y en el ideal reconquistador un mero andamiaje ideológico que tenía como único objetivo el de servir de cohesión[58].

Hay que señalar que la inmensa mayoría de los autores que acabamos de citar, cualquiera que sea su posición historiográfica, utiliza normalmente el término y el concepto historiográfico de «Reconquista» en sus trabajos, algunos, hay que decirlo, de forma sorprendente teniendo en cuenta sus perspectivas de análisis. Otros autores, por el contrario, rehúsan a su empleo, bien negando que se hubiera producido una llegada de musulmanes a la Península y consiguientemente que pudiera existir ningún tipo de reconquista, como han señalado Ignacio Olagüe y Jean François Khan[59], dos autores, no historiadores, que han tenido poco eco en la historiografía medieval —aunque sí en otros círculos menos académicos—, bien sustituyendo el término por otro más apropiado, como ha propuesto Manuela Marín, quien ha apuntado su preferencia por el término «Conquista» frente al de «Reconquista» alegando que este último minimiza la legitimación histórica de la presencia musulmana en la Península Ibérica[60]. Por último, Thomas Deswarte y Martín Ríos, entre otros autores, han señalado, creemos que acertadamente, que el término que mejor explica el proceso histórico de la Reconquista es el de «Restauración». Sin embargo este término tiene el problema, del que son conscientes los citados autores, de que en la historiografía española se asocia a hechos acaecidos en el siglo XIX español, en concreto a la restauración de la monarquía en 1875, lo que dificulta su

utilización.

En cualquier caso, y a día de hoy, no sólo los defensores, sino también muchos de los que niegan la pertinencia del término y la validez del concepto historiográfico de «Reconquista» continúan utilizándolo, lo que nos hace pensar que ha ido perdiendo las fuertes connotaciones nacionalistas que siempre ha tenido y a las que ya nos hemos referido, hasta presentar en la actualidad un significado político neutro que participa de una especie de ambiguo eclecticismo que permite a los que lo utilizan referirse bien al proceso de expansión territorial de los reinos cristianos peninsulares a costa de al-Andalus, bien a una realidad mucho más amplia, la de la Edad Media hispánica, bien a una determinada ideología de la guerra[61].

En el primero de los casos, la mayor parte de los historiadores que lo emplean, sea cual sea su posición historiográfica, lo hacen en los mismos o parecidos términos que lo hiciera Derek Lomax hace ya unos años: «el poder político fue pasando lentamente de manos musulmanas a manos cristianas y a ese traspaso es lo que normalmente se le llama Reconquista»[62]. Otros, por el contrario, lo han utilizado de forma mucho más amplia, como el factor que explicaría todo un período histórico: Eloy Benito Ruano ha señalado, en ese sentido, que a la Edad Media peninsular bien se le podría denominar también con el nombre de *Reconquista*[63]. Sin embargo, no han faltado opiniones, como la de José María Mínguez entre otras, que han criticado este planteamiento, al considerar que equiparar los términos «Reconquista» y «Edad Media» es una forma de desvirtuar y simplificar la complejidad histórica del período, una complejidad que además de estar afectada por factores relacionados con la expansión y sus connotaciones militares, se explica por otros igual o más relevantes, como los económicos, los sociales o los políticos[64]. En fin, determinados historiadores, entre quienes nos encontramos, prefieren restringir el alcance de su significado para aplicarlo, preferentemente, a la ideología creada en los reinos cristianos con el objetivo de justificar la guerra contra el Islam, un entramado conceptual que está presente durante toda la Edad Media peninsular y que sirvió para legitimar y

motivar una guerra que condicionó las evoluciones sociales, los entramados económicos, las construcciones institucionales, políticas, mentales e ideológicas de los reinos medievales[65].

Este breve e incompleto estado de la cuestión sobre el concepto «Reconquista» bien podría terminar con unas palabras de Miguel Ángel Ladero, quien, frente a los autores que consideran espurio tanto el concepto como el término «Reconquista», ha señalado que fue una creación propia de los siglos medievales que sirvió para justificar ideológicamente muchos aspectos de aquel proceso[66].

Por lo que a nosotros respecta, la utilización del sustantivo «Reconquista», del verbo «reconquistar» o de los adjetivos derivados del mismo —«reconquistador», «reconquistadora»…— que hemos hecho en páginas anteriores y que haremos en las siguientes, pretende únicamente aludir a un proceso de expansión y de conquistas militares y territoriales que fueron justificadas por los propios contemporáneos atendiendo a los parámetros de un ideario coherente y bien definido[67].

En estos últimos casos se está entendiendo a la Reconquista como una ideología, un concepto de difícil definición, con un amplio abanico de significados, algunos contradictorios entre sí[68], sobre el que querríamos hacer algunas matizaciones y consideraciones y con ello definir en lo posible nuestra posición.

En el pensamiento marxiano clásico y en parte de la llamada sociología liberal, se considera la ideología a grandes rasgos como una falsa conciencia cuyo objetivo es ocultar las cosas tal cual son o desvirtuar su realidad, para con ello legitimar la dominación y los privilegios de un grupo o clase social por otra, «pura ilusión, puro sueño, como nada», así la veía Marx[69]. Pero, por el contrario, otros autores, algunos de ellos también marxistas, como Althusser, o cercanos al pensamiento marxiano, como Ricoeur[70], y desde perspectivas primordialmente sociológicas o políticas, es decir ajenas al economicismo, consideran que, en ciertos momentos, la ideología triunfa sobre la realidad inmediata de una

sociedad y que eso sucede cuando lo que los marxistas han calificado como vana superestructura es, en realidad, un cuerpo de ideas y rasgos religiosos, ideales y culturales que confieren identidad, otorgan coherencia a un grupo social determinado, definen formas de acción y acaban por imponerse sobre los acontecimientos históricos, dándoles el sentido del que carecían: «la historia sólo sucede tal y como los actores la perciben y la comprenden», señala Koselleck[71]. En una línea similar, Eagleton ha señalado que las creencias perseverantes en el tiempo deben poseer algo de verdad, porque si sólo fueran una realidad impuesta y no proporcionaran una visión real de lo que sucede en el entorno, serían simplemente rechazadas[72].

Ése fue el caso de la construcción de los reinos cristianos peninsulares, un proceso con el que la población cristiana se sintió comprometida a partir de la segunda mitad del siglo VIII sobre la base de una ideología que separó perfectamente el dentro-fuera, reconoció los valores identitarios que diferenciaban a unos de otros y legitimó sus aspiraciones políticas. Este proceso se ha repetido constantemente desde entonces, en especial cuando aparecieron los nacionalismos en el siglo XIX y se inició un período de búsqueda de identidades colectivas de todo tipo por parte de pueblos y naciones que no tenían soberanía política y querían tenerla[73]. Mitos y símbolos sacralizados, imágenes, tradición, fronteras, creencias, una historia común, un pasado mitificado e ideal a partir del cual la historia no es más que un camino de desolación y pérdida… son algunos de los elementos que estuvieron presentes en el ideario nacionalista decimonónico y lo siguen estando hoy en día, de la misma forma que también lo estuvieron en los ideales emancipadores y reconquistadores de los pueblos del norte peninsular.

En ambos casos, el objetivo es el mismo, autolegitimarse y construir una identidad: en el ideario nacionalista, «el otro» lo puede ser por cuestiones lingüísticas, psíquicas, religiosas, sociales, culturales, geográficas o políticas, mientras que en el ideario reconquistador el elemento identitario se fundamenta sobre imágenes, percepciones y propuestas que remitían a la interpretación

cristiana del mundo, complementada o enriquecida con argumentos históricos y jurídicos de corte irredentista que sirvieron para conformar políticamente a los reinos cristianos peninsulares.

Toda la creación ideológica y cultural del nacionalismo fue obra de elites intelectuales cercanas al liberalismo político del siglo XIX. De la misma forma, la Reconquista fue la creación de las minorías cultas mozárabes, cristianos huidos de la zona musulmana, principalmente de Toledo, convertidos en los verdaderos forjadores de aquella ideología, ayudados en su quehacer intelectual por las elites eclesiásticas del norte. Fueron ellos los que copiaron, recrearon e ideologizaron textos y crónicas antiguas adaptándolas a un momento histórico de crisis y a las actitudes de la sociedad de la época y lo hicieron, según la mayoría de la historiografía, a partir de los siglos IX y X, cuando el poder cristiano del norte peninsular se reivindicará como el continuador de la tradición gótica, reclamando la herencia de la monarquía visigoda.

Pero probablemente el ideario reconquistador sea anterior a los siglos IX y X y esté ya presente en las obras de Beato de Liébana, a finales del siglo VIII, que poseen una lectura política no valorada suficientemente[74]. Es muy poco lo que se conoce de la vida de Beato, aunque la mayoría de los autores señalan que debió nacer a mediados del siglo VIII, durante el reinado de Alfonso I (739-757), y que su muerte hubo de producirse en los primeros años del siglo siguiente, cuando era posiblemente abad del monasterio de Liébana. De lo que existe seguridad absoluta es de su pertenencia a la primera generación de mozárabes posterior a 711, marcada por lo que siempre consideraron la traición de Toledo, que los dejó sin visigotismo, y el recuerdo por la batalla de Covadonga.

Ambas cosas y lo que se esconde detrás de ellas explican la controversia que mantuvo Beato con el arzobispo de Toledo, Elipando, a propósito del *adopcionismo*, que, a grandes rasgos, defendía que Cristo era hijo adoptivo de Dios. Pero la batalla teológica era también, y sobre todo, una batalla política —una frontera difícil de discernir en estos momentos, como quizás lo sea en cualquier momento— en la que estaba en juego la legitimidad y existencia del

reino asturiano y de su Iglesia… o quizás era al contrario, como señala la propia *Crónica Albeldense*, cuyo autor buscaba deslegitimar el Toledo mozarabista y rehacerlo de nuevo en Oviedo. Y a este objetivo dedicó Beato sus argumentos, siempre interesadamente cercanos a los de Carlomagno y al papado, a su ideología isidoriana y a un trinitarismo alejado por supuesto de la herejía arriana: sus ideas representaban a la más pura ortodoxia romana frente a las supuestas posiciones neonestorianas de Elipando y de sus seguidores —aparentemente proclives a la convivencia con una tolerante autoridad política musulmana y a un acercamiento entre Oriente y Occidente—, pero al mismo tiempo eran tenaces en la defensa de la libertad para la Iglesia visigótica, manteniendo una línea doctrinal propia frente a Roma y frente al emperador.

Desde luego, no es extraño que estos últimos condenaran las posiciones del «colaboracionista» Elipando y su adopcionismo político, a veces directamente, como cuando Adriano I acusó por carta a Elipando de los mismos errores de Nestorio, o cuando Carlomagno ordenó al arzobispo de Toledo que volvieran a la senda de la ortodoxia y a la obediencia al papa y a él mismo; otras a través de los más reputados teólogos carolinos, como Teodulfo o Alcuino de York, quien acusó a la también llamada «herejía feliciana» de rechazar la autoridad de los Padres de la Iglesia y de ser un producto cordobés, es decir musulmán. En fin, se construyó un muro infranqueable para impedir que el mozarabismo religioso y político de Toledo fuera una alternativa o cuando menos tuviera un lugar en el futuro de la sociedad y de la Iglesia de Occidente. Tal fue así que, más de dos siglos después, el papa Gregorio VII (1020-1085) aún le recordaba a Bernardo de Cluny, a finales de la década de 1080, que la ciudad de Toledo, de la que iba a ser obispo, había sido el centro del perverso adopcionismo: sin duda el mozarabismo había constituido un peligro para Cluny y Europa.

Pero la lucidez de Beato fue saber que en tiempos de crisis surgen los Apocalipsis y que éstos sirven para identificar al enemigo y consiguientemente para afirmar la identidad propia[75]. Ésa fue la razón para que Beato escribiera su *Comentario al Apocalipsis* (776), una obra que no contiene referencias explícitas

a la invasión musulmana o a las controversias con el adopcionismo, pero que presenta un escenario escatológico y simbólico lleno de los mitologemas del Apocalipsis de San Juan, con un claro sentido político que el monje de Liébana utilizará a continuación en el *Apologético* (785), conocido también como *Adversus Elipando*[76]. En este texto, considerado como la segunda parte del *Comentario*, el monje de Liébana critica directamente al arzobispo de Toledo, al que acusa de haberse convertido en un pseudo-profeta, y a sus seguidores de ser «testículos del Anticristo» al servicio del Islam[77], y pone los fundamentos ideológicos que legitimarán la débil monarquía asturiana y su Iglesia como alternativa a la sede toledana a la que Beato acusaba de ofrecer un cristianismo falso.

En ese sentido, se explica el último texto de Beato, el himno *O Dei verbum*, una síntesis de sus anteriores obras, con la que se inicia el culto a Santiago, años antes de que se descubriera su tumba. Como ocurría en sus anteriores textos, el himno, que se nutre también de imágenes procedentes del Apocalipsis de San Juan, no es sólo una obra teológica, sino que además posee evidentes connotaciones emocionales —como ha señalado Márquez Villanueva, la restauración «tendría que producirse a través de medios asimismo providenciales, que son los que allí se invocan»— y también políticas por su referencia al patronazgo del apóstol Santiago, con la que Beato intenta y consigue legitimar la primacía de Santiago frente a Toledo y consolidar la monarquía astur de Alfonso II[78].

Ambos objetivos corrían un serio peligro por los intentos del Imperio y de la Iglesia franca por absorber el reino asturiano y apropiarse del mito de Santiago. Frente a esto, los intereses de Beato se resumían por entero en lo patrio, no estaba dispuesto a compartir al apóstol Santiago con nadie y desde luego no con una Roma impotente, ni con un Aquisgrán neoimperial[79] que en el llamado *Chronicon de Moissac* de 818 recogía la caída del mundo visigodo por culpa de los pecados de Witiza, pero obviaba la existencia de los monarcas asturianos. En cualquier caso, el tiempo le dio la razón al monje de Liébana y el hallazgo de la

tumba de Santiago supuso dar visibilidad a unos cristianos perdidos cerca del fin de la tierra: «un don del cielo», afirmó el cronista Lucas de Tuy, sabiendo que la historia y la existencia de los reinos peninsulares no sería posible sin el espíritu de Dios, pero tampoco sin el de Santiago.

Parece claro, pues, que el ideario de Beato contenía ya los elementos necesarios para darle sentido al presente de los pueblos del norte y permitirle mirar con esperanza el futuro, la arcadia que, como la de Rousseau, se encontraba al final de los tiempos, «después de las llamas de la última batalla» que tendría lugar en *Argamedón*, aunque habría que matizar y mucho su percepción adventista[80]. Además son muchas las menciones belicistas que aparecen en sus textos sobre la guerra cristiana, como ha señalado Villacañas: todas ellas se refieren a guerras proféticas, bíblicas, apocalípticas, alejadas desde luego de cualquier enfrentamiento real con los musulmanes, pero que, sin embargo, parecen sugerir, si tenemos en cuenta la elección en sus escritos del texto del profeta Joel —«Publicad esto entre las naciones: santificad la guerra, incitad a los guerreros, forjad espadas con vuestros arados y lanzas con vuestras hoces»— y las campañas de Alfonso I (739-757) que devastaron el valle del Duero, un premonitorio llamamiento a la Guerra Santa contra el Islam[81], para una España de la que la *Crónica mozárabe del 754* dice estar náufraga[82].

Las citadas referencias al profeta Joel y a otros textos literarios que de forma tácita están presentes en sus obras demuestran que Beato y los que con él estaban tenían acceso a una biblioteca que para aquellos tiempos nos parece excepcional[83]: obras de Irineo, Ticonio, Gregorio de Elvira, Bacchiaro, Jerónimo, Fulgencio, Aprigino, Gregorio el Magno, Casiano, Cirilo, Justo de Urgel, Quintiliano, Virgilio…. pero sobre todo de san Agustín, el autor que marcará de forma duradera el pensamiento cristiano de estos momentos, y de san Isidoro, el panegirista de los godos y el más célebre representante de la tendencia agustiniana dura. Todos ellos alimentaban la ideología de Beato, desmintiendo así las acusaciones de ignorante y hereje con las que le había censurado Elipando de Toledo.

En definitiva, fue el monje de Liébana el primero en proporcionar identidad a la monarquía de Alfonso II (791-843) —hasta este momento no puede hablarse de reino en sentido formal en los territorios asturianos— y a la Iglesia asturiana, e ideales comunitarios a los pueblos del norte, mozárabes, hispano-romanos…, ideales que se fueron reajustando según las circunstancias y elaborando nuevas interpretaciones cada vez de mayor complejidad. Se olvidaron poco a poco los pecados de los visigodos —su soberbia—, se olvidó la hostilidad hacia el mozarabismo toledano y se pusieron todas las energías en recuperar la herencia de los padres en manos del Islam, en restaurar y rescatar la «espaciosa y triste España de la bárbara cadena», como decía fray Luis de León. No era nada nuevo, lo habían hecho los visigodos restaurando la Hispania romana y antes los judíos, y se volvería a repetir en épocas muy posteriores: paraíso, caída y liberación, las tres fases, toda la historia convertida en leyenda, cuento, mito, pero también en ideología y verdad; en el libro de Ezequiel se puede leer: «Serán repobladas las ciudades y las ruinas reconstruidas, acrecentaré vuestra población y vuestro ganado y haré que os habiten como antaño», una frase y un libro inteligentemente utilizados en la *Crónica Profética*, cuyo autor, probablemente un mozárabe de extracción toledana, se dedicó a glorificar a Alfonso III (866-910) y a poner de manifiesto el carácter sacro, político, militar y profundamente hispano —agotada ya a estas alturas la autoridad carolingia— de un conflicto que ya había anticipado Beato de Liébana y que fue aceptado como tal, por casi todos, durante casi todo el tiempo[84].

Cruzada *vs* Reconquista

El medievalista Antonio Ubieto señalaba hace ya algunos años que fue a partir de la conquista de Barbastro en el año 1064 cuando los cristianos peninsulares se plantearon por primera vez reconquistar las tierras y extender la «Fe de Cristo». De su propuesta podemos concluir algunas cuestiones con las que plantear los términos de una polémica —ya antigua— sobre los vínculos existentes entre

Reconquista y Cruzada. La principal cuestión que sugiere Ubieto, a propósito de la Reconquista, es la de su origen foráneo: su primera manifestación se encuentra en el llamamiento de tintes cruzadistas que hizo el papa Alejandro II en 1063, que un año después se tradujo en la toma de Barbastro con la participación de caballeros borgoñeses, italianos y francos.

El historiador aragonés señalaba que en la Península, con anterioridad al llamamiento papal y a la toma de la ciudad aragonesa, coexistían pacíficamente cristianos y musulmanes, una coexistencia que se veía interrumpida por ocasionales enfrentamientos siempre motivados por el saqueo o la ganancia territorial, pero ajenos a cualquier tipo de justificación teológica o religiosa, como la de la Guerra Santa[85].

Pero las hipótesis de Antonio Ubieto no son las únicas respuestas a las preguntas que ha formulado Carlos Laliena a propósito de la existencia de una ideología de Guerra Santa en la Península antes de la reforma gregoriana y de la Primera Cruzada, ni a la cuestión sobre la medida en que se mezclan e influyen recíprocamente las representaciones ideológicas de elites hispanas y círculos reformistas romanos[86]. En ese sentido, García de Cortázar ha señalado que la Reconquista fue provocada por el rigorismo almorávide y por un cambio de actitud en las sociedades hispanas estimulado por la reforma gregoriana a lo largo del siglo XI. Sería entonces cuando los cristianos peninsulares comenzaron a ver a los musulmanes como extranjeros: «la lucha entre personas que se conocían y, en parte, se apreciaban, estaba siendo sustituida por la enemistad a muerte entre miembros de dos religiones»[87]. Esta conjunción de acontecimientos no es vista como tal por algunos autores, Vicens Vives entre ellos, que han señalado, por el contrario, que la Reconquista fue la reacción de los reinos cristianos a la llegada de almorávides y almohades en las primeras décadas del siglo XII: frente a la dureza espiritual y la Guerra Santa musulmana, el espíritu cruzadista de castellanos y leoneses[88].

Por su parte, Jean Flori ha sugerido que, a mediados del siglo XI y a consecuencia de diferentes circunstancias como la presencia cluniacense[89], la

intervención papal, la reforma eclesiástica, la llegada de clérigos francos, la europeización de la Iglesia hispana y de las elites aristocráticas, se produjo un cambio trascendente que facilitó la definitiva sacralización de la lucha contra los musulmanes, una lucha que hasta esos momentos había tenido como únicos motivos de conflicto problemas de tipo político y económico, zanjados normalmente, según este autor, con el pago del tributo y, si así no sucedía, con la razzia y el pillaje, todo ello legitimado con un discurso abundante en citas teológicas y bíblicas con la única finalidad de la justificación y la propaganda[90].

Los autores citados hasta ahora entienden que la sacralización de la guerra surge fuera de la Península —para la mayoría de ellos, la causa hay que buscarla en el período de reforma gregoriana a lo largo del siglo XI, «un siglo rico en orígenes»[91], o en el impacto de la intransigencia norteafricana— y que con anterioridad a esa fecha los enfrentamientos entre cristianos y musulmanes no respondían nunca a motivos religiosos: se luchaba, simplemente, por el dominio del territorio o por el botín.

Por el contrario, frente a estas propuestas otros historiadores han señalado que la sacralización de la guerra contra el Islam fue un «producto» hispano porque «tenía raíces autóctonas y respondía a causas y justificaciones propias»[92]. Los desacuerdos surgen en la cronología. En ese sentido, Carlos Laliena piensa que fue el resultado de un ideario que pretendía cohesionar las elites dominantes de los Estados feudales peninsulares y justificar así su esfuerzo personal y colectivo en la lucha contra las taifas andalusíes; unas ideas que, según el autor, tuvieron su origen entre los años 1020-1060 en el interior de reinos y condados orientales, y que fueron reforzadas «intelectualmente» a partir de la década de los setenta por lo que el autor llama incitaciones gregorianas, influidas éstas a su vez por el ideario hispano[93].

Alexander P. Bronisch, por su parte, asegura que hay indicios suficientes que nos permiten pensar que la sacralización de la guerra que llevaron a cabo Recaredo y la Iglesia mozárabe en el siglo VI tuvo su continuidad durante el siglo VIII y que se activó aún más en el siglo siguiente. Bronisch pone como ejemplo el

testamento de Alfonso II y las crónicas asturianas de finales del siglo IX[94]. Hace más de cincuenta años que un historiador español, José Goñi Gaztambide, insistía en que desde el primer momento la lucha contra los musulmanes había adquirido el carácter de lo que llamó, de acuerdo con la época en que se publica su estudio, una guerra de liberación y una defensa de la Iglesia, y esgrimía el argumento de que cualquier interpretación laica era incompatible con el espíritu religioso de la época[95].

En definitiva, son diversas las opiniones sobre el carácter de los enfrentamientos en la Península Ibérica con anterioridad al reformismo gregoriano y a la Primera Cruzada: guerra sacralizada para unos, para otros meros enfrentamientos que pretendían únicamente ensanchar las fronteras. También son diferentes las opiniones sobre el impacto que ambos acontecimientos tuvieron en la Península, fuese cual fuese la naturaleza de los enfrentamientos con los musulmanes hasta ese momento. En este sentido, podemos ejemplificar los principales enfoques con los trabajos de Daniel Baloup y Carlos de Ayala.

A juicio del historiador francés, existieron dos modelos de Guerra Santa en la Península Ibérica: el primero habría tenido su origen en la corte astur del siglo IX, el otro a comienzos del siglo XII, con posterioridad a la Cruzada y con un ideario aportado por Roma. Los dos tendrían la misma dimensión sagrada, pero será el modelo arcaico hispano el que terminó por adecuarse al ideario concebido por los pontífices romanos[96].

Por su parte, Carlos de Ayala también identifica en el territorio peninsular la existencia de dos concepciones de Reconquista muy diferentes a lo largo del siglo XI. De un lado, la ya multisecular que habría adquirido su carácter religioso como consecuencia de las campañas de Almanzor y que estaría tutelada por los reyes peninsulares y apoyada por la Iglesia hispana: su objetivo era recuperar de manos musulmanas el suelo arrebatado a los hispano-visigodos y restaurar el culto cristiano, aunque este último factor no sería tan determinante como el de carácter político territorial. De otro, la segunda de las concepciones, la que

habría sido ideada por el papado reformista que consideraba Hispania como una parte del patrimonio de la Iglesia que había que recuperar: este empeño reconquistador, que está en la base de la idea de Cruzada, es fácil de observar en la mencionada toma de Barbastro de 1064, igualmente en una fracasada expedición en abril de 1073 a tierras castellano-leonesas en la que el papa Alejandro II habla del *regnum Hyspaniae* como propiedad de San Pedro y, por último, en la exhortación de Urbano II dirigida a los príncipes y nobles catalanes en 1089 que tenía como objetivo restaurar la diócesis de Tarragona.

Pero si para Baloup el enfrentamiento entre estas dos concepciones se saldó con la preeminencia del papado, Carlos de Ayala considera, por el contrario, que aunque efectivamente los monarcas peninsulares asumieron en su mayor parte la noción de Reconquista pontificia y poco después la de Cruzada, no tardaron mucho en tratar de hispanizarla con el propósito de reivindicar el papel de la monarquía frente al avasallador poder pontificio. Un ejemplo meridiano lo constituiría el deseo del rey Alfonso VI (1065-1109) de desmarcarse de las pretensiones papales de intervenir en Hispania. Para ello, el rey buscó en Cluny el perfecto aliado contra el papado y abordó intensas negociaciones directas con Roma. El resultado fue la renuncia de esta última a entremeterse en la Península, con lo que Alfonso VI impedía que pudiera imponer sus criterios y, además, tenía la posibilidad única de elaborar un programa reconquistador propio e hispano. Sólo medio siglo después de la muerte de Alfonso VI el proyecto centralizador del reformismo gregoriano había entrado definitivamente en crisis ante el triunfante particularismo político de los reinos y sus aspiraciones de sustraer sus respectivas Iglesias a cualquier otra autoridad que no fuera la del monarca: la creación de las órdenes militares hispanas, la «nacionalización» de la Iglesia local y una hagiografía militar propia demostrarían el giro hispanista, según este autor[97].

En conclusión, los dos autores consideran que la ideología reconquistadora, ya existente antes de finales del siglo XI, se convirtió a partir de entonces en un discurso en el que se mezclaban elementos propios con otros ajenos a las

sociedades peninsulares —lo difícil es identificar con absoluta nitidez unos y otros y señalar cuáles son los preponderantes—, pero que, en cualquier caso, todos ellos confluyeron y renovaron los argumentos a favor de continuar la guerra contra el Islam.

Por nuestra parte, estamos convencidos de que Cruzada y Reconquista tienen orígenes, desarrollos e incluso objetivos distintos, no sólo hasta la segunda mitad del siglo XI y principios del XII, cuando la irrupción del papado reformista parece haber impregnado el contenido de la Reconquista hispana, sino también con posterioridad[98]. Una de sus diferencias reside en que la Reconquista es una empresa de salvación colectiva, liderada por los monarcas hispanos con un objetivo común, recuperar lo que los antepasados habían perdido —la patria y la Iglesia—, mientras que la Cruzada constituiría, por el contrario, una empresa en la que la salvación se entiende a escala individual, encabezada por los papas y destinada a conseguir un objetivo universal para toda la Cristiandad[99]. Pero además existen razones que tienen que ver con la distinta percepción de la dinámica histórica, de la guerra en las fronteras hispánicas y del «Otro» que debían tener los cruzados francos, ingleses, normandos, alemanes…, o el mismo papado, de la que poseían los reyes y sociedades peninsulares.

Creemos que un buen ejemplo de lo dicho lo constituye el abandono de la mayoría de los cruzados ultramontanos poco antes del enfrentamiento con los musulmanes en Las Navas de Tolosa. Sobre las causas que explican la deserción no están de acuerdo los historiadores y seguramente no lo están porque lo que vieron los protagonistas fue distinto en cada caso, y así lo dejaron por escrito: el excesivo calor, la desilusión de los cruzados por no encontrar al califa almohade con el que querían guerrear, las negociaciones secretas entre hispanos y musulmanes que los cruzados desconocían, que se sintieran engañados cuando, al parecer, Alfonso VIII les solicitó ayuda contra el rey de León Alfonso IX… Pero en el fondo, lo que subyace detrás del abandono cruzado es la diferente visión de hispanos y cruzados europeos sobre la guerra y los musulmanes, que provocaba que el «nosotros» de los cristianos peninsulares no incluyera a los

cruzados ultrapirenaicos: éstos no estaban atrapados por lo que había significado el 711, una ideología que explicaba y justificaba significados y fines totalmente diferentes a la de aquéllos. A la postre, la cuestión podría resumirse en los términos empleados por el papa Honorio III al dirigirse al rey castellano, Fernando III: «aunque la guerra que es librada contra los sarracenos de España incumbe a todos los fieles, por cuanto atañe a Cristo y a la fe cristiana, sin embargo, no cabe duda de que especialmente te concierne a ti y a otros reyes de las Españas, porque ellos retienen tu tierra y la de ellos, por mucho que su ocupación sea un oprobio para toda la Cristiandad»[100].

Indudablemente esto no implica que la ideología reconquistadora hispana no se viera enriquecida y en alguna forma mediatizada por las aportaciones teóricas de Cluny, de Roma o del universo mental de las cruzadas, incluso el rigorismo almorávide pudo haber influido en ella, como hemos señalado en otro lugar[101]: todo ello servía para reforzar el poder monárquico en los reinos peninsulares y para producir valores y signos que justificaran el proyecto reconquistador y conformaran sus propias identidades; lo mismo le sucedió al discurso cruzado, para el que los acontecimientos en la Península y la ideología hispana también supusieron un refuerzo ideológico de primer orden.

Por supuesto, lo anterior no debe hacernos olvidar, como señala Miguel Ángel Ladero, que las motivaciones que respaldaban la guerra contra los musulmanes en Hispania respondían, sobre todo, a causas y justificaciones propias[102], pero los puntos de conexión entre la ideología reconquistadora hispánica y la cruzadista universal eran muchos —desde los argumentos jurídicos que apelaban a la legítima recuperación de un bien perdido a los religiosos que recordaban la sacralidad del combate contra el infiel y su consideración de servicio a Dios—, lo que facilitaba la coincidencia o superposición temporal o circunstancial de ambas en el marco de una misma campaña o de un mismo contexto.

Fue esto lo que convirtió a la Península Ibérica en un ámbito particularmente propicio para el desarrollo de la Cruzada. Sin duda, como ya hemos apuntado, el significado político o ideológico de lo que aquí ocurría podía ser distinto para los

hispanos y para los cruzados europeos —con el papa a la cabeza—, pero de lo que no cabe duda es de que en las fronteras hispánicas se dieron las circunstancias precisas para que los contemporáneos —los «indígenas» y los foráneos— las considerasen como un «frente cruzado».

CAPÍTULO II

ANTES DE LAS CRUZADAS: GUERREROS EUROPEOS EN LA TEMPRANA RECONQUISTA HISPÁNICA

Hasta la toma de Barbastro en 1064

Antes que Urbano II (1042-1099) hiciera el llamamiento para la Primera Cruzada en el año 1095 e incluso antes de la reforma gregoriana, ya existe constancia de la llegada de guerreros cristianos europeos a la Península con el fin de amparar y defender a una Cristiandad que creían amenazada por los musulmanes, un propósito que, como veremos, no era incompatible con otros, cuyos objetivos podemos considerar más mundanos, como la gloria militar, la rentabilidad política, el beneficio económico o la simple creencia de que se encaminaban al corazón del mundo. Lo hicieron normalmente por los Pirineos a través de caminos que eran conocidos desde la más remota antigüedad o siguiendo la vía láctea, como lo hizo Carlomango atendiendo las indicaciones del apóstol Santiago, que en una aparición le había dicho al emperador que fuera a Galicia para «liberar mi camino y mi tierra». Los hechos se recogen en el *Pseudo Turpin*, una crónica cuya primera parte probablemente fue escrita a mediados del siglo XI, la segunda lo sería a principios del XII, pero que fue atribuida al legendario arzobispo de Reims de la *Canción de Rolando*, cuyo fallecimiento se había producido en el año 800[1].

Por esos caminos llegó buena parte de los guerreros cristianos a la Península en el marco de lo que un autor ha llamado la «cruzada hispánica, entendida como una expresión consustancial al proceso político-religioso peninsular»[2]. Hasta ahora, y probablemente no sea una casualidad, las primeras noticias que tenemos de una ayuda foránea están fechadas en el siglo X, durante las más de cincuenta campañas que llevó a cabo Almanzor en el norte peninsular. Debido a la virulencia del caudillo musulmán, las acometidas generaron en la sociedad ultra pirenaica la obligación de apoyo a una Cristiandad que creían en peligro, o por lo menos lo creían unos monjes gascones que, según nos cuenta el cronista Raúl Glaber, a finales del siglo X pasaron los Pirineos y empuñaron las armas dispuestos «a luchar más bien a causa del amor fraterno que por la gloria o jactancia mundana»; el mismo cronista —«aquel monje girovago y psicótico», como lo definió Duby— nos cuenta que los monjes, después de muertos, fueron considerados mártires santos, sacralizando sus acciones y dando coherencia y credibilidad religiosa a la lucha contra los musulmanes, una auténtica teología de la acción armada fundamentada en buena medida en la filosofía cluniacense de la solidaridad cristiana[3]. Si seguimos el testimonio de Glaber, los monjes debieron llegar a la Península con las tropas del conde de Gascuña, Guillermo Sancho, que habían venido (lo harán repetidamente) en ayuda de su cuñado el rey de Pamplona Sancho Garcés II «Abarca» después de 975. El mismo propósito tuvo este personaje al prestar su ayuda en 994 al rey de León, Vermudo II (984-999), a instancias del citado rey de Pamplona, según cuentan los *Anales del Reino de Navarra*, que, además, destacan que junto a los ejércitos gascones había también tropas provenzales y francesas[4].

Indudablemente la cercanía física y las relaciones políticas con los reinos cristianos peninsulares estaban entre los intereses de estos monjes y personajes gascones, pero no explican la presencia de un noble normando en el condado de Barcelona a comienzos de los años veinte del siglo XI. Su nombre era Rogelio de Tosny y por esas fechas lo encontramos al servicio de la condesa Ermesinda de Barcelona (972-1058) —viuda de Ramón Borrel II desde el año 1017 y madre de

Berenguer Ramón I—, quien a la muerte de su hijo en 1035 afianzó su poder, convirtiéndose en la verdadera señora de estos territorios hasta que se retiró en 1056 al castillo de Besora, dejando entonces el condado en manos de su nieto Ramón Berenguer I (1023-1076).

Para atraer al noble normando y a sus tropas a la capital catalana, la condesa debió de ofrecerle parte del dinero de las parias, aunque su pertenencia a una de las grandes familias de Normandía y el destierro al que le obligó el duque Ricardo puede hacernos pensar que, además de la búsqueda de la riqueza, al noble normando le movieran también otros motivos, como el honor de la familia, la defensa de la Cristiandad y el sugestivo espejismo de la violencia y de la gloria militar, motivos todos ellos que, seguramente, explican que hubiera elegido venir a combatir a los musulmanes en el condado de Barcelona, y no a participar en los lucrativos saqueos que, como veremos, sus compatriotas llevaban a cabo asiduamente en la fachada atlántica peninsular. A pesar de todo, durante su estancia, que posiblemente se alargó durante diez años[5], el noble normando, tal y como nos indican las crónicas que recogen sus actividades, en particular la de Adémar de Chabannes, contemporánea a los hechos, y la de Claricus de Sens, escrita a principios del siglo XII, se dedicó a devastar y a ocupar ciudades y castillos y a participar en razzias y cabalgadas contra los sarracenos, generando tal clima de terror que los musulmanes se vieron obligados al pago de cuantiosos tributos a la condesa.

Según estas mismas crónicas, Tosny se habría casado con una hija de la condesa Ermesinda, un hecho que es puesto en duda por la mayor parte de los historiadores que, sin embargo, están de acuerdo en que su marcha fue provocada por una humillante derrota infligida por los musulmanes. El descalabro militar no causaría un gran pesar a la nobleza local que, como va a suceder habitualmente en toda la Península, siempre tuvo un cierto recelo a los «extranjeros», aunque fuera, como en este caso, un normando cristiano —el primero de una larga lista en participar en las campañas de la Reconquista ibérica— conocido por el nombre de Rogelio el Hispánico. Es posible que su

hijo Ralph fuera el segundo de los guerreros normandos, si damos por bueno el testimonio del cronista Ordericus Vitalis (1075-c. 1142) que lo sitúa en la Península pocos años después de haberlo estado su padre[6].

Tendrán que pasar más de cuarenta años para que volvamos a tener noticia cierta de la presencia de guerreros europeos luchando contra los musulmanes en la Península Ibérica. Esto no significa que durante ese extenso período no hubieran venido, seguramente lo hicieron con cierta regularidad si tenemos en cuenta las estrechas relaciones políticas y familiares que existían entre reyes y nobles a uno y otro lado de los Pirineos: un ejemplo lo constituye la controvertida incursión en tierras musulmanas de Sancho Mayor de Navarra (992-1035), acompañado de Sancho Guillermo de Gascuña y de Berenguer Ramón I de Barcelona (1005-1035), en una fecha entre 1028 y 1030. La noticia la da el cronista francés Adémar de Chabannes, que cuenta además que la incursión a los territorios de la taifa de Zaragoza fue un gran éxito militar, pero sobre todo económico[7].

Todo cambió en la primavera de 1064, cuando un gran ejército formado por amplios grupos de nobles del otro lado de los Pirineos, sobre todo de Aquitania, Borgoña y Poitou, pero también de Vermandois, Champaña, el sur de Italia y Normandía, salieron de la *Tierra Grande* —así llamaban algunos cronistas musulmanes a Europa—[8] para unirse a las tropas hispanas en la Península, entre las que no se encontraban —todo parece indicar que fue así— las del nuevo rey aragonés Sancho Ramírez (c. 1043-1094), pero sí las aportadas por el conde de Urgell, Ermengol III, y por el obispo de Vic, Guillem de Balsareny.

Es probable que este hecho fuera una reacción a la derrota y muerte del rey Ramiro I acaecida el 8 de mayo de 1063 en la fracasada conquista de la fortaleza musulmana de Graus, a escasos quince kilómetros de Barbastro. Como sabemos por las crónicas, la muerte del primer rey aragonés produjo un gran contratiempo para su reino y una fuerte conmoción en la Cristiandad allende los Pirineos, y por supuesto en Roma, de tal forma que sólo un año después se había organizado un ejército de guerreros europeos dispuesto al combate. En abril, estas tropas ya

saqueaban la comarca de Huesca y en junio ponían sus miras en la toma de la pequeña ciudad de Barbastro, un lugar elegido no por casualidad, sino porque probablemente no estaba comprometido con ninguno de los bandos musulmanes enfrentados en ese momento —a saber, los partidarios de los Banu Hud de la taifa de Zaragoza frente a los del gobernador de Lérida, Yusuf b. Sulayman al-Muzaffar—. Barbastro gozaba de cierta importancia estratégica al estar situada en el camino que llevaba a Lérida, lo que permitía atacar con garantías de éxito los *castra* musulmanes del valle del Cinca, objetos de interés de aragoneses y catalanes: «salió en su tiempo un grupo de cristianos con unos diez mil caballeros cristianos, hacia el país de los muslimes y sitiaron la ciudad de Huesca, en esta Marca Superior y se mantuvieron sobre ellas unos días. Luego levantaron el campamento de ella y marcharon por el país de los musulmanes en la Marca, hasta que vinieron a sitiar la ciudad de Barbastro», nos cuenta el cronista musulmán Ibn ‘Idārī[9].

Los guerreros cristianos tomaron la ciudad y la alcazaba en el mes julio en una acción que no fue un ejemplo de la «violencia piadosa» que se esperaba después de una rendición. Muy al contrario, se produjo una matanza de la que se hicieron eco sobre todo las fuentes musulmanas, alguna de las cuales da cuenta, de forma retórica y conmocionada, del enorme número de combatientes cristianos que entraron en Barbastro —«no los podía contar sino Dios»—, de los más de cuarenta mil combatientes musulmanes muertos entre jinetes y peones, y del pillaje al que se entregaron, que incluía las mujeres y niños, posteriormente vendidos como esclavos[10]. Un monje cronista contemporáneo, Amato di Montecassino, reprochaba a los soldados de Cristo que tomaron Barbastro la conducta que habían tenido y les anunciaba que caería sobre ellos el «justo juicio de Dios»[11]. Y parece que acertó el cronista, porque solamente nueve meses más tarde los musulmanes volvieron a ocupar la ciudad. Sin embargo, 1064 quedaría para siempre en la memoria de los combatientes cristianos de allende los Pirineos, tanto como para que calles de Reims y Poitiers fueran bautizadas con el nombre de la ciudad aragonesa, que aún hoy conservan, y un cantar de gesta

francés del siglo XIII —*Le Siège de Barbastre*— evocara la epopeya de la conquista, recuerdos que significativamente pasaron al olvido en la tierras peninsulares.

La toma de Barbastro ha suscitado grandes debates y ha sido objeto de todo tipo de consideraciones por la historiografía medieval[12] a propósito de la mayor o menor presencia militar franca en la Península puesta de manifiesto en una carta que el papa Alejandro II (muerto en 1073) había enviado al *Clerus Vulturnensis* a finales de 1063 con el significativo ofrecimiento de conceder indulgencias a los que murieran en combate en Hispania: «penitentian eis levamus et remissionem peccatorum facimus». La misiva papal ha sido valorada de muy diversa manera por los historiadores: algunos ponen en entredicho su fiabilidad, sobre todo la cronológica, niegan además que la carta fuera dirigida a combatientes y sí, por el contrario, a simples peregrinos, considerando la expedición y toma de Barbastro como un episodio de carácter menor en el mismo sentido que lo fueron otras muchas expediciones de finales de siglo XI. A juicio de estos estudiosos solamente después del llamamiento de Clermont la guerra en la Península, hasta entonces una guerra económica y política, se convertiría en una guerra sacralizada, plenamente alumbrada de religiosidad: fue entonces cuando se inició, a su juicio, la Reconquista[13].

Diferente es la opinión de quienes piensan que la carta es verídica porque el argumento que recoge es coherente con la situación del momento y además, como señaló hace años José Goñi Gaztambide, aunque no se puede demostrar que la carta tuviera que ver con Barbastro, tampoco se puede demostrar que no se refiera a ella[14]. El mismo problema de fiabilidad tienen otras dos cartas de Alejandro II, probablemente enviadas en fechas próximas a la anterior, dirigidas a los obispos de *Hispania* y al arzobispo de Narbona, en las que el papa recordaba a los guerreros que se dirigían a la Península la expresa condena del derramamiento de sangre, excepto cuando el objetivo fuera castigar a los sarracenos por sus exacciones y a los criminales por sus pecados, lo que obviamente permitía a los combatientes cristianos actuar «militarmente» sin las

consecuencias morales que hasta entonces había tenido la utilización de la violencia[15].

Las discrepancias entre los autores también se plantean a la hora de determinar el grado de protagonismo papal en la expedición y su participación o no en la génesis de la misma. Algunas opiniones mantienen que la expedición de Barbastro fue promovida por Alejandro II, después del desastre de Graus, a través de un llamamiento a la nobleza sobre la que el papa ejercía una gran influencia. La convocatoria se enmarcaría en las propuestas del llamado reformismo gregoriano, que habían provocado un giro decisivo en la lucha contra el Islam y un rearme ideológico con el objetivo de restaurar los derechos de la Iglesia y conseguir la paz definitiva entre cristianos a través de una inmensa «Tregua de Dios», una operación de disciplina de la caballería que pondría paz y orden y les proporcionaría un nuevo enemigo, el Islam, el nuevo Satanás[16]. Además, como acabamos de decir, el reformismo sacralizó la violencia a través del concepto de Guerra Santa reconquistadora, que tendrá en la toma de Barbastro, en 1064, su primera manifestación —una *llamarada* como la define algún autor— y su forma definitiva con el llamamiento de Clermont y la movilización de grupos importantes de la nobleza occidental, como también ocurrió en la ciudad aragonesa.

Según otra hipótesis, la iniciativa de la expedición que terminaría arrasando Barbastro fue en exclusiva de estos grupos de nobles. Sus motivos fueron varios, algunos sencillamente de índole material, como conseguir grandes botines y riquezas, otros —es el caso de algunos de los participantes hispanos— por un sentimiento de rechazo al Islam que existía ya en el siglo X, pero que a partir de mediados del siglo XI, en concreto de la década de los cuarenta, se manifiesta con violencia creciente convertida ya en una guerra sacralizada con ribetes cruzados. Esta ideología antimusulmana habría atravesado entonces los Pirineos para ser acogida por una nobleza franca con la que la monarquía y la nobleza aragonesa mantenía estrechas relaciones, familiares en algún caso. Para los ultramontanos, la intervención en la Península se veía como actividad

moralizante y una obligación relacionada con el honor familiar y también con el placer de la violencia. Como quiera que fuera, los motivos y los objetivos que se pretendían formaban parte de una ideología que Carlos Laliena no ha dudado en definir como un modelo de Guerra Santa secular, influida por los patrones culturales de la nobleza laica como la fidelidad, la solidaridad, etc.[17] La expedición habría contado con el beneplácito y la implicación de Alejandro II —la carta al clero de Volturno lo confirmaría—, ya que estaba interesado en la guerra en la Península a la que no dudó en contribuir sacralizándola con un profundo aroma cruzado[18]. Además, influyó probablemente para que muchos nobles próximos a él se embarcaran en la expedición, en particular, como señala Laliena, los nobles de la Italia normanda y los de Aquitania; en definitiva, aquélla habría sido una campaña organizada por la nobleza del otro lado de los Pirineos con la connivencia del papa y la colaboración de los dirigentes locales de las riberas del Ebro[19].

En cualquier caso, resulta llamativo, como hemos visto, el protagonismo que las crónicas musulmanas —las únicas que recogen los hechos de Barbastro a excepción del citado Amato di Montecassino y de la *Crónica de Saint Maixent* —[20] y la documentación papal atribuyen a la nobleza ultrapirenaica frente a las escasas noticias que tenemos de la participación de los nobles y dirigentes peninsulares, que queda patente en el hecho significativo de no saber si realmente estuvieron presentes «institucionalmente» las tropas del rey aragonés Sancho Ramírez, en teoría el principal implicado y beneficiado con la expedición. Sí conocemos, en cambio, el nombre de la mayoría de los nobles que cruzaron los Pirineos, a cuya cabeza, en todos los sentidos, se encontraba el duque Guillermo VIII de Aquitania (1023/1025-1086), el famoso Gui-Geoffroi, conde además de Poitiers, cuya ascendencia (junto a la de Alejandro II) sobre la nobleza francesa arrastró a muchos de sus integrantes a movilizarse, entre ellos el vizconde poitevino Aimery de Thouars; el borgoñés Thibaud de Semur, conde de Châlon; Hilduino III de Ramerupt; Godofredo de Anjou, cuya participación la da por cierta la *Crónica de Saint-Maixent*; y los normandos Roberto Crispin, del

que algunas fuentes destacan que había sido jefe militar de Alejandro II en Campania, y Walter Giffard, lord de Longueville, más conocido por el significativo nombre de Giffard de Barbastro[21].

Todos ellos se encontraban además inmersos en la universal «Romanidad» de Alejandro II y en los contornos ideológicos del llamado reformismo gregoriano, una especie de teocracia pontificia con efectos limitadores para las monarquías que difícilmente podría aceptarse en la Península, donde reyes, nobles e Iglesia se encontraban hacía tiempo imbuidos de una filosofía reconquistadora de frontera que proporcionaba realidades e ideas tan poderosas como la memoria gótica, la «salvación», la identidad y la legitimidad, todo ello en una perfecta racionalización de intereses políticos, sociales y religiosos de los pueblos peninsulares.

Después de Barbastro y antes de 1096

Aun así, en ocasiones, los reinos aceptaron, siempre por debilidades internas de sus monarcas, el protagonismo papal que ansiaba el regreso de Hispania a la jurisdicción romana. Un ejemplo lo constituye sin lugar a dudas la fracasada expedición de 1073, diseñada entre los últimos días de Alejandro II y primeros de pontificado de Gregorio VII (c. 1020-1085), a cuya cabeza se encontraba el conde Ebles de Roucy, un gran aliado de Roma. La historia de esta fracasada expedición había comenzado cinco años antes, en 1068, cuando el rey Sancho Ramírez, el más débil de los monarcas peninsulares, peregrinó a la Ciudad Santa buscando un acuerdo con el papa Alejandro II para romper el aislamiento político al que le tenían sometido los monarcas de Navarra y Castilla y los condes catalanes. El respaldo papal conllevaba importantes contrapartidas, como el hecho de que el rey se reconociese vasallo de la Santa Sede, la superioridad directa de Roma sobre los obispados aragoneses, admitir el rito romano en los cenobios del reino y, lo que era más importante, declararse *Miles Sancti Petri* como lo habían hecho los normandos sicilianos y los ingleses de Guillermo el

Conquistador (1028-1087): en fin, una puerta abierta a la intervención militar romana en el reino. Esto último es lo que explica la expedición de 1073 preparada por Ebles de Roucy —cuñado del rey Sancho Ramírez— con el argumento de que el *regnum Hyspanie* era propiedad de la Sede Apostólica. Además, el papa hacía un llamamiento a la participación de cualesquier *milites* que reconocieran su sometimiento a la sede de San Pedro y revelaba un pacto con el conde de Roucy por el que éste poseería las tierras que consiguiera conquistar a los musulmanes.

Probablemente, ésa fue la razón de que no se llevara a cabo la expedición: una asfixiante relación que debió provocar inquietud en el rey de Aragón, que veía peligrar su máximo objetivo, la política de reforzamiento del poder monárquico. El fracaso de la expedición causó un profundo malestar en el papado, como podemos colegir por el contenido de una serie de cartas dirigidas a los monarcas, condes y otros príncipes peninsulares recordándoles la inconsistente fragilidad del poder terrenal de los monarcas y la primacía de Roma, y reclamándoles el poder temporal sobre todas las tierras peninsulares. El desasosiego del monarca aragonés se convirtió en tensión y en cierto distanciamiento, de tal forma que, a finales de la década de los setenta, Gregorio VII, a través del legado apostólico Ricardo de San Víctor, le recordaba al monarca aragonés sus obligaciones por el vasallaje contraído y muy poco después, en 1080, Sancho Ramírez impedía una nueva expedición de Guillermo VIII de Aquitania[22].

Fuera o no por estos y otros desencuentros, el caso es que el papado en contadas ocasiones volvió a hacer alusión a sus derechos sobre *Hispania*, pero además, en la década de los ochenta, se reformularán las relaciones entre el papado y el reino de Aragón. Es verdad que Sancho Ramírez volvió a Roma para reiterar su vasallaje en 1088, seguramente por el temor a la política hegemónica que pretendía ejercer Alfonso VI (1040-1109) en toda la Península, pero para entonces las circunstancias habían cambiado, la monarquía aragonesa había consolidado la anexión de Navarra y Gregorio VII había comprendido a estas alturas que la Península poseía un contexto y una ideología específica.

El más consciente de todos los monarcas peninsulares sobre la especificidad de los reinos peninsulares fue Alfonso VI, proclamado emperador en 1078 por la legitimidad que le habían transferido los reyes godos, herederos a su vez de la legitimidad del Imperio Romano: el paso directo de la *romanitas* a la *hispanitas* de la que había hablado san Isidoro. Es probable que con su proclamación como *Imperator totius Hispaniae*, el rey diera respuesta a la citada carta de Gregorio VII de un año antes, en la que el papa reformista reclamaba todo el poder sobre las tierras de Hispania. Alfonso VI nunca aceptaría la sumisión al papa como había hecho Sancho Ramírez: frente a la Romanidad, la Cristiandad, no ser soldado de Roma, sólo de Cristo[23], aunque para eso tuviera que entrar en una cierta contradicción y aliarse en igualdad de condiciones con Cluny, *coniunctio*, lo denominó el cronista Gilo de Túsculo, biógrafo de Hugo de Cluny. Con el acuerdo, Alfonso VI podría legitimarse al otro lado de los Pirineos y frente a Roma como emperador y reivindicar la Reconquista hispana como una Guerra Santa propia, a pesar de que tuviera que ceder en el cambio de rito, el mozárabe por el católico europeo, algo que produjo malestar en el clero, que veía en el mozarabismo su principal ligazón con el pueblo, una seña de identidad a la que ahora tendría que renunciar. A través de este acuerdo pudo llegar a Castilla la «nobleza cluniacense» y participar en los proyectos reconquistadores del emperador, sobre todo en la defensa del reino frente al avance almorávide. Ésa podría ser la explicación de la presencia de «muchos francos de la parte de los Alpes» en la batalla de Sagrajas (Zalaca) en 1086[24] como consecuencia del llamamiento que hizo el rey Alfonso VI para la defensa del reino —algunos autores lo consideran un llamamiento a una cruzada hispánica— frente a la invasión almorávide: «los bárbaros arrasaron a los cristianos y ocuparon parte de sus tierras, pero el rey Alfonso mandó pedir ayuda a todos los países, y cada una de las tierras cristianas le mandó ayuda, luchando y matando a la gente bárbara». Llama la atención que, con la excepción del *Chronicon Lusitanum*, la presencia de tropas francas sea glosada solamente por crónicas foráneas como la *Crónica Anglo-Sajona*, repetida en la *Historia Anglorum* de Enrique Huntingdon, y los

Anales de Waverley[25], lo que nos hace pensar en algo que ya hemos repetido con anterioridad: la diferente visión y valoración que tenían de la Reconquista y sus hechos los peninsulares y los que venían del otro lado de los Pirineos.

Es posible que estas mismas tropas estuvieran en 1087 en el infructuoso asedio de Tudela, dirigidas, entre otros nobles franceses, por Eudes I (c. 1058-c. 1102), duque de Borgoña, cuñado de Alfonso VI; probablemente también por Raymond de Saint-Gilles (Raimundo IV), conde de Toulouse y marqués de Provenza (c. 1042-1105), casado con Elvira, hija del rey Alfonso VI, que se unió a la Primera Cruzada y de la que pretendió ser el jefe a la cabeza de un gran ejército del Midi francés; su hermanastro Hugo de Lusignan; el normando Guillermo *le Charpentier*, vizconde de Melun; Raimundo (1070-1107) y Enrique de Borgoña (1066-1112), futuros yernos del rey Alfonso VI y protagonistas activos en el devenir de los reinos peninsulares, o el conde Renaud, que dejó por escrito su ruego a Dios de que le concediera un feliz viaje a Hispania y que «concediera la victoria al pueblo cristiano». Junto a todos ellos, Alfonso VI de Castilla y Sancho Ramírez de Aragón, que aprovechó el cerco para rendir homenaje al rey de Castilla por las tierras de Navarra y del que Reilly dice que se alegró del fracaso cristiano, porque la toma de la ciudad hubiera significado que pasara a formar parte de los dominios del rey de Castilla[26]. En cualquier caso, unos y otros, cansados y frustrados, levantaron el asedio y desaparecieron de las cercanías de Tudela en la primavera del año siguiente, Alfonso VI se volvió a Castilla, y los guerreros ultramontanos a sus tierras del otro lado de los Pirineos: ya no volverían hasta después del llamamiento de la Primera Cruzada en 1095. Al año siguiente, Sancho Ramírez rehusó la ayuda familiar de Guillermo de Aquitania, lo que sin duda habla una vez más de la disponibilidad de estas fuerzas ultrapirenaicas para la guerra del sur[27].

Es el momento de las conclusiones sobre este primer período, y la primera y la más importante de todas se refiere al poco espacio que crónicas y documentación peninsular dedican a la presencia de guerreros cristianos ultramontanos en la Península Ibérica, si tenemos en cuenta además que habían trascurrido más de

doscientos años desde la invasión musulmana. Los datos provienen en su mayoría —aunque tampoco son muy explícitos— de crónicas foráneas y es en ellas donde podemos entrever los resortes mentales e ideológicos de los guerreros ultramontanos en la Península, una mezcla de solidaridad estamental y religiosa modificada por la revolución gregoriana y su universalismo sacralizador —la Romanidad aún no del todo perfilada en su trascendencia ideológica— que, en *Hispania* sobre todo, afectó en estos primeros momentos a su unidad litúrgica, importante para impedir cualquier posibilidad de independencia eclesiástica de la que seguramente hubo algún intento, pero no para el objetivo principal: la consolidación de unos reinos que nunca aceptaron formar parte del patrimonio de Roma, que nunca se creyeron la donación de Constantino.

Lo que también parece obvio, y ésta es la segunda conclusión, es que desde la segunda mitad del siglo XI la presencia del fenómeno de la Reconquista peninsular empieza a ser tomado en cuenta en Roma, sobre todo porque su ideología local tiene eco al otro lado de los Pirineos y eso podría ser comprometido para el reformismo gregoriano. En ese sentido, el papado intentaba impedir en los reinos hispanos —mediante la eliminación del mozarabismo o negando la posibilidad de una única sede apostólica propia en Santiago— lo que trataba de conseguir con su programa reformista, la unión total y definitiva de las dos espadas, la de Dios y la secular.

CAPÍTULO III

CRUZADOS EN LA RECONQUISTA HISPANA (1096-1217)

Apenas iniciada la expedición que culminó con la conquista de Jerusalén, comenzaron a llegar a la Península Ibérica cruzados europeos con el ánimo de involucrarse en la guerra contra el Islam que encabezaban los monarcas hispánicos en sus fronteras. El fenómeno, por supuesto, no era nuevo, puesto que, como hemos visto, engarzaba con una tradición que ya duraba décadas, pero estos combatientes llegaban ahora bajo el mismo marco ideológico, espiritual y jurídico que amparaba a aquellos otros cruzados que se dirigían a Tierra Santa. A los ojos de la corte romana, pero también a los de los miles de guerreros que cruzaron el Pirineo o se embarcaron en distintos puertos de Europa con destino a las fronteras ibéricas, convertidas ahora en las fronteras occidentales de la Cristiandad, la Península Ibérica se había transformado en un «frente específico cruzado», un lugar a donde viajar para combatir al infiel, defender la fe o recuperar de manos inicuas las tierras que alguna vez habían pertenecido a los cristianos.

Al calor de la Primera Cruzada

Como ya hemos señalado, el martes 27 de noviembre de 1095, un día antes que terminara el Concilio, el papa Urbano II (1042-1099) predicaba, con toda solemnidad y ante una gran muchedumbre, un sermón en el exterior de la

catedral de Clermont que llegaría a cambiar profundamente el paisaje mental, ideológico e incluso social del mundo medieval. Desconocemos las palabras exactas porque no existe ninguna copia del sermón y los testimonios de los cronistas presentes, Balderico de Bourgeil y Roberto el Monje, fueron escritos años después de ese momento e incluso posteriormente a la toma de Jerusalén en 1099, lo que, obviamente, plantea serias dudas sobre la exactitud de sus apreciaciones, como pone de manifiesto el primero de los cronistas cuando señala que «el apostólico señor pronunció su sermón en estas palabras, o en otras parecidas»[1].

Lo que no admite duda son los graves problemas que tenía el papado en esos momentos, en disputa con reyes y emperadores a propósito de cuestiones de gran trascendencia, como el derecho de investidura de los obispos que reclamaba el papado frente a la aspiración de los monarcas, o las querellas con la Iglesia ortodoxa griega que venían de lejos y que habían provocado un cisma al que Urbano II quería dar una solución[2]. Pero, además, un fuerte desarrollo económico, desde mediados del siglo XI, había provocado la superpoblación de algunas zonas rurales del Occidente europeo, sobre todo en Francia, Países Bajos o el valle del Rhin, y la consiguiente huida en masa de los campesinos a las ciudades a la búsqueda de trabajo en una industria que estaba naciendo y que se mostró incapaz de absorber buena parte de esa población. El resultado fue la caída en la miseria de grandes multitudes que buscaron entonces la salvación y una vida digna siguiendo a los numerosos predicadores que anunciaban la Jerusalén celestial y un radical igualitarismo social.

El llamamiento de Clermont tuvo la virtud de proponer una salida global a todas estas cuestiones con un discurso inteligente e interclasista y con propuestas que los cronistas que allí estuvieron destacan en mayor o menor medida, de acuerdo, probablemente, con sus ideas y perspectivas personales: ayudar a los cristianos orientales, conquistar la Jerusalén eterna y los Santos Lugares — cuestiones ambas que llenaban de gozo a unos caballeros condenados hasta entonces por su utilización de la violencia y que ahora podían ejercerla sin

miedo alguno, con el beneplácito y la admiración de los que hasta hacía poco los habían condenado, pero que ahora veían en ellos a la auténtica *militia Christi*—y, por último, reforzar las posiciones políticas e ideológicas oficiales de la Iglesia con un llamamiento indiscriminado al compromiso cruzado de toda la sociedad cristiana occidental. Urbano II había dado forma definitiva al reformismo gregoriano, concibiendo un verdadero pensamiento político no exento de un trasfondo teológico cuyo eje central fue, desde el primer momento, el triunfo del monoteísmo cristiano y de la Romanidad.

Las palabras de Urbano II pidiendo a los presentes y a los ausentes que marcharan sobre Jerusalén se oyeron en toda Europa, príncipes y nobles acudieron al llamamiento, y también lo hicieron, en pos de su propia supervivencia, miles de personas que seguían a Pedro el Ermitaño. La urgencia por ir al encuentro de la tierra prometida adelantó la salida de estos últimos en unos meses, fijada por Urbano II para el 15 de agosto de 1096. Sobre esa fecha se puso en marcha la Cruzada oficial, a cuyo frente iban, entre otros, Bohemundo de Tarento; Raimundo de Saint-Gilles; Roberto, duque de Normandía; otro Roberto, en este caso conde de Flandes; Godofredo de Bouillon; Esteban de Blois, y Gastón IV de Béarn, quien empezó siendo un cruzado más pero terminó como encargado de regular la utilización de las máquinas de guerra en la toma de la ciudad santa de Jerusalén. Quizás alguno de ellos en algún momento de la expedición, que muchos consideraban también una peregrinación, pudo leer este párrafo del libro de Ezequiel: «vendrás desde tus moradas, de los confines del Norte, tú y contigo pueblos numerosos, todos ellos montados a caballo, una gran muchedumbre, y un ejército numeroso» con el que reforzar sus creeencias e intentar transformar el mundo. Tres años más tarde, el 14 de julio de 1099, las tropas de Godofredo de Bouillon (c. 1060-1100) entraron en Jerusalén, aunque al cabo de un mes ya tenían que enfrentarse a un ejército de socorro que el régimen fatimí había enviado para liberar la Ciudad Santa. Los musulmanes fracasaron, pero sabemos que sólo era cuestión de tiempo que la ciudad tres veces santa volviera a manos del Islam.

¿Qué efectos inmediatos tuvo esta Primera Cruzada y cómo repercutió el espíritu cruzadista en el ánimo de las expediciones que se dirigieron a la Península en estos primeros años de guerra divinal? Debe presumirse que los guerreros ultramontanos, convertidos ya en cruzados, llegaban imbuidos del mismo espíritu y los mismos objetivos que los que habían participado en la toma de la Ciudad Santa. Es lo que parece desprenderse de una carta que Urbano II dirigió en 1098 al rey aragonés Pedro I (c. 1068-1104), en la que el pontífice equiparaba las victorias en Oriente a las hispanas: «Dios ha aliviado los sufrimientos del pueblo cristiano; en nuestros días ha vencido por medio de las fuerzas cristianas a los turcos de Asia y a los moros en España, y ha devuelto al culto de la Cristiandad ciudades en otro tiempo célebres, entre ellas, Huesca». Se refería el papa de Cluny con esta última alusión a la victoria cristiana en la batalla campal de Alcoraz, que precedió unos días a la toma de la ciudad aragonesa en noviembre de 1096 y en la que, según la *Crónica de San Juan de la Peña*, los musulmanes tuvieron treinta mil bajas, una cifra a todas luces exagerada. Fue en esta famosa batalla cuando tenemos constancia de la primera aparición de cruzados en la Península después del llamamiento de Clermont, aunque a decir verdad no parece que la presencia fuera significativa. El único dato que poseemos es que los obispos de Burdeos, Lescar y Olorón, así como el abad de Saint-Pons de Thomiéres, de nombre Frotarzo, estuvieron presentes en la consagración de la catedral de Huesca que tuvo lugar poco después de la batalla y de la toma de la ciudad, sin que podamos saber si estuvieron acompañados o no por otros cruzados ultramontanos[3].

Tres años después, en el invierno de 1099, las tropas del rey Pedro I ponían cerco a la ciudad de Barbastro. La capitulación y conquista de lo que en principio debía ser la ocupación de una emblemática ciudad, pero a la que las crónicas hispanas no le dan un tratamiento especial, se produjo en el mes de octubre del año siguiente, después de que los ejércitos aragoneses cortaran las comunicaciones musulmanas con Fraga y Lérida con la ayuda de tropas gasconas. Este último dato no está contrastado, aunque Reilly lo extrapola del

nombramiento como obispo de la ciudad de un exmonje francés de nombre Pons de Saint-Pons de Thomières y de las donaciones de extensas propiedades que Sainte-Foy de Conques y Saint-Gilles de Provenza recibieron del monarca aragonés[4].

Tampoco es segura la presencia de cruzados del otro lado de los Pirineos en la expedición depredadora que llevó a cabo Pedro I contra Zaragoza en el año 1101. En esta acción, el rey portaba el *vexillum Christi* y con él, y al grito de «Dios lo quiere» —el grito de guerra de los cruzados—, se presentó ante las puertas de la capital aragonesa, acompañado de seiscientos caballeros. El testimonio pone de manifiesto que la ideología cruzadista había calado en Pedro I, como lo prueba también el hecho de que en estas fechas expresara el firme propósito de «tomar la cruz para ir a tierras de Jerusalén», propósito del que sería disuadido por Urbano II, que reiteraba en sus bulas, una y otra vez, la prohibición a los peninsulares de acudir a Tierra Santa[5].

Obviamente, no podemos dudar de los deseos cruzadistas del rey de Aragón, pero es cierto que surgieron en el momento en que necesitaba la ayuda papal para proseguir su política de consolidación monárquica y de expansión frente al Islam, y también frente a la política imperial de Alfonso VI (1047-1109), circunstancia, esta última, que llevó incluso al rey aragonés a apoyar a Rodrigo Díaz de Vivar, *el Cid*, en su enfrentamiento con el monarca castellano. La preocupación del aragonés hacia su vecino era compartida por el papa, que desconfiaba de la política «independentista» de Alfonso VI respecto a la Santa Sede. Un ejemplo de la reserva papal hacia éste lo constituye el proyecto de conquista y restauración de la antigua sede visigoda de Tarragona a partir del año 1090, con el que buscaba minimizar la primacía de Toledo y que sólo se vería detenido por el empuje almorávide y, sobre todo, por el llamamiento de Clermont en 1095. Son estas y otras cuestiones internas las que le hacen pensar a Lawrence McCrank que la Reconquista tuvo poco que ver con el movimiento cruzado hasta principios del siglo XII (1102-1105 y 1114-1115), cuando la Yihad almorávide forzó un cambio en la filosofía del reino de Aragón y de los

condados catalanes[6].

Teniendo en cuenta lo anterior, tal vez no sea una casualidad que durante el tiempo que duró la Primera Cruzada no encontremos testimonio de ninguna expedición cruzada a Castilla, ni siquiera posteriormente, ya en plena campaña almorávide, o cuando tuvo lugar el desastre de Uclés de 1108, en el que murió don Sancho, heredero al trono de Castilla, o incluso al año siguiente, cuando falleció el emperador en Sahagún. Habrá que esperar hasta mediados de siglo XII para tener los primeros datos de esa participación. De estos hechos podemos colegir la diferencia entre los dos reinos con respecto a la estrategia reconquistadora y la presencia cruzadista papal, lo que nos obliga a seguir la historia de los cruzados en los reinos peninsulares de forma independiente.

«La batalla del Ebro»

El éxito de la conquista de Jerusalén en 1099; el ambiente de entusiasmo que tuvieron que levantar en toda Europa las noticias que llegaban sobre la victoria en Oriente; la vuelta a sus hogares, como prestigiosos veteranos de guerra, de muchos de los guerreros que habían participado en la Primera Cruzada; el acceso al trono aragonés de un monarca fuertemente influido por los principios cruzadistas, junto a otros factores tradicionales, como las solidaridades familiares y vasalláticas que ligaban a las casas nobiliarias a uno y otro lado de los Pirineos, fueron circunstancias que confluyeron en Aragón en la primera década del siglo XII y que provocaron el desarrollo de uno de los más importantes ciclos de intervención de cruzados europeos en la Península, tanto por su duración —casi tres décadas seguidas—, como por su incidencia en la expansión de los reinos cristianos del norte. La conquista de Zaragoza puede simbolizar, por sí misma, el triunfo del reino de Aragón y el peso militar de la aportación foránea en la Reconquista hispana durante aquellos años, pero no debemos olvidar que fue todo el valle del Ebro el que cambió de trayectoria histórica con aquella sacudida.

En septiembre del año 1104 fallece Pedro I, cuando se dirigía a guerrear al valle de Arán. Le sucede su hermano Alfonso I (c. 1073-1134), al que la historia dará el nombre de *el Batallador*, que continuará con las mismas aspiraciones territoriales y políticas y la misma ideología cruzadista del monarca anterior, a lo que habría que añadir un rigorismo religioso de carácter casi místico y un rudo carácter militar del que se hacen eco las crónicas. Al comienzo de su reinado, Alfonso I llevó a cabo una gran ofensiva contra la taifa de Zaragoza que se saldó con la conquista de las villas de Ejea de los Caballeros y Tauste en la primavera de 1105 (algunos historiadores piensan que estos hechos pudieron producirse un año después)[7], Balaguer en el otoño de ese mismo año y dos años más tarde Tamarite, San Esteban de la Litera y las fortificaciones aledañas. El propósito de estas ocupaciones era sobre todo estratégico, ya que estas villas —especialmente Ejea, la *Siya* islámica, una pequeña ciudad, pero con una importancia capital para la defensa de la Marca Superior de al-Andalus— eran imprescindibles para conseguir el inexcusable objetivo de ocupar la ciudad de Zaragoza. Parece probable que entre las tropas que asaltaron las citadas villas hubiera cruzados francos, si tenemos en cuenta las relaciones con los dirigentes políticos del sur de Francia, sobre todo del Languedoc y Toulouse, aunque es verdad que únicamente contamos con una crónica que menciona la presencia en Ejea de los vizcondes de Bigorra y Gavaldán[8] y un documento —sobre el que existen dudas — que además de contarnos las dificultades y peligros que para Alfonso I supuso la ofensiva, alude a la muerte de un tal Cic de Flandes y de cinco de sus hijos por defender la vida del monarca[9].

En esta cotidianeidad reconquistadora, en principio tan alejada de la efervescencia ideológica que parecen tener las llamativas acciones cruzadistas, contemplamos la batalla de Valtierra, el 5 de julio de 1110, en la que Alfonso I contó con la ayuda de las tropas de su mujer, la reina de Castilla doña Urraca (1082-1126), y con las del conde franco Enrique de Chalons, del que poco más sabemos. La contienda se debió a la ofensiva musulmana de Áhmat al-Mustain II, con la que la dinastía hudí quería reafirmar su autoridad frente a cristianos y

almorávides, pero que a la postre supuso un paso más en el objetivo de conquistar la ciudad de Zaragoza[10].

Siete años más tarde, Alfonso I, después de abandonar toda esperanza de proclamarse rey de Castilla y León, pensó que había llegado el momento de cumplir tal objetivo. Los preparativos de la expedición recuerdan mucho a la toma de Barbastro: un llamamiento papal para que los combatientes se dirigieran hacia el Ebro realizado por Gelasio II (c. 1060-1119) en el Concilio de Toulouse, con honores de Cruzada, en la primavera de 1118, y el notorio interés por intervenir que mostraron los diferentes príncipes y señores ultramontanos a causa de su espíritu cruzadista, pero también de los intereses políticos y las vinculaciones familiares y pactos de vasallaje que se habían establecido entre la nobleza del otro lado de los Pirineos y la monarquía aragonesa. Por el contrario, la diferencia más notable con Barbastro fue que en la conquista de Zaragoza la iniciativa corrió a cargo del monarca aragonés y no del papa —con el que por cierto existía una cierta tirantez en esos momentos— o de los cruzados ultrapirenaicos: «Alfonso envió mensajeros a la tierra de Afranya, convocando a todas las naciones cristianas», leemos en la crónica árabe de al-Makkari[11]. Además, y a pesar de que los testimonios de la presencia de guerreros franceses los encontramos, como en Barbastro, en crónicas foráneas —la *Crónica de Saint Maixent*—, la excusa de su participación ahora no tiene el perfil tan marcadamente cruzadista que tuvo en Barbastro.

Una última diferencia consiste en que no parece que hubiera un liderazgo único en las tropas foráneas, si bien algunos de los que se encontraban frente a Zaragoza —«como enjambres de langostas y hormigas» (los describe el cronista Alī ibn Abī Zar')— habían tenido un importante protagonismo en la Primera Cruzada. Nos referimos a los gascones Gastón de Béarn y su hermano el vizconde Céntulo de Bigorra, primos del *Batallador* que probablemente tenían su residencia en Aragón desde hacía años, y al normando Rotrou de Perche, conde de Mortagne, también primo de Alfonso *el Batallador* y un verdadero héroe para las crónicas francesas. A este último le acompañaban Robert

d'Aguiló, conocido por el nombre de Robert Burdet, Rainaud de Bailleul y Gautier de Gerville. También acudieron a Zaragoza el vizconde de Carcasona y Béziers, Bernard Atón, que antes de partir había hecho testamento porque «iba a servir a Hispania contra los sarracenos»; en parecido términos se expresó Berenguer, vizconde de Narbona. Otros altos personajes que participaron fueron los normandos Bernard I, conde de Comminges; Pierre, vizconde de Gabarret; el vizconde Augier de Miramont, y Arnald de Lavendan[12]. Hubo otros personajes cuya participación merece destacarse por su celo religioso, como Español de Labourd, quien poco después de participar en la toma de Zaragoza se hizo monje; Bernard de Astarac, obispo de Auch; Guy de Lons, obispo de Lescar[13], y muchos más caballeros franceses que el cronista Al-Himyari cifra exageradamente en cincuenta mil[14].

La conquista de Zaragoza en diciembre de 1118 estuvo precedida, como era normal en la ocupación de grandes ciudades, por un largo y costoso asedio que había comenzado en el mes de mayo[15] y que requirió de aportes económicos extraordinarios, como el que procuró el obispo de Huesca para evitar un abandono generalizado de cruzados francos y peninsulares —«Et propter thesauros ecclesie sue quos idem episcopus libenter in ipsa obsidione extraneis et indigentibus expendit, ne fame coacti inde discederant»— y de alientos emocionales y espirituales igualmente extraordinarios, como el llamamiento que desde Alais hizo el 10 de diciembre Gelasio II prometiendo a los cruzados la vida eterna y la absolución de sus pecados, según el esfuerzo de cada uno. Las indulgencias se hicieron extensivas, por primera vez, a los que contribuyeran con sus donativos a levantar la Iglesia de la capital aragonesa, cuando se tomase, y a procurar el sostén del clero en ella[16].

Toda la historiografía está de acuerdo en que la ocupación de Zaragoza dio alas para que los ejércitos cristianos continuaran su ofensiva: el 22 de febrero de 1119 capituló, casi sin resistencia, la villa de Tudela y al mes siguiente lo hizo Tarazona, aunque en este caso la defensa musulmana parece que fue más decidida. En donde, con toda seguridad, participaron también cruzados franceses

fue en la batalla que tuvo lugar el 17 de junio de 1120 en la localidad de Cutanda, en la que 5.000 jinetes y 10.000 peones almorávides, venidos de Sevilla, Granada, Murcia, Molina y Lérida con el objetivo de impedir la toma de Calatayud y Daroca, se enfrentaron a un ejército aragonés de 12.000 mil jinetes y más del doble de peones, del que formaban parte 600 caballeros de la hueste de Guillermo VII de Poitou y IX de Aquitania —conde de Tolosa entre 1098 y 1100 y lo volvería a ser de 1113 a 1124— como recoge la *Crónica de Saint Maixent* y los *Annales Compostelani*[17]. La derrota almorávide tuvo un efecto dominó, provocando la caída de Calatayud y Daroca, Monreal del Campo, Singra y Torrelacárcel, cerca de Teruel[18].

Con ello Alfonso I, al que algunos autores han considerado como el verdadero fundador del reino de Aragón, daba por finalizada la conquista de las cuencas alta y media del Ebro y dejaba despejada la vía hacia Levante. Lo curioso es que la siguiente acción cruzadista del rey *Batallador* se dirigió en el otoño de 1125 al sur, a Granada, al corazón de al-Andalus. Sus ejércitos contaban, según las crónicas, con 4.000 o 5.000 caballeros y 15.000 peones, entre ellos otra vez Gastón de Béarn y Rotrou de Perche. Después de nueve meses de incursión y de haberse detenido en Denia, Murcia, Guadix, Lucena, Málaga…, aunque nunca pudiera entrar en Granada, Alfonso I regresó a Zaragoza en la primavera de 1126[19].

Hacíamos referencia con anterioridad a las semejanzas y diferencias en las tomas de Barbastro y Zaragoza, y entre estas últimas no señalábamos lo que parece una significativa cuestión: a diferencia de Pedro I, que después de Barbastro no hizo ninguna clase de donación a los combatientes extranjeros, Alfonso I repartió cargos y tenencias entre los cruzados franceses. Entre ellos Gastón de Béarn recibió Zaragoza, Uncastillo y Monreal; a Rotrou de Perche se le donó Tudela, convirtiéndola en un centro de actividades científicas; a Céntulo de Bigorra, posesiones en Zaragoza y numerosas propiedades en el valle de Arán. Los tres, como otros cruzados más, terminaron asentándose definitivamente en el valle del Ebro y participando en la política del reino[20].

Algunos de ellos —Céntulo de Bigorra y el obispo Guy de Lesca— estuvieron en la defensa de Fraga acompañando a Alfonso I en 1134, en la que sería su más sonada derrota y la causa de su muerte que «llora desconsolada España entera», según relata un documento[21]. Estas relaciones de vasallaje que se establecieron entre el monarca y los cruzados eran una medida más con la que oponerse a las reivindicaciones papales de considerar la Península —y obviamente las tierras de Aragón— como parte del patrimonio de San Pedro.

El Mediterráneo catalano-aragonés

Pocos años antes de la conquista de Zaragoza, los condados catalanes se encontraban igualmente en un proceso de consolidación política que, lo mismo que en Aragón, contó con el apoyo del papado. El conde Ramón Berenguer III (1082-1131) vio en el Mediterráneo la oportunidad de expandir su territorio y de impedir que Alfonso II convirtiera el condado de Cataluña en una nueva Navarra. La ocasión de una apertura definitiva al *Mare Nostrum* se le presentó por la presencia de piratas y mercaderes musulmanes que, partiendo de las Islas Baleares, venían asolando desde hacía mucho tiempo el Mediterráneo occidental, constituyendo también un motivo de preocupación para las ciudades italianas, sobre todo para Pisa, la primera potencia naval cristiana del Mediterráneo. Se abría así un nuevo escenario para la participación de cruzados europeos en el ámbito hispánico: ahora, su procedencia era fundamentalmente de origen itálico, aunque por razones políticas y vasalláticas la presencia languedociana y del sur de Francia no fue despreciable, y el objetivo no era otro que las islas y las costas ibéricas del Mediterráneo occidental, dentro del área de influencia catalana o catalano-aragonesa.

Precisamente la ciudad de Pisa había conseguido en 1113 que Pascual II (c. 1050-1118) le diera el estatus de Cruzada al intento de conquistar Mallorca con el objetivo de liberar a los cautivos cristianos «que el cruel tirano de Bálea» mantenía en las prisiones[22].

Fue en ese contexto —teniendo en cuenta además que los musulmanes habían llegado a las puertas de Barcelona en 1114— en el que la ciudad italiana buscó un compromiso con Ramón Berenguer III, que se materializó ese mismo año en un acuerdo. La llamada papal funcionó, y a pisanos y catalanes se le añadieron tropas procedentes de Roma y Luca, así como del sur de Francia, del Languedoc, Rosellón, Bézier y Nîmes, al frente de las cuales se hallaban miembros veteranos de la Primera Cruzada dirigidos por Guillermo V de Montepllier, del que sabemos que aportó cien caballos y una numerosa tropa; Eimeric de Narbona, y Raimundo Baucio, señor de Arlés. El número total de cruzados se ha calculado, tal vez exageradamente, en 20.000 y el de naves alrededor del centenar. En algún momento entre los meses de julio y agosto de 1114 invadieron la Isla de Ibiza. Al año siguiente fue ocupada Palma de Mallorca donde, después de liberar a los cristianos cautivos, los ocupantes pasaron a cuchillo a buena parte de sus habitantes. Sólo un año más tarde las islas volverían a estar en poder los almorávides, después de que un ataque de éstos sobre las tierras del conde de Barcelona desaconsejara a los catalanes tratar de permanecer en las islas: «cuando el enemigo supo de la salida de aquella flota [se refiere a las tropas enviadas por el emir almorávide], evacuó la isla […] Cuando llegó la flota [a Mallorca], los musulmanes hallaron la ciudad desierta, sus casas quemadas, negras, oscuras y cegadas»[23].

En realidad no era la primera vez que Pisa firmaba un acuerdo con un poder político peninsular para luchar contra los musulmanes ibéricos: ya, en 1092, Alfonso VI había solicitado su apoyo militar, si bien fuera del contexto cruzadista, para desalojar al *Cid* de las tierras levantinas y ocupar las ciudades de Valencia y Tortosa. La ayuda consistió, según el cronista Ibn al-Kardabus, en cuatrocientos barcos. Alfonso VI además pudo contar con el apoyo del rey de Aragón, Sancho I (c. 1043-1094), y del conde de Barcelona, Ramón Berenguer II, para la ocupación de la segunda de las ciudades[24]. En todo caso, la presencia de cruzados itálicos en el ámbito hispánico, en defensa sin duda de sus propios intereses económicos, pero al mismo tiempo prestando su apoyo, bajo el manto

de la Cruzada, a los monarcas cristianos peninsulares en su expansión hacia el sur, se repetiría varias veces en los siguientes años.

La década de los cuarenta del siglo XII fue excepcional en la historia de las cruzadas, y lo fue por la caída en manos del *atabeg* Zengi del condado franco-armenio de Edesa, en diciembre de 1144. Exactamente un año después, el papa Eugenio III publicaba una nueva bula de Cruzada —titulada *Quantum praedecesores*— dirigida al rey de Francia, Luis VII, que recogía la remisión de penas por pecados, la protección de bienes y otros privilegios cruzadistas. Con ella Eugenio III (nombrado papa en 1145 y muerto en 1153) daba respuesta a la petición de ayuda de los cristianos de Tierra Santa que reclamaban una urgente y contundente intervención de la Cristiandad. La petición fue hecha por una delegación de la Iglesia oriental enviada a Roma en el otoño de 1145 (Eugenio III la tuvo que recibir en Viterbo, ya que había huido de Roma debido a los problemas con el movimiento republicano de Arnaldo de Brescia) y a las cortes de Francia y Alemania. La delegación estaba encabezada por el obispo Hugo de Jabala (la antigua Biblos), quien, después de recabar ayuda, hizo mención por vez primera en Occidente a uno de los mitos imperecederos de la Edad Media, el Preste Juan. Según el obispo, era éste un príncipe y sacerdote nestoriano (cristiano entonces) cuyo linaje procedía de los magos mencionados en el Evangelio. Su reino, situado más allá de Persia y Armenia, era conocido por su riqueza y prosperidad, como lo demostraba el cetro de esmeraldas que habitualmente exhibía. Es probable que, en el imaginario medieval, el significado y la atracción que produjo este poderoso príncipe y la inmensa riqueza de su fantástico reino tuvieran el mismo efecto llamada que la Jerusalén celestial y el final de los tiempos de la Primera Cruzada, aunque es preciso señalar que el papa nunca hizo ninguna referencia a esta legendaria figura.

La primera bula papal de Eugenio III no tuvo el eco esperado en la Cristiandad occidental y tuvo que reiterarla en marzo de 1146, aunque ahora el contenido se vio matizado por la predicación cruzadista de un personaje excepcional, Bernardo de Claraval (1091-1153), quien, en la primavera de 1146,

se dirigió a la curia de Vézelay en la que se hallaba presente el rey Luis VII (1120-1180), su corte y una gran muchedumbre, con el grito de «Dios lo quiere». A partir de ahí se fueron sumando efectivos a la Cruzada, entre ellos el emperador Conrado III (1093-1152) que compartió la dirección con el rey de Francia. A Conrado III le acompañó su hijo Federico de Suabia (1122-1190), el futuro emperador Barbarroja, y los reyes de Bohemia y Polonia. Todos ellos —«inspirados por el espíritu del Dios peregrino», como los describió un participante, el cronista y noble Otón de Frisinga— partieron durante la primavera y el verano de 1147 y llegaron a Damasco el 24 de julio de 1148. Ese día comenzó el asedio, pero sólo cinco días después los cruzados abandonaron, un fracaso que algunos achacaron al emperador de Bizancio, Manuel Comneno (1143-1180), por no haber prestado ayuda a los ejércitos cristianos, y otros, los musulmanes, a la perfecta estrategia del santo rey Nur al-Din. En cualquier caso, los *frany alamanes* se volvieron a su país —«que está allá, detrás de Constantinopla y Dios libró a sus creyentes de esa calamidad», según escribiría Ibn al-Athir al-Jazari— y la desmoralización en Occidente fue tan impresionante que el propio san Bernardo pensó en una nueva Cruzada, que finalmente no se llevó a cabo por diversos motivos, entre ellos el recelo de Eugenio III y el escepticismo de Conrado III.

En la Península Ibérica durante esos mismos años tuvo lugar una serie de acontecimientos, militares sobre todo, que respondían a la misma fiebre cruzadista romana que recorría Europa y de la que constituyó un magnífico ejemplo el llamamiento que hizo Eugenio III a los cristianos, el 11 de abril de 1147, para que fueran a combatir a los paganos eslavos de la Pomerania en la frontera oriental de Alemania. En el llamamiento se legitimaba también a la Península como lugar para la Cruzada: «el rey de las Hispanias se arma con fuerza contra los sarracenos de aquellas partes, sobre los que por gracia de Dios muchas veces ya ha triunfado»[25]. Pero el fervor beligerante peninsular se debió también o, mejor dicho, se debió sobre todo a la ruina del dominio almorávide acelerada por el empuje almohade (en 1147 se apoderarán de Marrakesh) de la

que los reinos peninsulares aprovecharán en beneficio de sus intereses políticos y para llevar a cabo grandes conquistas, como la de Lisboa en 1147 (que veremos en el siguiente capítulo), Almería ese mismo año y Tortosa al año siguiente.

La ocupación de estas dos últimas ciudades había empezado un año antes, cuando una flota genovesa de veintiocho naves y cien caballeros saqueaba Menorca y las inmediaciones del puerto de Almería, obteniendo grandes réditos económicos gracias al robo y al cobro de tributos, que hubieran podido ser mayores si las incursiones no hubieran estado condenadas a ser de corta duración por problemas de logística[26]. En ese sentido, no es extraño que en septiembre de ese mismo año de 1146 buscaran un acuerdo con el rey Alfonso VII de Castilla (1105-1157) y con el conde Ramón Berenguer IV (1113/1114-1162), por el que ponían a su servicio su enorme potencial naval y militar para la conquista de las ciudades de Almería y Tortosa, a cambio obviamente de suculentas ventajas económicas y comerciales. El acuerdo contemplaba también que los genoveses pudieran proseguir sus incursiones en cualquier otra plaza en el litoral situado entre el Ebro y la ciudad de Almería[27].

La alianza ponía sobre la mesa una realidad de enorme trascendencia simbólica y con un evidente significado político: el hecho de que cualquier operación importante en la Península Ibérica sólo podía ser llevada a cabo si contaba con el respaldo de los reyes peninsulares. Las razones para el pacto eran diferentes para cada uno de los signatarios: si para los genoveses el acuerdo tenía unas claras connotaciones económicas y estratégicas, para el rey de Castilla y León, la iniciativa genovesa de conquistar Almería, además de la posibilidad de obtener grandes riquezas, significaba sobre todo la adquisición de un prestigio personal y un paso más para conseguir la hegemonía peninsular sobre la base de un indiscutible liderazgo y de una filosofía reconquistadora ajena al proyecto romanista.

Por el contrario, Ramón Berenguer IV veía en la conquista de la ciudad portuaria de Tortosa en 1148 un verdadero hito de la expansión catalana —la

frontera catalano-aragonesa descendería hasta la desembocadura del río Ebro—y se produciría la consolidación de la unidad condal que tanto esfuerzo le había costado a su padre Ramón Berenguer III (1082-1131). La ocupación de Tortosa fue posible, en gran parte, por la ayuda económica de las importantes burguesías de Vic y Barcelona y por la bendición de Eugenio III, que le proporcionó a la intervención un carácter de Cruzada. En la bula, que tiene fecha de 22 de junio de 1148, el papa alentaba a los cruzados para que obedecieran al conde de Barcelona y con ello defendieran «la fe cristiana y toda la Santa Iglesia»; además ponía bajo su protección los bienes de los participantes, concediéndoles la misma indulgencia que a los cruzados orientales, con la condición de confesarse previamente y de persistir hasta el final de la campaña o de la vida[28].

Así lo hicieron los genoveses, que cumplían con ello el acuerdo firmado dos años antes con un notable protagonismo, al haber sido encargados del bloqueo de la estratégica entrada de la vía fluvial, en primer lugar, y del asalto al castillo, después. También lo hizo Guillermo de Montpellier, cabeza visible de los contingentes franceses procedentes sobre todo de Narbona y de Béarn y al que Ramón Berenguer IV ofreció el señorío de la ciudad cuando se tomara, y está documentada igualmente la participación aquí de templarios y hospitalarios.

Junto a ellos vamos a encontrar una parte de los 10.000 cruzados anglo-flamencos que, movilizados por las razones de san Bernardo o por otras menos piadosas, habían zarpado el 23 de mayo de 1147 de Devon con dirección a Tierra Santa. En el largo camino hacia Oriente, éstos habían hecho una primera parada en Galicia, en Santiago de Compostela, para después detenerse en Santarém donde fueron convencidos por Afonso Henriques (1109-1185), primer rey de Portugal, para llevar a cabo la conquista de Lisboa, un hecho que tuvo lugar el 24 de octubre. Una parte de los cruzados se quedó en tierras lusas, como Gilberto de Hastings, nombrado obispo de Lisboa; otros, en cambio, continuaron hacia el Mediterráneo en el mes de febrero de 1148. Ya en el *Mare Nostrum* algunos de los cruzados quisieron «probar suerte» en la Hispania oriental, dirigiéndose a Tortosa y contribuyendo a su largo (seis meses) y complicado

asedio y conquista. Al igual que había sucedido en Lisboa, algunos de ellos se quedaron en el condado de Barcelona, alentados por Ramón Berenguer IV. La mayor parte eran ingleses y de Gales, como Osberto Anglicus, que dos décadas más tarde honró el voto que había hecho y fue a Tierra Santa[29]. En definitiva, estos cruzados norteños, que iban de paso hacia el Mediterráneo oriental y para quienes las fronteras hispánicas no constituían sino un «frente circunstancial», no dudaron en sumarse al esfuerzo que realizaban aquellos otros guerreros franceses, genoveses y, sobre todo, catalanes que luchaban en su propio y específico «frente cruzado».

Quienes no estuvieron en Tortosa fueron los castellanos y leoneses, pese a los acuerdos firmados y ya comentados, al contrario de lo que había ocurrido en Almería, donde las 53 naves y las tropas catalanas habían colaborado activamente en la conquista de la ciudad andaluza.

Al igual que había sucedido en Zaragoza y ocurrirá más veces en el futuro, el ímpetu de los ejércitos cristianos que asaltaron Tortosa fue aprovechado para proseguir la tarea de conquista. En septiembre de 1149 iniciaron, desde la colina del Gardeny, el cerco de Lérida, que finalizará el 24 de octubre de 1149 con la entrada de los ejércitos cristianos. Simultáneamente, también cayeron en manos de Ramón Berenguer IV las ciudades cercanas de Fraga y Mequinenza. En estas conquistas participaron los caballeros templarios y las tropas del conde Pierre de Gabarret, vizconde de Béarn y pariente de Ramón Berenguer IV, del que ya sabemos que había participado con anterioridad en la conquista de Zaragoza.

Habrá que esperar casi tres cuartos de siglo para encontrar de nuevo a los guerreros europeos en este escenario. Los siguientes testimonios sobre la presencia de cruzados en tierras de la Corona de Aragón llevan fecha de 1229 y se sitúan en el marco de la conquista de Mallorca emprendida por el rey Jaime I (1208-1276). Pero, para entonces, los tiempos habían cambiado y a los reinos peninsulares nadie (hablamos de Roma) les discutía una ideología propia reconquistadora —que venía de lejos—, reforzada por un inicial desarrollo de la idea soberanista, que tenía en la legitimidad restauradora (política y religiosa) su

seña de identidad. Esta concepción enfrió el ánimo cruzadista del papado en la Península Ibérica, incapaz de aplicar la ideología reformista en un contexto peninsular muy diferente al de la retaguardia cristiana en la que había nacido.

Castilla y León

Si desde antes de la Primera Cruzada la concurrencia de cruzados europeos presenta una cierta continuidad en las fronteras aragonesas y catalanas, no fue así en las castellano-leonesas, donde su participación no sólo es más tardía, sino también más escasa que en los reinos nororientales de la Península. De hecho, no será hasta la toma de Almería de 1147 cuando por primera vez desde el inicio del fenómeno cruzadista —entendido ahora en términos estrictos, esto es, desde 1095— tropas del reino de Castilla y León y guerreros ultramontanos combatan en la Península codo con codo frente a sus adversarios musulmanes. Aunque debamos incluir esta operación en el marco del escenario cruzado global concebido por Eugenio III —recuérdese su incitación a los cristianos, fechada el 11 de abril de 1147, para que luchasen contra los infieles tanto en Tierra Santa como en el Báltico y en la Península Ibérica—, lo cierto es que la conquista de la ciudad andaluza fue una iniciativa de los genoveses que, conscientes de las enormes dificultades de intervenir sin apoyos en la costa mediterránea de la Península Ibérica, buscaron en 1146 la ayuda papal y un compromiso con el conde de Barcelona y príncipe de Aragón, Ramón Berenguer IV, y con el rey de Castilla y León, Alfonso VII, que proponía la conquista de las importantes ciudades de Tortosa y Almería[30].

Este último vio en la conquista de Almería la mejor forma de poner de manifiesto su protagonismo político e ideológico-religioso en la lucha contra el Islam, que obviamente causaba recelos en Roma. No es extraño que, en ese sentido, más allá de llamamientos generales, la conquista de la ciudad no contara con una bula legitimadora, al contrario de lo que sucedió en la toma de Tortosa, aunque es posible (y eso abundaría en lo que acabamos de señalar) que Alfonso

VII ni tan siquiera la pidiera. En cualquier caso, la expedición de Alfonso VII tuvo una perfecta organización y una espectacular puesta en escena, ocupando el clero castellano-leonés un lugar privilegiado —«tras desenvainar la espada divina y la material», como detalla el *Poema de Almería* —, cuya masiva presencia y su fervor por el proyecto animando «a los jóvenes a que todos acudan al combate, valientes y seguros» y prometiendo recompensas en plata, no debió sentar muy bien a Eugenio III. Pero, además, Alfonso VII llegó al asedio de Almería dos meses después de que lo hubiera hecho el último de los participantes y lo hizo con los estandartes y armas de un emperador cubiertos «de oro cuantas veces se llevan al combate» y ello tras conquistar Andújar, Baños, Baeza y quizás Úbeda. Le vieron llegar así, acompañado del rey de Navarra, García Ramírez IV (muerto en 1150); los genoveses (con sus 63 galeras y 163 naves); los catalanes (con 53 naves); las tropas de a pie de Ramón Berenguer IV, sin duda acompañadas por contingentes languedocianos; los francos de Guillermo de Montpellier, vasallo de Alfonso VII y «poderoso en su categoría»[31], y el abad Martín, un hispano del monasterio apulio de San Angelo que en marzo de 1147 había recibido la villa de Bamba *iure hereditario* por los servicios prestados mientras se hacían los preparativos de la conquista de Almería[32].

Lo que llama la atención es la poca presencia de guerreros francos, a pesar de los llamamientos a los caballeros y al rey de Francia del trovador Marcabrú para que vengaran a Dios de la ofensa que les hacían los sarracenos en Tierra Santa y en España: «Ya que en Francia, Poitieu y Berrí obedecen a un mismo señor, que [éste] venga aquí a servir a Dios con su feudo»[33]. Quizás la explicación haya que buscarla en la falta de un llamamiento papal específico, pero también en el monopolio económico que de la conquista tenían los genoveses gracias al acuerdo —al que hicimos referencia más arriba— que retraía a los posibles participantes.

Los intentos de asalto a la ciudad comenzaron en la segunda quincena de agosto, después de que la flota cruzada iniciara un bloqueo marítimo del puerto:

«Ahora es necesario que cada uno se confiese bien y cumplidamente y sepa que tiene abiertas las dulces puertas del paraíso»[34]. Dos meses y medio después, el 17 de octubre, los ejércitos cristianos entraron en la ciudad llevando a cabo la consabida y habitual masacre entre los 28.000 habitantes que, al parecer, tenía la ciudad y que poco habían podido hacer ante el despliegue humano y, sobre todo, de medios técnicos que pusieron en liza los ejércitos cristianos.

No sabemos si la expedición resultó al final provechosa económicamente para Alfonso VII después de pagar 20.000 morabetinos de oro a los genoveses por el alquiler del material de guerra, a lo que había que sumar una tercera parte del botín de la conquista y que la ciudad quedara en manos del genovés Ottone di Bonvillano. Pero lo que sí es seguro es que le fue rentable políticamente, como lo atestigua que hasta el propio Eugenio III no tuviera más remedio que legitimar la conquista concediéndole, en abril de 1148, al emperador la «rosa de oro» que premiaba a los auténticos adalides de la fe, aunque el papa, significativamente, no dejara de recordar a Alfonso VII la debida obediencia a San Pedro[35].

Es probable que en este contexto se produjera un episodio al que algunos autores han dado poca o ninguna credibilidad[36]. Nos referimos al intento de la conquista de Jaén por parte de Alfonso VII a lo largo de 1148[37]. Los pocos testimonios que aluden a ello proceden del autor de los *Anales Toledanos* y del cronista árabe Ibn Jaldún[38], crónicas ambas elaboradas con posterioridad a los hechos. En los *Anales* se cuenta cómo el gobernador almorávide Muhammad I ibn Ganiya (conocido como Abengama) habría ofrecido la ciudad de Jaén al emperador. No sabemos si se desdijo de la oferta o lo tenía pensado desde el principio, pero el ofrecimiento terminó en una celada en la que cayeron prisioneros algunos nobles que acompañaban a Alfonso VII, entre ellos el conde Manrique Pérez de Lara. Por su parte, el cronista Ibn Jaldún refiere la existencia de un pacto de defensa entre Abengama y el almohade Abd al Mu'min por el que el primero cedería las ciudades de Córdoba y Carmona al segundo, mientras Jaén seguiría en su poder. En ese momento Alfonso VII pondría un cerco a la ciudad que terminaría con una estratagema de Abengama y la captura de ciertos

nobles castellanos. Al margen de las diferencias en la historia de cada uno de los cronistas, las dos coinciden en el apresamiento de algunos de los caballeros que acompañaban al emperador, un hecho que parece confirmarse por un documento del conde Osorio Martínez (octubre de 1148) en el que se hace referencia a la prisión en Jaén de Nuño Pérez, alférez del rey[39].

El intento jienense contaba con el estímulo papal, puesto que, por una carta del 27 de abril de 1148, Eugenio III le había asegurado al emperador que cualquier acción contra los musulmanes contaba con su respaldo —«quod utique attendentes petitiones tuas pro expeditione contra infidelium tyrannidem facienda, libetur admisimus»—[40], pero, de hecho, no hay noticia alguna de la participación de cruzados europeos, aunque entra dentro de lo posible que entre las tropas del rey castellano estuvieran algunos de los que habían conquistado Almería.

En realidad, después de Almería no volvemos a tener constancia de la presencia de tropas ultramontanas durante el reinado de Alfonso VII, ni tampoco, curiosamente, ningún tipo de adhesión pontificia a las numerosas acciones militares que llevó a cabo el emperador. Tendremos que esperar hasta el año 1172 para encontrarnos con una exhortación papal —hecha por medio del delegado pontificio, el cardenal Jacinto— concediendo los mismos privilegios de los que gozaban los cruzados en Oriente a todos los que concurrieran a defender Huete del asalto de un ejército almorávide venido desde Córdoba. Sin embargo, no existen testimonios de la presencia de ningún cruzado del otro lado de las montañas pirenaicas. El asedio y la conquista de Cuenca en 1177 también contó con un llamamiento a la Cruzada del mismo cardenal, pero tampoco tenemos noticias de la participación de cruzados ultramontanos, si bien ahora hubo una gran colaboración aragonesa, lo que ha hecho pensar a algunos autores que la toma de la ciudad fue en realidad parte de la reconquista aragonesa[41].

Tampoco hubo cruzados ultra-pirenaicos —aunque contó asimismo con una exhortación papal que no fue específica, sino un general llamamiento a la Cruzada contra los almohades del cardenal Jacinto, ahora Celestino III (c. 1106-

1198)— en el desastre cristiano de Alarcos que tuvo lugar el 18 de julio de 1195. Con esta acción Alfonso VIII (1155-1214) intentaba frenar el avance musulmán sobre el valle del Guadiana[42]. La batalla campal que se produjo, una de las pocas grandes batallas habidas en la Edad Media peninsular, acabó con una gran humillación para el rey castellano —su erróneo planteamiento táctico, los contratiempos y las prisas fueron las causas de la derrota— y una huella emocional en la memoria de los que la vivieron y de los cronistas que la contaron[43]. La derrota de Alarcos supuso además un alejamiento político respecto a los otros reyes peninsulares, que atribuyeron el desastre a la incompetencia y al afán de gloria de Alfonso VIII, y una regresión de las fronteras castellanas que se hizo aún mayor en los años siguientes, 1196 y 1197, con la pérdida de buena parte de las fortalezas situadas al sur del Tajo. Significativamente, tampoco en estas contiendas estuvieron presentes cruzados ultramontanos, a pesar de que el peligro almohade (representado como la nueva forma del Anticristo) se encontraba en el momento de su mayor esplendor.

Diferentes testimonios contemporáneos señalan que Alfonso VIII no olvidó nunca la afrenta de Alarcos y que ésa fue la razón para que en 1212 provocara la famosa batalla de Las Navas de Tolosa[44]: «Pero el Altísimo, que es paciente en la venganza, viendo el deseo del rey glorioso, inclinó sus oídos y desde el excelso trono de su gloria escuchó su oración», escribió el autor de la *Crónica Latina de los Reyes de Castilla*, uniendo significativamente las voluntades de Dios y del rey[45]. Pero lo que en Alarcos fue improvisación y prisas, en Las Navas de Tolosa (la batalla de *al-'Iqab*, como la llamaron los cronistas musulmanes) se convirtió en un proyecto hasta cierto punto minucioso: desde finales del 1211 toda Castilla dedicaba sus esfuerzos a la fabricación de armas y a la acuñación de moneda para sufragar los gastos. Además, Alfonso VIII trataría de internacionalizar la campaña con una actividad propagandística sin precedentes: el obispo de Segovia, Gerardo, acude a Roma y consigue de Inocencio III una bula de Cruzada (*Cum personam tuam*, de 4 de febrero de 1212) y una exhortación dirigida a los obispos franceses y provenzales para que

dieran a conocer a todo el mundo la gracia de la Cruzada y las indulgencias de las que gozarían todos aquellos que participaran en la expedición o que, sin ir, contribuyeran económicamente al éxito de la misma. Por otra parte, Rodrigo Jiménez de Rada (c. 1170-1247), arzobispo de Toledo desde 1209, viaja por tierras francesas para explicar al rey de Francia, Felipe II Augusto (1165-1223), y a sus nobles la necesidad de hacer frente al peligro almohade. Al arzobispo de Toledo no se le olvidó subrayar que Alfonso VIII correría con todos los gastos que ocasionara el desplazamiento a las tierras de Castilla y que garantizaba un substancioso botín. El mismo cometido informativo lo llevó a cabo el médico personal del rey, el maestro Arnaldo, en las tierras de Poitou, Anjou y de la Gascuña[46]. Además, y como había pasado en la conquista de Almería, un juglar de nombre Gavaudán el Viejo había compuesto un canto de cruzada animando a servir a Dios y obtener la salvación: «los perros morirán y Dios será honrado y servido allí donde Mahoma era respetado»[47].

Aunque el resultado de esta campaña de estímulo fue desigual en el reino de Francia, tuvo sin embargo un enorme éxito en otros lugares, como lo demuestra el numeroso ejército de cruzados que, procedentes de Poitou, Anjou, Bretaña, Limoges, Perigord, Gascuña, Guyena, Provenza, Lyon, Vienne y Valentonois, se dieron cita en Toledo en el mes de mayo de 1212, dirigidos por los arzobispos Guillermo de Burdeos y Arnaldo Amalarico de Narbona (1160-1225) y los obispos de Nantes y Vienne[48]. Después de sesenta y cinco años (desde la conquista de Almería), los cruzados europeos volvían a tener protagonismo en las fronteras castellanas.

En Toledo les esperaban desde febrero otros contingentes de caballeros también ultramontanos y algunos portugueses, como Mendo Sarrazins, quien, en su testamento, informa de su presencia en la batalla de Las Navas[49], o los templarios lusos, encabezados por su maestre, Gómez Ramírez, que murió en la batalla[50]. En fin, a la capital castellana fueron llegando «de todo desfiladero profundo y desde todo lugar alejado y avanzaron hacia él como avanzan la noche y el día, desde las cumbres de las montañas y desde las costas de los mares, y

fueron los primeros en llegar los Francos, extendidos profundamente por el Este y por el Norte», explica el propio califa almohade en la carta en la que da cuenta del resultado de la batalla[51].

Es imposible saber el número de combatientes europeos que se encontraron en la ciudad castellana, puesto que las fuentes ofrecen cifras dispares y muchas manifiestamente exageradas: 2.000 caballeros con sus *armigeris*, 10.000 sirvientes a caballo y 50.000 peones, según el rey de Castilla; 10.000 caballeros y 100.000 peones, según Jiménez de Rada; 1.000 caballeros y 60.000 peones, según la *Crónica Latina de los Reyes de Castilla*; más de 40.000 personas, calcula el arzobispo de Narbona[52]. En cualquier caso, el volumen de efectivos ultra-pirenaicos fue ciertamente considerable y alcanzó unas dimensiones insólitas, sobre todo cuando pensamos en la escasa tradición que su presencia había tenido en el ámbito castellano desde que se iniciara el movimiento cruzadista a fines del siglo XI.

Antes de partir al encuentro del ejército almohade, los cruzados ultramontanos se dedicaron a perpetrar ataques y matanzas contra los judíos y los mudéjares de Toledo, que fueron defendidos por los caballeros de aquella ciudad. El enfrentamiento entre los bandos debió alcanzar cotas preocupantes para la viabilidad de la expedición, de tal forma que el rey instaló a los cruzados europeos en su propio huerto, situado fuera del recinto de la ciudad, donde mandó levantar un campamento para ellos[53].

Los cruzados ultramontanos volvieron a demostrar el mismo ardor guerrero —«empuje […] valerosa pasión, en su afán por morir por la fe de Cristo», según Jiménez de Rada—[54] en la conquista de la fortaleza de Malagón, que llevaron a cabo antes de que llegara el resto del ejército cristiano y que de nuevo tuvo como final la matanza de una población que se había rendido, una masacre que la *Crónica Latina* tilda, elocuentemente, de inútil[55].

La siguiente conquista en el camino hacia el sur en la que los ultra-pirenaicos tuvieron un papel relevante fue la ocupación del castillo de Calatrava, el 1 de julio de 1212, aunque en esta ocasión Alfonso VIII llegó a un acuerdo con los

defensores en virtud del cual éstos entregarían la fortaleza a cambio de que se respetaran sus vidas, su libertad y bienes. Pero, sorprendentemente, después de esta última acción, los guerreros europeos se dieron la vuelta y volvieron a casa, no sin antes visitar la ciudad de Santiago. Las razones de tal decisión no están claras, porque los que estuvieron presentes en Calatrava o bien no hablan de ellas, o bien ofrecen versiones cuestionables o ambiguas. Entre los primeros se encuentra el citado arzobispo de Narbona, quien obviamente debería saber muy bien las verdaderas causas de la renuncia, pero que significativamente evita aludir a ellas. Entre los que proporcionan razones imprecisas y, desde luego, equívocas se encuentra Jiménez de Rada, para quien el abandono de la mayoría de los cruzados franceses se debió a connotaciones pseudo-religiosas relacionadas con las malas artes del demonio que encizañó el corazón de los envidiosos y con ello «quienes se había aprestado para la contienda de la fe dieron marcha atrás en sus buenas intenciones»[56]. Hasta el mismo Alfonso VIII parece eludir las razones reales de la defección al achacarla únicamente al calor y a lo inhóspito del terreno[57].

Algunas fuentes cuyos autores no estuvieron presentes en Las Navas pero que parecen bien informadas, como la *Crónica Latina de los Reyes de Castilla*, confirman las causas a las que se refería Alfonso VIII —lo que no extraña si pensamos que el autor de esta crónica pudo ser Juan de Osma, el canciller del reino—, pero añaden, además, una interesante reflexión al manifestar que los cruzados ultra-pirenaicos «habían venido, como se les había anunciado, a la guerra contra el rey marroquí y como no lo encontraban, querían de cualquier manera volver a su patria»[58]. Introduce así la hipótesis de que el regreso de los llamados ultramontanos había tenido que ver con la incomparecencia del califa almohade. Por otra parte, según se indica en la carta que Blanca de Castilla envió a la condesa de Champagne para informarle de los acontecimientos, el rey castellano había intentado en algún momento dirigir sus fuerzas contra el rey de León, Alfonso IX (1171-1230), desviando con ello el objetivo de la expedición, que no era otro que librar una batalla campal contra los almohades. Los cruzados

franceses se habrían negado a aceptar este cambio con el argumento de que el objetivo del largo camino que llevaban recorrido había sido el de luchar contra el Islam y no contra otros cristianos[59].

Probablemente, la contrariedad de los cruzados europeos se vio acrecentada por el sorprendente acuerdo con los defensores de Calatrava, que obviamente no sólo rompía el empeño primigenio de la Cruzada, que era guerrear y acabar con los musulmanes, sino que se olvidaba de la promesa de un botín que ahora se les hurtaba. Este mismo argumento fue, pasados los años, utilizado por el abad Alberico de Trois Fontaines para explicar lo ocurrido después de la conquista de Calatrava[60], y en parecidos términos se expresaron también el cronista autor de alguna de las versiones de la *Estoria de España* alfonsí y una crónica musulmana que explícitamente señala que el acuerdo de Calatrava con los musulmanes había sido el único motivo de la retirada ultramontana: «Dijeron, solamente has venido con nosotros para conquistar por nuestro medio el país e impedirnos el atacar y matar a los musulmanes. No necesitamos de tu compañía para este objeto»[61].

Muy distinta fue la explicación de Alfonso VIII expresada en una carta al papa Inocencio III. Para el monarca castellano, lo que había motivado el acuerdo con los musulmanes de Calatrava fue, muy a su pesar, la insistencia del rey aragonés Pedro II (1178-1213) y de los mismísimos ultramontanos para que se aceptasen las capitulaciones y se tomasen las armas y víveres allí almacenados en gran cantidad, con los cuales se remediaría la escasez que padecía el ejército[62].

Probablemente, no hubo una única causa, sino que fueron varias, entre ellas, los graves problemas de avituallamiento que se vieron incrementados por unas extremas condiciones climatológicas en el interior peninsular, acostumbrados como estaban los ultramontanos «a vivir entre sombras en regiones templadas»[63], o las objeciones para acceder a un botín que se les había prometido; pero, sobre todo, debió pesar mucho en el ánimo de los cruzados los titubeos de un rey que no actuaba según los cánones cruzadistas y daba la

impresión de estar más interesado en ampliar sus fronteras que en aniquilar a los musulmanes.

Hay que decir que la retirada de los cruzados ultramontanos no fue unánime, sino que se quedaron junto a los ejércitos peninsulares el arzobispo de Narbona, Arnaldo Amalarico, oriundo de Cataluña según la *Crónica Latina*[64]; Teobaldo de Blazón, del que Rada dice que era de origen y familia castellana —en concreto, la crónica lo presenta como hijo de Pedro Rodríguez de Guzmán—[65], y alrededor de 150 caballeros de las diócesis de Vienne y del Poitou[66]. Aunque disminuidos en su número, su aportación militar fue valiosa en diferentes momentos: en la subida al puerto del Muradal para poder pasar al otro lado de la sierra y en el fragor mismo de la batalla, cuando resistieron el embate musulmán mientras otras fuerzas cristianas se aprestaban a la huida[67]. Ese papel de vanguardia y su eficacia militar fueron puestos de manifiesto por el arzobispo de Narbona y por las infantas Berenguela y Blanca de Francia, hijas de Alfonso VIII y obviamente contemporáneas de los hechos[68], aunque el testimonio sirviera de poco para mejorar una imagen que, para los que allí estaban y para la historia, había quedado definitivamente deteriorada. Valga lo dicho por el arzobispo Jiménez de Rada cuando señaló que se retiraron «sin gloria» o por el autor de los *Anales Toledanos*, que contó cómo los cruzados franceses, después de intentar tomar «a traición» la ciudad de Toledo durante el transcurso de su retirada, vieron cómo la población de la ciudad les cerraba las puertas al grito de «desleales, traidores y descomulgados»[69]. No era una novedad el recelo frente a los cruzados ultramontanos, tampoco el desprecio de unos hacia los otros que se materializaba en acusaciones de avaricia o cobardía, unas acusaciones que se repetirán, como veremos, con cierta asiduidad a lo largo del tiempo y que serán objeto de análisis en el capítulo VI.

La batalla de Las Navas de Tolosa fue un triunfo de las fuerzas cristianas de tal calibre que quedó convertida en un acontecimiento excepcional para los contemporáneos. Probablemente marcó el inicio de una nueva etapa en la relación entre cristianos y musulmanes a causa del proceso de crisis profunda en

el que se encontraba la ideología almohade y el entramado institucional que la soportaba. Pero, además, la ausencia de la mayor parte de las tropas ultrapirenaicas fue aprovechada por los cronistas peninsulares para resaltar y sacar provecho al hecho de que los ejércitos que lograron la gran victoria eran *soli hispani*. Esos mismos cronistas, sobre todo el autor de la *Crónica Latina*, presentan a Alfonso VIII con innumerables citas bíblicas y con un carisma excepcional como no se había conocido con anterioridad: «Bendito el que viene en nombre del señor» le gritaban a un rey mesiánico cuando volvió a Toledo después de la victoria[70].

Algunos autores han querido ver en la batalla de Las Navas un paso adelante y significativo en el proceso de formación del reino de Castilla y, obviamente, el triunfo de la perspectiva hispana en la lucha contra el Islam con el consiguiente y definitivo distanciamiento del papado respecto a la Cruzada hispánica, por lo menos en la forma que quería el proyecto centralizador del reformismo gregoriano. Eso es, en definitiva, lo que vendría a simbolizar el abandono de los cruzados europeos de la expedición: Roma concibió a partir de ahora las fronteras ibéricas como un asunto peninsular y eso explica la bula de Inocencio III en 1213 revocando los privilegios de Cruzada otorgados en años anteriores a la lucha contra los musulmanes de España o la de Honorio III (1218) prohibiendo a los cruzados alemanes y holandeses que permanecieran combatiendo contra los musulmanes en las fronteras peninsulares, o por lo menos que lo hicieran como cruzados. Salvo por alguna excepción que habrá que analizar más adelante, la época de las masivas movilizaciones foráneas para implicarse de forma específica en el «frente hispánico» llegaba a su fin.

Capítulo IV

CRUZADOS DE PASO HACIA TIERRA SANTA (1096-1217)

Los primeros peregrinos hacia la Jerusalén cruzada

Los caminos de la mar a Hispania desde el norte de Europa eran conocidos desde la noche de los tiempos. Homero, al referirse a ellos, contaba que estaban llenos de sombras, pero aun así fueron aprovechados con propósitos económicos, espirituales o vitales, y a partir del siglo IX los piratas normandos se valieron de ellos para saquear las costas gallegas, portuguesas o andalusíes[1]. Notorio fue el caso, por la cercanía al contexto que aquí interesa y por la trascendencia de algunas de sus decisiones, del rey noruego Olav, que llegó navegando en el año 1014 hasta Algeciras, desde donde regresó a su tierra no sin antes robar y devastar varias ciudades, entre ellas Tui. Olav murió en el año 1030, después de crear una especie de «identidad nacional» noruega y de facilitar la conversión de sus gentes al cristianismo[2]. Ambas cuestiones le valieron un lugar en los altares.

Después de la conquista de Jerusalén por los cruzados en 1099, las expediciones normandas adquirieron una connotación religiosa, relacionada con la peregrinación a los Santos Lugares: una crónica elaborada en el ámbito hispánico a finales del siglo XIII señala que «cuando lo supieron en occidente [se refiere a la conquista de Jerusalén], en la tierra de Noruega, hobo muchos caballeros e otras muchas gentes que hobieron deseo de ir en romería al Sepulcro [de Jerusalén][3].

Quizás sea la peregrinación del rey Sigurd I (c. 1090-1130), antiguo conde de Orkney e hijo de Magnus III, el primer ejemplo de estas expediciones con «ánimos religiosos», que no eran incompatibles con el hecho de seguir ofreciéndose como mercenarios o con las viejas costumbres del saqueo. Llamado por la historia el «Hierosolimitano», Sigurd I salió del puerto de Bergen en el otoño del año 1107 —cuatro años después de ser coronado rey— con una flota de sesenta barcos a bordo de los cuales irían alrededor de 3.000 peregrinos, según el cálculo de Nelly Egger[4]. «Tantos contaba/ la valiente tripulación que se reunió /fiel a su rey,/ que sesenta barcos de guerra/ de hermosa construcción,/ según la voluntad de Dios,/ de aquí hacia fuera navegaron», nos cuenta el cronista islandés de la expedición Snorri Sturluson (1179-1241)[5], autor al que Jorge Luis Borges dedicó unas excelentes páginas en su *Literaturas germánicas medievales* y un conocido poema: «Tú, que legaste una mitología/ de hielo y fuego a la filial memoria»[6].

El cronista relata que el primer alto en el camino hacia Tierra Santa lo hicieron los normandos en las costas de Inglaterra, donde permanecieron durante un duro y largo invierno. Ya en primavera, la flota puso rumbo a las costas francesas de Normandía, quedándose allí durante varios meses, sin que sepamos realmente la razón de una estancia tan prolongada. En el otoño llegaron a las costas de *Galizeland*, a la que el cronista llama también *Jakobsland*, la tierra de Santiago, donde pasaron el invierno de 1108, dedicados a «cosas santas», desconociéndose exactamente qué quería decir el cronista con esa expresión, aunque probablemente se refería a la visita a la tumba del apóstol[7]. Pero, además de los afanes religiosos, los normandos en Galicia recurrieron al saqueo con el pretexto, no sabemos si justificado o no, de conseguir suministros para su estancia invernal, después de que el conde local —del que la crónica no menciona su nombre— hubiera incumplido la promesa de suministrarles lo necesario para pasar el invierno e intentara atacarles: «Escuché que el rey del ejército castigó/ la traidora expedición del insolente conde». En cualquier caso, fuera cual fuera el motivo (seguramente tuvo que ver más con la tradición

vikinga de la piratería, porque, como escribió Spinoza, todas «las cosas quieren persistir en su ser») las relaciones de los habitantes de Galicia con los expedicionarios normandos nunca fueron pacíficas[8]. De tal forma fue así que quedaron profundamente enraizadas en el imaginario gallego y aún hoy en día se siguen recordando sus arribadas año tras año.

Ya en 1109, las naves normandas de Sigurd I continuaron su periplo por la costa peninsular atlántica atacando una fortaleza musulmana —no se indica su nombre—, y enfrentándose a una flota árabe de setenta embarcaciones, de las que capturaron ocho. Con posterioridad, ocuparon la ciudad de Sintra, pasando a cuchillo a la mayoría de sus habitantes con la justificación de que no habían querido abrazar el cristianismo, pero felicitándose del gran botín adquirido. Intentaron hacer lo mismo en Lisboa pero, debido a la fuerte resistencia de sus habitantes, no pudieron pasar de los arrabales. Más suerte tuvieron en *Alcasse* (Alcáçer do Sal), que ocuparon sin muchos problemas. Después del expolio y saqueo de la ciudad, no dejaron un habitante con vida: «He oído que en la ciudad a la que él [Sigurd] fue,/ el desesperado lamento de las viudas de los paganos/ resonó en las casas vacías/ por cada hombre huido o muerto». Es probable que en alguna de estas acciones de los normandos hubiera participado activamente el conde de Portugal, don Enrique, si hacemos caso a la *Crónica Gothorum* que registra su presencia en la toma de Sintra, aunque su nombre no aparezca en la de Sturluson, hecho que no sorprende si tenemos en cuenta la práctica historiográfica habitual de los cronistas europeos de obviar la presencia de los nativos[9].

La citada crónica de la *Gran Conquista de Ultramar* cuenta cómo la expedición naval de Sigurd I, después de atravesar el estrecho de *Cepta* (donde salieron victoriosos de un enfrentamiento con la flota musulmana), entró en el «mar meridiana por el mar de Mayorga (Mallorca)», ocupando Formentera. La misma crónica relata que, con posterioridad, la expedición se dirigió a *Cecilia* (Sicilia), donde fueron agasajados por Roger II, después a Acre y, por fin, a Jerusalén: la primera visita de un rey europeo a la Ciudad Santa, según apunta

Runciman. Sigurd I ayudó a los *francos* en el sitio de Sidón a lo largo del mes de octubre de 1109, aunque su ayuda no fue muy efectiva, porque sus naves fueron desperdigadas en el primer encuentro que tuvieron con la flota musulmana. Sólo se salvaron gracias a la decidida intervención de la marina veneciana, al mando del propio dogo Ordelafo Falieri[10]. La presencia normanda en Palestina no duró mucho en el tiempo: a finales de 1110 estaban de vuelta en tierras noruegas, después de haber regresado a través de Constantinopla, donde fueron homenajeados por el emperador Alejo, y de cruzar media Europa, a saber Bulgaria, Hungría, Panonia, Baviera, Suabia y Dinamarca. El viaje quedaría para siempre en la memoria de los noruegos, de tal manera que, muchos años después, en 1257, se recordaba a Sigurd I con motivo de la llegada a Castilla de la princesa Cristina de Noruega para casarse con Felipe de Castilla.

Es evidente que, desde varios puntos de vista, esta intervención de los normandos y otros hombres del norte de Europa en al-Andalus no es comparable con las que vinieron posteriormente: ni sus actuaciones supusieron avance territorial alguno para los reinos cristianos peninsulares ni tampoco se desarrollaron en coordinación ni en beneficio de éstos, como sucedió en aquellas otras. Más bien representaban una continuación de las acciones de piratería de décadas anteriores, adornadas ahora con un barniz cruzadista.

No obstante, las acciones de estos primeros peregrinos cruzados, al implicarse militarmente en el escenario ibérico y hacerlo ahora en el marco del viaje sagrado a Tierra Santa, estaban marcando un precedente, un modelo de comportamiento que se consolidaría más adelante cuando, a raíz de las colaboración alcanzada entre portugueses y cruzados europeos, se abriese todo un ciclo de intervenciones foráneas en la Reconquista, que duraría más de un siglo y que irá adquiriendo diferentes formas a lo largo del tiempo con distintos objetivos según el contexto, aunque con un elemento común que conviene subrayar: aquellos guerreros nórdicos no se habían puesto en marcha para luchar en las fronteras hispanas, sino para combatir contra los infieles en Tierra Santa, razón por la cual su llegada se acompasa con las grandes expediciones cruzadas

orientales. Su presencia en el «frente cruzado ibérico» era, pues, circunstancial, aunque no por ello dejara de ser, en algún momento, determinante para el curso de la Reconquista.

La Segunda Cruzada y el escenario atlántico peninsular

En una carta de marzo de 1147, Bernardo de Claraval (1091-1153) informaba al duque Ladislau de Bohemia que, en la asamblea celebrada el 16 de febrero en Étampes (en la región de la Isla de Francia), se habían fijado los itinerarios que seguirían los ejércitos cruzados para luchar contra los infieles, ayudar a los Estados latinos de Tierra Santa y reconquistar la ciudad de Edesa, que había caído en manos musulmanas a finales de 1144, produciendo una fuerte conmoción en todo Occidente. Eran los prolegómenos de la Segunda Cruzada, para la que el papa Eugenio III hizo un llamamiento animando a los cristianos a participar y en el que aludía a «los príncipes y reyes poderosos […] que, tras tomar el signo de la cruz salvadora, se preparan para liberar a la Iglesia de Oriente y se disponen a luchar con fuerza contra los enemigos de la cruz de Cristo que, como castigo a los pecados, en aquellas partes, en Edessa y en otros muchos lugares, asesinaron cruelmente a nuestros hermanos»[11].

En la carta citada, el santo cisterciense anunciaba a Ladislau que la expedición marítima saldría del puerto de Dartmouth, en el sur de Inglaterra[12]. Hacia ese lugar se dirigieron el 26 de abril los efectivos de la flota de la ciudad de Colonia, la primera en hacerlo, a la que siguieron otras cuyos contingentes cruzados pertenecían a tres grandes grupos: anglo-normandos, flamencos y alemanes. Los primeros estaban divididos a su vez en cuatro grupos regionales y cada uno de ellos contaba con su respectivo líder: Hervey de Glanvill, jefe principal de los cruzados de Norfolk y Suffolk; Simón de Dover, al frente de los navíos de Kent; Andrés de Londres, dirigiendo al contingente londinense, y Saherio de Archelle, un señor feudal arraigado en Lincolnshire, a la cabeza del resto de los cruzados anglo-normandos. Los flamencos tenían como responsable a Cristiano de

Gistelles y los alemanes al conde Arnoldo III de Aerschot, sobrino del cruzado Godofredo de Bouillon y responsable de todas las fuerzas del Sacro Imperio[13]. Ninguno de estos dirigentes cruzados formaba parte de las altas esferas de sus respectivos reinos, sino que pertenecían en su mayoría a la mediana aristocracia y a las nuevas elites urbanas y rurales con cierto poder económico, lo que confería a la expedición una gran cohesión, reforzada por el señuelo de conseguir un gran botín[14].

Su número oscilaba entre 10.000 y 13.000 hombres, embarcados en 164 navíos (algún cronista habla incluso de 200 embarcaciones). El día 23 de mayo partían del citado puerto inglés y el 2 de junio —«in vigilia pentecosten»— se encontraban en Santiago ante el túmulo del apóstol, una visita que comenzaba a ser habitual entre los cruzados que pasaban por las costas gallegas[15]. Su llegada a Oporto —los navíos al mando de Cristiano de Gistelles y de Arnoldo de Aerschot llegarían más tarde debido a una fuerte tempestad— se produjo el 16 de junio y fue al día siguiente cuando el obispo de la ciudad, Pedro *Pitões*, les dirigió el famoso sermón de bienvenida, hablándoles de la necesidad de defender la Iglesia hispánica, exhortándoles a la Guerra Santa —que sólo lo sería si no se hacía para conseguir el mero provecho material—[16] e intentando persuadirles de que llevar a cabo la Cruzada en Portugal tenía el mismo valor que hacerlo en Tierra Santa y que por eso debían dirigirse a Lisboa, donde ya se encontraba Afonso Henriques. Las razones del obispo no fueron suficientes para conseguir el compromiso cruzado en la toma de la ciudad, pero sí para que por lo menos se dirigieran a Lisboa a escuchar los argumentos del rey portugués.

Al estuario del Tajo llegaron el día 28, vigilia de la fiesta de los apóstoles san Pedro y san Pablo, acompañados del citado obispo de Oporto y del arzobispo de Braga, João Peculiar, un personaje clave de la historia medieval portuguesa por su activa y eficaz defensa en la lucha a favor de un reino portugués soberano. Un día después de la llegada a Lisboa tuvo lugar el esperado encuentro entre los cruzados y el rey, en el que el monarca cambió los argumentos religiosos del metropolitano de Oporto por otros más economicistas: si intervenían en la toma

de Lisboa, podrían hacerse con todas las posesiones de los enemigos, «renunciando yo y todos los míos a cualquier cosa»[17]. Además les instó a que nombrasen a sus representantes de cara a negociar un acuerdo para la conquista de la ciudad. Esta dualidad de discursos y argumentos, como ha señalado Peter Linehan, es terreno abonado tanto para los historiadores que creen que los guerreros actuaban sólo movidos por amor a Dios y a la patria, como para los que consideran el concepto de Reconquista cristiana como una abstracción moderna[18].

En ese doble sentido, la Segunda Cruzada no estaba muy alejada de la expedición que había llevado a cabo Sigurd I, aunque probablemente esta afirmación necesite alguna matización significativa. Por ejemplo que, a diferencia de los normandos, la parada de los cruzados en Portugal en 1147, por lo menos la de algunos de ellos, fue consecuencia de un acuerdo previo entre Afonso Henriques y el papado. Tenemos evidencias suficientes para poder afirmarlo. La primera la encontramos en el hecho de que una buena parte de los cruzados que iban en la flota procedían de los actuales Países Bajos, donde Bernardo de Claraval había llevado a cabo un efectivo llamamiento a la Cruzada entre julio de 1146 y enero de 1147. Es probable que entonces el santo de Claraval expusiera la necesidad de socorrer al rey de Portugal en su lucha contra los musulmanes[19]. Otra prueba tiene que ver con el hecho de que la expedición marítima saliera de Dartmouth bastante antes que la terrestre —que lo hizo en junio—, lo que permite pensar que efectivamente la parada en Portugal estuviera planeada. También parece confirmarlo el conocimiento con días de antelación que tuvo el obispo de Oporto de la llegada de los cruzados a través de una carta que le había enviado don Afonso Henriques. La última evidencia, y quizás la más importante, la constituye la respuesta afirmativa de san Bernardo a una carta de Afonso Henriques —su autenticidad parece hoy fuera de toda duda, pese a que durante años no se consideró más que una falsificación—, en la que éste solicitaba la ayuda de los cruzados en sus campañas reconquistadoras que estaban siendo fructíferas[20]. Se refería obviamente a la ocupación de Leiría en

1142 y a la de Santarém en la madrugada del 15 de marzo de 1147. En esta última Afonso Henriques contó por primera vez con ayuda militar de la Orden del Temple. La historiografía está de acuerdo en que las conquistas de estas dos ciudades portuguesas, sobre todo la segunda, eran ineludibles para que pudiera llevarse a cabo con éxito la ocupación de Lisboa.

La respuesta de los cruzados a la petición del rey portugués no fue unánime. Parte del contingente anglo-normando, en concreto se señala a Guillermo Vitulo, a su hermano Radulfo y a los hombres de Northampton y Hastings, se opusieron a cualquier tipo de colaboración, aludiendo para ello a una traición de Afonso Henriques sucedida hacía cinco años (aunque otros autores señalan que pudo ser en 1140), cuyas causas, dice el cronista, podrían ser falsas o no, aunque no explica exactamente cuáles fueron[21]. Algunos historiadores piensan que la traición de Afonso Henriques tuvo que ver con el abandono del cerco de Lisboa por parte de los contingentes portugueses, que estaban ocupados en conquistar Santarém, o con el hecho de que los cruzados se hubiesen sentido como señuelos utilizados por el rey portugués para aliviar la presión sobre sus fronteras y poder ocupar otros territorios mientras los musulmanes se dedicaban en exclusiva a la defensa de Lisboa[22]. Mattoso, a propósito de esta cuestión, señala que la verdadera razón había estado más bien en la diferente consideración que tuvieron Afonso Henriques y los expedicionarios sobre el tipo de intervención: saqueo o conquista[23].

En fin, la mediación de Hervey de Glanvill hizo posible que el día 30 de junio se llegara a un acuerdo por escrito que suscribieron todos los cruzados. El compromiso consistía, en síntesis, en que la ciudad sería para el rey y los cruzados tendrían derecho al botín cuando se conquistara la ciudad y a la reserva para ellos de los bienes inmuebles, todo ello acompañado de la promesa de la entrega de tierras y exenciones fiscales a los que decidieran asentarse en Portugal tras la conquista. Además, el rey se comprometía a no interpretar a su favor las condiciones del acuerdo y, lo que era más importante, a no retirarse del cerco, siempre que no fuera por fuerza mayor, a saber, enfermedad grave o una

invasión musulmana. Con estas promesas Afonso Henriques trataba de mitigar las reticencias que tenía una parte de los cruzados y que, si hacemos caso a los hechos posteriores narrados en la *De expugnatione Lyxbonensi*, estaban plenamente justificadas. La negociaciones y el posterior acuerdo ponían de manifiesto dos cuestiones: la primera, que para los cruzados la Península Ibérica no era Tierra Santa por muchas invocaciones que se hicieran para equiparar ambos escenarios, y, la segunda, que la participación de los cruzados sólo era posible con la combinación de promesas espirituales y generosos compromisos económicos.

Antes del inicio de las hostilidades, el rey portugués intentó la capitulación de la ciudad sin derramamiento de sangre. Para ello envió una delegación de la que formaba parte Hervey de Granvill y el consejero real y arzobispo de Braga, João Peculiar, un francófono que había conocido a san Bernardo en el Concilio de Pisa de 1135 —otra evidencia de que la «parada» portuguesa de los cruzados había sido programada— y que sin duda había tenido mucha responsabilidad en la entrada del Cister en Portugal[24]. Ante las diferentes autoridades de la ciudad, el arzobispo de Braga instó a los musulmanes a que abandonaran Lisboa con el argumento definitivo de que eran intrusos en aquella tierra, aunque llevaran allí «358 años o más», según sus propias cuentas. El discurso no surtió el efecto deseado (si era realmente lo que pretendía), como lo prueba la contestación de los musulmanes: su destino estaba sólo en manos de Dios.

El 1 de julio, los ejércitos cristianos iniciaban la conquista de Lisboa abriendo tres frentes en los arrabales de la ciudad: al norte, en una colina, los portugueses; al oeste, ingleses y normandos, y al este, alemanes y flamencos. Tres meses después, el día 21 de octubre, las autoridades musulmanas solicitaban una tregua de un día que fue aceptada por los negociadores cristianos Fernão Cativo (delegado de Afonso Henriques) y Hervey de Glanvill en representación de los cruzados. El acuerdo de tregua disponía la entrega «en prenda» de cinco rehenes musulmanes que los negociadores cristianos confiaron a Afonso Henriques, lo que provocó un gran disgusto en la mayoría de los cruzados. Éstos dirigieron su

irritación contra el rey de Portugal (del que pensaban que nuevamente les iba a traicionar) y contra sus propios dirigentes, en especial contra Hervey de Glanvill[25]. Los cinco rehenes (en realidad eran verdaderos negociadores) ofrecieron la entrega de la ciudad a Afonso Henriques y el oro, la plata y todos los bienes de sus habitantes a los cruzados, a cambio de sus vidas: «todos los haberes lo mismo en oro que en plata, vestidos, caballos y mulos serían para nosotros» le escribió el sacerdote Duodechino de Lahnstein, presente en Lisboa, al abad Cuno de Disibodenberg[26]. A cambio, los cristianos respetarían la vida de los habitantes y la libertad de irse de la ciudad a los que así lo decidieran.

La oferta fue aceptada después de fuertes discusiones, sobre todo entre los cruzados, llegándose al acuerdo de que la entrada en la ciudad se haría de forma pacífica y solemne: a la cabeza, la Iglesia (arzobispo y obispos) con la cruz, detrás el rey de Portugal y los dirigentes cruzados y por último un pequeño ejército de 300 hombres, 140 anglo-normandos y el resto alemanes y flamencos, aunque en realidad el número de estos últimos fue mayor: era el día 25 de octubre de 1147. Después de la solemne procesión, los cruzados podrían, según el acuerdo, dedicarse al saqueo «en paz», pero no fue así exactamente, ya que incumplieron lo acordado y llevaron a cabo toda clase de tropelías, incluido el encarcelamiento del alcaide musulmán y el asesinato del viejo obispo mozárabe. La crónica anglonormanda *De expugnatione Lyxbonensi* culpa exclusivamente de los desmanes y de faltar a la palabra dada a los alemanes y flamencos, pero la versión de los hechos no es la misma cuando leemos lo escrito por tres cronistas alemanes, Vinando, Arnulfo y el ya citado Duodechino de Lahnstein, los tres presentes en Lisboa. Ninguno de ellos hace mención alguna a los ignominiosos acontecimientos a los que nos acabamos de referir, no sabemos si porque el saqueo lo consideraban algo normal y legítimo o por todo lo contrario[27].

El día 29 octubre ya no quedaba nada ni nadie en Lisboa, el saqueo había terminado y la mayor parte de la población que no había muerto se había ido: «Lisboa estaba ganada, se había perdido Lisboa» dice el protagonista de la *Historia del cerco de Lisboa* de José Saramago. Hasta febrero, la flota no siguió

su camino y durante ese tiempo Afonso Henriques pudo convencer a gran parte de los cruzados para que se quedara, ofreciéndoles tierras y privilegios y nombrando además a uno de ellos, Gilberto de Hastings, como el primer obispo de la Lisboa cristiana.

Una de las cuestiones más controvertidas de la conquista de Lisboa es la evaluación de la importancia de la aportación portuguesa. Ésta, según todas las crónicas cruzadas foráneas, fue mínima, y en algún momento nula, en concreto cuando el rey de Portugal retiró su ejército por el alto coste económico que suponía su movilización, razón por la que fue tildado de traidor por los cruzados[28]. Las crónicas portuguesas, por su parte, no son muy minuciosas a la hora de contar los hechos, lo que parece abundar en la teoría cruzada de que sus efectivos apenas fueron una pequeña fuerza de vigilancia del cerco frente a los posibles auxilios externos, sin práctica intervención directa en los combates. Pero, probablemente, el papel del rey portugués no fue tan exiguo en aspectos como la dirección política y militar de la conquista o, sobre todo, en su firme insistencia de que no había más objetivo que la conquista de la ciudad[29]. En fin, parece no haber dudas de que la mayor parte del esfuerzo corrió a cargo de los ejércitos cruzados, fueron ellos los que aportaron el mayor número de combatientes, los que estaban más preparados en técnicas de asedio —se hacen referencias varias a la construcción y manejo, por parte de los cruzados, de máquinas de expugnación y a otras prácticas de cerco— y los que durante su estancia ocuparon otras importantes fortalezas, tanto al norte como al sur del Tajo, caso de Sintra, Almada y Palmela[30]. Pero al margen del mayor o menor protagonismo militar de cruzados y portugueses, el triunfo final fue del monarca portugués, porque consolidó su avance militar y económico en el proyecto de reafirmación de un Portugal independiente.

Una vez en el Mediterráneo, una parte de estos mismos cruzados se dirigió a Tortosa, participando en la conquista de la ciudad y quedándose en ella muchos de los expedicionarios, como ya hemos visto en el anterior capítulo. Al final, bastantes menos de los que salieron de Inglaterra desembarcaron en Tierra Santa

y la mayoría de los que llegaron a su destino final eran flamencos y alemanes a los que esperaban el conde Teodorico y el emperador Conrado III, respectivamente. Todos ellos participaron en el asedio de Damasco, iniciado el día 21 de julio, que sabemos terminó con un gran fracaso cinco días más tarde. Runciman señala que ninguna empresa medieval se había iniciado con tan buenos augurios: ideada por el papa, predicada por un santo y encabezada por dos de los hombres más renombrados del occidente medieval, Conrado III y Luis VIII[31]. Sin duda Afonso Henriques fue, como ya hemos dicho, el único gran beneficiario de la Segunda Cruzada, no solamente por la conquista de Lisboa y otras poblaciones adyacentes o por el significativo número de cruzados —ahora colonos y guerreros— que se quedaron en Portugal, sino también porque a partir de entonces, quizás por el propio triunfo de la empresa, se confirmó la tradición de que las expediciones cruzadas a Tierra Santa hicieran de las costas portuguesas una parada obligada. Este hecho fue para Portugal una manera de reafirmarse como reino y de proseguir con garantía de éxito su expansión y explica que el mismísimo obispo de Lisboa, Gilberto de Hastings, regresara a Inglaterra durante los primeros años de la década de los cincuenta para alistar a más colonos y más guerreros.

En el mismo sentido quizás también se expliquen dos expediciones más que se desarrollaron poco después de la Segunda Cruzada. La primera fue llevada a cabo por una flota nórdica en 1152, cuyo destino era Bizancio y Tierra Santa. Estaba integrada por quince naves grandes (y otras muchas de menor tamaño) al mando del *jarl* Rögnvald de Orkney. Según el anónimo cronista (islandés de origen, que escribió el relato del viaje hacia 1200 en una *Historia de los habitantes de las Orcadas*, la llamada *Saga Orkneyinga*) la expedición salió de las islas Orcadas y continuó por las costas de Escocia e Inglaterra hacia los litorales franceses. Allí viraron hacia el sur para llegar al castillo de *Narbón* (ría de Bilbao) y después *Thrasnes*, probablemente el actual Cabo de Peñas. En diciembre se encontraban en Galicia, donde una vez más volvieron a repetirse los saqueos y depredaciones, pero en este caso justificados con desbordante

imaginación. Llegados a Portugal intentaron sin éxito la conquista de Alcáçer do Sal, para la que probablemente contaron con algún tipo de colaboración del monarca luso. La expedición continuó por la costa atlántica hasta cruzar el Estrecho de Gibraltar y, siguiendo de cerca la costa africana, el cronista nos cuenta que llegaron a abordar una nave musulmana que desvalijaron e incendiaron. Los avatares de este viaje recuerdan extraordinariamente la singladura de la expedición de Sigurd I[32].

La segunda de las expediciones estuvo dirigida por Thierry de Alsacia, conde de Flandes, y de ella formaban parte muchos veteranos de la Segunda Cruzada. Tuvo su inicio en julio de 1157 y llegó a su destino (Antioquía) en agosto o septiembre de ese mismo año. Mattoso señala que la expedición, a su paso por las costas portuguesas, llevó a cabo un nuevo intento de conquistar Alcáçer do Sal que tampoco fructificó. Habrá que esperar al día de San Juan del año siguiente para que la ciudad fuera ocupada por Afonso Henriques, después de dos meses de asedio, pero en este caso sin ayuda foránea, «só com o seu excercito»[33].

Los efectos de la Tercera Cruzada

En el verano de 1187 se produjo uno de los hechos que cambiaron el curso de la historia de Oriente. Nos referimos a la derrota del ejército cristiano a manos de Saladino en la famosa batalla de los Cuernos de Hattin, que supuso la pérdida de Jerusalén para la Cristiandad. Si la caída de Edesa había provocado una enorme conmoción, la pérdida de la Ciudad Santa y de las importantes reliquias que en ella se guardaban (la Santa Cruz, entre ellas) tuvo efectos devastadores en la conciencia cristiana. Un hombre de iglesia, Josías, arzobispo de Tiro —ciudad donde se habían refugiado los huidos de Jerusalén—, fue el encargado de dar cuenta al papa y a los reyes de Occidente de la pérdida y de las graves dificultades en la que se encontraban los cristianos de Oriente. Antes de que finalizara el año 1187, y después de pasar por Sicilia, donde informó al rey

Guillermo II (1153-1189), el citado arzobispo llegó a la curia pontificia. Las noticias le produjeron a Urbano III (1120-1187) tal emoción que murió el 20 de octubre de aflicción y del «negro sol de la melancolía» del que hablaba el escritor Nerval. Pocos días después, su sucesor Gregorio VIII (sólo estuvo un mes en el solio pontificio, de mediados de noviembre a mediados de diciembre de 1187) emitió la encíclica de cruzada *Audita tremendi* con el objetivo de organizar una nueva empresa cruzadista para reintegrar Jerusalén y los Santos Lugares a la Santa Iglesia. Será su sucesor, Clemente III (1187-1191), quien dará forma al proyecto.

Nacía así la que se conoce por la historiografía como Tercera Cruzada. Lo hacía en un contexto de división política de la Cristiandad occidental que obstaculizaba los deseos del papa. Las discordias eran consecuencia, por un lado, de la disputa que el propio pontífice mantenía con Federico Barbarroja (1122-1190) a propósito de las intenciones del emperador de restaurar el viejo Imperio Romano del que se consideraba heredero, relegando con ello a Roma a un papel secundario, y, por otro, del enfrentamiento entre los reinos de Inglaterra y Francia por el dominio inglés a un lado y otro del Canal de la Mancha. Ambas cuestiones tuvieron una pronta, aunque no definitiva, solución. Clemente III acordó con el emperador que las ciudades del norte de Italia y el reino de Sicilia (los principales objetivos del emperador) estarían bajo la autoridad de Federico Barbarroja, mientras que Roma y sus Estados dependientes seguirían bajo control del papa. Por su parte, la muerte de Enrique II (1133-1189) y la proclamación como nuevo rey de Ricardo I (1157-1199), decidido partidario de la Cruzada, facilitó el acuerdo entre Inglaterra y Francia, con una única condición por parte del rey inglés: que Felipe Augusto (1165-1223) estuviera presente también en la empresa cruzadista. Tres años después de la dolorosa pérdida de Jerusalén, en la primavera de 1190, los dos monarcas convinieron en iniciar el camino hacia Palestina al mismo tiempo, pero por separado. Un año antes lo había hecho Federico Barbarroja, después de convocar el día de San Jorge a los cruzados en la ciudad de Ratisbona.

También se adelantaron a la salida de Ricardo I y Felipe Augusto de Francia grupos de cruzados que, desde las tierras del Mar del Norte y del Báltico, circunvalaron la Península en dirección al Mediterráneo y a Tierra Santa. Lo hicieron en diferentes expediciones que no coincidieron en el tiempo[34]. La primera estaba compuesta por 55 navíos y contaba con cruzados de Colonia y Lieja, a los que se sumaron frisones, daneses y flamencos. Comenzaron su singladura en la cuaresma de 1189 (a lo largo de la segunda quincena del mes de febrero), una fecha demasiado temprana, puesto que lo normal era ponerse en marcha bien entrada la primavera, cuando el tiempo era mejor y las probabilidades de una buena travesía aumentaban. En mayo habían llegado a Lisboa, no sin antes haber hecho escala en Galicia para visitar Santiago. En esta ocasión los cruzados fueron objeto de repetidos ataques por parte de una población, que los veía como auténticos piratas, seguramente porque así era como se comportaban. Ya en Lisboa fueron aleccionados y convencidos para que participaran en la Reconquista portuguesa. El primer objetivo era Alvor, un castillo fácilmente conquistable cuya ocupación era necesaria para un posterior asalto al verdadero objetivo, la cercana ciudad de Silves. Efectivamente, la toma del castillo, que tuvo lugar durante el mes de junio, se llevó a cabo sin grandes dificultades para los ejércitos cristianos que, además, consiguieron un gran botín. No fue lo mismo para los musulmanes —«la muerte se extendió a todos los que estaban en él, pequeños y grandes, mujeres y hombres»— y tampoco para algunos cronistas cristianos que vieron en estos infames hechos la consecuencia lógica de la falta de espíritu cristiano de los cruzados[35].

La fácil ocupación de Alvor sirvió de acicate a Sancho I (1154-1211) para intentar completar la conquista de la costa sur, aprovechando la llegada de una nueva expedición de cruzados. Según el anónimo autor de la *Narratio de itinere navali* —sin duda el mejor y más detallado testimonio (con un estilo claro y directo) de la conquista de Silves y el único que tenemos de un testigo presencial —, la expedición estaba compuesta por once embarcaciones que habían partido de la ciudad alemana de Bremen el día 23 abril de 1189 con dirección a las

costas inglesas. Allí se formó una expedición compuesta por unos 3.500 cruzados alemanes, daneses, flamencos e ingleses en su inmensa mayoría. La flota ya completa salió de Dartmouth a principios de junio con destino a las costas francesas. El día 8 de ese mes habían llegado al puerto de la Rochelle y diez días más tarde se encontraban en *Gozeun* (Avilés). El día 24 alcanzaban el puerto de Tambre (A Coruña), donde desembarcaron para dirigirse a cumplir el ritual de visitar la ciudad del apóstol Santiago, esta vez, que sepamos, sin problema alguno con la población. El día 4 de julio entraban en el estuario del Tajo de madrugada y al día siguiente se encontraban en Lisboa. El cronista nos dice que allí coincidieron con veinticuatro barcos de «nostro imperio et de Flandria», que seguramente eran los mismos que habían conquistado el castillo de Alvor. Según cuenta el citado autor alemán de la *Narratio*, los cruzados de Alvor habrían continuado después de conquistar la ciudad hacia el sur, hasta llegar al estrecho de Gibraltar, decidiendo entonces regresar a Lisboa, sin que sepamos las razones. Este itinerario «errático» ha suscitado dudas sobre el destino y las verdaderas intenciones del viaje, dudas acrecentadas por cuestiones como el hecho de que se hubiera iniciado la expedición en una época del año que no era la usual, que desconozcamos el nombre de sus dirigentes o, por último, que en los pocos testimonios que tenemos del viaje no encontremos justificación religiosa y cruzadista del mismo. En fin, teniendo en cuenta estas circunstancias, es probable que el regreso a la capital portuguesa fuera en realidad la primera escala de una vuelta a casa para una parte de la expedición, mientras que la otra (las veinticuatro embarcaciones que vio el cronista) se habría unido a los demás cruzados para participar en la toma de Silves.

La *Narratio*, al hablar de la toma de esta ciudad, hace repetidas menciones a la conquista de Lisboa como referente de colaboración entre portugueses y cruzados, lo que demuestra que aquel extraordinario suceso seguía en la memoria de muchos cuarenta y dos años después de haber tenido lugar. Las dos conquistas tienen puntos que coinciden, pero también diferencias, y el análisis de unos y otras nos pueden ayudar a comprender mejor la conquista de Silves. La

primera diferencia importante es que podemos contar con más testimonios y, por supuesto, más plurales. Recordemos que, además de la citada crónica alemana, disponemos de la visión inglesa de Ralph de Diceto, que publicó la toma de Alvor y Silves bajo el nombre de *Ymagenes Historiarum*; de las más escuetas *Gesta Regis Ricardi*, incorporada en la *Crónica de Benedicto de Peterborough*, y de la *Crónica* de Roger de Howden. La visión portuguesa de los acontecimientos fue recogida en la llamada *Crónica de 1419* —atribuida por algunos autores a Fernão Lopes—, mientras las fuentes árabes, que no se habían detenido significativamente en la conquista de Lisboa, lo hacen ahora de forma pormenorizada, sobre todo cuando se refieren a los excesos de los cruzados en la toma de la ciudad[36]. No hace falta subrayar la consciente parcialidad de los cronistas cuando otorgan un mayor o menor protagonismo bélico a cruzados o portugueses, según coincidan o no con su «nacionalidad»; pero, al margen del favoritismo, debemos señalar que en general todas concuerdan en la descripción de las operaciones bélicas que se llevaron a cabo.

Como había sucedido en Lisboa, la participación cruzada en Silves fue objeto de un pacto suscrito entre el rey y los cruzados entre los días 5 y 16 de julio. En el compromiso se estipulaba que el beneficio del saqueo quedaba en manos de los cruzados, mientras que la ciudad sería para Sancho I, en parecidos términos al acuerdo de Afonso Henriques en 1147. La diferencia con lo ocurrido entonces fue que, si bien la conquista de Lisboa había sido pactada con toda probabilidad antes de iniciarse la cruzada, por el contrario, ahora y según señalan las crónicas, el objetivo de Silves fue una decisión de Sancho I, respetada por los cruzados, que posiblemente sabían de la importante riqueza que guardaba la ciudad. En todo caso, la elección del objetivo por parte de Sancho I no invalida la posibilidad de que la parada no estuviera programada con anterioridad y que la llamada del rey portugués solicitando ayuda a los cruzados, de la que se hace eco Ralph de Diceto, fuera hecha cuando éstos llegaron a Portugal, pero también es posible que se hiciera antes de que hubieran salido de los puertos del norte, como parece más lógico[37].

El 16 de julio, las flotas cruzada y portuguesa y una nave que procedía de Tui partían con viento calmo hacia Silves. Al mismo tiempo, una expedición terrestre se dirigió al mismo lugar. Estaba formada por efectivos portugueses, a los que se unieron, y ésta es otra diferencia con la ocupación de Lisboa, miembros de las órdenes militares de Santiago, Calatrava, el Hospital y, desde luego, el Temple. Todos ellos tendrían un destacado papel en la ocupación militar de la ciudad, pero sobre todo fueron importantes porque con su presencia conferían una legitimidad «cruzada» adicional a la conquista. Después de la llegada a Portimão de todos los cruzados, los portugueses, a cuyo frente se encontraba el conde don Mendo, intentaron cambiar el objetivo: Carteia en lugar de Silves. No sabemos las razones, pero es probable que estuvieran relacionadas con la ausencia del rey Sancho I y las discrepancias surgidas entre los nobles portugueses que veían difícil la conquista de la ciudad. Este hecho es ignorado por la *Crónica de 1419*, que únicamente menciona un discurso del citado don Mendo aleccionando a los cruzados a la conquista de Silves[38].

El primer intento de asalto constituyó un espectacular fracaso. Después de desbaratar la defensa musulmana en el arrabal y cuando todo parecía apuntar a una conquista fácil, los cruzados dejaron pasar la ocasión de entrar en la ciudad ofuscados por continuar con el saqueo. Este hecho lo cuenta la crónica portuguesa y es obviado por las crónicas cruzadas, que sólo resaltan la valentía de los cruzados y su compromiso con la Cristiandad. Los sucesivos asaltos que siguieron se tradujeron también en otros tantos fracasos. Esto provocó la llegada de Sancho I el 29 de julio, acompañado de más efectivos terrestres, una nueva flota de más de cuarenta embarcaciones y un importante arsenal de dispositivos de guerra, con lo que quería dar un empuje definitivo al asalto. No fue así, o por lo menos no lo fue con la rapidez que esperaban cruzados y portugueses, y la conquista continuó lentamente, lo que provocó una gran inquietud y malestar. Esta situación, según el cronista alemán, enardeció los ánimos de los cruzados y produjo un conato de abandono por parte de los flamencos, que en el último momento no llevaron a cabo al ser disuadidos por los sacerdotes que les

acompañaban: «aconselhavon e amosestavom que acabasem o que comensaron», señala la *Crónica de 1419*. El abandono también estuvo en «la agenda» del rey portugués y, sobre todo, en la de sus nobles. Con ellos y con los cruzados, el monarca llegó a un acuerdo en virtud del cual se levantaría el cerco si en el plazo de cuatro días no se ocupaba la ciudad. Pero no fue así y el 1 de septiembre los sitiados pedían la rendición.

Sucedió entonces lo mismo que había pasado en Lisboa, esto es, un enfrentamiento entre cruzados y portugueses por los términos de la capitulación. Sancho I deseaba la libre salida de los supervivientes con todos sus bienes, lo mismo que había pretendido Afonso Henriques en Lisboa. Los cruzados, por su parte, exigían el cumplimiento del pacto firmado o, lo que era lo mismo, el saqueo total y la muerte de todos los que allí se encontraban. El rey hizo un último intento para convencer a los cruzados, ofreciéndoles 10.000 morabetinos, una cifra que aumentó a 20.000 más tarde. Los cruzados no cedieron, alegando que la llegada de ese dinero, que el rey tenía que mandar buscar «a sua terra», retrasaría su viaje. El arreglo final al que se llegó contemplaba que los expedicionarios permitirían la salida con vida de los habitantes pero sin sus bienes, que serían objeto de saqueo. Cuando los cruzados entraron en Silves, el cronista alemán cuenta el horror que le causó ver la hambruna de mujeres y niños, los numerosos cadáveres en las calles y el profundo olor a muerte que tenía la ciudad. La cruel conducta de los cruzados con los musulmanes provocó su despido por parte del rey Sancho I.

¿Fue la animadversión del rey la única razón por la que la mayor parte de los europeos no se quedó en Portugal, como sí lo habían hecho en Lisboa en 1147? Probablemente influyó, pero también lo hizo el hecho de que Sancho I tenía ahora un recambio para los conflictivos cruzados: nos referimos a las órdenes militares, sobre todo templarios, hospitalarios y caballeros de la Orden de Évora, que se hicieron responsables del territorio conquistado. Existe otra hipótesis sobre la marcha de los cruzados: que pensaran que la conquista había sido prematura, que sería imposible mantenerla y, consiguientemente, establecerse

allí como colonos. En cualquier caso, lo que estaba claro es que el paso de los cruzados por la Península se asociaba a una imagen de muerte, piratería y destrucción que no desaparecería en las siguientes expediciones.

Los cruzados reiniciaron su travesía hacia Tierra Santa el día 20 de septiembre —«in vigilia Mathei»—, quedando sólo en Portugal el nuevo obispo de Silves, el flamenco Nicolau, y unos pocos colonos. La campaña había resultado otra vez muy positiva para Portugal —además de Silves, habían pasado a manos portuguesas Sagres, Albufeira, Lagos, Alvor, Portimão, Monchique, Alferce, Carvoeiro, São Bartolomeu de Messines y Paderm— y para Sancho I, que aparece ahora en los documentos como rey de Portugal, pero también de Silves y del Algarve: el reino extendía sus dominios y el rey alargaba su título y su prestigio.

La reacción musulmana no se hizo esperar. El 25 de abril de 1190 el ejército almohade pasó a la Península al mando del califa de Marruecos, Yacub al-Mansur, *el Victorioso*, con el objetivo de reconquistar la ciudad de Silves y hacer frente a la política de expansión portuguesa y castellana. Durante el verano, las fuerzas almohades tomaron Torres Novas y devastaron Tomar (defendida por el maestre templario Gualdim Pais) e intentaron hacer lo mismo con Évora, Santarém y Silves[39]. En las dos últimas y en la primera estuvieron presentes los cruzados miembros de una expedición que, procedente de Inglaterra y Normandía, se dirigía a Tierra Santa a la conquista de Jerusalén. Según la *Crónica* de Roger de Howden, una parte de la expedición había salido de Dartmouth el 20 de abril, casi al mismo tiempo de la llegada de los almohades a la Península. Otro grupo, a cuyo frente se encontraban Ricardo de Camville (gobernador de Chipre después de la conquista de la isla en mayo de 1191) y Roberto de Sablé (un noble influyente en la corte inglesa de Ricardo I, elegido en 1191 como gran maestre de la Orden del Temple), había iniciado la travesía desde la desembocadura del Loira, en la segunda mitad de junio. El puerto de la isla francesa de Oleron fue el lugar elegido para la salida del tercer y último grupo a mediados de julio. A su frente se encontraba el poitevino Guillermo

Fortis de San Alban, identificado en la crónica como Guillermo de Fors, conde de Aumale, al que le acompañaban los obispos de Auch, Gerardo de Labarthe, y de Bayona, Bernardo II de Lacarre. Los tres grupos (la inmensa mayoría de sus integrantes eran ingleses) tuvieron como lugar de encuentro la ciudad de Lisboa, aunque no a la vez, ya que debido a las tormentas y mal tiempo las más de cien embarcaciones fueron llegando en distintos días, justo antes que se iniciaran los ataques almohades. La llegada de los cruzados fue conocida inmediatamente por el rey Sancho I, quien con rapidez envió emisarios solicitando ayuda para impedir la conquista de las ciudades de Torres Novas y Santarém, que estaban siendo atacadas en esos momentos por los musulmanes. Sobre la presencia de cruzados en la primera de ellas no tenemos más información. A Santarém, en cambio, sabemos que se desplazaron desde Lisboa 500 hombres bien armados que habían decidido, según dice Roger de Howden, «mejor morir en la guerra en el nombre de Jesucristo que ver el mal de su gente y su extermino», aunque al final no fue necesaria su participación.

Por último, en Silves se encontraba una de las naves inglesas, requerida por sus habitantes para defender la ciudad con la promesa de que el rey Sancho I les pagaría sus servicios. Entre los ochenta cruzados que allí se desplazaron encontramos a Guillermo, hijo de Osbertom, y a Godofredo Aurifaber, que contribuyeron, como los restantes cruzados, a que la ciudad no cayera en manos musulmanas, incluso utilizando las maderas del buque para fortificar las defensas de la ciudad[40]. El 25 de julio, fiesta de Santiago, toda la flota salió del puerto de Lisboa y continuó su viaje al encuentro de Ricardo I, hecho que se produjo el 22 de agosto en Marsella, para continuar su viaje a Tierra Santa.

En la primavera de 1191, ya sin la presencia de los cruzados, los ejércitos almohades, con el *Victorioso* Yacub al-Mansur al frente, terminaron la empresa iniciada el año anterior y reconquistaron la mayor parte de las ciudades ocupadas por los cristianos desde 1189: Alcáçer do Sal, Silves, Palmela, Setubal, Almada y Coina fueron algunas de ellas. Estos acontecimientos pusieron de manifiesto la dificultad portuguesa para expandirse y para defender lo conquistado, cuestiones

ambas que dependían en estos momentos de la aportación foránea.

La Tercera Cruzada terminó con la firma de un acuerdo en septiembre de 1192, lo que constituía un hecho sin precedentes. El compromiso disponía, entre otras cosas, que Jerusalén continuara bajo dominio islámico, aunque los peregrinos cristianos tendrían libre acceso a la ciudad y, por supuesto, al Santo Sepulcro. También contemplaba el dominio cristiano sobre los lugares conquistados en la costa de Jaffa. No fue, desde luego, el final esperado por los cristianos, si tenemos en cuenta la energía y el esfuerzo que se habían desplegado. El sentimiento de fracaso debió ser aún más intenso para los alemanes, que habían hecho una cruzada propia que terminó de forma brusca con la muerte de Federico Barbarroja en junio de 1190, ahogado en el río Saleph (Anatolia). El formidable ejército que le acompañaba —recordemos que había salido un año antes que las expediciones de Ricardo I y Felipe de Francia— se dispersó, algunos regresaron a Alemania y una pequeña parte de sus miembros continuó hasta Acre, a donde llegó en octubre de 1190. El trágico final del emperador provocó la euforia de Saladino, temeroso del número de combatientes y de su alto grado de profesionalidad. De igual forma, su muerte dio tranquilidad al emperador bizantino Isaac II Ángelo (1156-1204), preocupado por los deseos de liderazgo de la Cristiandad del emperador alemán.

Al contrario de lo que había ocurrido durante la Segunda Cruzada, cuando el éxito de los cruzados en la Península podía compensar, siquiera mínimamente, el desastre que padecieron en Oriente, ahora el revés causado por la reacción almohade no hacía sino agudizar todavía más la frustración de los cruzados en todos los frentes de la Cristiandad.

La Cruzada alemana

A Federico Barbarroja le sucedió en el trono Enrique VI (1165-1197) con los mismos ideales hegemónicos. El nuevo emperador heredó también el reino de Sicilia por vía matrimonial y, con él, la política de Guillermo II dirigida a

establecer en el Mediterráneo una total hegemonía normanda a cuenta del Imperio Bizantino: en definitiva, se trataba de restablecer el antiguo Imperio Romano unido. Para lograr sus objetivos, Enrique VI ideó una Cruzada —la conocida como «Cruzada alemana»— cuyos objetivos, más o menos confesados, serían Jerusalén y Constantinopla. A esto último se opuso de forma un tanto tímida el papa Celestino III (1106-1198) con la disculpa de que se hallaba negociando con Bizancio la unión de las dos Iglesias, una disculpa que en realidad escondía el miedo a un dominio total de Enrique VI. Aun así, el llamamiento a la Cruzada fue autorizado por el papa y se llevó a cabo durante los meses de julio y agosto de 1195 por los legados pontificios y los obispos en Francia, en Alemania e incluso en Inglaterra. La salida de la Cruzada se anunció para las Navidades de 1196. Al frente de ella, Conrado de Querfurt, canciller imperial y obispo de Hindesheim, y el mariscal Enrique de Kalden. Otros dirigentes militares fueron Enrique de Brabante, el duque Federico de Austria, los duques de Dalmacia y Carintia y el landgrave de Turingia, mientras que la dirección eclesiástica fue una tarea encomendada a los arzobispos Conrado de Maguncia y Hartwig de Bremen[41].

Como había sucedido en anteriores ocasiones, también ahora una flota de navíos (las crónicas hablan exactamente de cuarenta y cuatro) partieron de los puertos del norte con destino, primero a Mesina, y después a Acre, a donde llegaron en septiembre de 1197. La expedición llevó a cabo una parada en Lisboa, no sabemos si para abastecerse o porque así estuviera pactado, aunque esto último, y por los pocos hechos que tenemos confirmados, no parece verosímil. Roger de Howden señala que los cruzados volvieron a atacar y conquistar Silves «de manos de los paganos, a la cual destruyeron totalmente, no dejando piedra sobre piedra». Pero, a diferencia de la anterior conquista de la ciudad, los cruzados actuaron por iniciativa propia o cuanto menos no estuvieron dispuestos a colaborar de ninguna manera con el monarca luso, prefiriendo arrasar la ciudad antes que entregarla al rey de Portugal[42]. La Cruzada alemana acabó como la de Federico Barbarroja, con la muerte del emperador en Mesina,

el 28 de septiembre de 1197, sin haber conseguido sus objetivos. Había sido el primer intento de una Cruzada estrictamente «nacional». Los tiempos estaban cambiando. La destrucción de Silves y el previsible botín que los cruzados alemanes pudieron haber ganado en esta operación tampoco parece que contribuyesen mucho a aliviar esta nueva decepción del movimiento cruzado.

La Quinta Cruzada

Las aportaciones de efectivos europeos a la guerra entre cristianos y musulmanes en la Península Ibérica, realizadas al hilo de la organización de cruzadas en Oriente, tendrían todavía un importante colofón en 1217 en el marco de la Quinta Cruzada. El 19 de abril de 1213, el papa Inocencio III procedía a la convocatoria del Concilio Lateranense IV a través de la bula *Vineam Domini Sabaoth*. Dos años y medio después, el 11 de noviembre de 1215, el papa pronunciaba el discurso de apertura reiterando los mismos motivos para convocar el Concilio que había expuesto en la bula: «la reconquista de Tierra Santa y la reforma de la Iglesia Universal». Ese mismo año, con la constitución conciliar *Ad liberandam*, Inocencio III daba un paso más y diseñaba el planteamiento organizativo de la Cruzada a través de cinco iniciativas principalmente: liderazgo papal sobre la pluralidad de reinos; indulgencia plenaria para los cruzados y para todos aquellos que hicieran una aportación económica que permitiera pagar a posibles mercenarios; protección de los bienes, personas y familias de los cruzados; aportación directa de la Iglesia con cantidades significativas, como el 20 por 100 de las rentas del clero de toda la Iglesia durante un trienio y, por último, nueva formulación de la ahora anticuada «Paz de Dios». En el texto se señalaba también la fecha y el lugar desde donde iniciar lo que la historiografía conocería como Quinta Cruzada: junio de 1217 y Sicilia.

Probablemente, la iniciativa papal más significativa y la más conflictiva de todas era la que tenía que ver con su exclusivo liderazgo, con el poder pleno al

que aspiraba y que, obviamente, vedaba protagonismo alguno a cualquier egregio político; no es extraño que fuera acogida fríamente por reyes y reinos y que estuviera desde el principio sujeta a permanentes desacuerdos y discrepancias. De tal forma fue así que tuvo que aplazarse la fecha de inicio propuesta por el papa, porque los que allí se encontraban el día señalado no eran suficientes para llevar a cabo la tarea cruzadista. Faltaba buena parte de los expedicionarios que habían salido de los puertos del norte en los meses de mayo y junio de 1217, pero que después de detenerse en Lisboa por problemas en la navegación se quedaron para auxiliar a los portugueses en su particular cruzada. Llegarían a Tierra Santa a finales de abril y principios de mayo del año siguiente[43].

Esta expedición naval estaba liderada por Guillermo, conde de Holanda, y Jorge, conde de Wied y mariscal de Colonia; acompañados por Galterio de Avesnes, señor de Flandes, y el famoso predicador Oliverio de Paderborn. La navegación hasta Lisboa no difirió mucho respecto de los viajes anteriores. De los puertos del norte se dirigieron el 29 de mayo a la ciudad inglesa de Dartmouth y de ahí a las costas francesas de la Bretaña (en ambos lugares se unieron a la flota nuevas embarcaciones) a donde llegaron a principios de junio de 1217. La siguiente escala fue el puerto de La Coruña —«un puerto tortuoso flanqueado por una altísima torre construida por Julio Cesar»—[44], desde donde los cruzados se dirigieron a Santiago para realizar la consabida ofrenda al santo apóstol. Entre el 10 y el 15 de julio, las 212 naves que formaban la flota cruzada entraban en el estuario del Tajo, al parecer forzadas por una difícil travesía y por las tormentas. Cabe preguntarse entonces si la llegada de los cruzados a las costas portuguesas fue un hecho circunstancial y no algo intencionado y planificado, como parece haber ocurrido en anteriores ocasiones. Los testimonios y los hechos parecen corroborar la primera hipótesis: muerto el papa Inocencio III en 1216, el nuevo papa Honorio III asumió con entusiasmo y en los mismos términos la organización de la Cruzada dispuesta en la bula *Quia Major* (1213), pero revocando las indulgencias «concedidas hasta ahora por nos en

Hispania contra los moros o contra los herejes en Provenza»[45], entendiendo que éstas habían sido concedidas en tiempos pasados y que las causas que las habían propiciado habían desparecido. Pero, además, la división posterior entre los cruzados parece indicar también que combatir a los musulmanes en la Península no entraba dentro de los objetivos de los expedicionarios.

A su llegada a Lisboa fueron recibidos de forma afectuosa por los obispos de Lisboa y de Évora, don Soeiro Viegas y don Soeiro, respectivamente, que consideraron la presencia cruzada como algo providencial. Los prelados estaban acompañados por Mendo Gonçalves, prior del Hospital; Pedro Alvites, maestre del Temple; Martim Barregao, comendador de Palmela de la Orden de Santiago, del que Oliverio de Paderborn dijo que era pequeño de cuerpo, pero igual que un león por la fiereza de su ánimo, y don Pedro, abad de Alcobaça. En ausencia del rey, sería el obispo de Lisboa el encargado de exhortar a los cruzados a que cooperaran en la tarea de liberar Hispania y sojuzgar a los enemigos de la fe, ahora que el designio divino los había llevado allí. El objetivo concreto, cuidadosamente elegido por los portugueses, era Alcaçer do Sal, y las razones esgrimidas para ello estaban relacionadas con los quebrantamientos de toda índole que les causaban los musulmanes desde aquella ciudad que sólo estaba a dos jornadas de Lisboa, incluido el pago de cien cristianos que como tributo les exigía el califa almohade. Pero, además de estas razones, había otra más importante: la conquista de Alcaçer do Sal significaba sobre todo abrir una vía hacia el interior de los territorios de al-Andalus.

Como adelantábamos, la respuesta no fue unánime. Más o menos la mitad de la flota —los cruzados de origen frisio, sobre todo—, a cuyo frente se situó el abad de Werde, continuó su viaje el 28 de julio sin atender las razones portuguesas y con el argumento de que el papa Inocencio III en el Concilio de Letrán (1215) había rechazado la petición de detenerse en Hispania, porque lo trascendental y más necesario era la conquista de Jerusalén, la cabeza de la Cristiandad[46]. Estas embarcaciones penetraron en el Mediterráneo y después de saquear Faro, Rota y Cádiz, pasaron el invierno en Civitavecchia, donde se

unieron al contingente frisio que se encontraba allí.

Por su parte, la otra mitad (quizás un poco más), a cuyo frente se encontraban Guillermo de Holanda (por cierto compañero del infante don Fernando, hermano del rey Afonso II, en la batalla de Bouvines en la que también estuvo Felipe II Augusto) y Jorge de Weid, se dirigió el 30 de julio hacia Alcaçer do Sal. Allí llegaron también los ejércitos portugueses que la *Crónica de 1419* cifra en 20.000 hombres[47], al frente de los cuales no se encontraba el rey (es significativa su ausencia durante todos estos hechos), sino el citado obispo de Lisboa. A primeros de agosto se inició el cerco que se prolongará hasta el 18 de octubre, momento en que el alcalde de Alcaçer do Sal, de nombre Abd Allah b. Wazir, se rindió a los ejércitos cristianos. Durante el asedio, como era habitual, volvieron a producirse fuertes desavenencias entre los sitiadores, al amenazar los cruzados con abandonar esgrimiendo el argumento de que su verdadero objetivo se encontraba al otro lado del Mediterráneo, en Tierra Santa. La amenaza se hizo aún más firme cuando llegaron los numerosos refuerzos almohades procedentes de Badajoz, Córdoba, Jaén y Sevilla. Por su parte, los cristianos también recibieron nuevos contingentes de hombres, pero optaron además por levantar la moral de las tropas con referencias a la intervención divina que se había hecho visible con la aparición de una cruz en el cielo y de un «escuadrón de blanquísimos guerreros con cruces rojas». Todas estas apariciones milagrosas fueron relatadas al papa por los obispos portugueses que estuvieron allí y difundidas posteriormente por crónicas portuguesas[48] y foráneas, como las de Gosuinus y Cesario de Heisterbach[49].

Fuera como fuese, el 11 de septiembre se produjo una batalla campal que se resolvió a favor de los ejércitos cristianos y que tendrá una importancia decisiva en el desenlace final del cerco que tuvo lugar, como ya hemos señalado, el 18 de octubre de 1217. La pérdida de Alcaçer do Sal hundió un poco más la moral de los almohades, que ya estaba muy maltrecha después del desastre de Las Navas de Tolosa, como significativamente sentenciaba un cronista musulmán tardío: «fueron vencidos los musulmanes en el castillo de Abu Danis —Alcaçer do Sal

—; esta derrota fue una de las mayores y poco menor que la Hisn al-Iqab», es decir que la de Las Navas de Tolosa[50]. También los cronistas cristianos, en general, pusieron en evidencia la importancia de la ocupación de Alcaçer, alguno de los cuales la consideró el único hecho verdaderamente trascendental del reinado de Afonso II (1185-1223).

En la carta de los obispos al papa, a la que hemos hecho referencia, los dos prelados pedían la continuidad de los cruzados en Hispania durante un año para que pudieran seguir apoyando los esfuerzos reconquistadores del reino de Portugal y la dispensa del voto de ultramar para los cruzados pobres y enfermos que se habían quedado sin medio de transporte[51]. En el mismo sentido, Guillermo, conde de Holanda, escribió a Honorio III pidiéndole que siguiera apoyando la guerra en Hispania[52]. Pero el papa se mostró inflexible e instó a los cruzados que siguieran su camino a Tierra Santa. Lo hicieron en el mes de marzo de 1218 y a finales de abril y principios de mayo habían llegado a su destino. Sería la última vez que las costas portuguesas verían pasar a las naves cruzadas hacia Tierra Santa.

El balance de todas estas expediciones —sobre todo de las que formaban parte de la Segunda, Tercera y Quinta Cruzada— fue realmente positivo para los reinos peninsulares, especialmente para el naciente reino de Portugal, donde los cruzados, como hemos visto, tuvieron un papel significativo en todo el proceso de creación territorial necesario para dar legitimidad y viabilidad al reino portugués. Pero, además, estas expediciones cruzadistas, tanto las que estaban de paso como también las que vinieron expresamente a la Península, pusieron de manifiesto la distinta visión que tenían peninsulares y cruzados europeos sobre el proceso de Reconquista que se estaba llevando a cabo en Hispania y sobre la forma de percibir a los musulmanes. Mientras que para los primeros la relación con éstos estaría marcada por el pragmatismo, lo que incluía tanto la guerra de conquista —pero no necesariamente la aniquilación física del adversario—, como la posibilidad de llegar a acuerdos con ellos si era menester; para los segundos, los extra-peninsulares, muy afectados por la lejanía, el

desconocimiento y el extremismo de la ideología cruzadista, la única relación posible con los seguidores de Mahoma pasaba por el extermino.

En cualquier caso, la segunda década del siglo XIII parece marcar un punto de inflexión en el proceso de intervenciones foráneas en la Reconquista: si la campaña del verano de 1212, como tuvimos ocasión de señalar, representa el último ejemplo de presencia masiva de cruzados que acudieron específicamente para combatir en las fronteras hispánicas, la de verano de 1217 que acabamos de glosar también es la última en la que cruzados de paso hacia Tierra Santa se involucran de manera determinante en los asuntos ibéricos. Por supuesto, los europeos no dejaron de realizar su viaje sagrado hacia las fronteras occidentales de la Cristiandad, en busca de la expiación de sus pecados, del botín de guerra, de la fama caballeresca o de las puertas del reino de los Cielos, pero su significación militar en los asuntos peninsulares nunca volvería a ser la que había sido hasta entonces.

CAPÍTULO V

CRUZADA Y RECONQUISTA DURANTE LA CONSOLIDACIÓN POLÍTICA Y MILITAR DE LAS MONARQUÍAS HISPANAS (1218-1492)

El enfriamiento papal respecto al «frente cruzado hispánico»

Señalábamos en el capítulo anterior cómo en 1213 Inocencio III había revocado en la decretal *Quia Major* los privilegios de cruzada otorgados en años anteriores a quienes acudieran a la Cruzada hispana: «Et procter eadem causam remissiones et indulgentias hactemus a nobis concessas procedentibus in Hispaniam contra Mauros […] revocamus»[1]. Cinco años más tarde, fue Honorio III quien se negaba a la petición de las autoridades portuguesas para que los cruzados alemanes y flamencos que habían participado en la toma de Alcaçer do Sal se quedaran en las fronteras peninsulares ayudando en las tareas de conquista y repoblación. A estos últimos, el papa, recordemos, les conminaba a que continuaran sin más dilaciones su viaje a Tierra Santa.

Bien pudiera pensarse que estas disposiciones papales respondieron a un momento determinado y a causas coyunturales provocadas por la urgente necesidad de concentrar todos los esfuerzos en Tierra Santa, donde la situación fue progresivamente empeorando desde comienzos del siglo XIII. Pero el hecho

es que, pasados los años, volvemos a encontrarnos una situación muy parecida: en 1255 el papa Alejandro IV (c. 1199-1261) se negó a que Enrique III de Inglaterra (1207-1272) conmutara el voto de la Cruzada que había asumido para acudir a Tierra Santa por otro que le permitiera cumplir su compromiso cruzado en el norte de África colaborando con Alfonso X (1221-1284). Un año antes ambos monarcas habían firmado un acuerdo en virtud del cual el rey inglés se comprometía a unirse al ejército castellano en la empresa norteafricana que Alfonso X estaba proyectando. La formalización de esa ayuda militar dependía de que previamente el papa consintiese el cambio de escenario para el voto cruzado del rey de Inglaterra, hecho que, como hemos señalado, no ocurrió. El pontífice justificó su negativa apelando a las necesidades y angustias que se vivían en Tierra Santa, un argumento con el que implícitamente se anteponía la defensa de la Cristiandad oriental a la expansión de la occidental por el Magreb, entendida ésta como una prolongación de la Reconquista. Sin duda, el distinto grado de urgencia en un ámbito y otro podría explicar perfectamente la actitud de Alejando IV, pero se da la circunstancia de que, en las mismas fechas y a pesar de las tribulaciones y pesadumbres que vivían los cristianos de Oriente, el papa sí se mostró dispuesto a conmutar el voto jerosolimitano de Enrique III por su implicación en la defensa de los intereses de Roma en el reino de Sicilia, luchando por cierto contra otro monarca cristiano[2].

Parece claro, pues, que la prioridad papal de enviar cruzados europeos a Oriente en vez de a la Península Ibérica no estaba relacionada, o no lo estaba sólo, con la angustiosa necesidad de defender Tierra Santa. Tal vez lo que se había producido era la renuncia definitiva de Roma a implicarse o a intervenir significativamente en asuntos hispanos. A este respecto, como ya tuvimos ocasión de indicar en anteriores capítulos pero merece la pena reproducir ahora, no deja de ser revelador que, en 1225, Honorio III le recordase al monarca castellano Fernando III (1199-1252) que «aunque la guerra que es librada contra los sarracenos de España incumbe a todos los fieles, por cuanto atañe a Cristo y a la fe cristiana, sin embargo no cabe duda que especialmente te concierne a ti y

a otros reyes de las Españas, porque ellos [los musulmanes] retienen tu tierra y la de ellos, por mucho que su ocupación sea un oprobio para toda la Cristiandad»[3].

Con parecidos argumentos, aunque con palabras más severas y también más realistas, Clemente V (1264-1314) trasmitía, en octubre de 1311, a los embajadores del rey Jaime II de Aragón (1267-1327) que se encontraban en el Concilio de Vienne, el sentir de buena parte de la curia romana y de algunas cortes europeas respecto a los planes de los monarcas hispanos de hacer la guerra contra Granada amparados bajo el manto y el apoyo financiero de la Cruzada: «temía que dijesen que el rey de Aragón y los reyes de España son vecinos de los moros de Granada y quieren sacar a la serpiente de su agujero con mano ajena» y es que, según el papa, los franceses e ingleses «estaban tan obsesionados con Tierra Santa que aunque fuesen expulsados los moros de Granada, de Marruecos de Bujía y de Túnez, no les parecería todavía nada». Quizás no haga falta aclarar que, en la indicación papal, la serpiente representaba a los musulmanes, el agujero a las tierras ibéricas y la mano ajena a la contribución económica y militar foránea[4].

Aun así, la minusvaloración por parte de Roma de la «vía hispánica» no significaba un desentendimiento papal de la guerra en la Península Ibérica, como lo demuestra el hecho de que en ningún momento los pontífices de los siglos XIII, XIV y XV dejaran de conceder bulas de cruzadas o privilegios espirituales a las campañas dirigidas por los reyes hispanos, por las órdenes militares o incluso por algunas autoridades eclesiásticas contra sus enemigos de al-Andalus. A este respecto cabría indicar que tanto la desastrosa cruzada contra Requena en 1219 donde «murieron y mas de dos mil cristianos»[5], como la exitosa conquista de Quesada en 1230, ambas organizadas y conducidas por el arzobispo de Toledo, contaron con los beneficios propios de la Cruzada, lo mismo que la anexión de Ibiza realizada por el obispo de Tarragona, Guillem de Montgrí, en 1235 con un enorme coste humano. Pero especialmente hay que recordar que todas o casi todas las grandes expediciones de conquista, y a veces no tan grandes, desarrolladas o proyectadas por los monarcas leoneses, castellanos y aragoneses,

tanto en tierras de la actual Extremadura —contra Cáceres en 1218 y 1222—, como en el valle del Guadalquivir —para afianzar la conquista de Córdoba en 1236, contra Jaén diez años después y contra Sevilla en 1248—, en Mallorca (1229), en el reino de Valencia (1232 y 1237), en el norte de África, entre 1253 y 1260, contra Almería (1309), en la frontera nazarí —Teba, 1330—, en el Estrecho de Gibraltar —Gibraltar y Algeciras en 1309, 1333, 1342 y 1350—, en la batalla de «El Salado» en 1340, en la Vega de Granada en 1319, en la mayoría de las entradas que se produjeron entre 1350 y 1474, y, por último, durante la guerra de Granada, disfrutaron de la consideración de Cruzada expresamente otorgada por los distintos papas. Y lo mismo puede decirse sobre operaciones tan diferentes como las desarrolladas para sofocar las revueltas mudéjares de Valencia en 1248 y 1250, y del valle de Guadalquivir y de Murcia en 1264, la invasión meriní de 1275 o la defensa de Lorca en 1321[6].

Con esto, lo que queremos señalar es que Roma en ningún momento dejó de considerar a las fronteras ibéricas como un ámbito cruzado donde se llevaba a cabo la guerra contra el Islam, sino que no parece que propiciara especialmente las participaciones masivas de cruzados europeos en la Península. En ese sentido, no deja de ser significativo que cuando, en marzo de 1219, en febrero de 1221 o en junio de 1222, Honorio III conceda la indulgencia de los pecados a los que participaran en la guerra contra los moros peninsulares, la dirigiera única y expresamente a quienes en España estaban dispuestos a tomar la cruz, lo que en la práctica excluía a cruzados de otras tierras. Igualmente, cuando Gregorio IX (1170-1241) procedió a apoyar las iniciativas militares de Alfonso IX en octubre de 1230 —después de las conquistas de Mérida y Badajoz— lo hizo concediendo la remisión de los pecados —en los mismos términos que habían sido acordados para los que socorriesen a Tierra Santa— a quienes colaborasen en aquellas empresas, si bien la concesión estaba únicamente dirigida a quienes tomasen la cruz en el reino de León. En junio de 1233, la concesión de tres años de indulgencia para quienes acudiesen en auxilio de la recién conquistada isla de Mallorca estuvo expresamente limitada a los fieles de los reinos de Aragón y

Navarra. En septiembre de 1236, este mismo pontífice se mostró dispuesto a conceder indulgencias de cruzada a todos los que acudiesen en socorro de Fernando III y de la ciudad de Córdoba, para afianzar su conquista, refiriéndose expresamente a los súbditos del rey de Castilla y León, lo que de nuevo excluía a los de otras procedencias, o al menos no tenía en mente su implicación en esta campaña.

Y de igual forma actuó Inocencio IV (c. 1185-1254) cuando en abril de 1246 animó, mediante la concesión de los privilegios de cruzada, a los fieles de España para que ayudasen al infante don Alfonso en las empresas que estaba dispuesto a desarrollar en las fronteras, o en marzo de 1250, cuando se dirigió al arzobispo de Tarragona y a los obispos de Aragón, Valencia y Cataluña para que exhortasen a los fieles de aquellas diócesis a apoyar a Jaime I en la lucha contra los rebeldes musulmanes dirigidos por el al-Azraq. Del mismo modo, en enero de 1253, ordenó a franciscanos y dominicos que predicasen únicamente en los reinos de Castilla, León y Navarra la Cruzada contra los sarracenos, con motivo de la campaña que preparaba Alfonso X en África. Además, cuando en junio de 1321 el papa Juan XXII (1249-1334), alarmado por las noticias que le llegaban desde Lorca, ordenó la concesión de indulgencias, se dirigió únicamente al arzobispo de Toledo y a los obispos de Cartagena y Cuenca, mientras que, en marzo de 1340, Benedicto XIII (1394-1423) al conceder la predicación de la cruz a Alfonso XI, en la campaña que culminaría en la batalla de «El Salado», extendió su predicación sólo a los reinos hispanos de Castilla, Aragón, Navarra y Mallorca. Lo mismo hizo Eugenio IV (1383-1447) en 1431, pero sólo para Castilla, con motivo de una campaña que terminará en la famosa batalla de Sierra Elvira, conocida también como de La Higueruela, con la derrota de los tropas de Muhammad IX (al-'Aysar, *el Zurdo*), ante las tropas de Álvaro de Luna (c. 1390-1453); en 1437 el mismo papa ordenó al cardenal Jordán la predicación de la Cruzada solamente en los Estados castellanos y las regiones circunvecinas[7].

¿Qué había sucedido para que Roma desviara su mirada de la Península

Ibérica? Desde luego a esta cuestión no era ajena la actitud de unos monarcas hispanos que, en virtud de los resultados que iban obteniendo, bien podían sentirse cada vez más fuertes en su enfrentamiento contra los musulmanes y que, en virtud también de la señalada desconfianza hacia los cruzados europeos (que analizaremos con más detenimiento en el siguiente capítulo), preferirían prescindir de apoyos incómodos o, cuando menos, limitarlos. Tal vez más de un rey peninsular suscribiría la reflexión trasmitida por Alfonso IV *el Benigno* de Aragón (1299-1336) al enviado que, en su nombre, visitaba varias cortes europeas para conseguir apoyos a la Cruzada contra Granada en 1329: convenía que dichas gestiones fueran prudentes y también selectivas, porque de una llegada masiva de extranjeros sólo podría venirle «estorbo y escándalo» a la tierra[8].

Hacía tiempo —desde el primer tercio del siglo XIII— que Roma había comprendido que las monarquías hispánicas gozaban de total protagonismo a la hora de activar los mecanismos cruzados con argumentos propios y antiguos que contemplaban la guerra contra el Islam como una tarea exclusiva de los gobernantes peninsulares, al margen de los intereses de la sede apostólica. Este monopolio cruzadista por parte de los diferentes monarcas llevó incluso a un fenómeno de territorialización o «regnicolización», si se puede decir así, que consiste en que el llamamiento a la Cruzada por parte del papado se hiciera sólo en el reino de León cuando se tratara de actuar en las fronteras de este reino, sólo en Castilla y León cuando se interviniera en las suyas o sólo en las diócesis aragonesas en caso de iniciativas emprendidas por el rey de Aragón. Tal vez sea significativo, a este respecto, que cuando en febrero de 1237, con motivo del cerco de Valencia, el papa Gregorio IX se dirija al obispo de Barcelona, Berenguer de Palou, y al procurador de la Iglesia de Tarragona para que prediquen la Cruzada en su provincia eclesiástica, excluyese expresamente de la predicación a los obispados de Pamplona y Calahorra, que formando parte de dicha provincia, por el contrario, no pertenecían al reino de Aragón, sino al de Navarra. Y el mismo fenómeno parece demostrar el hecho de que, en el curso de

las negociaciones entre la corte pontificia y la aragonesa en torno a la organización de la proyectada Cruzada contra Almería de 1309, Jaime II solicitara a Clemente IV permiso para que el obispo de Valencia, Ramón Despont, comisario de la Cruzada en Aragón, pudiese conceder la cruz a gascones, tolosanos, provenzales y navarros, algo que en principio no podía hacer por cuanto aquéllos no pertenecían a su reino[9].

Como quiera que fuese, lo cierto es que a partir de la conquista de Alcaçer do Sal en 1217, y a pesar de que en pocos años comenzaría la fase de las grandes conquistas territoriales y el desmoronamiento de al-Andalus, la presencia foránea, sin llegar a desaparecer, resultó más exigua de lo que había sido durante casi todo el siglo XII y primeros años del XIII. No obstante, hay que ser muy prudente a la hora de hacer una valoración global. Aparentemente, son pequeños grupos de cruzados, nunca demasiado numerosos y con una aportación muy secundaria, a veces marginal. Sin embargo, hay que advertir que el silencio de las fuentes no puede traducirse mecánicamente en ausencia o escasa relevancia, puesto que el desdén hacia ellos estuvo normalmente presente en los textos de origen hispano[10]. El problema es que apenas contamos con otro tipo de testimonios y crónicas que permitan contrastar lo afirmado o lo silenciado por aquéllos.

Las aportaciones foráneas en la época de las grandes conquistas

Teniendo en cuenta estas prevenciones, creemos que merece la pena recordar algunas de las más significativas aportaciones realizadas por los cruzados europeos después de la notable intervención en Alcaçer do Sal en 1217, la última gran empresa cruzada en la Península Ibérica. Corolario de ésta fue la campaña organizada en 1218 por Alfonso IX de León (1171-1230) con el objetivo de conquistar la ciudad de Cáceres. Con ella iniciaba el monarca su actividad reconquistadora, dentro de un proceso de reafirmación leonesista y después de zanjar sus problemas de fronteras con los reinos de Portugal y Castilla. La

campaña de Cáceres disfrutó de los privilegios de cruzada que le otorgó Honorio III y contó no sólo con el apoyo de varias órdenes militares y de efectivos castellanos y leoneses, sino también con un pequeño ejército de cruzados procedentes de Gascuña, entre ellos Savaric de Mauleón (1180-1230), un rico noble del Poitou, profesional de la milicia, protector de trovadores y trovador él mismo, que se pasó la vida guerreando, de un lado a otro, al servicio de diferentes señores y de la corte inglesa de Ricardo Corazón de León, Juan Sin Tierra y Enrique III. El cerco de Cáceres terminó en una frustrante retirada de las tropas cristianas a consecuencia de las dificultades provocadas por un fuerte temporal de lluvia y, posiblemente, por los graves problemas económicos que sufrieron. Inmediatamente después del fracaso cacereño, Savaric de Mauleón partió hacia Tierra Santa tomando parte en la conquista de Damietta durante la Quinta Cruzada y volviendo a su tierra en 1220. Dos años después se produjo un nuevo intento de tomar la ciudad extremeña, pero entonces ya no hubo tropas gasconas, ni tampoco encontramos al trovador del Poitou, sólo estuvieron «los freires de España y grandes gentes de España»[11].

Años más tarde, en noviembre de 1229, cuando hacía pocos meses que se había conquistado definitivamente la ciudad de Cáceres, sin que tampoco tengamos constancia de apoyos foráneos, Gregorio IX hacía un llamamiento a la Cruzada en las provincias eclesiásticas de Arlés y Narbona para que sus fieles acudiesen en apoyo del rey Jaime a la conquista de Mallorca. Para entonces hacía casi dos meses, en concreto el 5 de septiembre a las siete de la mañana, que la flota aragonesa, compuesta por 150 barcos, había zarpado hacia las islas e iniciado las operaciones militares. Es presumible pensar que el reclamo papal fuese un intento de reanimar la campaña, que presentaba evidentes síntomas de debilidad y una cierta impotencia, como lo demuestra la oferta de un acuerdo, que podríamos calificar de humillante, que los musulmanes ofrecieron a Jaime I y que consistía en que los sitiados abonarían los gastos que había costado la expedición y permitirían la marcha en paz del rey y sus tropas. Obviamente no fue aceptado por el rey de Aragón, que el último día del año ocupaba la ciudad al

grito de «Santa María». Que la bula papal no había sido más que un intento de reactivar la expedición lo prueba el hecho de que no hayamos encontrado testimonio alguno de la aportación militar europea en la ocupación[12].

El papa Gregorio IX volvería a reclamar en otras ocasiones a los arzobispos de varias provincias eclesiásticas que predicasen la Cruzada entre sus fieles para que acudiesen en apoyo del rey de Aragón con motivo de la conquista del reino de Valencia. Lo hizo en agosto de 1233 y en febrero de 1237, y entre los requeridos se encontraban el arzobispo de Tarragona, Guillem de Montgrí, y los obispos de Barcelona, Burdeos, Narbona, Arlés, Dax y sus diócesis sufragáneas[13]. Pero si en la conquista de Mallorca no teníamos referencias de la presencia de cruzados europeos, sí las tenemos en la ocupación de Valencia. En concreto, son varios los testimonios que nos hablan de Pere Amell o Amyell, obispo de Narbona, y de los cuarenta caballeros y seiscientos peones que le acompañaban. Zurita en concreto habla de la presencia de «otros barones que por la fama desta guerra vinieron de Francia por servir al rey en ella» y de otras gentes enviadas por el rey de Inglaterra, Enrique III de Plantagenet[14].

Entre tanto, en el reino castellano-leonés, y a pesar de la imagen de cruzado ideal de Fernando III[15], no encontramos indicios de implicación alguna de fuerzas ultrapirenaicas en su trascendental labor reconquistadora. Quizás, el mejor ejemplo de lo dicho lo constituya la conquista de Sevilla en 1248, cuando el papa Inocencio IV se pliega a todas las medidas organizativas adoptadas por el rey y reconoce así su completo liderazgo.

Fernando III tampoco atendió a los llamamientos de Gregorio IX para que detuviera los desatinos de Federico II en Tierra Santa o para que colaborara en la Cruzada de 1234. Pero, además, impidió que instituciones peninsulares participaran en iniciativas cruzadas fuera del ámbito ibérico, como demuestra su negativa a que la Orden de Santiago acudiera en ayuda del Bohemundo V de Antioquía y Trípoli después de la derrota cristiana de La Forbie en 1244, o su oposición al proyecto de colaboración militar que en 1246 acordaron el maestre santiaguista Pelayo Pérez Correa (1205-1275) y el emperador Balduino II de

Constantinopla (1217-1273), un proyecto que contaba con el aval de Inocencio IV. También impidió que otra orden hispana, la de Calatrava, desplegara parte de sus efectivos en Siria (1234) y en Polonia (1245)[16], o que los templarios de su reino atendieran el llamamiento de Gregorio IX en 1239 para que acudieran a Tierra Santa[17].

Habrá que esperar a Alfonso X y a su proyecto de una cruzada en África para que los testimonios vuelvan a referirse no ya a la presencia, sino a la posibilidad —por otra parte nunca concretada— de una incorporación de fuerzas europeas para las campañas hispanas «allende el mar». En mayo de 1255, el papa Alejandro IV ordenó al obispo de Marruecos y legado apostólico, don Lope Fernando de Ayn, la predicación de una cruzada no sólo en España, sino también en Gascuña. Pero no nos equivoquemos al pensar que Roma recuperaba así un cierto protagonismo en la Península favoreciendo la llegada de cruzados, puesto que la verdad es que su entusiasmo tenía claros límites: como ya hemos tenido ocasión de señalar, el papa se negó a que Enrique III de Inglaterra cambiara el voto de cruzada a Tierra Santa y ello sirvió al monarca inglés para incumplir los acuerdos de colaboración que había establecido con Alfonso X sobre su participación en una cruzada en el norte de África. Pero, además, tampoco los acuerdos alcanzados durante estos años entre el rey *Sabio* y las ciudades de Marsella y Pisa, que estipulaban el apoyo naval de las urbes a la Cruzada norteafricana, e incluso los contactos diplomáticos con el rey Haakon IV de Noruega (1204-1263) en el mismo sentido, dieron su fruto. Cuando finalmente la empresa se llevó a cabo en 1260 contra el puerto de Salé (en realidad no fue más que un pequeño golpe de mano), sólo participaron los súbditos de Alfonso X[18].

Por el contrario, es posible que sí hubiese participación foránea de cruzados durante la revuelta mudéjar que estalló a finales de abril o principios de mayo de 1264 y tendría su final en 1266. El sorpresivo levantamiento provocó la inmediata reacción de Alfonso X, quien se dispuso, como primera medida, a obtener importantes recursos económicos. Para ello, el monarca no dudó en pedir a los diferentes obispos castellanos y leoneses la predicación de una

Cruzada invocando las bulas que le habían otorgado Inocencio IV y Alejandro IV en 1246 (cuando todavía era infante) y 1259 respectivamente, a la espera de una nueva bula[19] que llegaría a finales del mes de marzo del año siguiente. En ella el papa Clemente IV autorizaba, primero al arzobispo de Sevilla y después al franciscano Juan Martínez, obispo electo de Cádiz, la predicación de una Cruzada en España y en las ciudades y diócesis de Génova y Pisa para socorrer, si fuera necesario, al rey de Castilla y León a causa del levantamiento de mudéjares en el valle del Guadalquivir y en el reino de Murcia[20]. Es posible que la bula de Clemente IV estuviera provocada por la idea que podía existir en Roma de que el levantamiento mudéjar era una situación especial que necesitaba de medidas extraordinarias. Una percepción que, sobre todo, la tenían por el hecho de que la revuelta contaba con la ayuda de Murcia y del rey de Granada, Muhammad Ibn al-Ahmar al-Nasr, contra quien, por cierto, iba dirigida la bula de cruzada y no contra los mudéjares sublevados. En cualquier caso, Clemente IV, en un sentido opuesto al que habían seguido sus predecesores y guiado por la consideración de que «los peligros no solo se ciernen sobre los reinos de España, sino sobre todos los fieles», ordenó la paralización en Hispania de cualquier predicación de la Cruzada para Tierra Santa, o para cualquier otro lugar, con el objetivo de concentrar esfuerzos. Además concedió las consabidas ventajas espirituales y temporales[21]. En fin, parece que la percepción del peligro mudéjar fue la única explicación de que el llamamiento papal se hiciera en esta ocasión fuera de los límites peninsulares, aunque desconocemos realmente el alcance que pudo tener[22].

En este sentido, ni las fuentes castellanas, ni las aragonesas, ni las portuguesas aluden a participación foránea alguna y ello a pesar de que han dejado valiosos testimonios directos sobre los acontecimientos, completados con posterioridad con relatos como la *Crónica de Alfonso X*. Por el contrario, algunas crónicas alemanas y francesas —compuestas a principio del siglo XIV— no sólo recogen la noticia de la rebelión mudéjar y de la guerra contra los musulmanes, presentada como una invasión sarracena procedente del norte de África, sino que

también mencionan a los peregrinos cruzados que se involucraron con éxito en ayuda de Alfonso X, «no sin gran derramamiento de sangre»[23]. Por su parte, la crónica del monasterio de San Bertín resulta un poco más explícita por lo que respecta a la presencia de cruzados de variada procedencia, cuando exactamente se refiere a cómo vinieron éstos «de diversas partes del mundo» para ayudar a los cristianos de Hispania[24].

Más allá de las fronteras del reino de Castilla y León, pero en el marco peninsular, se conoce bien la respuesta que la bula tuvo en la Corona de Aragón, donde también se había ordenado la predicación de la cruzada[25]. La determinación del rey Jaime I fue esencial para implicar a las fuerzas vivas de Aragón, parte de las cuales se oponía a prestar cualquier tipo de ayuda al rey castellano, de tal modo que, a finales de noviembre de 1265, las tropas de Jaime I estaban en Alicante dispuestas a entrar en combate contra los mudéjares. Su participación sería decisiva para la resolución del problema mudéjar en el reino de Murcia. También en el marco peninsular, aunque de menor trascendencia, fue la ayuda que recibió Alfonso X de Afonso III, rey de Portugal (1210-1279). Una ayuda obligada por el acuerdo al que habían llegado los reinos en 1263, el cual, en uno de sus puntos, preveía la prestación militar de cincuenta lanzas por parte del reino de Portugal, aunque es posible que en tierras andaluzas estuvieran más guerreros que los estipulados.

La frontera de Granada y la «Guerra del Estrecho»

La definitiva pérdida de Tierra Santa a manos de los musulmanes en la última década del siglo XIII alentó la aparición en la Península de algunos grupos de guerreros europeos interesados en conseguir en Hispania lo que era imposible lograr en Oriente: los privilegios propios de la Cruzada. En consecuencia, a partir de ahora, la presencia de estos grupos comienza a ser relativamente frecuente, aunque nunca fue muy significativa. Éste podría ser el caso de Bermond II d'Anduze (Veremundo de Andusia), señor de la Voute (1282-1351),

un noble francés que en 1318 se encaminaba a España acompañado de una compañía de caballeros y escuderos con una carta de recomendación del papa y la indulgencia de cruzado de Tierra Santa. No sabemos exactamente dónde estuvo, pero es probable que participara en la expedición que al año siguiente llevaron a cabo los infantes don Pedro y don Juan contra la Vega de Granada. En esa expedición es segura la presencia de un caballero inglés, *Johanes de Hemptona de Murtemer* (John of Hampton of Mortimer), que resultó herido y fue hecho prisionero por los granadinos, quienes lo tuvieron cautivo durante cuatro años en Alcalá la Real, como cuenta un documento del rey Jaime II fechado en 1324[26]. El objetivo de la cabalgada de los dos infantes había sido, según algunas fuentes árabes, detener el proceso de fortificación que estaban llevando a cabo los musulmanes y con ello impedir la conquista de Algeciras y, según otras, entre ellas la crónica de Ibn Jaldún, aprovecharse de la debilidad y división en la que se encontraba el reino de Granada después del levantamiento del hijo del sultán de Fez. De cualquier modo, la expedición acabó desastrosamente para las huestes cristianas, aunque no tengamos datos precisos de lo ocurrido[27].

Otro ejemplo parecido al anterior lo constituye el conde Felipe de Valois y su deseo de desplazarse a la frontera de Granada con «una decente y notable comitiva de guerreros». Al futuro Felipe VI (1293-1350), el papa Juan XXII le había concedido una indulgencia de cruzada en agosto de 1327 para que fuera a luchar contra los sarracenos «durante un año de forma continuada o de manera interpolada a lo largo de un bienio». En ese mismo mes, Alfonso XI (1311-1350) estaba desarrollando una campaña en la frontera de Granada[28] que culminaría en la conquista de Olvera, Ayamonte, Pruna y Torre Alháquime, así que, por una simple cuestión cronológica, no parece posible que la comitiva de Felipe de Valois pudiera estar implicada en estos acontecimientos[29].

Sin embargo, sí tuvo tiempo para estar en la expedición que el rey de Castilla llevó a cabo durante el verano de 1330 contra la fortaleza de Teba, aunque tampoco ahora nos consta su presencia, seguramente porque en 1329 había sido

nombrado rey de Francia en Reims y los asuntos que le preocupaban eran otros, a pesar de que los intentos para involucrarle a él y a otros cruzados ultrapirenaicos en la conquista de la ciudad tuvieron una importante resonancia: en junio de 1328 el papa Juan XXII había otorgado a Alfonso XI las debidas bulas de cruzadas; además, Alfonso *el Benigno* de Aragón, que había pactado con el rey castellano su participación en la expedición, había conseguido, gracias a la embajada de Ramón de Melany, el compromiso del citado Felipe VI de Francia, de Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia (1296-1346), y de Felipe III d'Evreux (1306-1343), rey de Navarra desde 1328, de desplazarse a al-Andalus con el único objetivo de servir a Dios[30]. De la misma forma, diversos nobles, algunos de forma exaltada, mostraron su deseo de ponerse en marcha hacia la Península: Amalric, señor de Crâon y de Sablé y senescal de Anjou; Bernard-Ezy, vizconde d'Albret; Enrique de Sully, gobernador del reino de Navarra desde 1329; el conde alemán Guillermo de Jülich; Walter de Ayngien; Raoul, conde de Eu y condestable de Francia; Bertrand Jordá, señor de l'Illa; Gastón II, conde de Foix, vizconde de Béarn; Guillermo V, conde de Juliers —que fue persuadido por su mujer, Juana de Hainaut, para que olvidara su expedición a Oriente y se implicara en la expedición a la Península Ibérica, menos peligrosa y más barata —; Juan II, duque de Bretaña, y, por último, Carlos II de Alençon, hermano del rey francés Felipe VI. En una carta de 1329, Enrique de Sully escribía a su rey, Felipe III d'Evreux, sobre los pormenores del proyecto de Cruzada[31].

A la hora de la verdad, no obstante, tan amplias expectativas se vieron completamente defraudadas: ni el rey de Francia, como ya hemos dicho, ni el rey de Navarra, ni tan siquiera el mismo monarca de Aragón pudieron o quisieron movilizarse para la campaña de 1330, y la firma de una tregua entre Alfonso XI y el rey de Granada al año siguiente abortó cualquier intento posterior: algunos de los que ya había iniciado el viaje, como Guillermo de Jülich y su comitiva —compuesta por cuarenta caballeros y ochenta jinetes—, se quedaron sin objetivo[32]. Basta con repasar la documentación publicada por Miret para comprobar la intensa actividad diplomática desplegada en aquellos meses de

1329 y 1331, el constante trajín de cartas y emisarios entre las cortes de Francia, Aragón, Castilla, Portugal y Avignon para conseguir una masiva concurrencia a la Cruzada y compararla después con su escasa repercusión, para entender el título que Goñi Gaztambide otorgó a la misma: «una cruzada aparatosa», convertida al final en el parto de los montes.

Con todo, sí acudieron otros grupos de cruzados impulsados por el fuerte eco que alcanzó la guerra contra Granada en las cortes europeas. Fue el caso de Walter de Aynghien, quien, en la primavera de 1330, llegó a Barcelona dispuesto a participar en la Cruzada, aunque lo cierto es que nada más sabemos de él[33], o de los quinientos caballeros enviados por el rey de Portugal, Alfonso IV, a cuyo frente se encontraba el maestre de la Orden de Cristo, Martim Gonçalves Leitão, pero que sólo permanecieron un mes en campaña, al cabo del cual se volvieron a Portugal alegando que así se lo había ordenado el monarca portugués[34].

Pero sin duda el caso más interesante y mejor documentado, quizás también el más atípico por lo que se refiere a las circunstancias de la participación foránea en la guerra peninsular, sea el del noble escocés sir James Douglas y su comitiva[35]. En junio de 1329 había muerto Roberto Bruce, veintitrés años después de haberse proclamado rey de los escoceses. Frustrado por no haber podido peregrinar a Jerusalén en vida, había ordenado que su corazón fuera embalsamado y llevado al Santo Sepulcro. El encargado de dicha misión fue su compañero Douglas, quien, al frente de un grupo pequeño —apenas siete caballeros y veinte escuderos—, embarcó llevando colgado de su cuello una caja que portaba el corazón de su señor, según se cuenta en el poema que el cronista John Barbour (c. 1325-1395) dedicó al famoso rey escocés. En su camino hacia Oriente, la expedición había iniciado su periplo, que recuerda al de los antiguos cruzados, en Berwick, continuando con posterioridad por la costa de Cornualles, Bretaña, La Coruña, llegando a Sevilla en el verano de 1330, justo en el momento en que Alfonso XI emprendía la campaña contra Teba. Los escoceses no quisieron dejar pasar la oportunidad de participar en la guerra contra los infieles y, junto a otros cruzados ingleses, se unieron al ejército encabezado por

el rey de Castilla, quien —según Barbour— encomendó a sir James la posición más honrosa en el combate, la vanguardia «para que la mandase y dirigiese; todos los extranjeros estaban con él». Iniciado el cerco de aquella fortaleza fronteriza, el contingente extranjero se vio envuelto en un choque con los granadinos y meriníes, de resultas del cual Douglas encontró la muerte. Siempre según la crónica de Barbour, cuando el noble escocés estaba en plena confrontación arrojó el corazón de Roberto de Bruce al fragor del combate para que, de alguna forma, el rey de Escocia también tomara parte en la lucha contra el Islam: «Pasa ahora tú el primero, como solías serlo en el campo; y yo te seguiré, o bien hallaré la muerte». Esto último fue lo que sucedió «y junto a él, murieron sir William of Sinclair y otros dos valientes caballeros; uno se llamaba Roberto Logan y el otro sir Gualterio Logan». Después de la batalla, los suyos recuperaron el corazón de Roberto Bruce y el cuerpo del noble escocés, al que cocieron para separar la carne de los huesos, siendo los restos de ambos devueltos a su patria, a donde también regresaron todos los componentes de la expedición[36].

No puede negarse que el reinado de Alfonso XI de Castilla tuvo una actividad cruzadista notoria: además de lo ya indicado, las operaciones emprendidas para socorrer y recuperar Gibraltar en 1333 también se beneficiaron de la predicación de la Cruzada, aunque no se detecte presencia foránea, al igual que la campaña que en 1340 culminó con la batalla de «El Salado». Claro que en este último caso la participación ultrapirenaica quizás tuviera alguna cabida, si bien la misma está sujeta, una vez más, a juicios valorativos difícilmente conciliables. En su momento, Goñi dio noticia de algunos textos europeos que aludían a la colaboración de cruzados del reino de Francia, Alemania e Italia en esta empresa de «El Salado». Bastante llamativa es la noticia recogida por un médico italiano que reprodujo el testimonio de unos peregrinos que, al parecer, habían estado presentes en la batalla: según éstos, en el ejército del rey de Castilla y León, junto a sus propios contingentes, habrían concurrido ni más ni menos que 700 soldados procedentes de Alemania y Francia, bien equipados por el papa y con

toda clase de indulgencias cruzadistas. Junto a ellos, 5.000 caballeros y 20.000 peones navarros encabezados por su rey, otros 5.000 caballeros y 20.000 peones provenzales y franceses dirigidos por el monarca aragonés y 15.000 caballeros portugueses junto a su monarca[37]. No es necesario advertir sobre los errores y exageraciones que ahí se indican: ni los reyes de Aragón o Navarra se dieron cita frente a Tarifa, ni las cifras aportadas resultan creíbles en manera alguna. Pero conviene tener en cuenta que el autor escribía poco tiempo después de la batalla y que anotaba las referencias orales que le proporcionaron quienes decían ser testigos presenciales. Deformaciones aparte, tal vez recogen un fondo de verdad, el de la presencia de cruzados no castellanos en la contienda.

Por el contrario, basta con repasar los capítulos que las crónicas del reinado de Alfonso XI le dedican a la batalla para comprobar el absoluto silencio en torno a la participación de cruzados europeos, más allá de la importante colaboración portuguesa, al menos mil caballeros a cuyo frente estuvo el monarca Afonso IV, y de alguna mención esporádica a cruzados de otros reinos ibéricos, como los dos escuderos de Mallorca que «vinieron cruzados a esta batalla»[38]. De hecho, estas fuentes no se conforman con ignorar su presencia, si es que realmente la hubo, sino que dan un paso más al señalar expresamente y de manera llamativa su ausencia, con el fin de ensalzar, sin duda, la magnitud de la victoria campal del monarca castellano-leonés. En ese sentido, al hacer el cronista una comparación entre el choque campal de «El Salado» y la victoria alcanzada por Alfonso VIII en Las Navas de Tolosa, precisamente uno de los aspectos que destaca es que, frente a lo ocurrido en 1212, cuando el castellano pudo contar con importantes contingentes ultrapirenaicos y con la presencia de los reyes y fuerzas de Aragón y Navarra, ahora Alfonso XI no tuvo tiempo para «llamar a ninguna gente de otros reinos para que fuesen a la batalla con él, sino a los de sus reinos y aquellas pocas gentes que trajo el de Portugal. Porque aunque el papa le había otorgado la cruzada para esta guerra en los reinos de Aragón, de Cataluña y del reino de Mallorca no vinieron del reino de Aragón sino un caballero llamado Gonzalo García, y del reino de Mallorca dos escuderos que la

historia ha contado que murieron en la batalla»[39].

En esta ocasión la observación de Jiménez de Rada, referida a Las Navas de Tolosa, de que sólo los hispanos soportaban el peso de la lucha contra el Islam en las fronteras occidentales de la Cristiandad, bien podía convertirse en «sólo los castellanos», o al menos eso le parecía al cronista de Alfonso XI, tal vez haciéndose eco de la opinión predominante en la corte de este monarca: «este noble rey don Alfonso […] él solo con su poder tenía que defender a la Cristiandad de los moros de allende el mar, que dominan la mayor parte de África y de los moros de aquí [de la Península Ibérica] que estaban todos contra él, porque ninguno de los otros reyes cristianos le ayudaban a esto, ni vinieron en su ayuda en la batalla que tuvo con estos moros cerca de Tarifa ["El Salado"], salvo el rey de Portugal»[40]. La aportación de efectivos de este último se ha calculado que giraba, más o menos, en unas mil lanzas —entre ellas hombres de las órdenes de Santiago y Avís— y que, según las crónicas portuguesas, desempeñaron un papel decisivo en varios momentos de la batalla[41].

Muchas menos dudas tenemos a la hora de señalar la presencia foránea en el cerco de Algeciras, iniciado dos años después. El éxito alcanzado por las tropas cristianas en la batalla de «El Salado» fue bien explotado por Alfonso XI con una campaña propagandística que tuvo una especial resonancia en la corte papal de Aviñón. Allí envió a un hombre de su entera confianza, el embajador Juan Martínez de Leyva, señor de Leyva, Baños, Coruña (del Conde) y Valdezcaray, a la cabeza de una comitiva que llevaba no sólo algunos de los objetos que simbolizaban la victoria en «El Salado» (tales como el pendón real que guió a los cristianos durante el combate o el caballo utilizado por el rey con sus señales de castillos y leones), sino también determinados trofeos de guerra muy significativos conseguidos el día del choque, como veinticuatro moros cautivos que portaban otros tantos pendones arrebatados a los musulmanes aquella jornada, o los caballos de los reyes granadino y meriní, cada uno ensillado y portando una espada y una lanza en el arzón. Las consiguientes ceremonias y procesiones, presididas por Benedicto XII y acompañadas por los cardenales de

la corte pontificia, fueron realmente memorables: entrada y recibimiento triunfal de la comitiva en Aviñón, misas, cantos de himnos de victoria, procesiones públicas en acción de gracias, exposición del pendón real en la iglesia de Santa María de Aviñón, predicación papal en la que comparó la victoria del rey de Castilla con la bíblica de David contra los filisteos presentándolo, en palabras de Rodríguez-Picavea, como adalid de la Cristiandad[42].

Toda aquella puesta en escena animó al pontífice a reiterar los privilegios de cruzada para futuras acciones del monarca castellano-leonés y, seguramente, también debió de servir para que se sumaran a ellas a un buen número de dirigentes y guerreros europeos, deseosos de tomar parte en campañas que se preveían gloriosas para toda la Cristiandad, tanto como lo había sido la de «El Salado». Todas las expectativas que debieron de generarse a raíz de la victoria de «El Salado» se concretaron a partir del otoño de 1342, cuando Alfonso XI comenzó a organizar una gran campaña para conquistar Algeciras y buscó apoyos en diversas cortes peninsulares y europeas.

El resultado, por lo que a la participación foránea se refiere, no fue tan raquítico como en ocasiones anteriores. El rey de Castilla contó no sólo con el apoyo financiero del papa Clemente VI y del rey de Francia, Felipe VI[43], sino también con el auxilio militar de efectivos franceses, ingleses, alemanes y genoveses, además de otros procedentes de diversos reinos peninsulares, como Portugal, Navarra y Aragón. De hecho, hacía muchas décadas que en la Península Ibérica no se producía una concentración de cruzados ultrapirenaicos tan nutrida como la que tuvo lugar frente a las murallas de Algeciras y esta vez las fuentes castellano-leonesas no silenciaron la presencia de aquellos «caballeros franceses y alemanes que venían a esta guerra por servir a Dios y al rey, y de otros muchos de otras tierras extrañas que venían a esta guerra para conocer al rey por la bondad que de él sonaba por todo el mundo, como por ganar el perdón que había sido otorgado». De manera particular, la *Crónica de Alfonso XI* cita al conde de Lous, un noble alemán del que hablaremos más adelante, que estaba acompañado por seis caballeros de su tierra[44] y a Egidio o

Gil Bocanegra, un genovés nombrado almirante por Alfonso XI, a quien además le donó el señorío de Palma del Río y que estuvo al frente de las naves de su país y de sus tripulaciones. Estas últimas no sólo se mostraron hábiles en las tareas de bloqueo marítimo de la ciudad, sino también en la construcción de máquinas lanzapiedras, destacando particularmente la actuación de sus ballesteros. También integraban este grupo de cruzados extrapeninsulares Enrique de Grosmont, duque de Lancaster, conde de Derby, acompañado de Guillermo Montagu, conde de Salisbury, que «venían a la guerra de los moros por salvación de sus almas y también por ver y conocer al rey» a la cabeza de los contingentes procedentes de Inglaterra, de los que, por cierto, formaba parte uno de los protagonistas de los *Cuentos* de Chaucer, al que se le identifica con el apelativo de *El Caballero* y de quien afirma que había intervenido en el sitio de Algeciras[45]; Gaston II de Foix-Béarn, conde de Foix y vizconde de Béarn con el nombre de Gaston IX, quien, acompañado de su hermano Roger Bernat III, vizconde de Castellbó[46], dirigió a las «pocas compañas de la Gascuña, de donde eran naturales» y a otros muchos de diverso origen que se venían con ellos por servir a Dios, y Felipe III d'Evreux, rey de Navarra, que recibió una calurosa acogida por parte del monarca castellano y que falleció durante el asedio. Entre los peninsulares se consigna la ayuda prestada por el rey de Portugal, Afonso IV, que envió a una flota de diez naves capitaneadas por el almirante, e hijo de almirante, Carlos Pessanha, y por los aragoneses, que además de aportar una flota de diez navíos gobernada por el también almirante y consejero de Pedro IV (1319-1387), el valenciano Mateo Mercer, colaboraron con las mesnadas de algunos nobles como las del vizconde Bernardo de Cabrera, de cuyos efectivos se destaca, por su valentía, a un escudero catalán, Berenguer Ensenyes[47]. En fin, como diría el autor del *Poema de Alfonso XI*:

> «En otras tierras oyeron
> las nuevas de este hecho;
> los caminos se abrieron
> hasta la mar del Estrecho.

Por honrar la santa ley
se reunió gran compaña
y por ver al noble rey
que reinaba en España.
Llegaron a esta tierra
altos hombres sin duda:
el conde de Derby de Inglaterra,
y el conde de Foix de Francia,
y aquel rey de Navarra
con las gentes que tenía;
llegaron bien desde Sarra
romeros en romería»[48].

Además de los nombres consignados por las fuentes castellanas, bien formando parte de sus comitivas, bien acudiendo por su propia cuenta, centenares de cruzados europeos se dieron cita en Algeciras, pero de ellos nada se sabe. Sólo excepcionalmente algún testimonio salva del anonimato a uno de ellos y nos permite conocer su destino. Tal es el caso de Guillermo de Sergiares, un desconocido caballero francés a quien Pedro IV de Aragón concedió un salvoconducto en abril de 1341 para que fuera a la frontera de Granada con sus caballos, armas y pertrechos[49], o Jean de Rye, señor de Balançon, un caballero también francés procedente del Franco-Condado que, «no temiendo exponer su cuerpo en defensa o dilatación de la fe católica», acudió al asedio, donde fue capturado por los musulmanes después de una temeraria salida y trasladado al norte de África. Por fortuna para él, los servicios que con anterioridad había prestado al rey Felipe VI de Francia y al duque de Borgoña le valieron para que éstos se dirigieran al papa interesándose por su liberación. Precisamente a través de dos cartas de Clemente VI a Alfonso XI, rogándole que procurase su libertad, conocemos algún detalle de su peripecia vital: tres años después de la toma de Algeciras, en abril de 1347, todavía seguía cautivo en el norte de África en manos de un familiar del sultán meriní. Se daba la circunstancia de que un hijo del sultán que lo tenía preso estaba a su vez cautivo en Castilla, así que el intercambio resultaba posible. Como quiera que fuese, lo cierto es que en 1352

Jean de Rye estaba de nuevo en Francia, después de haber estado no menos de cuatro o cinco años apresado en el norte de África. Veinte años después, en el verano de 1372, vuelve a la Península enviado por el rey de Francia, Carlos V, con el propósito de conseguir que Enrique II accediera a la vuelta de mil soldados franceses que todavía permanecían en las guarniciones castellanas para consolidar a los Trastámara en el poder y que el rey francés necesitaba en su enfrentamiento con los ingleses[50]. No es extraño que, justo antes de morir en Aljubarrota en 1385 al servicio de Juan I de Castilla (1358-1390), Jean de Rye presumiera de «haber estado en muchas batallas, así de cristianos como de moros»[51].

Para evitar problemas entre los cruzados —«por la contienda y gran guerra que había habido entre el rey de Francia y el rey de Inglaterra»—, los franceses y navarros fueron alojados en posadas distintas a las ocupadas por ingleses y alemanes[52]. En conjunto formaban un curioso espectáculo que no dejó de llamar la atención al cronista y que llegó a impresionar a los granadinos. Cuando los enviados del rey de Granada visitaron el campamento cristiano, en septiembre de 1343, tuvieron ocasión de ver el lugar que ocupaban «las gentes de fuera del reino», y se sintieron maravillados no sólo por «el gran poder de gentes» que había llegado a reunirse, sino también por la puesta en escena de los cruzados europeos:

> «tenían los yelmos puestos en las puertas de las casas [del real] en sendas varas gordas y altas. En cada uno de estos yelmos había muchas figuras y de muy diversas maneras: en uno había una figura de león, en otro una figura de zorra, en otro una figura de lobo, en otro una cabeza de asno, y en otro de buey, en otro de perro y en otros de otros muchos animales; en algunos había figuras de cabezas de hombres con sus rostros, con cabellos y con barbas. De éstos había muchas y de muchas maneras, y todas estaban tan bien hechas que parecían que estaban vivos. Algunos yelmos tenían alas de águilas y otros de cuervos. De éstos había hasta seiscientos yelmos»[53].

El cerco de Algeciras tuvo su final en los últimos días de marzo de 1344, veinte meses después de haber empezado. Durante este tiempo se sucedieron los desórdenes, las acciones militares, los problemas económicos y de

abastecimiento que hicieron que Alfonso XI se planteara en algún momento levantar el asedio. Como a punto estuvo de suceder en el otoño de 1343 cuando se mostró dispuesto a abandonar si el rey meriní Yusuf I le satisfacía la cantidad 300.000 doblas de oro que había costado la expedición hasta entonces y además seguir ingresándole las parias habituales. Pero en diciembre de ese año la situación dio un giro de ciento ochenta grados con la batalla del río Palmones. La contundente derrota del ejército musulmán que había ido a socorrer a los sitiados precipitó la caída de la ciudad y la entrada en ella de las tropas de Alfonso XI a finales de marzo del año siguiente. Allí estuvieron el flamenco Cornellius de Hamelio y otros caballeros que, en mayo de 1343, recibieron un salvoconducto de Pedro IV de Aragón para dirigirse a la frontera entre Castilla y Granada[54].

Señala Goñi Gaztambide que, cinco años después de Algeciras y para no dejar el enemigo a la espalda cuando hiciera efectivo su derecho a la conquista de África, Alfonso XI hizo un intento por conquistar la ciudad de Gibraltar disponiendo para ello un férreo bloqueo naval a la ciudad con la ayuda de naves aragonesas y, posiblemente, también de embarcaciones genovesas cuya participación había pedido el papa Clemente VI. Fuera o no el peligro africano la causa, la empresa fracasó o, mejor dicho, se frustró debido a la muerte del monarca, en el mes de marzo de 1350, a causa de la peste bubónica que contrajo durante el asedio. Pero, pese al fracaso, la pretensión alfonsina de conquistar la última plaza del lado europeo del Estrecho y la forma de hacerlo nos sugieren que el predominio naval cristiano era total, como lo fue también a partir de ahora el aislamiento musulmán peninsular respecto al mundo islámico del otro lado del Estrecho[55].

La muerte de Alfonso XI constituyó también el final de las grandes batallas y de las multitudinarias campañas hasta la guerra total de los Reyes Católicos, salvo dos excepciones, como la toma de Antequera (1410) y la batalla de La Higueruela (1431). Durante ese tiempo de predominio Trastámara se produjo una nueva articulación política y social del reino y un nuevo equilibrio de poder

entre nobleza y monarquía que, hasta que se consolidara, habría de provocar enfrentamientos, querellas y conflictos generalizados en el interior del reino, lo que supuso un frenazo a la movilización contra los musulmanes. La Guerra Santa quedó convertida en simples conatos armados, incursiones rápidas, campañas fugaces, contraataques, treguas y cobros de parias, pero en modo alguno una acción metódica y perseverante en pro de la empresa de la Reconquista, como ha señalado Goñi Gaztambide. Desde luego, todas estas cuestiones no supusieron un cambio en el objetivo, que siguió siendo, sin matizaciones, la conquista definitiva de la Península o, como dice la crónica de Enríquez del Castillo, recobrar «lo que nuestros antepasados perdieron». Lo que sí se produjo fue la conversión de la bula de cruzada en un mero instrumento político y económico al servicio de unos y otros intereses, como veremos[56].

El languidecimiento de la presencia europea en la Cruzada hispánica

Obviamente, «el frenazo» reconquistador tuvo su repercusión en el número de cruzados extranjeros, cuyas «visitas» se hicieron cada vez más esporádicas. Pero, además, los que aquí llegaban ya no veían la guerra contra el Islam en la Península con los ojos, ni con los intereses del papa de Roma, sino con los suyos propios y los de los reyes peninsulares. En el ánimo de muchos de los cruzados europeos, que se acercaron a la frontera nazarí una vez culminada «la batalla del Estrecho» y hasta el inicio de la guerra final contra Granada, parecen pesar más las motivaciones de índole caballerescas que el impulso cruzadista, coincidiendo además con los propósitos de otros muchos caballeros de más allá de los Pirineos que, no habiendo tomado el signo de la cruz, interpretaron que aquella frontera era el escenario ideal para «hacer caballerías», esto es, para forjarse un nombre, ganar el honor y conseguir la fama de la que se nutría el *ethos* caballeresco[57]. Por su parte, sin llegar a excluir del todo a los foráneos, los reyes castellanos —los únicos que desde hacía décadas mantenían una frontera con el

Islam andalusí— se mostraron en muchas ocasiones abiertamente remisos a aceptar su colaboración —no así las ventajas económicas asociadas a la predicación de una cruzada—, en el entendimiento de que aquél era, fundamentalmente, un asunto hispánico. Por lo demás, no puede ser más evidente la desviación del ideal cruzado —y con él la desviación de los posibles ideales de los cruzados europeos—, al menos en lo que concierne a la lucha contra los infieles y la recuperación de la patria de los cristianos, siendo lo sucedido en Aljubarrota un ejemplo paradigmático.

La primera mención a caballeros cruzados en esta nueva etapa se refiere a Edmundo de Langley, hijo del rey Eduardo III (1312-1377), casado con Isabel, la hija menor de Pedro I (1334-1369), y hermano de Juan de Gante. En 1385, Langley será nombrado primer duque de York y como tal aparece en la obra sobre Ricardo III de Shakespeare. Cuando Langley vino a la Península en 1381 se le cita en las crónicas españolas como *Aymon de Cantabrigia* y en las portuguesas como *Aymon, conde de Cambridge*, el título del que gozaba entonces[58]. El motivo de su presencia tenía que ver con sus evidentes intereses petristas y con el apoyo de Inglaterra al rey de Portugal, Fernando I (1345-1383) en el enfrentamiento que éste mantenía con el rey castellano Juan I. Dos años después, los choques cesarían temporalmente gracias a la firma de un acuerdo entre los dos reinos peninsulares. Fue entonces cuando Juan I de Castilla animó a Edmundo de Langley a que participara en la guerra contra Granada. Por lo menos así lo cuenta el cronista Froissart[59], aunque no existan testimonios de tal hecho en las crónicas hispanas. Por el contrario Pedro López de Ayala cuenta cómo, inmediatamente después de la firma del acuerdo, «mosén Aymon e sus campañas [partieron] para Inglaterra»[60].

Tres años después, el 14 de agosto de 1385, cuando ya se habían reanudado los enfrentamientos entre los dos reinos peninsulares, tuvo lugar la conocida y decisiva batalla de Aljubarrota entre las tropas del rey Juan I de Portugal y su homónimo castellano. La batalla, que supuso el nacimiento de la dinastía de Avis y la consolidación de la monarquía portuguesa, estuvo precedida de

llamamientos a la Cruzada por parte de los dos papas que por aquellas fechas pretendían regir los destinos de la Cristiandad: en marzo de 1382, Urbano VI, papa de Roma (1318-1389) y partidario de Juan I de Portugal, publicaba una bula de cruzada con la que «deponía» al rey de Castilla y le acusaba de cismático. A este llamamiento romano respondió Clemente VII (1342-1394), papa en Aviñón y partidario del rey de Castilla, con otra bula, o mejor «contrabula», si se pudiera decir así, contra el rey lusitano[61].

Lo sucedido constituye el mejor ejemplo de algo que ya hemos señalado con anterioridad respecto a la conversión de la bula de cruzada en un instrumento político al servicio de unos intereses que poco o nada tenían que ver con el espíritu primigenio de la Cruzada. En Aljubarrota hubo «cruzados» ingleses, gascones, alemanes y franceses. Los primeros combatieron en su mayoría al lado de los portugueses, mientras que los franceses lo hicieron casi en masa junto a los partidarios del rey de Castilla, obviamente en defensa de los intereses políticos y estratégicos de su rey, Carlos VI (1368-1422). Juan de Gante, duque de Lancaster, hermano como hemos dicho de Edmundo de Langley y pretendiente a la Corona de Castilla, y el citado Jean de Rye, que formó parte de la vanguardia del ejército castellano con 2.000 lanzas francesas y que murió en el campo de batalla, representan dos buenos ejemplos de unos y otros[62].

La regencia del infante don Fernando (1380-1416) después del fallecimiento de su hermano Enrique III, a finales de 1406, supuso una vuelta momentánea a los planteamientos anteriores a los Trastámara en aquellos aspectos relacionados con la guerra de Reconquista, convertida de nuevo en el verdadero símbolo identitario e ideológico del reino de Castilla[63]. Obviamente, los nuevos planteamientos del entonces duque de Peñafiel eran también el mejor instrumento para reforzar su poder, silenciar las disidencias internas que eran muchas y conseguir sus aspiraciones personales. Son ellas las que explican las dos grandes campañas contra el reino de Granada que el duque llevó a cabo en los años 1407 y 1410.

En la primera, las tropas castellanas se hicieron con Zahara, Ayamonte, Cañete

Real, Las Cuevas, Torre Alháquime y Ortejícar, pero fracasaron en Setenil y —en lo que se presume era el verdadero objetivo— la ciudad de Ronda. En esta contienda el infante don Fernando contó con el refuerzo de Jacques II de Borbón, conde de la Marche y yerno del rey de Navarra, que lideraba a un grupo de setenta cabalgaduras (serían ochenta según la *Crónica de Juan II*), entre las que se encontraban la de Guillebert de Lannoy y su compañero Jacques de Marquette[64]. El primero era un caballero borgoñón de ascendencia flamenca —señor de Santes, Villerval, Tronchiennes, Beaumont y Wahagnies— que estuvo la mayor parte de su vida al servicio del duque de Borgoña, Felipe el Bueno. Su llegada a la Península se produjo en algún momento entre mayo y julio de 1407 como escudero de Jean de Warchin, senescal de Hainaut, a quien abandona para combatir en la frontera con Granada a las órdenes del citado conde de la Marche.

Lannoy constituye no sólo un ejemplo del perfecto caballero —son numerosas las noticias sobre sus actuaciones en justas y torneos—, sino que también fue un ideólogo de las aspiraciones de la nobleza en la sociedad de los años finales del siglo XIV o primeros del XV, como se puede constatar en su *Instruction d'un jeune Prince*, una obra didáctica que el caballero francés escribió sobre las obligaciones y quehaceres de los perfectos caballeros. Fue además uno de los fundadores de la prestigiosa orden borgoñana del Toisón de Oro y un viajero incansable; estuvo tres veces en Jerusalén, recorrió Polonia, Prusia, Turquía y Egipto, entre otros lugares, dejando testimonio escrito de todo ello; ejerció además de diplomático al servicio del duque de Borgoña y de Enrique IV de Francia, quienes le enviaron en 1421 a Oriente en una misión formalmente política y que en realidad pretendía explorar las mejores rutas para una nueva Cruzada. Peregrinó a los tres lugares santos de la Cristiandad, Santiago, Jerusalén y Roma (esta última la visitó en 1450, cuando ya tenía setenta años) y, por último, fue un activo guerrero como demostró, entre otros muchos lugares, en la guerra contra Granada en 1407 y tres años más tarde en la toma de Antequera. Después de la campaña de 1407, Lannoy, cumpliendo lo que parece un ritual de caballeros, se dirigió a Santiago de Compostela en una visita que no

sería la última, porque en 1437 volverá para cumplir promesas familiares.

Es probable que su primera visita a Santiago la hiciera con su compañero de armas, Jacques de Marquette, del que únicamente sabemos que era uno de los hombres de confianza de Jean de Warchin, senescal de Hainaut[65]. Ambos debieron de coincidir en la campaña de 1407 con un caballero alemán de nombre *Enricus*, *Henricus de Pongherel*, *Pongherell*, *Poncherell*, y que, gracias a un salvoconducto y a las recomendaciones del rey de Francia y del regente de Castilla, se dirigía en junio de aquel año «a aquexa guerra cuentra moros, assín como es costumbre de cavalleros», con Joan Saplana, camarero del rey Martín de Sicilia, que en esas mismas fechas iba a la guerra contra Granada como es «costumbre de gentiles hombres», y con un servidor del rey siciliano, Bernat Serra, que consiguió una recomendación de Fernando, regente de Castilla, según da buena cuenta Roser Salicrú[66].

La campaña de 1410 tuvo como objetivo Antequera, por su extraordinario valor estratégico. La conquista de la ciudad duró cinco meses, entre finales del mes de abril y el 25 de septiembre de aquel año, día en que las tropas cristianas entraron en la ciudad. La conquista tuvo una gran repercusión en todo el orbe cristiano occidental, como ya lo habían tenido los preparativos: «como se sonaba por todo el mundo la guerra que el rey de Castilla hacía contra los moros». Lo que sorprende es que, con tal repercusión, no fuera mayor la nómina de cruzados extranjeros que estuvieron junto a Fernando de Antequera en la toma de la ciudad, teniendo en cuenta, además, los ofrecimientos de ayuda que algunos cruzados transpirenaicos habían formulado. Un año antes Fernando de Antequera había declinado la participación de dos grandes señores de Alemania, en concreto el duque de Austria —posiblemente uno de los tutores del Alberto V de Austria, que ese mismo año propuso matrimonio a la reina Beatriz de Portugal— y Waleran III, duque de Luxemburgo y condestable de Francia, que le acompañaba con la excusa de que Castilla se encontraba en treguas con los musulmanes[67]. El argumento de las treguas, al que habría añadir el de la carestía del pan en Andalucía, también estaba detrás del rechazo a la ayuda de los 1.000

hombres y 2.000 arqueros franceses ofrecida por Juan, duque de Borbón y conde de Clermont, muerto años más tarde, en 1434, en Londres, prisionero de los ingleses desde la batalla de Azincourt[68]. Sobre esta cuestión, el franciscano Diego de Valencia (muerto posiblemente en 1462) señalaba en un poema dedicado a la muerte de Enrique III en 1406, que la verdadera causa del rechazo no era otra que el contexto poco favorable a la presencia de extranjeros en Castilla:

> «Creo que sea muy desconsolada
> Si los extranjeros la vienen a servir,
> Ca fuerte se ruge que quieren venir
> A propia visión por ser otorgada
> Por el Padre Santo muy dina cruzada,
> Que serían absueltos de todos pecados
> Los que muriesen con los renegados
> Infieles vasallos del rey de Granada»[69].

En ese sentido, el cronista Alvar García de Santa María (1370-1460) apuntaba que, en el momento en que se inició el asalto final a Antequera, Fernán Pérez de Ayala había regresado de su embajada en Francia contando cómo había advertido al duque de Borbón y conde de Clermont y a otros señores del reino que si bien el infante don Fernando había acordado hacer la guerra con la ayuda de los «naturales del reyno e non con estranjeros», los que allí fueran podrían presenciar la lucha o, en palabras del propio Pérez de Guzmán, «se armar en ella caballeros, como muchas veces había acaecido», lo que por otro lado nunca hicieron, según señala este último autor, «créese por algunas ocupaciones tuvieron»[70].

Esta afirmación no es del todo cierta porque un hijo del conde de Foix, al que decían *el Cab de Buchen* —probablemente Gaston de Grailly, hijo de Isabelle de Castellbó y de Arquimbaldo I y nieto de Juan de Grailly, el primer *Cab de Buchen* o *Cabdal de Buch*—, fue armado caballero el 2 de septiembre de 1410 (cuando el asedio a la ciudad estaba a punto de terminar), de la misma forma que

lo había sido con anterioridad su hermano mayor, Juan I, futuro conde de Foix, en la campaña de Ronda de 1407 a la que nos hemos referido[71].

No sería ésta la última vez que el reino de Castilla rehusara con argumentos diferentes la ayuda del exterior. Volvió a hacerlo muy poco después, en 1412, cuando Fernando de Antequera declinaba la colaboración portuguesa alegando que sus preocupaciones en esos momentos eran la obtención de la Corona de Aragón y que se habían firmado treguas con Granada[72]. Una vez rey de Aragón en 1414, Fernando rechazó también el ofrecimiento que hizo, por un período de veinte meses, el duque de York y ese mismo año declinó la ayuda que le había ofrecido el conde de Foix, Juan I, y sus hermanos; en julio de 1432 el rey Juan I de Portugal ofrecía a Castilla, a través de Pedro Gonçalves Malayafa, la ayuda portuguesa para «fazer guerra al rey de Granada, que él vernia por su persona a le ayudar a su costa», lo que no fue aceptado por el monarca castellano. Sólo un año después, en la primavera de 1433, don Duarte, príncipe heredero de Portugal, se brindaba a tomar parte en la campaña de ese año, siendo rechazada su ayuda nuevamente por Juan II. Por último, en 1434, Gonçalves Malafaya vuelve a insistir, en nombre del ya rey don Duarte, para que Juan II de Castilla (1405-1454) aceptase la colaboración portuguesa en la guerra contra Granada sin otra compensación que servir a Dios, a lo que nuevamente se rehusó[73]. También es posible que el rey de Castilla se negara a recibir cualquier tipo de ayuda en La Higueruela en 1431, porque desconocemos la presencia de extranjeros en la famosa batalla, con excepción del citado Pedro Gonçalvez Malafaya, quien efectivamente estuvo allí, pero como mero observador[74]. En fin, detrás de estos rechazos lo que en verdad parece esconderse es la firme voluntad de la monarquía castellana de dejar la Reconquista en manos de los «naturales del reyno», nacionalizándola, si se puede utilizar esta expresión, impidiendo cualquier tipo de participación significativa, sobre todo de Portugal: como en su momento manifestará Isabel de Castilla, «este asunto es nuestro porque se trata de los nuestros»[75].

Pero, volviendo de nuevo a la exigua lista de cruzados extranjeros en

Antequera, nos encontramos con que, al margen de las referencias en las crónicas a un «caballero viejo, francés, llamado Perín», encargado junto al adelantado de Cazorla, Alfonso Tenorio, de explorar Sierra Rabita (es posible que sea el mismo *Perrin*, *Perri*, *Petrus Corney*, *de Corney*, camarero de Juan I, duque de Berry, que viaja a Granada, Fez y hacia la parte de la Berbería en el invierno de 1402), y al hijo del conde de Foix, al que ya hemos mencionado[76], sólo está probada la presencia del caballero occitano Ramón d'Apcier, vizconde de Cauvisson, como nos dice una carta fechada en 1416 que dirige a Fernando de Antequera (ahora Fernando I de Aragón) encomendándole a su sobrino Luis d'Apcier y recordándole que él mismo había estado «tant en Granada como en lo sety d'Antequera»[77], y del ya citado Ghillebert de Lannoy, quien, después de la toma de Antequera, siguió combatiendo en Ronda y en el frustrado asalto de Archidona, resultando herido en ambas ciudades. Lo curioso de este personaje, que retrata muy bien su personalidad y la filosofía cortesana imperante en ese momento, es que, después de que se firmara la tregua entre Castilla y Granada y después de haber recibido «un coursier et une mule» y el mismo número de caballos que había perdido en la correría que hizo por Ronda y su tierra[78], pidiera un salvoconducto a Fernando de Antequera para ir a la ciudad de Granada, donde estuvo nueve días, pero no para tratar con el sultán de problemas políticos o militares, sino para admirar los palacios, los jardines y todas las «choses belle ser meveilleses à vëoir» de aquella mágica ciudad[79]. Por último, también es posible que estuviera en Antequera el caballero Lois de Colanque, al que la *Crónica de Juan II* sitúa en Castilla en 1409 acompañando al duque de Borbón, pero del que no tenemos más noticias contrastadas[80].

A partir de aquí, aunque contamos con ejemplos desde 1350, los caballeros ultramontanos que aparecen en la Península lo hacen normalmente en tiempos de treguas y por razones que sólo tangencialmente tienen que ver con la Cruzada real, unas veces por «fer caballeries» o, dicho de otra forma, «por exercir actos de cavalleria e de notable renombre, honor e fama» —lo que se saldaba con una visita a la frontera—, y otras veces para saciar su curiosidad y participar en

algunos avatares políticos y, sobre todo, religiosos, estos últimos referidos a la visita a Santiago de Compostela: «e por cercar vuestros regnos e tierras e ver las nobleses de las muy grandes casas e stados de los reyes del mondo, assín como yes aconstumbrado de otros cavalleros en cercar e ver las tierras strangeras de los grandes príncipes e senyores del mundo […]. E ir a Santiago y otros lugares santos por su servent e buena devoción». Buena parte de ellos, señala Roser Salicrú, hacían el *tour* completo y se desplazaban a Santiago y a la frontera con Granada durante una estancia que resultaba casi siempre fugaz[81].

Cabe preguntarse si en el ánimo de estos caballeros estaba emular de manera simbólica el itinerario de los antiguos cruzados (la nostalgia de una vida más bella de la que hablaba Huizinga), pero ahora, con un discurso muy diferente que podemos colegir en estas palabras de Jörg von Ehingen: «Yo soñaba siempre conseguir con mis actos gran fama siguiendo mis ideas caballerescas, a fin de ser útil a los demás; y así pensaba que me sería conveniente recorrer los reinos más célebres de la Cristiandad, y permanecer ya en uno, ya en otro, hasta que pudiese ejecutar hazañas famosas y de peligro». Tuvo la suerte de que sus deseos se hicieran realidad, de tal forma que en 1457, cuando Enrique IV reanudó su actividad bélica con el objetivo de debilitar las defensas de la región de Málaga, este caballero suabo, junto a Jorge de Ramsyden, un noble de Salzburgo, se encontraba en Castilla, lo que le dio la oportunidad de participar en las correrías de Enrique IV (1425-1474) por Huéscar, Illora y Loja. Acabó mal (o bien, según se mire) puesto que fue herido en una pierna por un dardo en una refriega que en realidad fue una matanza, si atendemos a sus propias palabras: «llevando a sangre y fuego cuanto encontrábamos, sin excepción alguna, y asolándolo todo»[82].

Años antes, en la década de los treinta del siglo XV, contamos con los pocos ejemplos de cruzados que tenemos con posterioridad a la conquista de Antequera. Fue después de la batalla de La Higueruela en 1431, cuando el reino de Castilla rompió las treguas que mantenía con los musulmanes e inició una actividad bélica de baja intensidad, que duraría hasta 1439, con el objetivo de

causar un lento pero progresivo desgaste del reino granadino. A la decadencia musulmana contribuyeron un trompeta de Salzburgo, del que sabemos que en el verano de 1432 regresaba a su tierra después de haber servido en la guerra contra Granada, y un caballero alemán al que Pero Tafur da el nombre de *señor Patendorfe*, que participaría un año después en el intento de toma de la localidad de Cambil, en la frontera de Jaén[83]. En el otoño de 1435, regresaba al hogar *Ruberte señor de Valsa* (Reiprecht IV von Walsee), después de haber entrado en tierra de moros para combatir a los infieles agarenos. En esa empresa estuvo acompañado por un séquito de sesenta o setenta caballeros —según la crónica que se consulte— y su servicio se vería recompensado con la concesión de la orden de la Jarra fundada por Fernando de Antequera en 1403[84]. La última de las apariciones cruzadas hasta el reinado de los Reyes Católicos tuvo lugar durante la conquista de Gibraltar (agosto de 1462), cuando las huestes del conde portugués Duarte de Meneses, hijo del famoso conde Pedro de Meneses, participaron simbólicamente y sin ningún tipo de espíritu cruzado en la toma de la ciudad[85].

En este tiempo de baja intensidad militar y de escasa presencia cuzadista, las bulas de cruzada se sucedieron casi sin interrupción en 1421, 1431, 1437, 1448, 1451, 1455, 1456, 1457, 1460, 1461 y 1475, convirtiéndose en un medio de cobrar impuestos especiales y perdiendo cualquier tipo de la connotación religiosa que había tenido en el pasado[86].

La última oportunidad de los cruzados europeos: la guerra de Granada

Se ha dicho con frecuencia, incluso por parte de sus contemporáneos, que el reinado de los Reyes Católicos supuso el comienzo de una nueva época. Pero, del mismo modo, también es general la idea de que ese hecho no significó el final de la etapa anterior, como podemos advertir por los argumentos ideológicos que sobre el fenómeno reconquistador expusieron los numerosos cronistas que

escribieron sobre y durante la época de los Reyes Católicos. Nos referimos en concreto a las explicaciones providencialistas sobre la monarquía y al concepto de restauración del ideal gótico que desde el siglo VIII seguían siendo los principales argumentos para legitimar la guerra con el Islam, un ideal que expresó Nebrija (1441-1522) en la introducción, tanta veces citada, de su *Gramática*: «los miembros e pedazos de España que estavan por muchas partes derramados, se reduxeron e aiuntaron en un cuerpo e unidad del Reino, la forma e travazón del cual así está ordenada que muchos siglos, injuria e tiempos no lo podrán romper ni desatar»[87].

Restaurar el pasado que redime los pecados antiguos —«las gentes aconsiguen perdón e son delibres de aquel pecado que sus padres cometieron», escribe Alonso de Jaén—[88] y poder así dar continuidad a la historia interrumpida por la invasión del Islam; empezar de nuevo, limpios de mancha, libres de deshonra, preocupados por el devenir, pero no del que hablaban algunos entusiastas cronistas, sobre todo conversos, los Santa María y Alonso de Jaén, a propósito de una monarquía universal de Isabel y Fernando cuyas armas reales adornarían todos los santos lugares cuando llegara la culminación de los tiempos[89], sino de un futuro que era casi presente, como el que vislumbraba el aragonés Gauberto Fabricio de Vagad cuando, en una carta al rey Fernando, le informaba de que le esperaban todos los reinos de España, o Joan Margarit i Pau (1421-1484), obispo de Gerona, que utilizaba parecidos argumentos al anterior, pero que aún iba más allá al reclamar para *Hispania* el Rosellón, o, por último, el del perspicaz andaluz Diego de Valera (1412-1488), quien, en la misma línea, profetizaba que Fernando no sería solamente rey de Castilla y Aragón, sino que tendría en sus manos «la monarchia de todas las Españas» y con ello el poder de reformar «la silla imperial de los godos»: viejas formulaciones una y otra vez retomadas.

Desde luego, el futuro que preveían estos tres cronistas, y en especial Valera, estaba más acorde con la racionalidad política y la laicidad de Maquiavelo que con la exacerbación escatológica que relacionaba a Fernando e Isabel con el fin de los tiempos y la llegada de la Jerusalén celestial, tan ajena por cierto al ideario

de la Reconquista. Éste sólo se comprende en clave interna y en el ambiente de euforia que suponía la conquista de Granada, un espejismo que no tardó en desaparecer: lo hizo cuando la mirada puesta en Granada (Castilla), se dirija a Italia (Aragón). Álvarez Junco ha señalado recientemente que parte de los cronistas, sobre todo los italianos, iniciaron, después de la toma de Granada y del comienzo de la conquista de Italia, la construcción de un nuevo relato histórico «nacional» que incidía principalmente sobre la antigüedad de la monarquía hispana. Ésta tendría su inicio antes de la llegada de los musulmanes, incluso antes de Roma y del cristianismo, en los tiempos del ibero Gerión, al que señalaron como primer rey de España[90]: «poner su tiempo en conceptos», en expresión de Hegel.

Estos elementos laicistas y autóctonos han sido considerados como el comienzo de la creación de un ámbito nacional para la Península y de una monarquía única que se impone incluso sobre Roma. Desde luego, esto explicaría el control absoluto que Fernando e Isabel ejercieron sobre la guerra de Granada, o la escasa y poca relevante presencia de cruzados —quizás una palabra excesiva en estos momentos— del otro lado de los Pirineos. La mayoría de ellos fueron mercenarios —sobre todo centroeuropeos y franceses—, otros combatieron por cuestiones estrictamente políticas que concernían a las relaciones entre reinos, como fue el caso de la gran mayoría de portugueses que fueron a Granada, o económicas, como los italianos o, por último, aquellos —los menos, ingleses, alemanes y franceses— en los que aún pervivían, confundidos ya para siempre, el ideal de Cruzada y el caballeresco. En cualquiera de los casos es difícil asegurar las verdaderas razones, porque los testimonios que tenemos sobre su estancia en la guerra de Granada son escasos en número y en información[91].

Las primeras menciones sobre combatientes extranjeros en la guerra final de Granada tienen fecha de agosto de 1482 y se refieren a nueve espingarderos, veintiún ballesteros y quince lanceros portugueses liderados por Alonso Portugués y a treinta espingarderos y quince piqueros suizos al mando de mosén

Juan, todos los cuales entraban a formar parte de la guarnición de la ciudad de Alhama, conquistada entre finales de febrero y principios de marzo de aquel mismo año[92]. Un año después, Fernando del Pulgar (c. 1436-1493) escribía que a la tala de la Vega de Granada, que tuvo lugar en el mes de marzo, se habían presentado «una gente que se llamaua los soyços que andan por las tierras a ganar sueldo e ayudan en las guerras que entienden que son más justas»[93]. Probablemente eran los mismos suizos de Alhama a los que debieron sumarse otros mercenarios de la misma nación, que fueron llegando a la Península por el efecto llamada del acuerdo de junio de 1482 entre los monarcas y el representante pontificio —para lanzar una ofensiva conjunta contra los turcos y el reino de Granada—, y de la bula de cruzada concedida por Sixto IV solamente dos meses después, «mucho más rica en gracias y favores» que las anteriores, y en la que el pontífice señalaba que era preciso buscar en España, pero también «en el extranjero, combatientes y otros auxilios»[94].

A partir de aquí y hasta 1492 se suceden los testimonios sobre la presencia de mercenarios que se acercaban a la Península para ganarse la vida y muchos de ellos la eternidad: eran lanceros, ballesteros, lombarderos, polvoristas, afinadores de salitre, fundidores de cañones, maestros de fuego, artificieros, artilleros, ayudantes, etc. La mayoría aparece con nombre (casi siempre deformado) y sin apellidos, lo que hace difícil su identificación[95].

Una parte es posible que viniera por su cuenta en la búsqueda del dorado cruzadista que debía ser Granada, otros, por el contrario, fueron llamados, como les ocurrió a los artilleros franceses y alemanes requeridos por la reina Isabel en 1484 para trabajar en las fábricas de armamentos de Córdoba y Écija[96] o los que fueron contratados para la toma de Málaga en 1487, también alemanes y franceses en su mayoría, entre ellos los artilleros Hans de Kirch de Suabia y Jorge de Kalw: «nada causa a los moros mayor terror que el batir de la artillería», señaló Alonso de Palencia (1423-1492)[97]. Todos ellos prestaron después su colaboración en las conquistas de Vélez-Málaga, Baza, Guadix y Almería, y en la toma de Granada. Una pequeña parte de ellos se quedó en

Andalucía después de 1492, como lo hicieron Hans de Lubeca, conocido como *el Quemado* por una explosión que le había dejado ciego en la conquista de Málaga, y los artilleros Andrés de Fulda, de la ciudad de Hesse, y Juan de Estrasburgo, que se establecieron en Almería, aunque no sabemos si fue para siempre. Por el contrario, otros volvieron pronto a su casa, como Juan de Strabor —quizás *Johanes Pili Rubei de Strabor*, que lo hizo en 1484 y que aparece en 1468 como parroquiano de la iglesia de San Gervasio de Ginebra—[98] o Henrich Murer de Zurich (*Enricus Murio de Thurego, nacione alemannus*) —que volvió después de la conquista de Málaga en 1487, ciudad en la que había permanecido prisionero durante cuatro años—. También lo hicieron los seis combatientes de los que no sabemos sus nombres, pero sí su procedencia —Rhin, Suabia, Suiza y Sajonia—, que regresaron dos meses después de la entrada de las tropas cristianas en Granada, o los franceses, suizos, alemanes, ingleses e italianos que se fueron un año después de terminada la guerra, según detallan las cartas comendaticias, o aquellos que también volvieron, pero no sin antes pasar por Santiago para dar gracias por seguir vivos o para hacerse perdonar, como los 28 combatientes de «naciones Sueuiorum» a cuyo frente estaba un tal Gaspar de Frey, que regresaron a su patria en 1491[99].

Señalábamos con anterioridad que muchos de los guerreros que llegaron a la Península lo hicieron por causas políticas y que el mejor ejemplo de ello lo constituían los portugueses. En principio, hay que señalar que su aportación a la Cruzada granadina fue escasa, prácticamente nula, y la razón hay que buscarla en el clima de desconfianza entre el rey portugués, Juan II, y los Reyes Católicos a consecuencia de la guerra de sucesión castellana: incumplimientos, rechazos a las ayudas ofrecidas y a las peticiones de ayuda, satisfacción por los desastres ajenos, como la que tuvo el duque de Viseu, don Manuel de Beja, futuro Manuel I (1469-1521), y el resto de la corte portuguesa después de la aciaga incursión del rey Fernando en Loja en el verano de 1482[100]. Otro ejemplo del desencuentro entre los monarcas peninsulares nos lo cuenta Jerónimo Münzer —la información no aparece en ningún otro sitio, pero tiene todos los visos de ser

cierta—[101] cuando escribe sobre una demanda de ayuda que hizo el duque de Cádiz a Juan II, poco antes del asalto a Alhama en 1482, que fue enérgicamente rechazada por la reina Isabel con el siguiente argumento: «lejos de nosotros que los portugueses se lleven este honor»[102].

Apunta Miguel A. Ladero que la necesidad de ayuda castellana ante las dificultades que tenían los portugueses al otro lado del Estrecho y la presencia de activos exiliados portugueses en la corte castellano-aragonesa hicieron variar la postura de Juan II sobre su colaboración en la guerra de Granada, aunque nunca de una manera significativa: en 1487, durante la conquista de Málaga, Juan II envió una carabela al mando de Esteban Vaaz con suministro de pólvora y otra serie de pertrechos, después de la petición de ayuda del ejército castellano, a la vez que comerciantes portugueses abastecían de mercancías al ejército que sitiaba la ciudad andaluza. El único nombre propio portugués de cierta notoriedad que aparece en la guerra de Granada es Francisco de Almeyda (1450-1510), hijo del primer conde de Abrantes, nombrado años más tarde virrey de las Indias Orientales; su intervención en Granada fue puesta de manifiesto únicamente por los cronistas portugueses, por García de Resende —«onde fez muy boas cousas, e ganhou muyta honra, e fama de muyto bon caualleiro»— y por Faria y Sousa, quien a finales del siglo XVII señalaba que la contribución de Almeyda había sido tan importante que el mismísimo rey Fernando se la reconoció a él y a don Juan de Sousa cuando ambos nobles visitaron Toledo en 1497 acompañando al rey don Manuel I: «le avian servido luzidamente», señala exactamente[103].

Hubo otros portugueses en Granada cuyas causas para estar allí también eran políticas, pero desde luego respondían a cuestiones diferentes: nos referimos a los exiliados que había provocado la guerra de sucesión en Castilla y, en especial, a los hijos del tercer duque de Bragança, don Fernando, condestable de Portugal, y su hermano don Álvaro que llegaría a presidente del Consejo Real de Castilla. Junto a ellos una pléyade de seguidores y antiguos «funcionarios» de la casa ducal de Bragança, todos ellos obviamente exiliados desde 1484, entre los

que probablemente se encontraban los portugueses que aparecen en el Repartimiento de Málaga. Había, pues, en estos exiliados un interés político por estar en la guerra de Granada y ayudar a los Reyes Católicos, pero también económico si atendemos a los beneficios que tuvo el citado don Álvaro y otros portugueses más, entre ellos algunos escuderos y espingarderos que recibirían en Andalucía una casa y un modo de vida[104].

Las implicaciones financieras explican también la participación italiana, no muy llamativa y siempre naval, que se materializó en la presencia de embarcaciones (en realidad eran naves aragonesas-napolitanas, al mando durante la mayor parte del tiempo del catalán Galcerán de Requesens, conde de Trivento) en tareas de avituallamiento y en ocasiones de vigilancia del Estrecho, como sucedió en los años 1484 y 1487[105]. De la misma naturaleza debieron de ser los servicios prestados durante la guerra de Granada por el genovés Pedro de Grimaldo y sus hermanos Baltasar, Melchor, Gaspar, Alberto y Polo, todos ellos hijos de Damián Grimaldo[106], naturalizado el 4 de junio y cuyo hijo, el citado Polo, fue admirador de Santillana y autor de una famosa elegía sobre la muerte de Fernando el Católico[107].

El personaje más representativo de la nobleza europea que llegó a la guerra de Granada con ánimos cruzados (un eco del pasado) fue sin lugar a dudas Edward Woodville, cuyos ánimos cruzadistas se vieron seguramente alentados por el compromiso político y comercial que existía entre Castilla e Inglaterra en la década de los ochenta del siglo XV. La primera noticia de su llegada la proporciona Diego de Valera en una carta, datada el 1 de marzo de 1486, que recoge lo que habían dicho el año anterior unos comerciantes acerca de un hermano del *señor de Estalas* que había hecho su propósito de participar en la guerra de Granada[108]. Woodville llegaría a Lisboa por mar a finales de febrero de 1486, acompañado de un grupo importante de combatientes —Andrés Bernáldez (1450-1513) habla de trescientos hombres entre artilleros y flecheros— de procedencia inglesa, islandesa, bretona y borgoñona, aunque su número varía según la fuente que se consulta[109]. Recuerdan mucho la conformación

étnica de las primeras expediciones de cruzados y el itinerario que aquellos siguieron: desde Inglaterra a Lisboa, donde estuvieron unos días, para después trasladarse a la población de Sanlúcar. A este lugar llegaron el 1 de marzo para proseguir a Sevilla y Córdoba, donde Woodville fue recibido como si se tratara de un miembro de su familia por la reina Isabel, como correspondía a un hijo del primer conde de Rivers, Richard Woodville, y al hermano de la reina inglesa Isabel, mujer del rey Eduardo IV (1442-1483)[110].

En las crónicas españolas aparece como *earl* Rivers y lord Scales, títulos que pertenecían en realidad a su hermano mayor Anthony, que fue su modelo de vida y cuyo ejemplo fue una de las razones para que viniera a la guerra de Granada. Había estado en Portugal en 1471 para luchar contra los sarracenos y dos años más tarde en Santiago de Compostela. Después del agasajo isabelino, Edward Woodville y sus acompañantes se pusieron en marcha junto al resto del ejército en los primeros días de mayo de aquel año con destino a los arrabales de Loja y con el objetivo de conquistar la ciudad. Su comportamiento en el asedio fue un dechado de virtudes caballerescas, una alabanza insólita en el parecer de los cronistas españoles, no muy pródigos en las loas de los cruzados del norte[111]. Es cierto que a estas alturas no hacía falta poner de relieve que el protagonismo de las acciones bélicas era de Castilla y de los castellanos, minusvalorando el papel de los cruzados extranjeros. De su conducta y de la de los que le acompañaban habla el hecho de que varios de sus hombres fueron muertos, otros heridos, entre ellos el propio Woodville, y otros hechos prisioneros, el más conocido de ellos Petrus Alamanç[112]. Igualmente, de la consideración que tenía Woodville en Castilla nos habla el hecho de que dos años más tarde, cuando se encontraba en apuros con Enrique VII, una carta del embajador español a los Reyes Católicos recordaba los buenos servicios del por entonces rebelde conde[113].

Según la *Crónica* del rey don Juan II de Portugal, el noble inglés regresó a su tierra por donde había venido, esto es, por Lisboa: «que veeo para embarcar em Lixboa, e se hi rem sua terra»[114]. No le acompañaron en el regreso algunos de sus hombres que se desplazaron a Santiago antes de embarcarse en La Coruña.

Nos lo cuenta el limosnero de la reina Isabel, don Pedro Díaz de Toledo, canónigo de Sevilla y años más tarde obispo de Málaga, quien acompañó a los Reyes Católicos en el peregrinaje a Santiago, entre los días 17 de julio y 15 de septiembre de aquel mismo año de 1486. Díaz de Toledo señala que ayudó económicamente a un tal Guillermo Marstum, criado de cámara del rey de Inglaterra y acompañante de Woodville, debido a que había perdido su caballo cuando se dirigía a Santiago. El limosnero le ayudó con diez florines de oro entregados en presencia de Bernal Gaston, tañedor de rabel del mismo conde[115].

Aunque no formaba parte del acompañamiento de Woodville, también estuvo presente en Loja *Ubertus Statum de Ybernia, regni Angliae*, un caballero irlandés que, después de ayudar en la conquista de la ciudad, continuó hasta 1487 su cruzada en Tánger, al servicio de rey portugués Juan II. Ese mismo año, en marzo, el rey Fernando le otorgaba un salvoconducto para volver a su patria, pero por alguna razón se quedó en la guerra de Granada hasta el final, hasta junio de 1492, cuando recibe cartas comendaticias para regresar a su casa después de haber combatido durante seis años al Islam[116]. Otros nobles ingleses que también estuvieron en la guerra de Granada fueron Wiston Browne de Essex, armado caballero durante su estancia en Castilla, y sir Henry Guilford de Kent[117], aunque sobre este último existen dudas, ya que si es el mismo personaje que pintó Hans Holbein, su fecha de nacimiento sería 1489, lo que haría imposible su presencia en España. También ingleses fueron el capitán Francisco de Vernel, del que sabemos que vino a la guerra de Granada y que en algún momento dio muerte a sus escuderos en legítima defensa —por lo menos es lo que arguyó en una carta enviada al rey de Inglaterra y a los demás reyes cristianos para no ser objeto de persecución—[118], y Guillermo Famy de Lameriq, quien, en octubre de 1487 y en la ciudad de Córdoba, era armado caballero por sus servicios en la guerra de Granada, a la vez que se le facilitaba un salvoconducto de regreso[119].

De la misma forma intuimos una actitud caballeresca y cruzada en los nobles alemanes y, sobre todo, en los franceses que vinieron a la guerra de Granada. El

más notable de todos fue Philibert de Shaundé, del que Diego de Valera informaba de su llegada a la Península desde Inglaterra en la misma carta del 1 de marzo de 1486, que recordemos también anunciaba la de Woodville. El cronista aseguraba, además, que *Nicandel* (nombre como se le conoce al personaje en la documentación española) estaría acompañado de 2.000 hombres, cuyos gastos, se dice, correrían a su cargo. La expedición desde Inglaterra la hacía el barón de Shaundé después de haber liderado las tropas al servicio de Enrique VII con las que luchó en la famosa batalla de Bosworth (donde también estuvo presente Woodville) y de ser nombrado duque de Bristol[120]. Pero, sorprendentemente, el nombre Shaundé no aparece en ninguna de las crónicas peninsulares que tratan de la guerra de Granada, aunque bien podría ser uno de los franceses (no se especifica más) que vinieron en la primavera de 1486 con el deseo de «seruir a Dios en aquella guerra»[121].

Otro de estos franceses pudo ser Gastón de Lion, senescal de Toulouse y natural del Béarn, pero, al igual que en el caso anterior, las crónicas no dicen nada de su presencia en la guerra de Granada. En cambio sí lo hacen del *señor de Pregui*, que había acudido de «lejanas tierras» para tomar parte en la toma de Loja. Llegó tarde, lo que impidió, según sus palabras, que los franceses igualaran el valiente comportamiento que habían tenido los ingleses de Woodville. También existen testimonios de Joannes de Causach, «monasteri Sancti Laurencii Ordinis Santissime Trinitatis in terra domini de Calanda siti», en un documento, datado en julio de 1483, en el que Fernando el Católico expedía al citado *frater* un pasaporte con el que podría volver a casa después de luchar en la guerra de Granada, y de *Varranus de Boisech*, un caballero alemán del que desconocemos todo, salvo que fue armado caballero después de la toma de Baeza en 1489[122].

Probablemente, la nómina de extranjeros que estuvieron en la guerra de Granada se podrá ir ampliando a lo largo del tiempo, de la misma forma que podremos identificar correctamente a algunos de los que vinieron y de los que no tenemos más que un nombre que poco o nada dice. Pero, en cualquier caso, en lo

que todos los historiadores están de acuerdo es en que el número de cruzados extranjeros fue escaso y poco relevante para una guerra que contaba con la ayuda de Roma, reticente a veces[123], y que tenía como objetivo aniquilar para siempre cualquier tipo de poder musulmán dentro de las fronteras europeas. Por esta razón resulta sorprendente el escaso compromiso de las monarquías occidentales, saldado pobremente en el caso de Portugal, como hemos visto, y parecido en el caso de otros territorios —Maximiliano el «rey de los romanos» envió en 1487 «çiertas lombardas e tiros de pólvora con todos los aparejos que eran neçesarios»— a pesar de las embajadas enviadas con el objetivo de evaluar las necesidades como, por ejemplo, las de Carlos VIII de Francia y Matías Corvino de Hungría en 1489[124]. Esta exigua presencia se ve correspondida por el escaso eco, por no decir nulo, que la guerra de Granada tuvo fuera de la Península Ibérica, al menos en algunos reinos[125].

Parece evidente, por todo lo dicho, que la Cruzada granadina, esto es, la guerra de Granada, fue exclusivamente hispana. A lo largo de las páginas anteriores hemos venido apuntado algunas de las razones que explican este hecho, así que quizás baste ahora con rememorar una imagen que, a nuestro juicio, resume la absoluta identificación que, a finales del siglo XV, presentaba la Cruzada desarrollada en las fronteras ibéricas con la Reconquista hispánica. Nos referimos a la entrada en Granada junto a Isabel y Fernando de 10.000 caballeros y 50.000 peones (de los que nada se dice de su procedencia) que contó un testigo directo, el italiano Bernardo de Roi. Era sin duda una hueste medieval la que entraba en Granada, pero también constituía, como ha señalado René Quatrafages, la mejor fotografía de la preponderancia de la idea de España[126], del mismo modo que lo fue la contemporánea *Gramática* de Nebrija: «cuerpo y unidad del reino»[127].

Habían pasado muchos años entre la llegada de los primeros cruzados a las costas atlánticas o a través de los Pirineos y la de aquellos que se acercaron a combatir en la guerra de Granada. Muchas cosas habían cambiado durante ese tiempo. Desde luego, habían cambiado también las causas por las que

participaron, su número y la forma de venir. En un principio, podríamos decir que hasta las primeras décadas del siglo XIII, la llegada a la Península de los cruzados, camino hacia los Santos Lugares o para combatir en Hispania, se hacía en expediciones numerosas con el objetivo de cristianizar el mundo y, de paso, conseguir botín. Pero poco a poco las riadas se fueron convirtiendo en un goteo (no incesante) de grupos de mercenarios, cuyo objetivo era el de ganarse la vida, y de caballeros que buscaban fama y honor o «exercitar los strenuos actos de caballería», como hizo Humberto de Saboya, un caballero francés consejero y camarlengo de Alfonso el Magnánimo, quien, en 1419, se dirigió primero a Santiago y después a Granada para regresar a Saboya a finales de 1419. O un sobrino del emperador de Alemania, de nombre *Ulricus Cille Segorieque*, que estuvo asimismo en Santiago y en Granada en 1430, acompañado de sesenta cabalgaduras y al que le fue concedido la orden de la Jarra[128]. También había habido un cambio en sus movimientos: si al principio eran dueños de su destino e imponían condiciones para prestar la ayuda militar que se les solicitaba, terminaron pidiendo salvoconductos o cartas comendaticias personales para ir o regresar de la guerra de Granada.

Deseados al comienzo, terminaron siendo rechazados o menospreciados por el estorbo, la incomodidad y el coste económico que provocaba su estancia en la Península. Tal vez, la única cuestión que no había cambiado era su incapacidad de entender qué era lo que realmente sucedía en la Península, de comprender los argumentos y los deseos de los que aquí habitaban y de conocer la diferencia entre vivir en la retaguardia y vivir en la frontera.

CAPÍTULO VI

LA IMAGEN DE LOS CRUZADOS EN LA HISPANIA MEDIEVAL

En un conocido trabajo sobre la alteridad medieval, Ron Barkai dedicó uno de los capítulos a la imagen que los musulmanes y la Guerra Santa produjeron en los cronistas franceses durante la larga etapa de la Reconquista y la influencia que tales juicios habrían tenido en el pensamiento hispano de la época[1]. Con todos los matices que se quiera (que son muchos), las opiniones no diferían en el fondo de las peninsulares a la hora de enjuiciar al Islam y a los musulmanes: idólatras, habitantes del infierno, paganos, cobardes, crueles son algunos de los calificativos que encontramos en las crónicas francesas referidos a los seguidores del profeta Mahoma. Curiosamente, las mismas o parecidas opiniones tenían los franceses de los cristianos hispanos, salvo obviamente en lo tocante a los aspectos religiosos. Pues bien, en los mismos términos, o muy parecidos, se expresaban los peninsulares a propósito de los cruzados franceses, dándose el caso de que estas valoraciones no podemos ceñirlas solamente a esas dos comunidades —franceses y obviamente musulmanes—, puesto que contamos con testimonios de idéntico tenor (o parecido) referidas a cruzados de otras naciones, ingleses, normandos, alemanes, flamencos, etc. Sobre la imagen que dejaron a su paso por la España medieval hablaremos a continuación, repasando de nuevo sus intervenciones en la Península.

Lo primero que debemos señalar es que estas imágenes no nacieron con la

llegada de los primeros cruzados a la Península, sino que venían de mucho antes: se fueron formando a través de las conocidas controversias entre Gregorio de Tours y san Isidoro y, por supuesto, a raíz de las expediciones de muerte y destrucción de los vikingos que asolaron las costas atlánticas de la Península desde el siglo IX (y aún antes): «gente hasta entonces desconocida, pagana y muy cruel» dijo de ellos la *Crónica Rotense*[2]. Esta misma imagen de crueldad y codicia se asocia también en las crónicas hispanas a los miles de cruzados que, como hemos contado en capítulos anteriores, hicieron un alto en las costas peninsulares cuando se dirigían por mar a Tierra Santa. De alguna forma, aquellos peregrinos armados fueron percibidos como los sucesores de los vikingos, por lo menos en su forma de comportarse, de entender la confrontación religiosa-cultural y, sobre todo, en la idea de que se encaminaban a librar una guerra de absoluta destrucción.

Desafortunadamente, no existen crónicas hispanas que hablen de la conquista de Lisboa en 1147 y de la imagen que dejaron los cruzados que allí estuvieron, pero en cambio sí contamos con un testimonio foráneo, el del autor de la crónica anglonormanda *De Expugnatione Lyxbonensi*, quien, después de narrar la toma de la ciudad, describe el paisaje después de la batalla: una ciudad destruida, desierta, arruinada, con los campos devastados, «tudo é luto e gemido». Según el autor, tal devastación había sido obra de los combatientes alemanes, de los que dice, poniendo las palabras en boca de Afonso Henriques, que eran «homens corruptos, sen contenção, e dispostos a tudo»[3]. Era la misma fuerza que mata de la que escribió Simon Weill al hacer una nueva lectura de *La Ilíada* y analizar la conducta de los griegos que querían entrar en Troya. La descripción que ofrece de las intenciones de aquellos guerreros clásicos bien podría valer, si nos atenemos a las crónicas, para los cruzados que en 1147 entraban en Lisboa: «Lo que quieren es, de hecho, todo. Todas las riquezas de Troya por botín; para sus hogueras todos los palacios, los templos, las casas; por esclavos todas las mujeres y los niños; por cadáveres todos los hombres»[4].

Parecidas opiniones se repetirán en el transcurso de la Tercera Cruzada.

Recuérdese que, a su paso por las costas lusas en el verano de 1189, se pidió su colaboración en la conquista de la importante ciudad de Silves. Su aportación resultó especialmente eficaz, de tal forma que la rendición de la urbe se produjo el 1 de septiembre de aquel año. Dos días más tarde, mientras llevaban a cabo un sistemático saqueo de la ciudad, el gobernador musulmán de Silves, Abu Hafs, y los pocos y maltrechos musulmanes que allí quedaban intentaron abandonarla, momento en que fueron nuevamente atacados de forma iracunda por los cruzados, sin respetar un acuerdo anterior con el rey de Portugal, Sancho I: hasta el cronista alemán de la Narratio describe apesadumbrado escenas horribles y recuerda que el «fetor maximus eran tam de cadaveribus hominum quam animalium brutorum in civitate»[5]. Esta innoble conducta provocó que el rey ordenara su expulsión sin darles la parte de los bienes a la que tenían derecho por el citado acuerdo[6]. El enfado del rey portugués debió de ser importante porque incluso quedó reflejado en la crónica alemana a la que nos acabamos de referir, cuyo autor cuenta que, si no hubiese sido por el odio que el rey les tenía, los europeos podrían haber proseguido la conquista del resto del Algarve[7]. En la primavera del año siguiente volvió a ocurrir otro incidente que agravó si cabe aún más la deteriorada imagen de los cruzados. Durante la reacción musulmana a la conquista de Silves, se encontraban en Portugal varias expediciones que se dirigían tardíamente a Tierra Santa formando parte también de la Tercera Cruzada. Ante el avance del ejército almohade, les fue solicitada ayuda por parte del rey Sancho I para impedir la reconquista de las ciudades de Torres Novas, Santarem y Silves, con la promesa de pagarles los servicios prestados. Algunos de los cruzados no contestaron al llamamiento o lo hicieron negativamente y se quedaron en Lisboa dedicándose a saquear y a violentar, sobre todo a la población musulmana y judía. Sancho I trató de poner fin a sus atrocidades con exhortaciones que no tuvieron efecto alguno —«al final no dejaron nada, ni siquiera un racimo, ni una uva»— lo que provocó un clamor popular y una nueva reacción del rey mucho más contundente: mandó detener a buena parte de los asaltantes —«malhechores y gente perversa», dice de los cruzados uno de

ellos, Roger de Howden— que sólo serían liberados cuando los líderes de la expedición devolvieran lo sustraído y pagaran los daños que habían ocasionado[8].

En la conquista de Alcaçer do Sal de 1217 volvieron a aparecer fuertes disensiones entre portugueses, liderados por el obispo de Lisboa, Soeiro Viegas, y cruzados, sobre todo alemanes y flamencos, a propósito de las condiciones de capitulación de los musulmanes. De nuevo, la posición de los portugueses contemplaba que los habitantes pudieran abandonar la ciudad con sus bienes y, una vez más, la propuesta fue rechazada por los cabecillas cruzados, Guillermo de Holanda y Jorge de Weid, que veían en el saqueo un beneficio económico y una manifestación de fuerza a la que no podían o no querían rehusar. Finalmente se produjo un acuerdo que contemplaba el pillaje, pero dentro de una relativa normalidad debido a que el abusivo uso de la fuerza y la desmedida rapiña de los cruzados fueron aplacadas con una amenaza de excomunión[9].

Por otra parte, a los cruzados que llegaron de Europa no siempre se les puede suponer el valor y la destreza, al menos si tenemos en cuenta las crónicas hispanas. Y es que a su imagen de crueldad y codicia frecuentemente se le añaden otros vicios o defectos, como la cobardía, la indisciplina y la incapacidad en el combate.

En 1147, el mismo año de la conquista de Lisboa, se produjo la toma de Almería. Fue, como ya dejamos comentado, una empresa genovesa y pisana que contó con el aval de Roma y que rentabilizó personal y políticamente Alfonso VII. Al lado del emperador estuvieron, obviamente, genoveses y pisanos y los francos del Languedoc que dirigía Guillermo de Montpellier. La participación de estos últimos le fue comunicada al emperador por unos mensajeros de los que el autor del *Poema de Almería* dijo que eran ilustres, «pero amargos»; el mismo autor incide más adelante en la imagen negativa de los francos al señalar que lucharían solamente «por el oro robado una vez trabado combate»[10].

Pero, probablemente, el golpe más fuerte a la imagen de los cruzados ultramontanos fue el abandono en 1212 del contingente francés poco antes de la batalla de Las Navas de Tolosa. Ya hemos analizado las posibles causas de

deserción de los cruzados de Burdeos, Nantes, Narbona, Poitou, Anjou, Limoges, Perigord, Gascuña y Provenza que se habían dado cita en Toledo en mayo de 1212, pero fueran cuales fueran éstas, la realidad es que su fama quedó definitivamente dañada. El arzobispo de Toledo señaló que se retiraron sin gloria, mientras que el autor de los *Anales Toledanos* dio cuenta de su lamentable actuación y del trato que recibieron cuando en su camino de regreso llegaron de nuevo a Toledo, como ya adelantamos en un capítulo anterior: «intentaron tomar Toledo por traición, pero los hombres de Toledo les cerraron las puertas, denostándolos y llamándolos desleales, traidores y descomulgados»[11]. Para los peninsulares, la consecuencia de la deserción de los ultramontanos no podía ser más evidente: dado que la inmensa mayoría de ellos había abandonado la empresa, todo el mérito de aquella Cruzada recayó únicamente sobre los hispanos[12].

Lamentablemente para la imagen de los cruzados europeos, en los siglos siguientes las crónicas hispanas no harían sino incidir sobre su incompetencia y su cobardía. No puede negarse que los relatos hispánicos muestran cierto interés en poner de manifiesto sus comportamientos infamantes, oscureciendo casi cualquier mención a sus méritos. En el mejor de los casos se limitaron a minusvalorar su aportación, cuando no la silenciaron directamente. Aunque en algún caso resulte posible contrastar esta «percepción hispánica» con otras fuentes foráneas, en cuyo caso el lector tiene al menos dos visiones contrapuestas de un mismo hecho y puede constatar la «singularidad» del punto de vista peninsular, lo cierto es que normalmente no nos han llegado otros testimonios, siendo imposible evaluar el grado de realidad o de distorsión interesada —al servicio de la construcción de la identidad propia o de otros fines propagandistas— aportado por los cronistas. Veamos algunos ejemplos.

En enero de 1239, Jaime I llevó a cabo la conquista de Valencia, una de las más importantes de su decisivo reinado. A su lado estuvo un buen número de cruzados en su mayoría francos, pero también ingleses enviados a la Península por el rey Enrique III. A pesar del número y de quien los enviaba, su presencia

en las crónicas hispanas es nula y Jaime I sólo relata una acción bélica protagonizada por los cruzados, aunque lo haga para poner de manifiesto su indisciplina —desoyeron las órdenes regias—, su incapacidad y su falta de experiencia en la lucha contra los musulmanes, que casi les cuesta una desgracia —a punto estuvieron de caer en una trampa muy parecida al «tornafuy»— de la que en último extremo les salvó el rey a costa de recibir una herida grave en la cabeza[13]. Curiosamente Gregorio IX expresaba después de la toma de la ciudad, en 1239, una opinión muy diferente sobre el quehacer de los cruzados europeos. En una carta dirigida a los fieles de las provincias de Arles, Aix, Narbona, Auch, Génova y Tarragona, mostraba su satisfacción por aquella conquista, dejando constancia expresa de la ayuda prestada y del esfuerzo realizado por los cruzados que habían respondido al llamamiento papal de 1237, al tiempo que los instaba a que continuasen colaborando en su defensa a cambio de los privilegios de cruzada. Llama la atención la distinta percepción que tuvieron el papa y el rey de Aragón de la presencia foránea en la conquista de la ciudad de Valencia[14].

Un siglo más tarde, la conquista de Teba en el verano de 1330 se planteó como una gran expedición en la que se intentó involucrar a diversos reyes europeos (el rey de Bohemia, el rey de Navarra e incluso el rey de Francia) y a una parte importante de la nobleza, sobre todo la francesa. Por diversas razones, que ya hemos explicado, lo que llevaba camino de convertirse en una gran cruzada se saldó en Teba con la presencia de medio millar de caballeros portugueses, unos pocos caballeros alemanes y de otros lugares centroeuropeos[15], y sir James Douglas. Como ya indicamos, este caballero escocés había llegado a Sevilla en el verano de 1330 con la idea de proseguir su camino a Tierra Santa y enterrar en el Santo Sepulcro el corazón de su amigo el rey de Escocia, Robert Bruce. En el momento de su llegada a la capital andaluza, Alfonso XI emprendía la campaña contra la citada fortaleza a la que pronto se sumó Douglas y la comitiva que le acompañaba, un hecho bien acogido por el rey de Castilla, quien, además, según la crónica escocesa, le ofreció riquezas y una posición de vanguardia en el combate: «el señor Douglas y la gran mesnada

que iba con él acosaron tan fuertemente a los sarracenos que todos ellos volvieron las espaldas. Ellos les persiguieron con todas sus fuerzas y mataron a muchos en la persecución. Tanto les persiguió el señor de Douglas con unos pocos hombres, que sobrepasó a todos los demás que iban tras ellos. No llevaba con él más de diez hombres de entre cuantos lo acompañaban. Cuando vio que todos habían huido, emprendió el regreso hacia su ejército»[16]. Ése fue el momento en que los musulmanes rodearon la mesnada del noble escocés y le dieron muerte junto a la mayor parte de sus caballeros.

No es necesario decir que en la crónica escocesa la acción de Douglas está vista como un acto heroico, pero las fuentes castellano-leonesas no sólo no avalan esta descripción de los hechos, sino que además ofrecen una visión muy diferente de la actuación de las fuerzas foráneas: ciertamente la *Gran Crónica de Alfonso XI* deja constancia de la presencia de cruzados no hispanos durante esta operación, aunque sin identificar su origen. Dice de ellos que estaban encabezados por «un conde extraño [sin duda se refiere a Douglas] que saliera de su tierra para hacer servicio a Dios y probar su cuerpo contra los enemigos de la Cruz». A renglón seguido da cuenta de las circunstancias de su muerte y en su descripción vuelve a advertirse, como en otros casos anteriores ya comentados, el desprecio de los cronistas peninsulares hacia aquellas gentes «extrañas»: el citado conde murió exclusivamente por su culpa durante un choque con los musulmanes porque se salió de las filas de los cristianos y «se fue a acometer a los moros a deshora y como no debía»[17]. Así pues, la muerte del héroe cruzado escocés no fue una muerte épica, sino que simplemente falleció como consecuencia de sus propios errores, inducidos quizás por un ímpetu caballeresco mal entendido o por el desconocimiento que él y sus hombres tenían de la forma de combatir a los musulmanes, cayendo como ya hemos dicho en la conocida táctica del «tornafuy». Como quiera que fuese, atacó a deshora y como no debía hacerse, dejando una lamentable imagen de incompetencia: la frontera entre la heroicidad y la estupidez puede ser delgada y no sabemos si realmente sir James Douglas la cruzó, pero el cronista castellano no parece tener

muchas dudas sobre ello.

No fue muy diferente la imagen que dejó en las crónicas hispanas la práctica bélica del conde de Lous en la toma de Algeciras, una operación que contó con la ayuda del papa y del rey de Francia y con la participación (esta vez significativa) de efectivos franceses, ingleses, alemanes y genoveses. En los primeros compases del cerco, en agosto de 1342, el citado conde alemán perdió la vida en el curso de una salida de los asediados contra el campamento cristiano. En esta ocasión, los cruzados alemanes se abalanzaron contra los atacantes antes que lo hiciera el resto de la hueste. Cuando los musulmanes se volvieron arrastraron tras de sí al destacamento teutón, que cayó en la conocida táctica de la huida fingida (la misma que le aplicaron a sir James Douglas), de modo que cuando aquéllos se giraron arremetieron contra los alemanes, que se encontraron separados de sus correligionarios y luchando en minoría. Al llegar los castellanos sólo pudieron salvar a algunos de los cruzados, pero no así al conde, que murió en el choque, siendo cuerpo llevado a Algeciras y quemado. Como consecuencia de este episodio el rey se vio obligado a reunir a los caballeros germanos que quedaban para advertirles que, en adelante, «no saliesen a las peleas, porque no eran sabedores de la guerra de los moros», hecho que no sólo les acarrearía a ellos grandes males, sino también al resto de la hueste[18].

Meses más tarde, en el otoño de 1343, una emboscada que hubiera podido acabar con buena parte del contingente de socorro que había enviado el rey de Granada y el sultán meriní para auxiliar a los cercados tuvo que ser neutralizada por la imprudencia de cruzados franceses que acompañaban al rey de Navarra y que, sin haber consultado con Alfonso XI, salieron de la celada antes de tiempo. El monarca castellano no pudo ocultar su frustración y su ira hacia unas fuerzas que eran tan ineficaces como indisciplinadas: «tuvo muy gran pesar y gran melancolía y se fue para los franceses para hacerlos volver, lo que no consiguió hasta que no mató a uno de ellos»[19].

Esta desconfianza provocada por la incapacidad militar de los cruzados,

mezcla de su falta de conocimiento de la manera de guerrear de los musulmanes y de su a veces alocado ímpetu por entrar en combate, aparece más de una vez a lo largo del texto: en agosto de 1343, Alfonso XI tuvo que dirigirse a los contingentes franceses, ingleses y alemanes resaltando de nuevo su desconocimiento de la forma de guerrear de los musulmanes e instándoles a que no actuaran por su cuenta, sino solamente en el caso de que viesen salir el pendón del rey de Castilla. Pero de poco valieron las advertencias —«eran gentes porfiadas y de tierra diferentes», dice la crónica—, así que siguieron actuando según su propio criterio y sin jefe cierto, con lo que no tardaron en provocar imprudentes acometidas en las que se vieron envueltas efectivos ingleses y alemanes, entre ellos los ya citados condes de Derby y Salisbury, Enrique de Grosmont y Guillermo Montagu, respectivamente, que pusieron en peligro no sólo sus vidas, sino también las de aquellos que tuvieron que intervenir para salvarlos.

Con todo, los nobles ingleses son generalmente elogiados por su actitud y comportamiento, si bien el cronista no se resiste a informar que, atendiendo a las órdenes del rey de Inglaterra, tuvieron que abandonar el cerco antes de que concluyese y que tampoco pudieron estar presentes en la batalla del río Palmones: aunque hubiesen querido, no participaron de los laureles de la victoria. Independiente de lo justificadas que estuvieran sus ausencias, lo cierto es que el abandono del cerco por parte de estas fuerzas no hacía sino reforzar la moral de los asediados, otro detalle que el cronista no dejar pasar desapercibido: «tenían [los musulmanes de Algeciras] que a ellos les crecía la ayuda y menguaba la del rey de Castilla. Y por ello tenían un muy gran placer, y daban voces a los de fuera, diciéndoselo»[20].

Más crítica es la *Crónica de Alfonso XI* con la actitud del rey de Portugal, subrayando especialmente lo raquítico de la ayuda militar enviada y su falta de compromiso en la lucha contra los musulmanes: de los meses que la flota lusa tenía que cumplir al servicio del rey de Castilla, sólo estuvo tres semanas participando en el bloqueo de Algeciras, al cabo de las cuales lo abandonó. En

los términos en que se produjo, aquella colaboración, según los castellanos, más que reforzar el asedio fue contraproducente: «fuera mejor no haberlas enviado, porque los moros de la ciudad recuperaban los ánimos cuando se enteraban de que se iban algunas flotas que habían llegado en ayuda del rey». Pero las quejas contra los portugueses iban más lejos: aunque el cerco duró mucho tiempo y llegaron «gentes de muchas tierras», de Portugal no fue nadie, ni caballero ni escudero, con excepción de Juan Arias Altero, un caballero luso que murió en el cerco de una enfermedad. El cronista se muestra perplejo ante la ausencia portuguesa y da cuenta de la extrañeza del ejército sitiador por la actitud de sus vecinos, ya que Alfonso IV de Portugal mantenía buenas relaciones con Castilla y, además, la proximidad física de los dos reinos hacía que la conquista de Algeciras beneficiara también a los portugueses, que de esa forma se libraban definitivamente de la posible invasión africana. Se recordaba, por otra parte, que en la antigüedad, éstos habrían sido naturales de los reyes de Castilla, pero «ni por naturaleza ni por la fe vinieron a esta conquista como vinieron gentes de otras muchas tierras que estaban mucho más lejos»[21].

La desconfianza y la imagen negativa que el cronista ofrece de los portugueses se repiten al referirse a los genoveses. Tres años antes, en el marco de los preparativos emprendidos para descercar la ciudad de Tarifa, Alfonso XI había acudido en busca del auxilio marítimo de los genoveses, y no sólo para contar con el apoyo de sus naves, sino también para evitar que se pusieran del lado de los meriníes. Y es que su opinión respecto a aquéllos no era precisamente halagüeña: «los genoveses tuvieron siempre manera de ayudar a quien les diese dineros, y sobre esto no tuvieron en cuenta ni Cristiandad ni otro bien alguno». Parece que sus inquietudes se cumplieron en noviembre de 1343, cuando más necesaria se hacía la presión naval sobre Algeciras. En este momento, los genoveses amenazaron con abandonar el cerco si no se les pagaba lo que se les debía. La sospecha de deslealtad, de que habían pactado con los musulmanes la retirada a cambio de dinero, o incluso de que estaban dispuestos a cambiar de bando, fue tenida muy en cuenta por el rey de Castilla, que se

apresuró en entregarles lo que exigían. La retirada genovesa no llegó a concretarse, pero su imagen en la corte castellana no podía ser más oscura y la sombra de su posible traición estuvo presente en el ambiente durante los últimos meses del cerco[22].

Pero fue de los franceses de quienes el cronista de Alfonso XI proyecta la peor de las imágenes. En particular se refiere al citado conde de Foix-Béarn y a su hermano el vizconde de Castellbó, cuyo comportamiento fue severamente censurado por el cronista castellano. Del primero se subraya con evidente sarcasmo que andaba todo el día «a la oreja del rey», las muchas bufonadas que decía de las que se reían todos los hombres y, lo más importante, su cobardía ante el combate. A finales de julio de 1343, con motivo de una de las celadas organizadas por Alfonso XI contra los defensores de la ciudad, el conde de Foix y su hermano atacaron sin mucho convencimiento, acometiendo la espolonada de forma cobarde y poniendo en peligro a otros contingentes: fueron «muy cobardes en la pelea», de la que el conde acabó desentendiéndose en su última fase, «porque él y su hermano tenían esas mañas». Pero si estos hechos no hubieran sido suficientes, un mes después y en pleno marasmo financiero, los dos nobles franceses le reclamaron a Alfonso XI el pago de un sueldo para continuar en la hueste. Ante la perspectiva de que toda la gente de Gascuña que acompañaba al conde y a su hermano se retirase del cerco, el monarca tuvo que pedir un empréstito a varios mercaderes para pagarles la soldada de un mes, lo que fue interpretado por los otros nobles como un acto de descortesía.

Por otra parte, el abono de las cantidades no fue óbice para que cuando el rey ordenó al conde una misión específica, que consistía en guardar una bastida que se había construido para presionar a la ciudad, éste mostrara mal talante y no se presentara a la tarea encomendada alegando enfermedad, de modo que el trabajo tuvo que recaer sobre los castellanos. Más aún, antes de que se cumpliese el plazo para el que se le había pagado, el conde decidió abandonar la hueste, sin dejar de amenazar a los gascones que hicieron intención de quedarse, y ello en el momento crítico en que parecía inminente la batalla campal contra granadinos y

norteafricanos. Cuando el vizconde Cabrera intentó convencerle para que, atendiendo al grave peligro que se cernía sobre el ejército cristiano, volviese sobre sus pasos, se limitó a pedir por carta más dinero, sin esperar la respuesta. Las palabras que le dedicó el cronista en una especie de epitafio no pudieron ser más demoledoras: «Don Gaston de Bearn, conde de Foix, que murió en Sevilla yéndose del real y desamparó al rey Don Alfonso al tiempo que más lo había menester»[23].

Cuando en diciembre de 1343 los cristianos derrotaron al ejército de socorro dirigido por el rey de Granada y el sultán meriní, y por supuesto cuando en marzo de 1344 finalmente entraron en Algeciras, en el contingente cristiano no quedaba ninguna de las tropas cruzadas —o al menos ninguna de las expresamente citadas por el cronista a lo largo del texto— que habían llegado con los nobles franceses, ingleses o alemanes, o con el almirante portugués Carlos Pessanha, y sólo gracias a un extraordinario esfuerzo financiero se pudo contar con las naves genovesas y, del mismo modo, con las aragonesas: «Los extraños se tornaron/ cada uno para sus tierras;/ los castellanos fueron / que saben sufrir las guerras»[24]. Para el cronista resultaba evidente que no todos los que estuvieron presentes en el cerco fueron iguales: unos sirvieron bien y otros no. A su juicio, la mayoría de los cruzados europeos formaba parte del segundo grupo y una vez más el peso de la Cruzada occidental recaía en exclusiva sobre los castellanos[25].

A partir de Algeciras, durante la época de los Trastámara y, sobre todo, durante el reinado de los Reyes Católicos, los combatientes extranjeros van desapareciendo de las crónicas peninsulares, lo mismo que la deteriorada imagen que de ellos se había ido elaborando. Por el contrario, durante este período, algunas de las escasas referencias contienen elogios (parcos hay que decirlo) a las actividades militares de algunos de sus miembros como Ghillebert de Lannoy o, sobre todo, Edward Woodville.

Pero no fueron éstos los únicos cambios que apreciamos al contemplar la presencia cruzada en la Península a lo largo de todo período que hemos

estudiado. Igual de significativo es el hecho de que, si bien durante todo el siglo XII y todavía en las primeras décadas del XIII, la participación foránea fue estimulada casi siempre por bulas papales y requerida por los reyes peninsulares, ya que su colaboración podía llegar a ser determinante para el éxito militar y territorial de unas monarquías en fase de formación, a partir de entonces la comparecencia de ultramontanos se hace no sólo menos significativa, sino también sospechosa o incómoda para unos monarcas ibéricos cada vez más poderosos. Parece claro que, aunque el soporte financiero de la Cruzada predicada por los papas les pudiera resultar necesario a los monarcas, el soporte humano ultrapirenaico les parecía cada vez más un estorbo. De ahí que, desde entonces, la llegada a la Península sólo fuera posible después de haber pedido una autorización y de recibir una carta comendataria o un salvoconducto real con los que podrían dirigirse a la frontera de Granada, seguramente más para darse a conocer o por la mera curiosidad que por espíritu cruzadista. No tenemos constancia de que fuera negado salvoconducto alguno, pero, como ya hemos visto, conocemos diferentes rechazos a la participación de fuerzas foráneas por lo menos desde la época de Fernando de Antequera en especial, como hemos visto, a cruzados franceses.

Del mismo modo, se percibe una evolución a lo largo del tiempo de los rasgos con que los cronistas peninsulares perfilaban la imagen de los cruzados foráneos: crueles, ambiciosos y codiciosos fueron los calificativos más utilizados contra los cruzados que por mar se dirigían a Tierra Santa en los siglos XII y XIII; como cobardes, traidores, falsos, indisciplinados y, sobre todo, incapaces son presentados aquellos que llegaron a través de los Pirineos en los siglos XIII y XIV, un retrato que bien podemos personalizar en la figura de Gastón de Béar, que reunía, según los cronistas que narraron la conquista de Algeciras, todas «estas virtudes».

Al escribir sobre Las Navas de Tolosa, Jiménez de Rada esgrimió un simple pero eficaz argumento que será utilizado por los cronistas peninsulares en el futuro: el mérito de la Reconquista era únicamente de los hispanos[26]. Como

hemos visto, la idea será repetida por el cronista de Alfonso XI a propósito de la conquista de Algeciras de 1344. Casi siglo y medio después de aquellos acontecimientos, en 1486, Fernando del Pulgar hacía una sutil interpretación, que ya comentamos al principio de estas páginas, sobre la ausencia de extranjeros en el belicoso solar ibérico, en la que, aunque sólo sea por comparación, colocaba a los foráneos en una posición muy poco airosa:

> «Vi tanbién guerras en Castilla y durar algunos tienpos pero no vi que viniesen a ella guerreros de otras partes. Porque así como ninguno piensa llevar fierro a la tierra de Vizcaya, donde ello nace, bien así los estrangeros reputan a mal seso venir a mostrar su valentía a la tierra de Castilla do saben que ay tanta abundancia de fuerças y esfuerço en los varones de ella que la suya será poco estimada»[27].

Dicho de otra forma, a juicio de Pulgar, los cruzados europeos en las fronteras ibéricas ni eran necesarios en su época ni nunca lo habían sido en otras precedentes. Detrás de todas estas imágenes interesadas que se dieron de los combatientes foráneos no es difícil adivinar el verdadero objetivo: la confrontación y la diferencia con el otro como medio para reivindicar la identidad propia. De ahí que sean los francos los que sin lugar a dudas gozan de una peor imagen: eran ellos los únicos que disputaban a los hispanos el protagonismo de la Reconquista, lo mismo que intentaron asociar sus territorios con el camino de Santiago y a sus reyes con el mito del apóstol. Ron Barkai apunta, en ese sentido, a una imagen de Carlomagno como liberador de la España cristiana que aparece a principios del siglo XI en la *Crónica* de Adémar de Chabannes y que se irá trasmitiendo a los tiempos venideros en sucesivas crónicas, como en el *Pseudo Turpin*. De la misma forma, en las crónicas europeas de los siglos XI y XII —la de Orderico Vitalis sigue siendo el mejor ejemplo—[28], los miembros de la nobleza francesa más cercanos a los Pirineos eran considerados los verdaderos héroes de la lucha contra el Islam: Gastón de Béarn IV, Rotrou de Perche, Rainaud de Bailleul, Gautier de Gerville, Robert Burdet y muchos más a los que ya nos hemos referido aparecen en las citadas crónicas al frente de las tropas que conquistan las ciudades y que luchan

heroicamente en las batallas, la mayor parte de las veces a pesar de los combatientes hispanos, que, debido a su mentalidad y a su indolencia, gustaban de permanecer inactivos[29].

Porque en esto, como suele ser habitual en los procesos de creación de identidades, el recelo y el desprecio eran mutuos: el silencio o el ninguneo al que los cronistas que acompañaban a los cruzados ingleses y alemanes que participaron en la toma de Lisboa someten a los portugueses y a la propia monarquía lusa; la actitud de los alemanes que prefirieron destruir Silves en 1197 antes de dejarla en poder del rey de Portugal; la desconfianza radical de los ultrapirenaicos hacia las verdaderas intenciones del rey de Castilla durante la campaña de 1212, que a la postre se saldó con su retirada; las suspicacias que en 1311 anidaban en las cortes francesa e inglesa —seguramente también en la pontificia— acerca del auténtico interés de los reyes hispánicos por la Cruzada peninsular, que a juicio de los europeos parecía más destinada a «sacar a la serpiente de su agujero con mano ajena» que a expandir los límites de la Cristiandad…, todo ello no son sino trazos aislados que configuran la imagen especular que los cruzados europeos se forjaron de los reconquistadores hispanos. La reciprocidad era, quizás, inevitable.

Sólo cuando la identificación entre la lucha contra el Islam en la Península Ibérica (la Reconquista) y las monarquías hispánicas era inapelable, cuando el papel de la Corona castellano-aragonesa comenzaba a ser importante en la escena europea, cuando se perfilaba nítidamente una imagen histórica colectiva de lo hispano y, sobre todo, cuando la ayuda militar ya no era necesaria, los combatientes ultramontanos y su imagen dejaron de preocupar a los cronistas ibéricos, aunque muchos de los prejuicios que allí nacieron quedaron para siempre en el imaginario hispano.

Conclusiones

Durante más de cuatro siglos, decenas de miles de cruzados, procedentes de los más diversos reinos, principados, señoríos y ciudades europeas, desde Inglaterra y Escocia al Imperio alemán, desde la Francia capeta a las repúblicas mercantiles itálicas, desde Flandes al Languedoc, se vieron involucrados en la lucha que desde el siglo VIII mantenían los cristianos peninsulares contra sus vecinos islámicos del sur.

Su viaje a través de los Pirineos, su arribada a las costas atlánticas y mediterráneas ibéricas, su presencia y activa participación militar en las conflictivas fronteras hispánicas eran consecuencia directa de su implicación en uno de los más llamativos y controvertidos proyectos papales de la Edad Media: las Cruzadas. Nacido oficialmente en el Concilio de Clermont de 1095, cuando el papa Urbano II hizo un llamamiento a toda la Cristiandad occidental para ayudar a sus correligionarios orientales y recuperar Tierra Santa de manos de los musulmanes, dicho proyecto alcanzó un éxito tan inmediato como sorprendente.

Al grito de «Dios lo quiere», príncipes, caballeros y eclesiásticos, campesinos y burgueses, mujeres, niños y pobres de toda Europa se pusieron el signo de la cruz sobre sus ropas y se dirigieron a Oriente en un alucinante viaje que culminaría en 1099 cuando, embadurnados de sangre infiel, pudieron proclamar que los lugares santos de Jerusalén, la Vía Dolorosa por la que Cristo había portado la Cruz, el monte Gólgota que había sido testigo de su agonía, el Santo Sepulcro donde había estado depositado su cuerpo, el Valle de Josafat, en el que estaba escrito que tendría lugar el Juicio Final, y tantos otros rincones

relacionados con la vida y la pasión de Jesús habían vuelto de nuevo a la patria cristiana: Dios lo había querido.

Los historiadores han tenido y tienen enormes dificultades para ofrecer una definición clara y universalmente aceptada del fenómeno histórico que se puso en marcha entonces y que acompañaría a la política y al imaginario colectivo occidental durante varios siglos. La inexactitud, ambigüedad y contradicciones de las fuentes más cercanas a aquellos acontecimientos, las transformaciones que con el paso del tiempo sufrió el escenario político europeo y, con ellas, la evolución o adaptación del concepto de Cruzada a estos nuevos horizontes, las muy diversas perspectivas e interpretaciones que los propios contemporáneos hicieron de la realidad de la que fueron protagonistas son unos factores, entre otros, que ayudan a explicar los debates y controversias que todavía animan el panorama historiográfico especializado en estas materias.

Con todo, y a pesar de las discrepancias de los académicos a la hora de valorar el peso o la relevancia de los distintos elementos que están presentes en la configuración de las cruzadas, algunos de ellos han concitado un innegable consenso: se trataba de expediciones militares auspiciadas, bendecidas e indulgenciadas por los pontífices romanos, que otorgaban la remisión de los pecados confesados y el perdón de las penitencias de las penas temporales, además de determinadas garantías jurídicas, a todos aquellos que tomaran la cruz y se sumaran a unos proyectos que aspiraban a defender a la Cristiandad, a vengar el daño recibido por los cristianos y por la Iglesia, a recuperar la herencia de Cristo, dilatar los límites o las fronteras de la fe católica…, siempre bajo dirección espiritual y política de los papas. A los que muriesen en el empeño, a los que cayesen en este combate sagrado, se les reservaba la mejor de las recompensas: la palma del martirio, la entrada en el Reino de los Cielos.

Los especialistas han discutido mucho sobre el papel central de Jerusalén y de la peregrinación armada a Tierra Santa en la definición del concepto de Cruzada, pero lo cierto es que los pontífices romanos no dudaron en conceder los mismos privilegios penitenciales y espirituales que conferían a los cruzados que seguían

el camino de Jerusalén a combatientes que, en otros escenarios, también luchaban en defensa de la fe o contra los enemigos de la Iglesia, ya fueran éstos herejes, gobernantes cristianos excomulgados, paganos de las riberas del Báltico o, por supuesto, musulmanes de al-Andalus.

Las cruzadas se presentan, pues, como una acción bélica al servicio de los proyectos pontificios, que ofrecen a los que participan en ellas una vía de salvación personal y cuya acción se desarrolla en el marco universal de la Cristiandad. Se entiende, por sus singulares circunstancias históricas —la invasión islámica, la pérdida del reino y de la Iglesia católica visigoda, la guerra de los cristianos ibéricos en las fronteras del al-Andalus—, que a los ojos de los pontífices la Península se convirtiera en un frente cruzado, en uno de aquellos escenarios en los que la Iglesia y el papa de Roma, como vicario de Cristo en la tierra, luchaban no sólo por defender y expandir a la Cristiandad, sino también, de acuerdo con un viejo principio reforzado por el reformismo gregoriano, por imponer su superior autoridad sobre todos los príncipes y tierras del orbe cristiano.

Por esta razón, desde muy pronto, no dudaron en animar a los guerreros europeos para que se involucraran en el conflicto ibérico, que a todos los efectos quedó equiparado con la peregrinación armada a Tierra Santa: hubo, pues, unas cruzadas hispánicas que fueron auspiciadas, predicadas e indulgenciadas por los papas y a las que se sumaron, como decíamos, miles de guerreros, miles de cruzados europeos, además, por supuesto, de los combatientes ibéricos.

Sin embargo, se da la circunstancia de que estas iniciativas papales y los contingentes movilizados al calor de las mismas venían a desplegarse en un ámbito político que tenía un proyecto propio y diferenciado que, si bien en determinados aspectos encajaba en las directrices de los elaborados en Roma, en otros, por el contrario, resultaba directamente incompatible con aquéllas: nos referimos a los planes de expansión hacia el sur a costa de sus vecinos musulmanes, que en algunas monarquías ibéricas —caso de la asturiana— ya aparecen claramente diseñados al menos desde el siglo IX.

Estos proyectos político-territoriales hispánicos, a los que tradicionalmente la historiografía ha conceptualizado bajo el nombre de Reconquista, fueron revestidos con un manto ideológico que combinaba, de manera indisoluble, argumentos históricos, jurídicos y religiosos: según el relato resultante de esta combinación, los reinos y sociedades cristianas del norte peninsular se consideraban herederos directos de los visigodos y, en condición de tales, se sentían con legítimo derecho a recuperar la patria que los musulmanes les habían arrebatado por la fuerza e inicuamente a sus antepasados, así como a restaurar a la Iglesia católica que los invasores habían igualmente violentado. Esta lógica irredentista les abocaba a una guerra justa y santa contra el Islam peninsular que no podía tener fin hasta que el objetivo último de recuperación y restauración culminase exitosamente con el fin de la dominación musulmana sobre la tierra de sus ancestros.

Varios aspectos de este programa quedaban singularizados respecto al cruzadismo papal: si este último representaba una vía de salvación personal, el planteamiento reconquistador originalmente carecía de significado penitencial y salvífico para el guerrero, de forma que la única salvación contemplada era la colectiva de la patria y de la Iglesia; si la Cruzada se concebía en términos de universalidad cristiana, la Reconquista tenía una dimensión específicamente ibérica; si el papa era quien inspiraba y dirigía un proyecto al servicio de sus propios intereses, los monarcas hispanos fueron, desde el principio, quienes encabezaron al otro en pro, como puede suponerse, de sus particulares aspiraciones.

Esta última consideración tiene una notable relevancia porque es ahí donde los dos programas de actuación resultaban incompatibles: la influencia de la Cruzada sobre la Reconquista no tardaría en hacer de la conflictividad ibérica un camino para la salvación individual del guerrero, de modo que los privilegios espirituales fueron perfectamente asumidos en la lógica reconquistadora; tampoco había mayor obstáculo para considerar que la guerra en las fronteras peninsulares constituía el frente occidental de las fronteras de la Cristiandad

encajándose, al menos desde la perspectiva pontifical, en un marco universal.

Por el contrario, no era fácil evitar el choque o ignorar la contradicción que emanaba no sólo de la distinta autoridad que regía a uno y a otro proyecto, sino también de los diferentes intereses y objetivos que se planteaban en cada caso. La aspiración papal a dirigir la lucha contra el Islam peninsular representaba una amenaza directa contra el liderazgo pretendido y ejercido por los monarcas hispanos en dicho conflicto. Para estos últimos, la guerra en las fronteras musulmanas se había convertido en una fuente prioritaria de su propia legitimidad como dirigentes políticos, de modo que difícilmente podían admitir que otro poder ensombreciera su papel como debeladores de los infieles y vindicadores de la patria perdida.

A este respecto, no deja de ser significativo el frecuente silencio de las crónicas hispánicas, muchas de ellas de directa inspiración regia, sobre la participación pontificia en el origen, predicación, preparación y financiación de las cruzadas desarrolladas en la Península Ibérica: como diría Jiménez de Rada, *sólo los hispanos* —o principalmente ellos— protagonizaban estas campañas y, en consecuencia, sólo a sus reyes se les representaba ejerciendo el correspondiente liderazgo militar y político en las empresas reconquistadoras, incluso cuando estaban revestidas por los privilegios cruzados otorgados por los papas y éstos se habían involucrado en ellas.

Pero el problema no radicaba únicamente en una cuestión de jerarquía en la dirección de la guerra contra los musulmanes, sino que también implicaba una importante disputa de corte jurisdiccional: cuando los pontífices romanos proclamaban una Cruzada para la restauración de la Iglesia y la recuperación de la patria cristiana ocupada por los musulmanes de al-Andalus podían aspirar, y así lo proclamaron algunos, a mantener el territorio reconquistado bajo el control de la Iglesia romana como parte del Patrimonio de San Pedro, apelando para ello a la falsa Donación de Constantino. Como podrá imaginarse, las monarquías hispánicas, de manera muy particular la castellana, se mostraron muy poco dispuestas a aceptar este principio, por cuanto entendían que las tierras

recuperadas les pertenecían únicamente a ellos como legítima herencia de sus antepasados visigodos. Desde este punto de vista, los planteamientos no podían ser más incompatibles.

Con todo, a pesar de estas importantes diferencias de perspectivas e intereses entre el proyecto cruzado papal y el reconquistador hispánico, ambos presentaban suficientes elementos comunes como para, más allá de aquéllas, influirse mutuamente e incluso confluir en determinados momentos: los dos respondían a planteamientos irredentistas que aspiraban a recuperar territorios que habían pertenecido a la Cristiandad, a restaurar a la Iglesia, a dilatar los límites de la fe y acabar con el dominio islámico en la Península; los dos se presentaban como guerras sacralizadas realizadas en nombre de Dios, a su servicio, rodeadas de la escenografía litúrgica cristiana —misas, confesiones, banderas, símbolos e imágenes sagradas…—, con presencia y protagonismo eclesiástico, con la garantía del perdón de los pecados y de la salvación eterna.

Quizás uno y otro nunca llegaron a confundirse —al menos en la mente de sus respectivos inspiradores, los papas y los monarcas—, pero está claro que en no pocas ocasiones se produjo un solapamiento entre ambos. De hecho así fue en todas aquellas campañas reconquistadoras organizadas por los reyes hispánicos que recibieron la consideración de Cruzada por parte del papa, pero también en aquellas otras que, habiendo sido originariamente inspiradas por los pontífices, se desarrollaron en la Península Ibérica y contaron con la aquiescencia y participación de los dirigentes políticos peninsulares. En ambos casos, las situaciones eran propicias para que, en el contexto de la organización de estas expediciones cruzadas, tuvieran lugar predicaciones a lo largo y ancho de toda Europa con el fin de atraer a combatientes que, bajo el signo de la cruz, tomaran parte activa en la guerra que los cristianos peninsulares libraban contra los musulmanes.

Como hemos tenido ocasión de analizar a lo largo de estas páginas, las circunstancias y modalidades de intervención de los cruzados europeos en la Reconquista fueron muy diversas, pero podrían resumirse en dos modelos

básicos: en el primero de ellos, sin duda el más antiguo y el que presenta una mayor continuidad en el tiempo —al menos desde finales del siglo XI hasta 1492—, las fronteras hispánicas fueron consideradas por los pontífices romanos como un frente cruzado específico, compartiendo protagonismo con otras áreas de fricción de la Cristiandad, tales como Tierra Santa o las riberas del Báltico. Generalmente estas expediciones —recuérdese, por ejemplo, las que desembocaron en las conquistas de Zaragoza, Mallorca, Algeciras y Granada, o, si se quiere, en la batalla de Las Navas de Tolosa— habían sido inspiradas u organizadas por los monarcas ibéricos en el marco de sus propios proyectos e intereses político-militares, pero contaron con el apoyo espiritual, financiero y militar de los papas: la expedición de bulas de cruzada y su predicación sirvieron así de «banderín de enganche» con el que implicar en el frente hispánico a miles de cruzados europeos para quienes, en palabras de un célebre trovador del siglo XII, las fronteras de al-Andalus se convirtieron en un auténtico «lavadero de pecados».

En el segundo modelo, por el contrario, la Península Ibérica no se presenta como el objetivo central o último de la actuación de los cruzados europeos, sino como un área de tránsito hacia su verdadera meta, Tierra Santa. Para éstos, las fronteras andalusíes no fueron sino un lugar de paso en su recorrido, en el que, ocasionalmente, se detuvieron durante un tiempo para contribuir a los esfuerzos reconquistadores de las monarquías hispánicas. En consecuencia, en tales casos su presencia y participación en el conflicto peninsular no respondía a un programa de actuación expresamente planificado para ser desarrollado en este ámbito —aunque en algún caso, como el del cerco de Lisboa, hay indicios para sospechar cierto grado de premeditación—, sino a determinadas circunstancias propiciadas por la circunvalación de las costas ibéricas que necesariamente tenían que realizar los cruzados nórdicos camino de Oriente. No puede extrañar, pues, que este tipo de contribuciones coincida con el desarrollo de las grandes expediciones cruzadas orientales, desde la Segunda hasta la Quinta.

Como es bien conocido, estas cruzadas orientales fueron asimiladas a la

peregrinación a Jerusalén, de modo que se produjo una fusión, que no tenía precedentes en el universo cristiano, entre peregrinaje y guerra, una circunstancia que ha sido frecuentemente destacada por los especialistas para marcar la particular naturaleza del movimiento cruzadista. Por supuesto, quienes tomaban la cruz para luchar en Tierra Santa y se detenían en las fronteras ibéricas para realizar una contribución bélica disfrutaban de esta condición de peregrinos armados, pero además encontraban en las tierras peninsulares una importante etapa intermedia en su romería que reforzaba el carácter sagrado de su viaje: nos referimos a la visita que muchos de ellos realizaban a Santiago de Compostela. La tumba del apóstol se convirtió en una estación casi obligada para todas aquellas expediciones cruzadas que pasaban por las costas peninsulares y que, posteriormente, se implicaban en los combates contra los musulmanes de al-Andalus.

Podría pensarse que esta peregrinación al sepulcro del santo no era sino una consecuencia puramente circunstancial del viaje naval de los cruzados europeos, simple resultado del hecho de que tenían que bordear el territorio gallego y de la cercanía de la sepultura jacobea, pero se da la circunstancia de que muchos otros cruzados que llegaron a la Península Ibérica para luchar específicamente en las fronteras hispánicas, algunas tan alejadas de Galicia como las granadinas, también completaron su actividad bélica con la peregrinación a Santiago. Por supuesto no nos atrevemos a afirmar que las cruzadas hispánicas fueran consideradas como un peregrinaje armado de carácter ibérico, más o menos comparable con el jerosolimitano, pero desde luego, a tenor de su comportamiento, muchos cruzados parece que trazaron un vínculo mental entre la romería jacobea y la lucha contra el Islam peninsular.

El balance final que puede hacerse de la aportación de los cruzados europeos a la Reconquista hispánica es muy irregular y depende, al menos, de dos circunstancias que, si bien responden a fenómenos históricos independientes, resultan complementarias en su evolución y sus efectos. Por una parte, la contribución de los combatientes foráneos tuvo una mayor repercusión militar y

territorial en el conflicto ibérico coincidiendo con los momentos de mayor vitalidad del fenómeno cruzado. El clima emocional suscitado por dicho fenómeno y las movilizaciones que tuvieron lugar en toda Europa con motivo de la organización de las grandes expediciones hacia Tierra Santa fueron el caldo de cultivo necesario para que la presencia de los cruzados en la Península Ibérica alcanzara en determinados momentos dimensiones masivas y representara un factor de primer orden en la ruptura del equilibrio bélico entre cristianos y musulmanes peninsulares: la expansión aragonesa por el valle del Ebro —en particular la conquista de Zaragoza, pero también la de Tortosa unas décadas más tarde— o el avance portugués hacia el sur —las anexiones de Lisboa, Silves o Alcaçer do Sal, por ejemplo— son casos paradigmáticos. Quizás la efectiva participación ultrapirenaica en la batalla de Las Navas de Tolosa no fue particularmente lucida, pero las magnitudes iniciales del reclutamiento constituyen sin duda otro indicio de la atracción sentida por los cruzados europeos hacia la Reconquista hispánica.

Por el contrario, definitivamente perdidos los territorios latinos de Oriente a finales del siglo XIII, desinflados los ánimos cruzadistas a pesar de los proyectos nunca materializados de recuperación de Tierra Santa, las aportaciones masivas de efectivos no ibéricos a la guerra peninsular contra el Islam también se esfumaron. Ciertamente todavía hubo algún episodio capaz de suscitar cierto entusiasmo —caso del asedio de Algeciras—, pero lo normal después de las primeras décadas del siglo XIII fue la llegada de pequeños grupos o de caballeros que, de forma individual, se acercaban a las fronteras granadinas quizás siguiendo quizás más los dictados del espíritu caballeresco que los de la religiosidad militarista.

De todas formas, a la hora de evaluar la influencia de los cruzados europeos sobre el desarrollo de la Reconquista hay que tener en cuenta, como antes anunciábamos, una segunda circunstancia: su presencia en el escenario militar ibérico resulta de mayor o de menor calado en función del grado de fortaleza de las propias monarquías hispánicas. Como es lógico, existe una relación inversa

entre la robustez institucional, económica, demográfica y militar de un reino hispánico y la trascendencia bélica de la aportación que los cruzados pudieran llegar a realizar en un determinado momento: la llegada masiva de efectivos ultrapirenicos al reino de Pamplona-Aragón en tiempos de Alfonso *el Batallador* o de combatientes anglosajones, flamencos y alemanes al de Portugal en la época de Afonso Enríquez representaba, sin duda, una extraordinaria contribución humana y técnica para estos reinos de recursos limitados y, en el caso luso, de reciente formación. Aunque los cálculos no puedan ser precisos de ninguna manera, es acertado pensar que la comparecencia de estos efectivos foráneos incrementaba sus respectivos potenciales bélicos en proporciones muy considerables, quizás incluso duplicándolos, de modo que la aportación europea podía llegar a ser determinante para la expansión territorial de estos reinos. Por el contrario, su relevancia resultaba mucho más diluida, incluso insignificante o anecdótica en términos militares, cuando se integraban en los ejércitos de monarquías más fuertes y consolidadas, como la aragonesa de Jaime I o la castellana bajomedieval.

No obstante, en esto conviene tener alguna prudencia y cierta dosis de prevención hacia las informaciones disponibles: el silencio o la minusvaloración de la aportación de los cruzados no pueden ser tomados automáticamente como una prueba de su irrelevancia. Los prejuicios hacia ellos o el interés de las fuentes por resaltar el protagonismo —a veces monopolizador— de las monarquías ibéricas en sus proyectos expansivos pueden distorsionar la valoración que vaya a hacerse de la calidad y cantidad de la asistencia foránea.

Precisamente esta última consideración nos coloca ante una realidad que no puede soslayarse: más allá de la significación objetiva de la contribución militar de los cruzados europeos en las fronteras medievales ibéricas, incluso al margen de que su participación fuera activamente buscada por los poderes peninsulares en algunos momentos, desde muy pronto se observa en los testimonios de procedencia hispánica la formación de unos estereotipos con una fuerte carga negativa o despectiva. En ocasiones simplemente se les ignora o se oscurece su

presencia, en otras, por el contrario, se ilumina sólo para mostrar su cara más repelente: su crueldad, su cobardía, su indisciplina, su ineficacia o su estupidez.

Por supuesto en ello subyace el interés por hispanizar la cruzada, por hacer buena la sentencia de Jiménez de Rada —recuerden: «soli Hispani cum paucis ultramontanis», fueron en busca de la batalla del señor y, por tanto, sólo a ellos les corresponde la gloria de la victoria—, pero también la incapacidad de comprender a unas masas o a unos individuos que venían de lejos, muchas veces exaltados y fanatizados, ávidos de botín hasta extremos inquietantes, ignorantes de las convenciones de la guerra de frontera, que no participaban de las raíces históricas y culturales ni de los proyectos políticos e ideológicos de los cristianos peninsulares, muchedumbres o personajes singulares con quienes los hispanos no se identificaban: por decirlo con palabras del analista toledano, aquellos cruzados europeos eran, simplemente, «gientes que non entendiamos»[1].

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Relación de abreviaturas

ACA, Cancillería, Cartas Reales Archivo de la Corona de Aragón.

AGS, RGS, leg. Archivo General de Simancas, Registro General del Sello, legajo.

BAC Biblioteca de Autores Católicos.

BAE Biblioteca de Autores Españoles.

Carta de Alfonso VIII Carta de Alfonso VIII a Inocencio III sobre la batalla de Las Navas de Tolosa, en Julio GONZÁLEZ, *El reino de Castilla en tiempos de Alfonso VIII*, vol. II, Madrid, CSIC, 1960, doc. 897.

HHE Rodrigo JIMÉNEZ DE RADA, *Historia de los Hechos de España*, introducción, traducción, notas e índices de Juan FERNÁNDEZ VALVERDE, Madrid, Alianza Universidad, 1989.

MGH Monumenta Germaniae Historica.

MONDÉJAR Gaspar IBÁÑEZ DE SEGOVIA PERALTA Y MENDOZA, marqués de MONDÉJAR, *Memorias históricas de la vida y acciones del rey don Alonso el Noble, octavo de ese nombre*, Madrid, Imprenta de D. Antonio de Sancha, 1783.

Relación de fuentes documentales

AUVRAY, Lucien, *Les registres de Grégorie IX*, París, Ernest Thorin, 1890-1907.

BOFARULL Y MASCARÓ, Próspero (ed.), *Colección de documentos inéditos del Archivo General de la Corona de Aragón*, vol. IV, Barcelona, J. E. Monfort, 1849.

CALVO, Aurelio, *El monasterio de Gradefes: apuntes para su historia y la de algunos otros cenobios y pueblos del concejo*, León, Imprenta Provincial, 1936-1945 (ed. facsímil, León, Celarayn, 1984).

CANELLAS LÓPEZ, Ángel (ed.), *Los cartularios de San Salvador de Zaragoza*, Zaragoza, IberCaja, 1990.

COVELLE, Alfred Lucien, *Le livre des Bourgeois de l'ancienne République de Genève*, Ginebra, 1897 (reed., Whitefish, Kessinger Publishing, 2010).

DELISLE, Léolpold M., *et al.* (eds.), *Recueil des historiens de las Gaules et de la France*, t. XIX, París, Imprimerie Royale, 1880.

DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ, Santiago, *Documentos de Clemente IV (1265-1268) referentes a España*, León, Universidad de León, 1996.

— *Documentos de Gregorio IX (1227-1241) referentes a España*, León, Universidad de León, 2004.

EDGINGTON, Susan B., «The Lisbon Letter of the Second Crusade», *Historical Research*, vol. 69, 1996, pp. 336-339 [traducción al inglés en Susan B. EDGINGTON, «Albert of Aachen, St. Bernard and the Second Crusade», en Jonathan PHILLIPS y Martin HOCH (eds.), *The Second Crusade: Scope and Consequences*, Manchester, Manchester University Press, 2001, pp. 61-67].

EUGENIO III, *Epistolae et Privilegia*, en Jacques-Paul MIGNE (ed.), *Patrología Latina*, vol. 180.

FINKE, Heinrich, *Papsttum und Untergang des Templerordens*, vol. I, Múnich, Verlag der Aschendorffschen Buchhandlung, 1907.

GONZÁLEZ, Julio, *El reino de Castilla en tiempos de Alfonso VIII*, Madrid, CSIC, 1960.

GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel (ed.), *Diplomatario andaluz de Alfonso X*, Sevilla, Caja de Ahorros El Monte, 1991.

IMPERIALE DI SANT'ANGELO, Cesare (ed.), *Códice Diplomático della Repubblica di Genova dal DCCCCLVIII al MCLXIII*, vol. I, Fonti per la Storia d'Italia, Roma, Bottega d'Erasmo, 1936.

INOCENCIO III, *Regestorum Sive Epistolarum (ad 1209-1213)*, en Jacques-Paul MIGNE (ed.), *Patrología Latina*, vol. 216.

JORDAN, Édouard, *Les Registres de Clément IV (1265-1268)*, París, Thorin, 1893-1945.

LÉVI-PROVENÇAL, Evariste, «Un recueil des lettres officielles almohades», *Hesperis*, vol. XXVIII, 1941, pp. 1-70.

El libro del limosnero de Isabel la Católica, transcripción y edición de Eloy BENITO RUANO, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, 1989.

MANSILLA, Demetrio, *La documentación pontificia hasta Inocencio III (965-1216)*, Roma, Instituto Español de Estudios Eclesiásticos, 1955.

— *La documentación pontificia de Honorio III (1216-1227)*, Roma, Instituto Español de Historia Eclesiástica, 1965.

MOLLAT, Guillaume, *Jean XXII (1316-1334). Lettres comunes analices d'après les registres dits d'Avignon et du Vatican*, París, E. de Boccard, 1906.

Monumenta Henricina, dirigido por Antonio Joaquim DIAS DINIS, vols. I y II, Coimbra, Comissão Executiva das Comemorações de V Centenário da Morte do Infante D. Henrique, 1969.

QUINTANA PRIETO, Augusto, *La documentación pontificia de Inocencio IV (1243-1254)*, Roma, Instituto Español de Historia Eclesiástica, 1987.

RODRÍGUEZ DE LA LAMA, Ignacio, *La documentación pontificia de Alejandro IV (1254-1261)*, Roma, Instituto Español de Historia Eclesiástica, 1976.

RYMER, Thomas, *Foedera, Conventiones, Litteare et cuiuscunque generis, acta publica inter Reges Angliae et alios quosvis Imperatores, Reges, Pontifices, Principes nel Comunitates*, t. I, 3.ª ed., La Haya, 1745.

TORRE, Antonio de la, *Documentos sobre relaciones internacionales de los Reyes Católicos*, Barcelona, Patronato Menéndez Pelayo, 1949.

TORRE, Antonio de la, y SUÁREZ, Luis, *Documentos referentes a las relaciones con Portugal durante el reinado de los Reyes Católicos*, Valladolid, Patronato Menéndez Pelayo, 1960.

UBIETO ARTETA, Antonio (ed.), *Colección diplomática de Pedro I de Aragón y Navarra*, Zaragoza, CSIC, 1951.

VALERA, Diego de, «Epístolas de Mosén Diego de Valera embiadas en diversos tiempos a diversas personas», en Mario PENNA (ed.), *Prosistas castellanos del siglo XV*, BAE, t. CXVI, Madrid, 1959.

VIDAL, Jean-Marie (ed.), *Benoit XII (1344-1342). Lettres comunes analices d'après les registres dits d'Avignon et du Vatican*, París, Fontemoing, 1910.

VILLANUEVA, Jaime, *Viage literario a las Iglesias de España*, t. XXI, *Viage á Mallorca*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1851.

Relación de fuentes cronísticas y literarias

'ABD-AL-WAHID AL-MARRAKUSI, *Kitābal-mu'ŷibfī taljīş ajbār al-Magrib*, traducción de Ambrosio Huici Miranda, Tetuán, Editora Marroquí, 1955.

AL-HIMYARI, *Kitab ar-Rawd al-Mi'tar*, traducción de Pilar Maestro González, Textos Medievales, núm. 10, Valencia, 1963.

Al-Hulal al Mawsiyya. Crónica árabe de las dinastías almorávide, almohade y benimerín, traducción de Ambrosio Huici Miranda, Tetuán, Editora Marroquí, 1951.

ALBERICO, abad de Trois Fontaines, *Chronicon*, edición parcial de Gaspar IBÁÑEZ DE SEGOVIA Y MENDOZA, Marqués de MONDÉJAR, *Memorias históricas de la vida y acciones del rey don Alonso el Noble, octavo de ese nombre*, Madrid, Imprenta de D. Antonio de Sancha, 1783, ap. XIV.

AMATO DI MONTECASSINO, *Storia dei Normanni*, en *Storia de' Normanni di Amato di Montecassino volgarizzata in antico francese*, edición de Vincenzo DE BARTHOLOMAEIS, Fonti per la Storia d'Italia, núm. 76, Roma, 1935.

Anales Toledanos I, en *Los Anales Toledanos I y II*, edición de Julio PORRES MARTÍN-CLERO, Toledo, Diputación Provincial, 1993.

Anales Toledanos II, en *Los Anales Toledanos I y II*, edición de Julio PORRES MARTÍN-CLERO, Toledo, Diputación Provincial, 1993.

Anglo-Saxon Chronicle, edición de John A. GILES, Londres, G. Bell and Sons, 1914.

Annales D. Afonsi Portugallensium regis, en Mónica BLÖCKER-WALTER, *Alfonso I von Portugal. Studien Zur Geschichte Und Sage Des Begründers Der Portugiesischen Unabhängigkeit*, Zúrich, Fretz und Wasmuth, 1966.

Annales Compostellani, edición de Enrique FLÓREZ, *España Sagrada*, vol. XXIII, Madrid, 1767, pp. 317-324.

Annales Lubicenses, en *MGH. Scriptores*, edición de Georg H. PERTZ, vol. XVI, Hannover, 1859, pp. 411-429.

Annales Sancti Disibodi, en *MGH. Scriptores*, edición de Georg H. PERTZ, vol. XVII, Hannover, 1861, pp. 4-30 (edición y traducción parcial en Jaime FERREIRO ALEMPARTE, *Arribadas de normandos y cruzados a las costas de la Península Ibérica*, Madrid, Sociedad de Estudios Medievales, 1999, pp. 235-243).

Annales of Waverley, en *Annales Monastici*, edición de Henry R. LUARD (Rolls Series, 1864-9), vol. II, Londres, Longman y otros, 1865, pp. 127-411.

BARBOUR, John, *La gesta de Roberto de Bruce*, edición y traducción de Fernando TODA IGLESIA, Salamanca, Ediciones del Colegio de España, 1988.

BARONIO, Cesare; RAYNALDUS, Odoricus; LADERCHI, James, y THEINER, Agustín, *Annales Ecclesiastici*, tomo XXI, París, 1870.

BARRIENTOS, Lope, *Refundición de la Crónica del Halconero*, edición de Juan DE MATA CARRIAZO, Madrid, Espasa Calpe, 1946.

CAFFARO, *Annales Ianuenses*, edición parcial de Antonio UBIETO ARTETA en CAFFARO, *De captione Almerie et Tortuose*, Textos Medievales, núm. 34, Valencia, 1973.

— *De Captione Almerie et Tortuose*, edición de Antonio UBIETO ARTETA, Textos Medievales, núm. 34, Valencia, 1973.

CARRILLO DE HUETE, Pedro, *Crónica del Halconero de Juan II*, edición y estudio de Juan DE MATA CARRIAZO, presentación de Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ, estudio preliminar de Rafael BELTRÁN, Granada, Universidad de Granada, 2006.

CHABANNES, Adémar de, *Chronicon*, edición de Pascale BOURGAIN, Richard LANDES y Georges PON, Turnhout, Brepols, 1999.

CHANCÓN, Gonzalo, *Crónica de Don Álvaro de Luna, condestable de Castilla, maestre de Santiago*, edición y estudio de Juan DE MATA CARRIAZO, Madrid, Espasa Calpe, 1940.

CHAUCER, Geofrey, *Los Cuentos de Canterbury*, edición de Pedro GARCÍA MASSÓ, Madrid, Cátedra, 1987.

Chronica Adefonsi Imperatoris, edición de Antonio MAYA SÁNCHEZ, en *Chronica Hispana Saeculi XII*, edición de Emma FALQUÉ, Juan GIL y Antonio MAYA, Turnholt, Brepols, 1990 (traducción al castellano en *Crónica del Emperador Alfonso VII*, introducción, traducción, notas e índices por Maurilio PÉREZ GONZÁLEZ, León, Universidad de León, 1997).

Chronica Regia Coloniensis (Anales Maximi Coloniensis), en *MGH. Scriptores rerum Germanicarum in usum scholarum separatim editii*, vol. XVIII, Hannover, 1880, pp. 1-299, y appendix VII, pp. 339-343.

Chronicle of Henry of Huntingdon, editada y traducida por Thomas FORESTER, Londres, Henry G. Bohn, 1853.

Chronicon Conimbricense, edición de Enrique FLÓREZ, *España Sagrada*, vol. XXIII, Madrid, 1767, pp. 329-355.

Chronicon Lusitanum, edición de Enrique FLÓREZ, *España Sagrada*, vol. XIV, Madrid, 1905, pp. 402-419.

Chronique de Saint Maixent (751-1140), edición y traducción de Jean VERDON, París, Belles-Lettres, 1979.

Crónica Albeldense, en *Crónicas Asturianas*, edición crítica e introducción de Juan GIL FERNÁNDEZ, estudio preliminar de Juan I. RUIZ DE LA PEÑA y traducción de José L. Moralejo, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1985.

Crónica de Alfonso III. Versión «A Sebastián», en *Crónicas Asturianas*, edición crítica e introducción de Juan GIL FERNÁNDEZ, estudio preliminar de Juan I. RUIZ DE LA PEÑA y traducción de José L. Moralejo, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1985.

Crónica de Alfonso III. Versión Rotense, en *Crónicas Asturianas*, edición crítica e introducción de Juan GIL FERNÁNDEZ, estudio preliminar de Juan I. RUIZ DE LA PEÑA y traducción de José L. Moralejo, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1985.

Crónica de D. Duarte, en *Crónicas de Rui de Pina*, introducción de Manuel LÓPEZ DE ALMEIDA, colección «Tesouros da literatura, e da historia», Oporto, 1977.

Crónica Latina de los Reyes de Castilla, edición de Luis CHARLO BREA, Madrid, Akal, 1999.

Crónica Mozárabe de 754, edición de José Eduardo LÓPEZ PEREIRA, Textos Medievales, núm. 58, Zaragoza, 1980.

Crónica de Portugal de 1419, edición de Avelino DE ALMEIDA CALADO, Aveiro, Universidade de Aveiro, 1998.

Crónica Profética, en *Crónicas Asturianas*, edición crítica e introducción de Juan GIL FERNÁNDEZ, estudio preliminar de Juan I. RUIZ DE LA PEÑA y traducción de José L. Moralejo, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1985.

Crónica del rey don Alfonso el Onceno, en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, edición de Cayetano ROSELL, t. I, BAE, t. LXVI, Madrid, 1953.

Crónica de el Rei D. João II de Ruiz de Pina, introducción y notas de Alberto MARTINS DE CARVALHO, Coimbra, Atlántida, 1950.

Crónica de San Juan de la Peña, edición de Antonio UBIETO, Textos Medievales, núm. 4, Valencia, 1961.

Crónica dos sete primeiros reis de Portugal, edición crítica de Carlos DA SILVA TAROUCA, Lisboa, Academia Portuguesa de História, 1952-1953.

De expugnatione Lyxbonensi, The Conquest of Lisbon, edición y traducción de Charles W. DAVID, Nueva York, 1936 (reimpresión con introducción y bibliografía a cargo de Jonathan PHILLIPS, Nueva York, 2001) (traducción al portugués en *A Conquista de Lisboa aos Mouros. Relato de um Cruzado*, edición, traducción y notas de Aires A. NASCIMENTO, Lisboa, Nova Vega, 2007).

DICETO, Ralph de, *The Historical Works of Ralph de Diceto*, edición de William STUBBS, 2 vols., Londres, Longman, 1876.

DUTTON, Brian, *El Cancionero del siglo XV (c. 1360-1520)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1990-1991.

EMÓN, *Chronica*, traducción al castellano, texto latino y notas en Jaime FERREIRO ALEMPARTE, *Arribadas de normandos y cruzados a las costas de la Península Ibérica*, Madrid, Sociedad de Estudios Medievales, 1999, pp. 73-232.

ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, Diego, *Crónica del rey don Enrique el cuarto de este nombre*, BAE, t. LXX, Madrid, 1953.

FARIA Y SOUSA, Manuel de, *Europa portuguesa*, t. II, Lisboa, 1697.

FLÓREZ, Enrique, y RISCO, Manuel, *España Sagrada*, vols. XIX, XXVII, XXXI y XL, Madrid, 1747-1879.

GALÍNDEZ DE CARVAJAL, Lorenzo, *Crónica del serenísimo príncipe don Juan, segundo rey deste nombre en Castilla y León, escrita por el noble e muy prudente caballero Fernán Pérez de Guzmán*, en *Crónica de los reyes de Castilla*, edición de Cayetano ROSELL, BAE, t. LXVIII, Madrid, 1953.

GARCÍA DE SANTA MARÍA, Alvar, *Crónica de Juan II de Castilla*, edición de Juan DE MATA CARRIAZO Y ARROQUIA, Madrid, Real Academia de la Historia, 1982.

Gesta comitum Barcionensium, en *Cróniques Catalanes*, edición de Louis BARRAU DIHIGO y Jaume

MASSÓ I TORRENTS, prefacio de Thomas N. BISSON, vol. II (ed. facsímil de la de 1925), Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2007.

Gesta Regis Ricardi, en *Gesta Henrici secundi Benedictis abatís*, edición de William STUBBS, vol. II, Londres, Longmans, 1867 (traducción parcial en Lucas VILLEGAS-ARISTIZÁBAL, «Revisión de las crónicas de Ralph de Diceto y de la *Gesta regis Ricardi* sobre la participación de la flota angevina durante la Tercera Cruzada en Portugal», *Studia historica. Historia Medieval*, núm. 7, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2009, pp. 166-170).

Gesta triumphalia per Pisanos facta de captione Hierusalem et civitatis Maioricarum et aliarum civitatem et de triumpho habito contra Ianuenses, en *Rerum Italicarum Scriptores*, edición de Michele L. GENTILE, vol. VI, Bolonia, 1936 (traducción al catalán de Mireia MURET I MAS, «Gesta Triumphalia per Pisanos Facta», *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·Liana. Revista d'Estudis Històrics*, núm. 49, 1993, pp. 27-36).

GLABER, Raúl, *Historias del Primer Milenio*, edición revisada, introducción, traducción y notas de Juana TORRES PRIETO, Madrid, CSIC, 2004.

GOSUINUS, *De expugnatione Salaciae Carmen o Quomodo captat fuit Alcaser a francis*, en *Portugaliae Monumenta Histórica. Scriptores*, edición de Alejandro HERCULANO, vol. I, fasc. 1, Lisboa, 1856, pp. 101-104.

La Gran Conquista de Ultramar, edición de Pascual DE GAYANGOS, BAE, t. XLIV, Madrid, 1951.

Gran Crónica de Alfonso XI, edición de Diego CATALÁN, 2 vols., Madrid, Gredos, 1976.

GRIMALDO, Polo, *Elegía sobre la muerte del muy alto et muy católico príncipe et rey nuestro señor Fernando*, edición, introducción y notas de Giuseppe MAZZOCHI, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1999 (reed. de la de 1516).

HEISTERBACH, Cesario de, *Dialogus Miracolorum*, edición de Joseph STRANGE, 2 vols., Colonia-Bonn-Bruselas, Heberle, 1851.

HOWDEN, Roger de, *Chronica*, edición de William STUBBS, vol. III, Londres, Longman, 1870.

HUNTINGDON, Henry de, *Chronicle*, transcripción y edición de Thomas FORESTER, Londres, Henry G. Bohn, 1853.

IBN ABĪ ZAR, *Rawd al-Qirtas*, traducción y notas de Ambrosio HUICI MIRANDA, Valencia, Anubar, 1964.

IBN HAYYĀN, *Al-Dajira*, fragmento traducido por Antonio UBIETO ARTETA, *Historia de Aragón. La formación territorial*, Zaragoza, Mira, 1981, pp. 56-59.

IBN 'IDĀRĪ, *Al-Bayan al Mugrib. Los almohades*, traducción de Ambrosio Huici Miranda, vol. I, Tetuán, Editora Marroquí, 1953.

— *Al-Bayan al-Mugrib*, fragmento glosado por Ambrosio HUICI MIRANDA, «Nuevas aportaciones de *Al-Bayan al-Mugrib* sobre los almorávides», *Al-Andalus*, núm. XVIII, 1963, pp. 315-322.

— *La caída del califato de Córdoba y los reyes de Taifas (Al-Bayan al-Mugrib)*, edición y traducción de Felipe MAILLO SALGADO, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1993.

IBN JALDÚN, *Histoire des Berbères et des Dynasties Musulmanes de L'Afrique Septentrionale*, edición de Paul CASANOVA, traducción de Le Baron de Slane, 4 vols., París, 1969.

IBN AL-KARDABUS, *Historia de al-Andalus (Kital al-iktifa)*, estudio, traducción y notas de Felipe MAILLO SALGADO, Madrid, Akal, 1993.

JAUME I, *Llibre dels feyts o Crónica*, edición de Vicent GARCÍA EDO, Valencia, Vicent García Editores, 1990.

JIMÉNEZ DE RADA, Rodrigo, *Historia de Rebus Hispaniae sive Historia Gothica*, edición y estudio de Juan FERNÁNDEZ VALVERDE, *Opera Omnia*, parte I, *Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis*, t. LXXII, Tvrnholti, Brepols, 1987.

— *Historia de los Hechos de España*, introducción, traducción, notas e índices de Juan FERNÁNDEZ VALVERDE, Madrid, Alianza Universidad, 1989.

LANNOY, Guillebert de, *Voyages et ambassades de messire Guillebert de Lannoy, chevalier de la Toison d'or, 1399-1450*, Mons, Societé de Bibliophiles de Mons, 1840.

— *Oeuvres de Ghillebert de Lannoy, Voyageur, diplomate et moraliste*, recogidas y publicadas por Charles POTVIN, con notas geográficas y una tarjeta para Jean-Charles HOUZEAU, Lovaina, 1878.

Liber Maiolichinus de gestis Pisanorum ilustribus, edición de Carlo CALISSE, Roma, Istituto Storico Italiano, 1904 (reedición bilingüe de Lorenzo VERONÉS, *La guerra de Mallorca en ocho libros*, cronología, introducción crítica, traducción e índice de Jaume J. CASTELLÓ, Barcelona, Bosch, 1996).

Liber Sancti Jacobi, Codex Calixtinus, reedición preparada por Xosé CARRO OTERO (reed. de la de 1951), traducción de Abelardo Moralejo, Casimiro Torres y Julio Feo, Santiago, Xunta de Galicia, 1992.

LONGUS, Iohannes, *Chronica Monasterii Sancti Bertini*, en *MGH. Scriptores*, vol. XXV, Hannover, 1880, pp. 736-866.

LOPES, Fernão, *Chronica del rei don João da boa memoria*, en *Fontes Medievais da Histórica de Portugal*, edición de Alfredo PIMENTA, vol. I, Lisboa, 1948.

— *Crónica de D. Fernando*, edición crítica, introducción e índices de Giuliano MACCHI, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2004.

LÓPEZ DE AYALA, Pero, *Crónica del rey don Juan*, en *Crónicas de los reyes de Castilla*, edición, prólogo y notas de José Luis MARTÍN, Planeta, Barcelona, 1991.

LUCAS DE TUY, *Chronicon Mundi*, edición de Emma FALQUE, *Corpus Christianorum Continuatio Mediaevalis*, t. LXXIV, Turnholt, Brepols, 2003.

MORET, José de, *Anales del Reino de Navarra*, edición de Susana HERREROS LOPETEGUI, t. II, Pamplona, Gobierno de Navarra-Institución Príncipe de Viana, 1988.

MÜNZER, Jerónimo, *Viaje por España*, traducción de José López Toro, colección «Almenara», Madrid, 1951.

Narratio de itinere navali peregrinorum Hierosolyman tendentium et Silvam capientium, A.D. 1189, edición de Charles W. DAVID, *American Philosophical Society*, núm. 81, 1939, pp. 591-678.

NEBRIJA, Elio Antonio de, *Gramática de la lengua castellana*, edición de Antonio QUILIS, Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces, 1989.

PADERBORN, Oliver de, *The Capture of Damietta*, edición de Edward PETERS, traducción de John J. Gavigan, *Christian Society and the Crusades, 1198-1229*, Filadelfia, University of Pennsylvania, 1971, pp. 49-139.

PALENCIA, Alonso de, *Guerra de Granada*, estudio preliminar de Rafael G. PEINADO SANTAELLA, Granada, Universidad de Granada, 1998.

Poema de Alfonso Onceno, edición de Juan DE VICTORIO, Madrid, Cátedra, 1991.

Prefatio de Almaria, edición de Juan GIL, *Chronica Hispana Saeculi XII*, edición de Emma FALQUÉ, Juan GIL y Antonio MAYA, Turnholt, Brepols, 1990, pp. 253-267 (traducción al castellano en *Crónica del Emperador Alfonso VII*, introducción, traducción, notas e índices por Maurilio PÉREZ GONZÁLEZ, León, Universidad de León, 1997).

PULGAR, Fernando del, *Claros Varones de Castilla*, edición de Robert B. TATE, Madrid, Taurus, 1985.

— *Crónica de los Reyes Católicos*, edición y estudio Juan DE MATA CARRIAZO, presentación de Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ, estudio preliminar de Gonzalo PONTÓN, Granada, Universidad de Granada, 2008.

Reineri Annales, en *MGH. Scriptores in folio*, edición de Georg H. PERTZ, vol. XVI, Hannover, 1859, pp. 651-680.

RESENDE, García de, *Crónica de dom João II e miscelânea*, edición de Joaquim VERÍSSIMO SERRÃO, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1973.

SAN AGUSTÍN, *La ciudad de Dios*, BAC, Madrid, 1977.

STURLUSON, Snorri, «Saga of Sigurd the Crusader and His Brothers Eystein and Olaf», en *Heimskringla or The Chronicle of the Kings of Norway*, ed. *online* Medieval and Classical Library, edición basada en *Heimskringla: A History of the Norse Kings*, Londres, Norroena Society, 1907 (http://omac.org/Heimskringla).

VALERA, Diego de, *Crónica de los Reyes Católicos*, edición y estudio de Juan DE MATA CARRIAZO, Madrid, Junta para Ampliación de Estudios-Centro de Estudios Históricos-Revista de Filología Española, anejo VIII, 1927.

VITALIS, Orderico, *Ecclesiasticae Historia*, París, Parisiis, 1855 (reimp., Nueva York, Johnson Reprint Corp., 1965).

Relación bibliográfica

Alarcos 1195. Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del VIII Centenario de la Batalla de Alarcos, en Ricardo IZQUIERDO BENITO y Francisco RUIZ GÓMEZ (coords.), Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1996.

ALEGRÍA MARQUES, María, y SOALHEIRO, João, *A corte dos primeiros reis de Portugal. Afonso Henriques, Sancho I, Afonso II*, Gijón, Trea, 2009.

ALPHANDÉRY, Paul, y DUPRONT, Alphonse, *La cristiandad y el concepto de cruzadas: las primeras cruzadas*, traducción de Aurelio Garzón del Camino, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana, 1959.

ALTHUSSER, Luis, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

ÁLVAREZ BORGE, Ignacio, *La plena Edad Media, siglos XII-XIII*, Madrid, Síntesis, 2003.

ÁLVAREZ JUNCO, José (coord.); DE LA FUENTE, Gregorio; BOYD, Carolyn, y BAKER, Edward, *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*, en Josep FONTANA y Ramón VILLARES (dirs.), *Historia de España*, vol. XII, Barcelona-Madrid, Crítica-Marcial Pons, 2013.

ÁLVAREZ PALENZUELA, Vicente, «El componente cruzado de la Reconquista», en *Mundos medievales: espacios, sociedades y poder. Homenaje al profesor José Ángel García de Cortázar y Ruiz de Aguirre*, vol. I, Santander, Universidad de Cantabria, 2012, pp. 59-70.

ALVIRA CABRER, Martín, *Las Navas de Tolosa, 1212. Idea, liturgia y memoria de la batalla*, Madrid, Sílex, 2012.

ARCHER, Thomas A., «Giffard of Barbastre», *English Historical Review*, vol. XVIII, núm. 79, 1903, pp. 303-305.

ARIAS GUILLÉN, Fernando, *Guerra y fortalecimiento del poder regio en Castilla. El reinado de Alfonso XI (1312-1350)*, Madrid, CSIC, 2012.

ARIÉ, Rachel, «Un seigneur bourguignon en terre mulsumane au XV siècle. Ghillebert de Lannoy», *Le Moyen Âge*, vol. LXXXIII, 1977, pp. 283-302.

ARQUILLIÈRE, Henri-Xavier, *El agustinismo político. Ensayo sobre la formación de las teorías políticas en la Edad Media*, Granada, Universidad de Granada-Universitat de València, 2005.

AYALA MARTÍNEZ, Carlos de, «Hacia una comprensión del fenómeno cruzado: las insuficiencias del reduccionismo económico», en Luis GARCÍA-GUIJARRO RAMOS (ed.), *La primera cruzada novecientos años después. El Concilio de Clermont y los orígenes del movimiento cruzado. Jornadas Internacionales sobre la Primera Cruzada*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1997, pp. 167-195.

— *Las Cruzadas*, Madrid, Sílex, 2004.

— «Órdenes militares peninsulares y cruzada hispánica. Una aproximación historiográfica», en Isabel Cristina F. FERNANDES (coord.), *As Ordens Militares e as Ordens de Cavalaria na Construçao do Mundo Occidental. Actas do IV Encontro sobre Ordens Militares (30 de janeiro a 2 de frevreiro de 2002)*, Palmela, Colibrí, 2005, pp. 69-86.

— «Reconquista, cruzada y órdenes militares», *Bulletin du centre d'études medievales d'Auxerre (BUCEMA)*, Hors-série núm. 2, 2008, http://cem.revues.org/index9802.html (consultado el 19 de enero de 2009).

— «La presencia de las órdenes militares castellano-leonesas en Oriente: valoración historiográfica», en Isabel Cristina F. FERNANDES (coord.), *As Ordens Militares e as Ordens de Cavalaria entre o Occidente e o Oriente. Actas do V Encontro sobre Ordens Militares (15 a 18 de fevreiro de 2006)*, Palmela, Câmara Municipal de Palmela, 2009, pp. 49-72.

— «Definición de cruzada: estado de la cuestión», *Clio & Crimen. Revista del Centro de Historia del Crimen de Durango*, núm. 6, 2009, pp. 216-242.

— «Fernando III: figura, significado y contexto en tiempo de cruzada», en Carlos DE AYALA MARTÍNEZ y Martín RÍOS SALOMA (eds.), *Fernando III, tiempo de cruzada*, Madrid, Sílex, 2012, pp. 17-91.

BALLESTEROS, Antonio, «Itinerario de Alfonso X, rey de Castilla», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, núm. CVIII, 1936, pp. 15-42.

BALOUP, Daniel, «Guerre sainte et violences religieuses dans les royaumes occidentaux de Península Ibérique au Moyen Âge», en Michel BERTRAND y Patrick CABANEL (eds.), *Religions, pouvoir et violence du Moyen Âge à nous tours*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail-Université Toulouse-Le Mirail, 2004, pp. 15-32.

BARBERO, Abilio, y VIGIL, Marcelo, *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*, Barcelona, Ariel, 1988 (1.ª ed., 1974).

BARBOSA, Pedro Gomes, *Conquista de Lisboa, 1147. A cidade reconquistada aos mouros*, Lisboa,

Tribuna da História (col. «Batalhas de Portugal»), 2004.

BARCELÓ, Miquel, «Expedicions militars i projectes d'atac contra les illes orientals d'Al-Andalus (Al-Jazã'ir Al-Sharquiyya Al-Andalus) abans de la conquesta catalana (1229)», *Estudi general. Revista de la Facultat de Lletres de la Universitat de Girona*, núm. 1, 1981, pp. 99-108.

BARKAI, Ron, *Cristianos y musulmanes en la España medieval (el enemigo en el espejo)*, Madrid, Rialp, 1981.

BARRIOS GARCÍA, Ángel, «La formación del feudalismo en la Península Ibérica: un balance historiográfico», en *Romanización y Reconquista en la Península Ibérica: nuevas perspectivas*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1998, pp. 11-22.

BARROCA, Mario Jorge, «Historia das campanhas», en Manuel Themudo BARATA (dir.) y Nuno Severiano TEIXEIRA (coord.), *Nova História Militar de Portugal*, vol. I, Rio de Mouro, Círculo de Leitores, 2003, pp. 22-68.

BARTON, Simon, «A Forgotten Crusade: Alfonso VII of León-Castile and the Campaign for Jaén (1148)», *Historical Research*, vol. 73, núm. 182, 2000, pp. 312-320.

BENITO RUANO, Eloy, «El Principado de Tarragona», en *Misel·lania Ramón d'Abadal*, Estudis Universitaris Catalans, 1994.

— «Un cruzado inglés en la guerra de Granada», en *Gente del siglo XV*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1998, pp. 149-166.

— «Extranjeros en la guerra de Granada», en *Gente del siglo XV*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1998, pp. 167-204.

— «La Reconquista. Una categoría histórica e historiográfica», *Medievalismo*, núm. 12, 2002, pp. 91-98.

BESGA MARROQUÍN, Armando, *La situación política de los pueblos del norte de España en la época visigoda*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1983.

— «La Reconquista: un nombre correcto», *Letras de Deusto*, núm. 132, vol. 41, julio-septiembre de 2011, pp. 9-94.

BEZZOLA, Reto R., *Les origines et la formation de la littérature courtoise en Occident (500-1200)*, París, Champion, 1958-1967.

BOISSONNADE, Pierre, «Cluny, la papauté et la première grande croisade internationale contre les Sarrasins d'Espagne: Barbastro», *Revue des questions historiques*, núm. XXI, 1932, pp. 257-301.

— «Les premières croisades françaises en Espagne. Normands, Gascons, Aquitains et Bourguignons (1018-1032)», *Bulletin Hispanique*, t. 36, núm. 1, 1934, pp. 5-28.

BONNAZ, Ives, «Continuité wisigothique dans la monarchie asturienne», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, núm. XII, 1976, pp. 81-99.

BORGES, Jorge Luis, *Obras Completas*, II, *1959-1972*, Buenos Aires, Emecé, 2004, pp. 235-331.

BOSCH VILÁ, Jacinto, «Al-Bakrī: dos fragmentos sobre Barbastro en el "Bayān Al-Mugrib" de Ibn 'Idārī y en el "Rawd Al-Micṭār" del Himyarī», *Estudios sobre la Edad Media de la Corona de Aragón*, vol. III, Zaragoza, Escuela de Estudios Medievales, 1948, pp. 242-261.

BRANCO, María João Violante, «A conquista de Lisboa revisitada», *Arqueologia Medieval*, núm. 7, 2001, pp. 217-234.

— *D. Sancho I*, Lisboa, Temas e Debates, 2010.

BRONISCH, Alexander P., *Reconquista y Guerra Santa. La concepción de la guerra en la España cristiana desde los visigodos hasta comienzos del siglo XIII*, Granada, Ediciones Universidad de Granada, 2006.

BULL, Marcus G., *Knightly Piety and the Lay Response to the First Crusade. The Limousin and Gascony, c. 970-c. 1130*, Oxford, Clarendon Press, 1993.

BURCKHARDT, Jacob, *Juicios sobre la historia y los historiadores*, Buenos Aires, Katz, 2011.

CAHEN, Claude, «En quoi la conquête turque appelait-elle la croisade?», *Bulletin de la Faculté des Lettres de l'Université de Strasbourg*, núm. XXIX, 1950, pp. 118-125.

CANTARINO, Vicente, *Entre monjes y musulmanes. El conflicto que fue España*, Madrid, Alhambra, 1978.

CASTRO, Américo, *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1996 (1.ª ed., 1948).

CHAO ESPINA, Enrique, *Los normandos en Galicia y otros temas medievales*, La Coruña, Grafinsa, 1977.

CHAPARRO, Sandra, *Providentia. El discurso político providencialista español de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 2012.

CHEVEDDEN, Paul E., «Crusade creationism *versus* pope Urbano II's Conceptualization of the Crusades», *The Historian*, núm. 75, 2013, pp. 11-46.

CHIBNALL, Marjorie, *The World of Orderic Vitalis*, Nueva York, Clarendon Press-Oxford University Press, 1984.

CONSTABLE, Giles, «The Second Crusade as Seen by Contemporaries», *Traditio*, núm. 9, 1953, pp. 213-279.

— «The Historiography of the Crusades», en Angeliki E. LAIOU y Roy P. MOTTAHEDEH (eds.), *The Crusades from the Perspective of Byzantium and the Muslim World*, Washington, Dumbarton Oaks, 2001.

— «A further note on the conquest of Lisbon in 1147», en Marcus BULL y Norman HOUSLEY (eds.), *The Experience of Crusading*, vol. I, *Western Approaches*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 39-44.

CORDERO CARRETE, Felipe, «Datos para la historia compostelana en una saga del siglo XII», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, núm. 16, 1961, pp. 80-86.

CORELLA LACASA, Miguel, «Notas para una lectura política de la obra del Beato de Liébana», *Res Publica*, núm. 17, 2007, pp. 9-32.

CORRAL, José Luis, *Una Historia de España*, Barcelona, Edhasa, 2008.

COSTA, Joaquín, *Reconstrucción y europeización de España y otros escritos*, Madrid, Instituto de Estudios de la Administración Local, 1981.

COWDREY, Herbert Edward J., «Pope Urban II's Preaching of the First Crusade», *History*, núm. 55, 1970, pp. 177-188.

— «The Genesis of the Crusades: The Springs of Western Ideas of the Holy War», en Thomas Patrick MURPHY (ed.), *The Holy War*, Columbus, Ohio State University Press, 1976, pp. 9-32.

— «The Gregorian Papacy, Byzantium and the First Crusade», en James D. HOWARD-JOHNSTON (dir.), *Byzantium and the West (c. 850-1200)*, Ámsterdam, Hakkert, 1988, pp. 146-169.

DAUMET, Georges, «Jean de Rye au siège d'Algeciras», *Bulletin Hispanique*, núm. 12, 1910, pp. 265-

274.

DEFOURNEAUX, Marcelin, *Les français en Espagne aux XI et XII siécles*, París, Presses Universitaires de France, 1949.

DELARUELLE, Étienne, «Essai sur la formation de l'idée de croisade», *Bulletin de Littérature Ecclésiastique*, núm. 42, 1941, pp. 86-103.

DENNYS, Rodney, *The Heraldic Imagination*, Londres, Barrie & Jenkins, 1975.

DESWARTE, Thomas, «La prophétie de 883 dans le Royaume d'Oviedo: attente adventiste ou espoir d'une libération politique?», en *Millénaire et millénarisme: les mythes de la chrétienté, Melanges de science religieuse*, Lille, Université Catholique de Lille, 2011, pp. 39-56.

DOZY, Reinhart Pieter Anne, *Los vikingos en España*, Madrid, Polifemo, 1987.

DURÁN, Eulália, y REQUESENS, Joan, *Profecía i poder al Renaixement. Texts profètics catalans favorables a Ferran el Catòlic*, Valencia, Tres i Cuatre, 1997.

EAGLETON, Terry, *Ideología. Una introducción*, Barcelona, Paidós, 2005 (1.ª ed., 1997).

EDGINGTON, Susan B., «Albert of Aachen, St. Bernard and the Second Crusade», en Jonathan PHILLIPS y Martin HOCH (eds.), *The Second Crusade: Scope and Consequences*, Manchester, Manchester University Press, 2001, pp. 61-67.

EGGER DE IOLSTER, Nelly, «El paso por Galicia de un rey de Noruega en el siglo XII», en *Estudios en homenaje a don Claudio Sánchez Albornoz en sus noventa años*, Buenos Aires, Instituto de Historia de España, 1983, pp. 267-274.

ERDMANN, Carl, *The origin of the idea of crusade*, Princeton, Princeton University Press, 1977 (1.ª ed., 1935).

FABIÉ, Antonio María, *Viajes por España de Jorge de Einghen, del Barón León de Rosmithal de Blatna, de Francisco Guicciardini y de Andrés Navajero*, Madrid, Librería de los Bibliófilos, 1879.

— *Don Rodrigo de Villandrando, Conde de Ribadeo*, Madrid, Tip. Tello, 1882.

FERREIRO, Alberto, «The siege of Barbastro 1064-1065: a reassessment», *Journal of Medieval History*, núm. 9(2), 1983, pp. 129-144.

FERREIRO ALEMPARTE, Jaime, *Arribadas de normandos y cruzados a las costas de la Península Ibérica*, Madrid, Sociedad Española de Estudios Medievales, 1999.

FLICHE, Agustín, «Reforma gregoriana y Reconquista», en Agustín FLICHE y Víctor MARTÍN (dirs.), *Historia de la Iglesia*, t. VIII, Valencia, Edicep, 1976.

FLORI, Jean, «De Barbastro à Jérusalem: plaidoyer pour une redéfinition de la coisade», en Philippe SÉNAC (ed.), *Aquitaine-Espagne (VIIIe-XIIIe siècle)*, Poitiers, Centre d'Etudes Supérieures de Civilisation Medieval, 2001, pp. 129-146.

— *La guerra santa. La formación de la idea de cruzada en el Occidente cristiano*, Granada, Universidad de Granada, 2003.

— *El Islam y el fin de los tiempos. La interpretación profética de las invasiones musulmanas en la cristiandad medieval*, Madrid, Akal, 2010.

FRANCE, Jean, *Victory in the East. A military history of the First Crusade*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

GARCÍA DE CORTÁZAR, José Ángel, *La época medieval*, t. II, *Historia de España*, Madrid, Alfaguara,

1981 (1.ª ed., 1973).

— «Un tiempo de cruzada y guerra santa a finales del siglo XI», en *Los monjes soldado. Los templarios y otras órdenes militares. Actas del IX Seminario sobre Historia del Monacato (7-10 de agosto de 1995)*, Codex Aquilarensis, Cuadernos de Investigación del Monasterio de Santa María la Real, núm. 12, Aguilar de Campoo, 1997, pp. 9-30.

GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, Luis, *Papado, cruzadas y órdenes militares. Siglos XI-XIII*, Madrid, Cátedra, 1995.

— «El papado y el reino de Aragón en la segunda mitad del siglo XI», *Aragón en la Edad Media*, núm. 18, 2004, pp. 245-264.

— «Los orígenes del movimiento cruzado. La tesis de Erdmann y sus críticos en la segunda mitad del siglo XX», en Isabel Cristina F. FERNANDES (coord.), *As Ordens Militares e as Ordens de Cavalaria na Construçao do Mundo Occidental. Actas do IV Encontro sobre Ordens Militares*, Palmela, Colibrí, 2005, pp. 87-107.

GARCÍA FERNÁNDEZ, Manuel, *Andalucía: guerra y frontera. 1312-1350*, Sevilla, Fondo de Cultura Andaluza, 1990.

GARCÍA FITZ, Francisco, *Relaciones políticas y guerra: la experiencia castellano-leonesa frente al Islam*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2002.

— *La Edad Media. Guerra e ideología. Justificaciones religiosas y jurídicas*, Madrid, Sílex, 2003.

— *Las Navas de Tolosa*, Barcelona, Ariel, 2005.

— «La Reconquista y formación de la España medieval (de mediados del siglo XI a mediados del siglo XIII)», en Hugo O'DONNELL (dir.) y Miguel Ángel LADERO QUESADA (coord.), *Historia Militar de España*, Madrid, Ministerio de Defensa-Laberinto, 2010, pp. 141-215.

— *La Reconquista*, Granada, Universidad de Granada, 2010.

— «El año de la batalla de Las Navas de Tolosa», en Esther LÓPEZ OJEDA (coord.), *1212, un año, un reinado, un tiempo de despegue. XXIII Semana de Estudios Medievales. Nájera, de 30 de julio al 3 de agosto de 2012*, Logroño, 2013, pp. 171-200.

GARCÍA FITZ, Francisco, y VIDAL CASTRO, Francisco, *Dos estudios en torno a la batalla de al-'Iqāb o Las Navas de Tolosa (1212) en al-Andalus: los reinos cristianos de la Península Ibérica frente a los almohades*, Santiago de Chile, Centro Mohammed VI para el Diálogo de Civilizaciones, 2012.

GARCÍA SANJUÁN, Alejandro, *La conquista islámica de la Península Ibérica y la tergiversación del pasado*, Madrid, Marcial Pons, 2013.

GARÍ, Blanca, «Why Almeria? An islamic port in the compass of Genoa», *Journal of Medieval History*, núm. 18, 1992, pp. 211-231.

GILCHRIST, John, «The Papacy and War against the "Sarracens", 795-1216», *The International History Review*, vol. 10, núm. 2, 1988, pp. 172-197.

GIMÉNEZ SOLER, Andrés, *La Corona de Aragón y Granada. Historia de las relaciones entre ambos reinos*, Barcelona, Imp. de la Casa Provincial de Caridad, 1908.

GÓMEZ, Miguel Dolan, *The Battle of Las Navas de Tolosa: The Culture and Practice of Crusading in Medieval Iberia*, tesis doctoral, Tennessee, University of Tennessee, 2011, http://trace.tennessee.edu/utk_graddiss/1079.

GOÑI GAZTAMBIDE, José, *Historia de la bula de cruzada en España*, Vitoria, Editorial del Seminario de Vitoria (serie Victoriensia, vol. 4), 1958.

GONZÁLEZ FERRÍN, Emilio, *Historia general de Al-Andalus. Europa entre Oriente y Occidente*, Córdoba, Almuzara, 2007.

GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel, «¿Re-conquista? Un estado de la cuestión», en Eloy BENITO RUANO (coord.), *Tópicos y realidades de la Edad Media (1)*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2000, pp. 155-178.

GONZÁLEZ SÁNCHEZ, Santiago, *Las relaciones exteriores de Castilla a comienzos del siglo XV. La minoría de Juan II (1407-1420)*, Madrid, Comité Español de Ciencias Históricas, 2013.

GOODMAN, Anthony, «Sentiment and Policy: English Attitudes to Spain in the Later Middle Ages», en José Enrique LÓPEZ DE COCA (ed.), *Estudios sobre Málaga y el reino de Granada en el V Centenario de la Conquista*, Málaga, Diputación de Málaga, 1987, pp. 73-81.

GROUSSET, René, *Histoire des croisades et du royaume franc de Jérusalem*, 3 vols., París, Plon, 1934-1936.

GUICHARD, Pierre, *Al-Andalus frente a la conquista cristiana. Los musulmanes de Valencia (siglos XI-XIII)*, Valencia, Biblioteca Nueva-Universitat de València, 2001.

GUY, Henry, «Octovien de Saint-Gelays. Le Séjour d'honneur», *Revue d'histoire littéraire de la France*, núm. 15, 1908, pp. 193-231.

HEIDEGGER, Martín, *El Ser y el Tiempo*, Barcelona, RBA, 2002.

HENRIET, Patrick, «L'ideologie de guerre sainte dans le haut moyen âge hispanique», *Francia*, núm. 29/1, 2002, pp. 171-220.

HOUSLEY, Norman, *Contesting the Crusades*, Malden, Blackwell Publishing, 2006.

HUICI MIRANDA, Ambrosio, «Estudio sobre la campaña de Las Navas de Tolosa», en *Anales del Instituto General y Técnico de Valencia*, vol. I, Valencia, 1916 (reed. a cargo de Roldán JIMENO ARANGUREN, Pamplona, Palmiela, 2011).

— *Las grandes batallas de la reconquista durante las invasiones africanas (almorávides, almohades y benimerines)*, Madrid, CSIC, 1955 (ed. facsímil con estudio preliminar de Emilio MOLINA PÉREZ y Vicente Carlos NAVARRO OLTRA, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2000).

IBÁÑEZ DE SEGOVIA PERALTA Y MENDOZA, Gaspar, Marqués de MONDÉJAR, *Memorias históricas de la vida y acciones del rey don Alonso el Noble, octavo de ese nombre*, Madrid, Imprenta de D. Antonio de Sancha, 1783.

ISLA FREZ Amancio, «Los astures: el *populus* y la *populatio*», en *La época de la Monarquía asturiana. Actas del Simposio celebrado en Covadonga (8-10 de octubre de 2001)*, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos, 2002, pp. 17-42.

JASPERT, Nikolas, «*Capta est Dertosa, clavis Christianorum*: Tortosa and the crusades», en Jonathan PHILLIPS y Martin HOCH (eds.), *The Second Crusade: Scope and Consequences*, Manchester, Manchester University Press, 2001, pp. 90-110.

— «Los alemanes y la guerra de Granada: participación-comunicación-difusión», Casa de Velázquez, en prensa.

JORDÁ FERNÁNDEZ, Antonio María, «Terminologia jurídica i Dret Comú: a propòsit de Robert Bordet,

"Princeps" de Tarragona (siglo XII)», en *El temps sota control. Homenatge a F. Xavier Ricomà*, Tarragona, 1997.

JOSSERAND, Philippe, «Croisade et reconquête dans le royaume de Castille au XIIe siècle. Éléments pour une reflexión», en *L'Expansion occidentale aux XIe-XVe siècles: formes et conséquences. Actes du XXXIIIe Congrès de la Société des Historiens Médiévistes de l'Enseignement Supérieur Public*, París, Publications de la Sorbona, 2003, pp. 75-85.

Journal of Medieval Iberian Studies, vol. 4, núm. 1, 2012 (volumen monográfico sobre Las Navas de Tolosa).

KAHN, Jean-François, *Dictionnaire incorrect*, París, Plon, 2005.

KOHN, Hans, «The Genesis and Character of English nationalism», *Journal of the History of Ideas*, vol. I, enero de 1940, pp. 69-94.

KOSELLECK, Reinhart, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Madrid, Trotta, 2012.

KRUEGER, Hilma C., «Economics Aspects of Expanding Europe», en Marshall CLAGETT, Gaines POST y Robert REYNOLDS (eds.), *Twelfth-Century Europe and the Foundations of Modern Society*, Madison, University of Wisconsin Press, 1961, pp. 69-74.

LACARRA, José María, «La conquista de Zaragoza por Alfonso I el Batallador», *Al-Andalus*, núm. 12, 1947, pp. 65-96.

— «Los franceses en la reconquista y repoblación del valle del Ebro en tiempos de Alfonso el Batallador», *Cuadernos de Historia*, núm. 2, 1968, pp. 65-80.

LADERO QUESADA, Miguel Ángel, *Castilla y la conquista del reino de Granada*, Granada, Diputación Provincial de Granada, 1993 (1.ª ed., Valladolid, 1967).

— «¿Es todavía España un enigma histórico? (releyendo a Sánchez-Albornoz)», en *Lecturas sobre la España Histórica*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1998, pp. 317-341.

— (coord.), *Historia de España Ramón Menéndez Pidal*, t. IX, *La reconquista y el proceso de diferenciación política (1035-1217)*, Madrid, Espasa Calpe, 1998.

— «Portugueses en la frontera de Granada», *En la España Medieval*, núm. 23, 2000, pp. 67-100.

— «La "Reconquête", clef-de-voûte du Moyen Âge espagnol», en *L'expansion occidentale (XIe-XIIIe siècles). Formes et conséquences. XXXIIIe Congrès de la SHMES (Madrid, Casa de Velázquez, 23-26 mai 2002)*, París, Publications de la Sorbonne, 2003, pp. 23-45.

— *La formación medieval de España. Territorios, regiones, reinos*, 3.ª ed., Madrid, Alianza Editorial, 2014.

LALIENA CORBERA, Carlos, «*Larga Stipendia et optima praedia*: Les nobles *francos* en Aragon au service d'Alphonse le Batailleur», *Annales du Midi revue de la France méridionale*, vol. 112, núm. 120, abril-junio de 2000, pp. 149-169.

— «Frontera y conquista feudal en el valle del Ebro desde una perspectiva local (Tauste, Zaragoza, 1086-1200)», *Studia Historica. Historia Medieval*, núm. 23, 2005, pp. 115-138.

— «Encrucijadas ideológicas. Conquista feudal, cruzada y reforma de la Iglesia en el siglo XI hispánico», en *La reforma gregoriana y su proyección en la cristiandad occidental. Siglos XI-XIII. XXXII Semana de Estudios Medievales (Estella, 18-22 de julio de 2005)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2006, pp.

289-333.

— «Guerra santa y conquista feudal en el noroeste de la Península a mediados del siglo XI: Barbastro, 1064», en *Cristianos y musulmanes en la Península Ibérica: la guerra, la frontera y la convivencia. XII Congreso de Estudios Medievales 2007*, Ávila, Fundación Sánchez Albornoz, 2007, pp. 187-218.

LEROY, Béatrice, «Un modèle de souverain au debut du XV siècle: Ferdinand d'Antequera, d'apres les *Choniques de Castille* de Fernán Pérez de Guzmán», *Revue Historique*, vol. CCXCIV/2, 1995, pp. 201-218.

LINEHAN, Peter, *Historia e historiadores de la España medieval*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2012 (1.ª ed., Oxford, Oxford University Press, 1993).

LIVERMORE, Harold, «The Conquest of Lisbon and its Author», *Portuguese Studies*, núm. 6, 1990, pp. 1-16.

LOMAX, Derek, *La Reconquista*, Barcelona, Crítica, 1984.

LÓPEZ, Roberto S., *La revolución comercial en la Europa medieval*, Barcelona, El Albir, 1981 (1.ª ed., Nueva York, 1971).

LÓPEZ BELTRÁN, María Teresa, y GONZÁLEZ ARÉVALO, Raúl, «Los portugueses en el reino de Granada en época de los Reyes Católicos (Málaga, 1487-1518)», *Baetica, Estudios de Arte, Geografía e Historia*, núm. 24, Málaga, Universidad de Málaga, 2002, pp. 309-338.

LÓPEZ DE COCA, José Enrique, «Portugal y Granada: presencia lusitana en la conquista y repoblación del reino granadino (siglos XV-XVI)», en *Actas das II Jornadas Luso-espanholas de História Medieval*, vol. II, Oporto, Instituto Nacional de Investigação Científica, 1987, pp. 737-757.

— «Fernando Álvarez de Toledo, capitán de la frontera de Jaén (1434-1437)», *Anuario de Estudios Medievales*, núm. 33/2, 2003, pp. 643-666.

LÓPEZ DE COCA, José Enrique, y KRAUEL, Blanca, «Cruzados escoceses en la frontera de Granada (1330)», *Anuario de Estudios Medievales*, núm. 18, 1988, pp. 254-261.

LÓPEZ ESTRADA, Francisco, *La Toma de Antequera*, Antequera, Caja de Ahorros y Préstamos de Antequera, 1964.

LÓPEZ FERREIRO, Antonio, *Historia de la Santa A. M. Iglesia de Santiago de Compostela*, vol. IV, Imprenta del Seminario Conciliar Central, Santiago de Compostela, 1908-1909.

LÓPEZ PAYER, Manuel Gabriel, y ROSADO LLAMAS, María Dolores, *La batalla de Las Navas de Tolosa*, Madrid, Almena, 2002.

LÖWITH, Karl, *Historia del mundo y salvación. Los presupuestos teológicos de la filosofía de la historia*, Buenos Aires, Katz, 2007.

MAALOUF, Amin, *Las cruzadas vistas por los árabes*, Madrid, Alianza Editorial, 2010.

MAHN-LOT, Marianne, «Philippe d'Évreux, roi de Navarre, et un proyect de croisade contra le royaume de Grenade (1329-1331)», *Bulletin Hispanique*, núm. 46, 1944, pp. 227-233.

MANGAS, Julio, «Pervivencias sociales de los astures y cántabros en los modelos administrativos romanos: tiempos y modos», en María José HIDALGO, Dionisio PÉREZ y Manuel J. R. GERVÁS (eds.), *Romanización y Reconquista en la Península Ibérica*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1998, pp. 117-128.

MANZANO MORENO, Eduardo, «Desde el Sinaí de su arábiga erudición. Una reflexión sobre el

medievalismo y el arabismo reciente», en *Al-Andalus/España. Historiografía en contraste. Siglos XVII-XXI*, Madrid, Casa de Velázquez, 2009, pp. 213-230.

MARAVALL, José Antonio, *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1997 (1.ª ed., 1954).

MARÍAS, Julián, *España inteligible. Razón histórica de las Españas*, Madrid, Alianza Universidad, 1995.

MARÍN, Manuela, *Al-Andalus y los andalusíes*, Barcelona, Icaria, 2000.

MARKHAM, Clements R., *Richard III: His Life & Character. Reviewed in the Light of Recent Research*, Londres, Smith, Elder and Company, 1906 (reed., Whitefish, Kessinger Publishing, 2010).

MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco, *Santiago: trayectoria de un mito*, prólogo de Juan GOYTISOLO, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2004.

MARTÍN, José Luis, *La Península en la Edad Media*, Barcelona, Teide, 1976.

MATTOSO, José, *D. Afonso Henriques*, Lisboa, Círculo de Leitores, 2006.

MAYER, Hans E., *Historia de las Cruzadas*, Madrid, Akal, 2001 (1.ª ed., 1960).

MCCRANK, Lawrence J., «Restauración canónica e intento de reconquista de la sede tarraconense, 1076-1108», *Cuadernos de Historia de España*, vol. LXI-LXII, 1977, pp. 145-245.

— «Norman crusaders in the Catalan reconquest: Robert Burdet and the principality of Tarragona», *Journal of Medieval History*, núm. 7, 1981, pp. 67-82 (el mismo artículo en *McCrank, Medieval Frontier History in New Catalonia*, 1996, pp. 67-82).

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *Poesía juglaresca y juglares*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1924.

MEYER, Bruno, «El papel de los cruzados alemanes en la reconquista de la Península Ibérica en los siglos XII y XIII», *En la España Medieval*, núm. 23, 2000, pp. 41-66.

MICHAUD, Josep François, *Historia de las Cruzadas*, edición ilustrada de Gustavo DORÉ, traducción de G. Amado Larrosa y Manuel Aranda, Barcelona, Montaner y Simón, 1886-1887.

MÍNGUEZ, José María, *La Reconquista*, Madrid, Historia 16, 1989.

MIRET Y SANS, Joaquim, *Investigación histórica sobre el vizcondado de Castellbó. Con datos inéditos de los condes de Urgell y de los vizcondes de Ager*, Barcelona, Imprenta La Catalana de J. Puigventós, 1900.

— «Negociacions diplomàtiques d'Alfons III de Catalunya-Aragó ab el rey de Francia per la croada contra Granada (1328-1332)», *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, núm. MCMVIII, 1908.

— «La familia de Robert Burdet, el restaurador de Tarragona», en Justo MARTÍNEZ (ed.), *II Congreso de Historia de la Corona de Aragón. Actas y memorias*, vol. I, Huesca, 1922, pp. 57-74.

MONSALVO ANTÓN, José María, «Notas sobre los primeros espacios de la Reconquista (primera mitad del siglo VIII) en la cronística cristiana pleno-medieval: de la Historia Silense a la Estoria de España», en José María MÍNGUEZ y Gregorio DEL SER QUIJANO (eds.), *La Península en la Edad Media: treinta años después. Estudios dedicados a José Luis Martín*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2006, pp. 253-270.

MONTENEGRO VALENTÍN, Julia, y CASTILLO ÁLVAREZ, Arcadio, «Don Pelayo y los orígenes de la Reconquista: un nuevo punto de vista», *Hispania*, núm. 180, 1995, pp. 5-32.

— «Pelayo y Covadonga: una revisión historiográfica», en *La época de la Monarquía asturiana. Actas del Simposio celebrado en Covadonga (8-10 de octubre de 2001)*, Oviedo, Real Instituto de Estudios

Asturianos, 2002, pp. 111-124.

MORALES ROMERO, Eduardo, *Historia de los vikingos en España. Ataques e incursiones contra los reinos cristianos y musulmanes de la Península Ibérica en los siglos IX-XI*, Madrid, Miraguano, 2006.

MUNRO, Dana Carleton, «The Speech of Pope Urban II at Clermont, 1095», *The American Historical Review*, núm. 11, 1906, pp. 231-242.

MUSSET, Lucien, «Aux origines d'une classe dirigeante: les Tosny, grand barons normands du Xe au XIIIe siècle», *Francia*, núm. 5, 1977, pp. 45-53.

NELSON, Lynn H., «Rotrou of Perche and the Aragonese Reconquest», *Traditio*, t. XXVI, 1970, pp. 113-133.

Nova História Militar de Portugal, dirigida por Manuel Themudo BARATA y coordinada por Nuno Severiano TEIXEIRA, vol. I, Rio de Mouro, Círculo de Leitores, 2003.

NOVO GÜISÁN, José Miguel, *Los pueblos vasco-cantábricos y galaicos en la Antigüedad Tardía. Siglos III-IX*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 1992.

O'CALLAGHAN, Joseph F., *Reconquest and Crusade in Medieval Spain*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2003.

— *The Gibraltar crusade: Castile and the battle for the Strait*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2011.

— *The Last Crusade in the West. Castile and the Conquest of Granada*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2014.

OLAGÜE, Ignacio, *Los árabes no invadieron jamás España*, Madrid, Fundación Juan March, 1974.

PASTOR DE TOGNERY, Reyna, *Del Islam al Cristianismo. En las fronteras de dos formaciones económicas-sociales, siglos XII-XIII*, Barcelona, Península, 1975.

PAVÓN BENITO, Julia, y ARZOZ MENDIZÁBAL, Íñigo, *1212. La batalla de Las Navas de Tolosa. Ocho siglos después*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2012.

PETERSON, Eric, *El monoteísmo como problema político*, prólogo de Gabino URÍBARRI, Madrid, Mínima Trotta, 1999.

PETRI BALBI, Giovanna, «Lotte antisaracene e militia Christi in ambito Iberico», en *«Militia Christi» e crociata nei secolo XII-XIII*, Milán, Vita e Pensiero, 1992, pp. 419-545.

PHILLIPS, Jonathan, «Saint Bernard of Clairvaux, the Low Countries and the Lisbon Letter of the Second Crusade», *Journal of Ecclesiastical History*, núm. 48, 1997, pp. 485-497.

— *The Second Crusade. Extending the Frontiers of Christendom*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2007.

PHILLIPS, Jonathan, y HOCH, Martin (eds.), *The Second Crusade: Scope and Consequences*, Manchester, Manchester University Press, 2001.

PON, Georges, «Adémar de Chabannes et l'Espagne», en Martín ALVIRA CABRER y Pascal BURESI (eds.), *Aquitaine-Espagne (VIIIe-XIIIe siècle)*, Poitiers, Centre d'Etudes Supérieures de Civilisation Medieval, 2001, pp. 69-82.

PONCEL MARIEZCURRENA, Ignacio, *Seniores Gothorum. La aristocracia visigoda y su herencia asturiana*, Saarbrücken, Editorial Académica Española, 2011.

QUATREFAGES, René, «Génesis de la España militar moderna», *Revista de Cultura Militar*, núm. 7, 1995,

pp. 59-68.

RÄISÄNEN, Heikki, *El nacimiento de las creencias cristianas*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2011.

REILLY, Bernard F., *Cristianos y musulmanes, 1031-1157*, en John LYNCH (dir.), *Historia de España*, vol. VI, Crítica, Barcelona, 1992.

RICHARD, Jean, *The Latin Kingdom of Jerusalem*, vol. I, Ámsterdam, North-Holland Pub. Co., 1979.

RICOEUR, Paul, *Historia y narratividad*, Barcelona, Paidós-ICE/UAB, 2009.

RILEY-SMITH, Jonathan, *The First Crusade and the Idea of Crusading*, Londres, The Athlone Press, 1993.

— *¿Qué fueron las cruzadas?*, Barcelona, El Acantilado, 2012.

RÍOS SALOMA, Martín, *La Reconquista. Una construcción historiográfica (siglos XVI-XIX)*, Madrid, Marcial Pons, 2011.

— *La Reconquista en la historiografía española contemporánea*, Madrid, Sílex, 2013.

RIQUER, Martín de, *Los trovadores. Historia literaria y textos*, Barcelona, Ariel, 2011.

RODRÍGUEZ GARCÍA, José Manuel, «Los enfrentamientos bélicos con Inglaterra y sus gentes: la visión castellana, 1250-1515», *Revista de Historia Militar*, núm. 84/2, 1998, pp. 1-45.

— «Historiografía de las Cruzadas», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie III, Historia Medieval, núm. 13, 2000, pp. 341-395.

— *Idea y realidad de cruzada en tiempos de Alfonso X el Sabio (1252-1284)*, tesis doctoral inédita, Universidad de Salamanca, 2012.

— «Reconquista y cruzada. Un balance historiográfico doce años después (2000-2012)», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie III, Historia Medieval, núm. 26, 2013, pp. 365-394.

— *La Cruzada en tiempos de Alfonso X*, Madrid, Sílex, 2014.

RODRÍGUEZ-PICAVEA, Enrique, «Diplomacia, propaganda y guerra santa en el siglo XIV: la embajada castellana a Aviñón y la elaboración del discurso ideológico», *Anuario de Estudios Medievales*, núm. 40/2, 2010, pp. 765-789.

ROGERS, Randal, *Latin Siege Warfare in the Twelfth Century*, Oxford, Clarendon Press-Oxford University Press, 1992.

ROSADO LLAMAS, María Dolores, y LÓPEZ PAYER, Manuel, *La batalla de Las Navas de Tolosa. Historia y mito*, Jaén, Caja Rural de Jaén, 2001.

RUBENSTEIN, Jay, *Los ejércitos del cielo. La primera cruzada y la búsqueda del Apocalipsis*, Barcelona, Pasado & Presente, 2012.

RUNCIMAN, Steven, *Historia de las Cruzadas*, Madrid, Alianza Editorial, 2008 (1.ª ed., 1954).

RUSSELL, Peter Edward, *The English intervention in Spain and Portugal in the time of Edward III and Richard III*, Oxford, Clarendon Press, 1955.

SABATÉ, Flocel, «Frontera peninsular e identidad (siglos IX-XII)», en Esteban SARASA SÁNCHEZ (coord.), *Las cinco villas aragonesas en la Europa de los siglos XII y XIII. De la frontera natural a las fronteras políticas y socioeconómicas (foralidad y municipalidad)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2007, pp. 47-94.

SALICRÚ Y LLUCH, Roser, «Posibilidades de reanudación de la guerra de Granada a finales del reinado de Fernando I de Aragón (1415-1416)», en *La Península Ibérica en la era de los descubrimientos (1391-*

1492). Actas de las III Jornadas Hispano-Portuguesas de Historia Medieval (Sevilla, 25-30 de noviembre de 1991), vol. II, Sevilla, Junta de Andalucía, 1997, pp. 1437-1452.

— «Caballeros cristianos en el Occidente europeo e islámico», en Klaus HERBERS y Nikolas JASPERT (eds.), «*Das kommt mir Spanisch vor». Eigenes und Fremdes in den deutsch-spanischen Beziehungen des späten Mittelalters*, Münster-Berlín, Lit Verlag, 2004, pp. 217-289.

— «Galícia i Granada: Pelegrinatge i exercici de cavalleria en terres ibériques i musulmanes occidentals a la Baixa Edad Mitjana», en *El Camí de Sant Jaume i Catalunya. Actes del Congrés Internacional celebrat a Barcelona, Cervera i Lleida els dies 16, 17 i 18 d'octubre de 2003*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Monserrat, 2007, pp. 163-177.

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Claudio, *España un enigma histórico*, dos tomos, Barcelona, Edhasa, 2000 (1.ª ed., 1956).

— «Observaciones a unas páginas sobre el inicio de la Reconquista», en *Estudios polémicos*, prólogo de Luis. G. DE VALDEAVELLANO, Madrid, Espasa Calpe, 1979, pp. 65-78.

SÁNCHEZ PARDO, Juan Carlos, «Los ataques vikingos y su influencia en la Galicia de los siglos IX-XI», *Anuario Brigantino*, núm. 33, 2010, pp. 57-86.

SCHAPIRO, Meyer, «El Apocalipsis de Beato de Gerona», en *Estudios sobre el arte de la Antigüedad tardía, el Cristianismo primitivo y la Edad Media*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, pp. 287-295.

SÉNAC, Philippe, «La frontera aragonesa en los siglos XI y XII. *Pro defensionem christianorum et confusionem sarracenorum*», *Territorio, Sociedad y Poder*, núm. 4, 2009, pp. 151-166.

SMITH, Damian, «*"Soli Hispani"*. Inocencio III y Las Navas de Tolosa», *Hispania Sacra*, núm. 104, vol. 51, 1999, pp. 487-513.

— *Innocent III and the Crown of Aragon. The Limits of Papal Authority*, Aldershot, Ashgate, 2004.

— «Guerra Santa y Tierra Santa en el pensamiento y la acción de Jaime I de Aragón», en Daniel BALOUP y Philippe JOSSERAND (eds.), *Regards croisés sur la guerre sainte. Guerre, religion et idéologie dans l'espace méditerranéen latin (XIe-XIIIe siècle)*, Toulouse, CNRS-Université deToulouse II-Le Mirail, 2006, pp. 305-321.

TORRÓ, Joseph, «Pour en finir avec la "Reconquête". L'occupation chrétienne d'al-Andalus, la soumission et la disparition des populations musulmanes (XIIe-XIIIe siècle)», *Cahiers d'histoire. Revue d'histoire critique*, núm. 78, 2000, pp. 79-97.

TYERMANN, Christopher, «Were there any crusades in the twelfth century?», *The English Historical Review*, núm. CX, 1995, pp. 553-577.

— *Las guerras de Dios. Una nueva historia de las Cruzadas*, Barcelona, Crítica, 2010.

UBIETO ARTETA, Antonio, «Valoración de la reconquista peninsular», *Príncipe de Viana*, núm. 120-121, 1970, pp. 213-220.

— *Historia de Aragón. La formación territorial*, Zaragoza, Mira, 1981.

UGOLINO, Francesco A., «Avvenimenti figure e costumi di Spagna in una crónica italiana del Trecento», en *Italia e Spagna saggi sui rapporti storici, filosofici ed artistici tra le due civiltà*, Florencia, Felice le Monnier, 1941, pp. 91-122.

UTRILLA, Juan F., «Conquista, Guerra Santa y territorialidad en el reino de Aragón: hacia la construcción de un nuevo orden feudal (1064-1194)», en Esteban SARASA SÁNCHEZ (coord.), *Las Cinco Villas*

aragonesas en la Europa de los siglos XII y XIII. De la frontera natural a las fronteras políticas y socioeconómicas (foralidad y municipalidad), Zaragoza, Institución Fernando el Católico-CSIC, 2007, pp. 95-128.

VARA THORBECK, Carlos, *El Lunes de Las Navas*, Jaén, Universidad de Jaén, 1999.

VICENS VIVES, Jaime, *Aproximación a la Historia de España*, 3.ª ed., Barcelona, Centro de Estudios Históricos Internacionales, 1962.

VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis, *La formación de los reinos hispánicos*, Madrid, Espasa Calpe, 2006.

VILLEGAS-ARISTIZÁBAL, Lucas, «Algunas notas sobre la participación de Rogelio de Tosny en la Reconquista ibérica», *Estudios Humanísticos. Historia*, núm. 3, 2004, pp. 263-274.

— *Norman and Anglo-Norman participation in the Iberian Reconquista (c. 1018-c. 1248)*, tesis doctoral inédita, Nottingham, 2007.

— «Revisión de las crónicas de Ralph de Diceto y de la *Gesta regis Ricardi* sobre la participación de la flota angevina durante la Tercera Cruzada en Portugal», *Studia Historica. Historia Medieval*, núm. 27, 2009, pp. 153-170.

— «Anglo-Norman Intervention in the Conquest and Settlement of Tortosa, 1142-1180», *Crusades*, núm. 8, 2009, pp. 63-129.

— «Failed Attempt to Conquer Lisbon (c. 1142)», *Portugueses Studies*, vol. 29, núm. 1, 2013, pp. 7-20.

VIOLANTE, Cinzio, «Il secolo XI: una svolta? Introduzione ad un problema storico», en Cinzio VIOLANTE y Johannes FRIED (eds.), *Il secolo XI, una svolta*, Annali dell'Istituto Storico Italo-Germanico di Trento, vol. 35, Bolonia, Il Mulino, 1993, pp. 7-40.

VIRGILI, Antoni, *Ad detrimentum Yspanie: la conquesta de Turtusa i la formación de la societat feudal (1148-1200)*, Barcelona, Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, 2001.

— «*Angli cum multis aliis alienigenis*: crusade settlers in Tortosa (second half of the twelfth century)», *Journal of Medieval History*, núm. 35, 2009, pp. 297-312.

WEIL, Simone, «*La Ilíada* o el poema de la fuerza», en *La fuente griega*, Madrid, Trotta, 2005, pp. 15-43.

WILKINS, Christopher, *The Last Knight Errant. Sir Edward Woodville and the Age of Chivalry*, Londres-Nueva York, I. B. Tauris, 2010.

WILLIAMS, John, «*Beato de Liébana* y la tradición del Beato», en Pedro Ángel FERNÁNDEZ VEGA (coord.), *Apocalipsis. Beato de Liébana*, catálogo de la exposición que tuvo lugar en Santillana del Mar, 30 de junio a 3 de septiembre de 2006, Santander, Gobierno de Cantabria, 2006, pp. 107-118.

WILLIAMS, John Brian, «The Making of a Crusade: the Genovese anti-Muslim attacks in Spain, 1146-1148», *Journal of Medieval History*, núm. 23, 1997, pp. 29-53.

XOHÁN CABANA, Darío, *Os trovadores de Occitania*, Lugo, Edicións da Curuxa, 2011.

ZIMMERMANN, Michel, «Le clergé et la guerre en Catalogne aux alentours de l'an mil», en Thomas DESWARTE y Philippe SÉNAC (dirs.), *Guerre, pouvoirs et idéologies dans l'Espagne chrétienne aux alentours de l'an mil*, Turnhout, Brepols, 2005, pp. 191-207.

ZURITA, Jerónimo, *Anales de la Corona de Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1976.

Notas

Introducción

1 Fernando DEL PULGAR, *Claros Varones de Castilla*, edición de Robert B. TATE, Madrid, Taurus, 1985, pp. 81-82, y título XVII, pp. 130-131.

2 A este respecto remitimos a la bibliografía citada a lo largo del texto. No obstante, consideramos de obligada referencia las tres monografías que Joseph F. O'CALLAGHAN ha publicado durante la última década: *Reconquest and Crusade in Medieval Spain*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2003; *The Gibraltar crusade: Castile and the battle for the Strait*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2011, y *The Last Crusade in the West. Castile and the Conquest of Granada*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2014. Además, dada la amplia perspectiva con la que recientemente ha abordado el tratamiento de la presencia normanda y anglonormanda en la Reconquista peninsular, no podemos dejar de señalar aquí el interés de la tesis de Lucas VILLEGAS-ARISTIZÁBAL, *Norman and Anglo-Norman participation in the Iberian Reconquista (c. 1018-c. 1248)*, tesis doctoral inédita, Nottingham, 2007 (http://academia.edu/LucasVillegas-Aristizabal).

Notas

Capítulo I

1 Carlos LALIENA CORBERA, «Encrucijadas ideológicas. Conquista feudal, cruzada y reforma de la Iglesia en el siglo XI hispánico», en *La reforma gregoriana y su proyección en la cristiandad occidental. Siglos XI-XIII. XXXII Semana de Estudios Medievales (Estella, 18-22 de julio de 2005)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2006, pp. 289-333.

2 La frase de Heidegger es recogida por José Luis PARDO en *Esto no es música. Introducción al malestar en la cultura de masas*, Barcelona, Galaxia Gutemberg-Círculo de Lectores, 2007, p. 37.

3 En los últimos años se han publicado en español varios estados de la cuestión sobre los conceptos de Cruzada y de Reconquista más extensos y documentados que el que aquí se presenta. El lector que desee profundizar en estas cuestiones encontrará en ellos un amplio y útil elenco de referencias bibliográficas, así como atinadas reflexiones sobre las mismas. A este respecto véanse José Manuel RODRÍGUEZ GARCÍA, «Historiografía de las Cruzadas», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie III, Historia Medieval, núm. 13, 2000, pp. 341-395; Carlos DE AYALA MARTÍNEZ, «Definición de cruzada: estado de la cuestión», *Clio & Crimen. Revista del Centro de Historia del Crimen de Durango*, núm. 6, 2009, pp. 216-242, y Francisco GARCÍA FITZ, *La Reconquista*, Granada, Universidad de Granada, 2010. Muy recientemente José Manuel RODRÍGUEZ GARCÍA ha realizado un nuevo balance historiográfico sobre estas materias en «Reconquista y cruzada. Un balance historiográfico doce años después (2000-2012)», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie III, Historia Medieval, núm. 26, 2013, pp. 365-394, y en *La Cruzada en tiempos de Alfonso X*, Madrid, Sílex, 2014, pp. 19-32.

4 Jonathan RILEY-SMITH, *¿Qué fueron las cruzadas?*, Barcelona, El Acantilado, 2012.

5 Giles CONSTABLE, «The Historiography of the Crusades», en Angeliki E. LAIOU y Roy P. MOTTAHEDEH (eds), *The Crusades from the Perspective of Byzantium and the Muslim World*, Washington, Dumbarton Oaks, 2001. Partiendo de este trabajo Norman HOUSLEY publicó en el año 2006 una revisión historiográfica sobre las distintas visiones del fenómeno cruzado en *Contesting the Crusades*, Malden, Blackwell Publishing, 2006.

6 La expresión del historiador alemán fue recordada por RILEY-SMITH en el prólogo a la tercera edición de su obra *¿Qué fueron las cruzadas?*, *op. cit.*, p. 13.

7 Carlos DE AYALA MARTÍNEZ, «Definición de cruzada…», *op. cit.*, p. 217.

8 José Manuel RODRÍGUEZ GARCÍA, «Historiografía de las Cruzadas», *op. cit.*, pp. 393-394.

9 Jonathan RILEY-SMITH, *¿Qué fueron las cruzadas?*, *op. cit.*, pp. 27-28.

10 Jacob BURCKHARDT, *Juicios sobre la historia y los historiadores*, Buenos Aires-Madrid, Katz, 2011, p. 73.

11 En el verano del año siguiente los primeros cruzados emprenderían la expedición hacia Oriente, un largo camino que tendrá su final en julio de 1099 con la conquista de Jerusalén. Véase Steven RUNCIMAN, *Historia de las Cruzadas*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, p. 219 (1.ª ed., 1954).

12 Es la opinión de Christopher TYERMANN en su conocido artículo «Were there any crusades in the twelfth century?», *The English Historical Review*, núm. CX, 1995, pp. 553-577.

13 Jean FLORI, *La guerra santa. La formación de la idea de cruzada en el Occidente cristiano*, Granada, Universidad de Granada, 2003.

14 Carl ERDMANN, *The origin of the idea of crusade*, Princeton, Princeton University Press, 1977 (1.ª ed. en alemán, 1935). Sobre la importancia historiográfica de esta obra se ha llegado a afirmar que «para la comprensión de la idea de cruzada [el libro de Erdmann] continúa siendo fundamental y lo seguirá siendo durante largo tiempo». Véase Herbet Edward J. COWDREY, «The Genesis of the Crusades: the Springs of Western Ideas of the Holy War», en Thomas Patrick MURPHY (ed.), *The Holy War*, Columbus, Ohio State University Press, 1976, p. 30. Para las teorías del historiador alemán véase, entre otros, el trabajo de Luis GARCÍA-GUIJARROS R AMOS, «Los orígenes del movimiento cruzado. La tesis de Erdmann y sus críticos en la segunda mitad del siglo XX», en Isabel Cristina F. FERNÁNDEZ (coord.), *As Ordens Militares e as Ordens de Cavalaria na Construçao do Mundo Occidental. Actas do IV Encontro sobre Ordens Militares*, Palmela, Colibrí, 2005, pp. 87-107.

15 José Luis VILLACAÑAS BERLANGA, *La formación de los reinos hispánicos*, Madrid, Espasa Calpe, 2006, p. 275.

16 Henri-Xavier ARQUILLIÈRE, *El agustinismo político. Ensayo sobre la formación de las teorías políticas en la Edad Media*, Granada, Universidad de Granada-Universitat de València, 2005.

17 La frase es recordada por Eric PETERSON en el arranque de su célebre ensayo *El monoteísmo como problema político*, prólogo de Gabino URÍBARRI, Madrid, Mínima Trotta, 1999, p. 51.

18 Jacob BURCKHARDT, *Juicios sobre la historia y los historiadores*, *op. cit.*, p. 73.

19 Carl ERDMANN, *The origin of the idea of crusade*, *op. cit.*, pp. 3 y 33-35. Dos análisis sobre la evolución de la postura de la Iglesia en torno a la guerra en Francisco GARCÍA FITZ, *La Edad Media. Guerra e ideología. Justificaciones religiosas y jurídicas*, Madrid, Sílex, 2003, y Carlos DE A YALA MARTÍNEZ, *Las Cruzadas*, Madrid, Sílex, 2004. Véase también el libro de Sandra CHAPARRO, *Providentia. El discurso político providencialista español de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 2012, sobre todo los capítulos I y II de la tercera parte.

20 Luis GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, «Los orígenes del movimiento cruzado…», *op. cit.*, p. 106.

21 Étienne DELARUELLE , «Essai sur la formation de l'idée de croisade», *Bulletin de Littérature Ecclésiastique*, núm. 42, 1941, pp. 86-103.

22 John GILCHRIST, «The Papacy and War against the "Sarracens", 795-1216», *The International History Review*, vol. 10, núm. 2, 1988, pp. 172-197.

23 Hipótesis también sustentada por Hans E. MAYER, *Historia de las Cruzadas*, Madrid, Akal, 2001, p. 28 (1.ª ed., 1960); Herbert Edward J. COWDREY, «Pope Urban II's Preaching of the First Crusade», *History*, núm. 55, 1970, pp. 177-188; Jean RICHARD, *The Latin Kingdom of Jerusalem*, vol. I, Ámsterdam, North-Holland Pub. Co., 1979, p. 109, y también por Jean FLORI, *La guerra santa…*, *op. cit.*, entre otros. La expresión es de Josep François MICHAUD, *Historia de las Cruzadas*, edición ilustrada de Gustavo DORÉ, traducción de G. Amado Larrosa y Manuel Aranda, Barcelona, Montaner y Simón, 1886-1887, p. 1.

24 Para las ideas de Johathan RILEY-SMITH véase, además de su obra ya citada (*¿Qué fueron las cruzadas?*, *op. cit.*, de donde procede la cita de Pedro el Venerable, p. 47), la imprescindible *The First*

Crusade and the Idea of Crusading, Londres, The Athlone Press, 1993.

25 Jean FLORI, *La guerra santa…*, *op. cit.* , p. 305. Recordemos que esta hipótesis fue objeto de análisis por Carl Erdmann y, con anterioridad, por Dana Carleton MUNRO, «The Speech of Pope Urban II at Clermont, 1095», *The American Historical Review*, núm. 11, 1906, pp. 231-242.

26 Herbert Edward J. COWDREY, «The Gregorian Papacy, Byzantium and the First Crusade», en James D. HOWARD-JOHNSTON (dir.), *Byzantium and the West (c. 850-1200)* , Ámsterdam, Hakkert, 1988, pp. 146-169.

27 Jean FLORI, *La guerra santa…*, *op. cit.*, pp. 310-319.

28 Luis GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, *Papado, cruzadas y órdenes militares. Siglos XI-XIII*, Madrid, Cátedra, 1995, pp. 49 y ss.

29 Christopher TYERMANN, *Las guerras de Dios. Una nueva historia de las Cruzadas*, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 91-94 (la cita textual en p. 92).

30 Jean FLORI, *El Islam y el fin de los tiempos. La interpretación profética de las invasiones musulmanas en la cristiandad medieval*, Madrid, Akal, 2010, pp. 217 y ss. (la edición original es del año 2007). Esta perspectiva fue puesta de manifiesto hace ya unos años por los historiadores franceses Paul ALPHANDÉRY y Alphonse DUPRONT, *La cristiandad y el concepto de cruzadas: las primeras cruzadas*, traducción de Aurelio Garzón del Camino, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana, 1959.

31 René GROUSSET, *Histoire des croisades et du royaume franc de Jérusalem*, 3 vols., París, Plon, 1934-1936. Su tesis fue continuada por el también historiador Roberto S. LÓPEZ, *La revolución comercial en la Europa medieval*, Barcelona, El Albir, 1981 (1.ª ed., Nueva York, 1971), y con anterioridad por Hilma C. KRUEGER, «Economics Aspects of Expanding Europe», en Marshall CLAGETT, Gaines POST y Robert REYNOLDS (eds.), *Twelfth-Century Europe and the Foundations of Modern Society*, Madison, University of Wisconsin Press, 1961, pp. 69-74. Para una visión general de esta óptica véase el trabajo de Carlos DE AYALA MARTÍNEZ, «Hacia una comprensión del fenómeno cruzado: las insuficiencias del reduccionismo económico», en Luis GARCÍA-GUIJARRO RAMOS (ed.), *La primera cruzada novecientos años después. El Concilio de Clermont y los orígenes del movimiento cruzado. Jornadas Internacionales sobre la Primera Cruzada*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1997, pp. 167-195.

32 Amin MAALOUF, *Las cruzadas vistas por los árabes*, Madrid, Alianza Editorial, 2010.

33 Paul E. CHEVEDDEN, «Crusade creationism *versus* Pope Urbano II's Conceptualization of the Crusades», *The Historian*, núm. 75, 2013, pp. 11-46.

34 Es posible que la dificultad tenga que ver con lo dicho por Claude CAHEN a propósito de que no había existido ninguna razón histórica que justificara la Cruzada («En quoi la conquête turque appelait-elle la croisade?», *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg*, Estrasburgo, 1950, pp. 118-125), pero también pudiera ocurrir que el verdadero problema derive de la heterogeneidad de los motivos, un verdadero paradigma que hace difícil valorar y separar fácilmente a éstos de las realidades político-institucionales, sociológicas o económicas de un período extraordinario de la historia del Occidente europeo.

35 Carlos DE AYALA MARTÍNEZ, *Las Cruzadas*, *op. cit.*, p. 47.

36 Heikki RÄISÄNEN, *El nacimiento de las creencias cristianas*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2011, p. 171.

37 Karl LÖWITH, *Historia del mundo y salvación. Los presupuestos teológicos de la filosofía de la historia*, Katz, Buenos Aires, 2007, p. 17.

38 Luis GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, *Papado, cruzadas y órdenes militares…*, *op. cit.*, pp. 239-243, la

cita textual en p. 243. En el mismo sentido pp. 264-266.

39 *Crónica Albeldense*, en *Crónicas Asturianas*, edición crítica e introducción de Juan GIL FERNÁNDEZ, estudio preliminar de Juan I. RUIZ DE LA PEÑA y traducción de José L. Moralejo, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1985, p. 244.

40 Fernando DEL PULGAR, *Crónica de los Reyes Católicos*, edición y estudio Juan DE MATA CARRIAZO, presentación de Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ, estudio preliminar de Gonzalo PONTÓN, vol. II, cap. CCXLI, Granada, Universidad de Granada, 2008, p. 396.

41 Un estado de la cuestión general sobre el término y concepto de Reconquista lo constituye la ya citada obra de Francisco GARCÍA FITZ, *La Reconquista*, *op. cit*. Más recientes son los trabajos de Armando BESGA MARROQUÍN con un título que lo dice todo sobre su postura «La Reconquista: un nombre correcto», *Letras de Deusto*, núm. 132, vol. 41, Universidad de Deusto, julio-septiembre de 2011, pp. 9-94, y de Martín RÍOS SALOMA, *La Reconquista. Una construcción historiográfica (siglos XVI-XIX)*, Madrid, Marcial Pons, 2011, e ÍD., *La Reconquista en la historiografía española contemporánea*, Madrid, Sílex, 2013.

42 Claudio SÁNCHEZ-ALBORNOZ, *España un enigma histórico*, dos tomos, Barcelona, Edhasa, 2000 (1.ª ed., Buenos Aires, 1956).

43 José A. MARAVALL, *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1997, p. 18 (1.ª ed., 1954).

44 Julián MARÍAS, *España inteligible. Razón histórica de las Españas*, Madrid, Alianza Universidad, 1995. Por el contrario, Américo Castro sostuvo que la nación española no era el resultado de ocho siglos de enfrentamiento entre cristianos y musulmanes, sino todo lo contrario, era el resultado del cruce de judíos, musulmanes y cristianos. Véase Américo CASTRO, *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1996 (1.ª ed., 1948).

45 Joaquín COSTA, *Reconstrucción y europeización de España y otros escritos*, Madrid, Instituto de Estudios de la Administración Local, 1981, p. 262.

46 Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ, «¿Re-conquista? Un estado de la cuestión», en Eloy BENITO RUANO (coord.), *Tópicos y realidades de la Edad Media (1)*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2000, pp. 155-178.

47 Flocel SABATÉ, «Frontera peninsular e identidad (siglos IX-XII)», en Esteban SARASA SÁNCHEZ (coord.), *Las cinco villas aragonesas en la Europa de los siglos XII y XIII. De la frontera natural a las fronteras políticas y socioeconómicas (foralidad y municipalidad)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2007, p. 60.

48 Emilio GONZÁLEZ FERRÍN, *Historia general de Al-Andalus. Europa entre Oriente y Occidente*, Córdoba, Almuzara, 2007. Frente a esta teoría véase el reciente trabajo de Alejandro GARCÍA SANJUÁN, *La conquista islámica de la Península Ibérica y la tergiversación del pasado*, Madrid, Marcial Pons, 2013.

49 Abilio BARBERO y Marcelo VIGIL, *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*, Barcelona, Ariel, 1988, p. 97 (1.ª ed., 1974).

50 Ángel BARRIOS GARCÍA, «La formación del feudalismo en la Península Ibérica: un balance historiográfico», en *Romanización y Reconquista en la Península Ibérica: nuevas perspectivas*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1998, pp. 11-22.

51 José Luis MARTÍN, *La Península en la Edad Media*, Barcelona, Teide, 1976.

52 Claudio SÁNCHEZ-ALBORNOZ, «Observaciones a unas páginas sobre el inicio de la Reconquista», en *Estudios polémicos*, prólogo de Luis. G. DE VALDEAVELLANO, Madrid, Espasa Calpe, 1979, pp. 65-

78.

53 Ives BONNAZ, «Continuité wisigothique dans la monarchie asturienne», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, núm. XII, 1976, pp. 81-99; Armando BESGA MARROQUÍN, *La situación política de los pueblos del norte de España en la época visigoda*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1983; José Miguel NOVO GÜISÁN, *Los pueblos vasco-cantábricos y galaicos en la Antigüedad Tardía. Siglos III-IX*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 1992; Amancio ISLA FREZ, «Los astures: el *populus* y la *populatio* », en *La época de la Monarquía asturiana. Actas del Simposio celebrado en Covadonga (8-10 de octubre de 2001)*, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos, 2002, pp. 17-42; Julio MANGAS, «Pervivencias sociales de los astures y cántabros en los modelos administrativos romanos: tiempos y modos», en María José HIDALGO, Dionisio PÉREZ y Manuel J. R. GERVÁS (eds.), *Romanización y Reconquista en la Península Ibérica*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1998, pp. 117-128; José María MONSALVO ANTÓN, «Notas sobre los primeros espacios de la Reconquista (primera mitad del siglo VIII) en la cronística cristiana pleno-medieval: de la Historia Silense a la Estoria de España», en José María MÍNGUEZ y Gregorio DEL SER QUIJANO (eds.), *La Península en la Edad Media: treinta años después. Estudios dedicados a José Luis Martín*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2006, pp. 253-270, e Ignacio PONCEL MARIEZCURRENA, *Seniores Gothorum. La aristocracia visigoda y su herencia asturiana*, Saarbrücken, Editorial Académica Española, 2011.

54 Julia MONTENEGRO VALENTÍN y Arcadio CASTILLO ÁLVAREZ, «Don Pelayo y los orígenes de la Reconquista: un nuevo punto de vista», *Hispania* , núm. 180, 1995, pp. 5-32. Los mismos autores ratificaron su hipótesis en un artículo posterior titulado «Pelayo y Covadonga: una revisión historiográfica», en *La época de la Monarquía asturiana. Actas del Simposio celebrado en Covadonga (8-10 de octubre de 2001)*, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos, 2002, pp. 111-124.

55 José Ángel GARCÍA DE CORTÁZAR, *La época medieval*, t. II, *Historia de España*, Madrid, Alfaguara, 1981, pp. 111-112 (1.ª ed., 1973). En este mismo sentido, la historiadora Pastor de Tognery ha señalado como causa de la expansión de los reinos del norte a la fuerza de la formación feudal y al consiguiente deterioro que experimenta la tributaria mercantil del mundo árabe a partir del siglo XI. Véase Reyna PASTOR DE TOGNERY, *Del Islam al Cristianismo. En las fronteras de dos formaciones económicas-sociales, siglos XII-XIII*, Barcelona, Península, 1975, pp. 17-35.

56 José Luis CORRAL, *Una Historia de España*, Barcelona, Edhasa, 2008, pp. 324-325.

57 Joseph TORRÓ, «Pour en finir avec la "Reconquête". L'occupation chrétienne d'al-Andalus, la soumission et la disparition des populations musulmanes (XIIe-XIIIe siècle)», *Cahiers d'histoire. Revue d'histoire critique*, núm. 78, 2000, pp. 79-97.

58 Ignacio ÁLVAREZ BORGE, *La plena Edad Media, siglos XII-XIII*, Madrid, Síntesis, 2003.

59 Ignacio OLAGÜE, *Los árabes no invadieron jamás España*, Madrid, Fundación Juan March, 1974, y Jean-François KAHN, *Dictionnaire incorrect*, París, Plon, 2005, p. 367.

60 Manuela MARÍN, *Al-Andalus y los andalusíes*, Barcelona, Icaria, 2000. Parecidas opiniones las ha expresado Eduardo Manzano al señalar que «no cabe duda que en un futuro inmediato pueden llegar a ser muchos quienes reclamen la historia de al-Andalus como propia, mientras algunos siguen dándose a las ensoñaciones sobre supuestos proyectos de unidad nacional española en la Edad Media». Véase Eduardo MANZANO MORENO, «Desde el Sinaí de su arábiga erudición. Una reflexión sobre el medievalismo y el arabismo reciente», *Al-Andalus/España. Historiografía en contraste. Siglos XVII-XXI*, Madrid, Casa de Velázquez, 2009, pp. 229-230.

61 Francisco GARCÍA FITZ, *La Reconquista*, *op. cit.*, pp. 35-78, y Martín RÍOS SALOMA, *La Reconquista en la historiografía española contemporánea*, *op. cit.*, pp. 19-26.

62 Derek LOMAX, *La Reconquista*, Barcelona, Crítica, 1984, p. 9.

63 Eloy BENITO RUANO, «La Reconquista. Una categoría histórica e historiográfica», *Medievalismo*, núm. 12, 2002, pp. 91-98.

64 José María MÍNGUEZ, *La Reconquista*, Madrid, Historia 16, 1989.

65 Francisco GARCÍA FITZ, *La Reconquista*, *op. cit.*, p. 57.

66 Miguel Ángel LADERO QUESADA, «¿Es todavía España un enigma histórico? (releyendo a Sánchez-Albornoz)», en *Lecturas sobre la España Histórica* , Madrid, Real Academia de la Historia, 1998, p. 34.

67 Francisco GARCÍA FITZ, *La Reconquista*, *op. cit.*, p. 59.

68 Sobre el concepto y significado del término ideología es imprescindible la obra de Terry EAGLETON, *Ideología. Una introducción*, Barcelona, Paidós, 2005 (1.ª ed., 1997).

69 Luis ALTHUSSER, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988, p. 41.

70 Paul RICOEUR, *Historia y narratividad*, Barcelona, Paidós-ICE/UAB, 2009.

71 Reinhart KOSELLECK, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Madrid, Trotta, 2012, p. 194.

72 Terry EAGLETON, *Ideología. Una introducción*, *op. cit.*, p. 41.

73 Hans KOHN, «The Genesis and Character of English nationalism», *Journal of the History of Ideas*, vol. I, enero de 1940, pp. 69-94.

74 Miguel CORELLA LACASA, «Notas para una lectura política de la obra del Beato de Liébana», *Res publica*, núm. 17, 2007, pp. 9-32.

75 Reinhart KOSELLECK, *Historias de conceptos…*, *op. cit.*, p. 191.

76 Miguel CORELLA LACASA, «Notas para una lectura política de la obra del Beato de Liébana», *op. cit.*, pp. 9-32.

77 Fue el ilustre historiador del arte Meyer Schapiro quien señaló por primera vez que, en el *Apocalipsis*, Beato de Liébana encontró los argumentos para su crítica a Elipando. Véase Meyer SCHAPIRO, «El Apocalipsis de Beato de Gerona», en *Estudios sobre el arte de la Antigüedad tardía, el Cristianismo primitivo y la Edad Media*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, pp. 287-295.

78 Francisco MÁRQUEZ VILLANUEVA, *Santiago: trayectoria de un mito*, prólogo de Juan GOYTISOLO, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2004. p. 59.

79 *Ibid.*, p. 60.

80 Thomas DESWARTE, «La prophétie de 883 dans le Royaume d'Oviedo: attente adventiste ou espoir d'une libération politique?», en *Millénaire et millénarisme: les mythes de la chrétienté, Melanges de science religieuse*, Lille, Université Catholique de Lille, 2011, pp. 39-56.

81 José Luis VILLACAÑAS BERLANGA, *La formación de los reinos hispánicos*, *op. cit.*, p. 212.

82 *Crónica Mozárabe de 754*, edición de José Eduardo LÓPEZ PEREIRA, Textos Medievales, núm. 58, Zaragoza, 1980, p. 28.

83 John WILLIAMS, «*Beato de Liébana* y la tradición del Beato», en Pedro Ángel FERNÁNDEZ VEGA (coord.), *Apocalipsis. Beato de Liébana*, catálogo de la exposición que tuvo lugar en Santillana del Mar, 30 de junio a 3 de septiembre de 2006, Santander, Gobierno de Cantabria, 2006, pp. 107-118.

84 *Crónica Profética*, en *Crónicas Asturianas*, edición crítica e introducción de Juan GIL FERNÁNDEZ, estudio preliminar de Juan I. RUIZ DE LA PEÑA y traducción de José L. Moralejo, Oviedo,

Universidad de Oviedo, 1985, pp. 185-188.

85 Antonio UBIETO ARTETA, «Valoración de la reconquista peninsular», *Príncipe de Viana*, núm. 120-121, 1970, pp. 213-220.

86 Carlos LALIENA CORBERA, «Encrucijadas ideológicas. Conquista feudal, cruzada…», *op. cit.*, pp. 322-323. Véase también Vicente ÁLVAREZ PALENZUELA, «El componente cruzado de la Reconquista», en *Mundos medievales: espacios, sociedades y poder. Homenaje al profesor José Ángel García de Cortázar y Ruiz de Aguirre*, vol. I, Santander, Universidad de Cantabria, 2012, pp. 59-70.

87 José Ángel GARCÍA DE CORTÁZAR, «Un tiempo de cruzada y guerra santa a finales del siglo XI», en *Los monjes soldados. Los templarios y otras órdenes militares. Actas del IX Seminario sobre Historia del Monacato (7-10 de agosto de 1995)*, Codex Aquilarensis, Cuadernos de Investigación del Monasterio de Santa María la Real, núm. 12, Aguilar de Campoo, 1997, p. 17. Una perspectiva de análisis similar la plantea, para los territorios catalanes, Michel ZIMMERMANN, «Le clergé et la guerre en Catalogne aux alentours de l'an mil», en Thomas DESWARTE y Philippe SÉNAC (dirs.), *Guerre, pouvoirs et idéologies dans l'Espagne chrétienne aux alentours de l'an mil*, Turnhout, Brepols, 2005, pp. 191-207.

88 Jaime VICENS VIVES, *Aproximación a la Historia de España*, 3.ª ed., Barcelona, Centro de Estudios Históricos Internacionales, 1962.

89 Para algunos autores como Vicente CANTARINO la influencia cluniacense fue clave en la Reconquista hispana y en su singularidad, como señala en su trabajo *Entre monjes y musulmanes. El conflicto que fue España*, Madrid, Alhambra, 1978.

90 Jean FLORI, *La guerra santa…*, *op. cit.*, pp. 267-285. Parecidas razones sostiene Patrick HENRIET, «L'ideologie de guerre sainte dans le haut moyen âge hispanique», *Francia*, núm. 29/1, 2002, pp. 171-220.

91 Cinzio VIOLANTE, «Il secolo XI: una svolta? Introduzione ad un problema storico», en Cinzio VIOLANTE y Johannes FRIED (eds.), *Il secolo XI, una svolta*, Annali dell'Istituto Storico Italo-Germanico di Trento, vol. 35, Bolonia, Il Mulino, 1993, pp. 7-40.

92 Miguel Ángel LADERO QUESADA (coord.), *Historia de España Ramón Menéndez Pidal*, t. IX, *La reconquista y el proceso de diferenciación política (1035-1217)*, Madrid, Espasa Calpe, 1998, p. 19.

93 Carlos LALIENA CORBERA, «Encrucijadas ideológicas. Conquista feudal, cruzada…», *op. cit.*, pp. 290 y 323. La influencia de la Reconquista peninsular en el reformismo gregoriano y en la Cruzada fue señalada en su día, hace casi setenta años, por Agustín FLICHE, «Reforma gregoriana y Reconquista», en Agustín FLICHE y Víctor MARTÍN (dirs.), *Historia de la Iglesia*, t. VIII, Valencia, Edicep, 1976, p. 40.

94 Alexander P. BRONISCH, *Reconquista y Guerra Santa. La concepción de la guerra en la España cristiana desde los visigodos hasta comienzos del siglo XIII*, Granada, Ediciones Universidad de Granada, 2006. La hipótesis de este autor ha sido rechazada por Patrick Henriet, quien, por el contrario, entiende que no podemos hablar antes del siglo IX de la existencia de un discurso cerrado y coherente sobre la sacralización de la guerra peninsular. Véase Patrick HENRIET, «L'ideologie de guerre sainte dans le haut moyen âge hispanique», *op. cit.*, p. 173.

95 José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada en España*, Vitoria, Editorial del Seminario de Vitoria (serie Victoriensia, vol. 4), 1958, pp. 14-42.

96 Daniel BALOUP, «Guerre sainte et violences religieuses dans les royaumes occidentaux de Penínsule Ibérique au Moyen Âge», en Michel BERTRAND y Patrick CABANEL (eds.), *Religions, pouvoir et violence du Moyen Âge à nous jours*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail-Université Toulouse-Le Mirail, 2004, pp. 15-32.

97 Carlos DE AYALA MARTÍNEZ, «Reconquista, cruzada y órdenes militares», *Bulletin du centre*

d'études medievales d'Auxerre (BUCEMA), Hors-série núm. 2, 2008, http://cem.revues.org/index9802.html (consultado el 19 de enero de 2009).

98 Francisco GARCÍA FITZ, *La Reconquista*, *op. cit.*, p. 121, coincidendo, entre otros, con Joseph F. O'CALLAGHAN, *Reconquest and Crusade in Medieval Spain*, *op. cit.*, pp. 1-22.

99 Philippe JOSSERAND, «Croisade et reconquête dans le royaume de Castille au XIIe siècle. Éléments pour une reflexión», en *L'Expansion occidentale aux XIe-XVe siècles: formes et conséquences. Actes du XXXIIIe Congrès de la Société des Historiens Médiévistes de l'Enseignement Supérieur Public*, París, Publications de la Sorbona, 2003, pp. 75-85.

100 Demetrio MANSILLA, *La documentación pontificia de Honorio III (1216-1227)*, Roma, Instituto Español de Historia Eclesiástica, 1965, doc. 576, p. 431.

101 Francisco GARCÍA FITZ, *La Reconquista*, *op. cit.*, p. 119.

102 Miguel Ángel LADERO QUESADA (coord.), *Historia de España Ramón Menéndez Pidal*, t. IX, *La reconquista y el proceso de diferenciación política*, *op. cit.*, pp. 18-19.

Notas

Capítulo II

1 *Liber Sancti Jacobi, Codex Calixtinus*, reedición preparada por Xosé CARRO OTERO (reed. de la de 1951), traducción de Abelardo Moralejo, Casimiro Torres y Julio Feo, Santiago, Xunta de Galicia, 1992, p. 408.

2 Carlos de AYALA MARTÍNEZ, «Órdenes militares peninsulares y cruzada hispánica. Una aproximación historiográfica», en Isabel Cristina F. FERNANDES (coord.), *As Ordens Militares e as Ordens de Cavalaria na Construçao do Mundo Occidental. Actas do IV Encontro sobre Ordens Militares (30 de janeiro a 2 de frevreiro de 2002)*, Palmela, Colibrí, 2005, p. 71.

3 Raúl GLABER, *Historias del Primer Milenio*, edición revisada, introducción, traducción y notas de Juana TORRES PRIETO, Madrid, CSIC, 2004, pp. 122-123, y Giovanna PETRI BALBI, «Lotte antisaracene e militia Christi in ambito Iberico» en *«Militia Christi» e crociata nei secoli XII-XIII*, Milán, Vita e Pensiero, 1992, pp. 419-545.

4 José DE MORET, *Anales del Reino de Navarra*, edición de Susana HERREROS LOPETEGUI, t. II, lib. X, apart. 538, Pamplona, Gobierno de Navarra-Institución Príncipe de Viana, 1988, pp. 361-362.

5 Pierre BOISSONNADE, «Les premières croisades françaises en Espagne. Normands, Gascons, Aquitains et Bourguignons (1018-1032)», *Bulletin Hispanique*, t. 36, núm. 1, 1934, pp. 5-28; Lucien MUSSET, «Aux origines d'une classe dirigeante: les Tosny, grand barons normands du Xe au XIIIe siècle», *Francia*, núm. 5, 1977, pp. 45-53; Lucas VILLEGAS-ARISTIZÁBAL, «Algunas notas sobre la participación de Rogelio de Tosny en la Reconquista ibérica», *Estudios Humanísticos. Historia* , núm. 3, 2004, pp. 263-274, e ÍD., *Norman and Anglo-Norman participation…*, *op. cit.*, pp. 70-82, y Eduardo MORALES ROMERO, *Historia de los vikingos en España. Ataques e incursiones contra los reinos cristianos y musulmanes de la Península Ibérica en los siglos IX-XI*, Madrid, Miraguano, 2006, pp. 207 y ss.

6 Lucas VILLEGAS-ARISTIZÁBAL, «Algunas notas sobre la participación de Rogelio de Tosny…», *op. cit.*, pp. 265-266 y 271-272.

7 Sobre las referencias de Chabannes a la Península Ibérica véase el trabajo de Georges PON, «Adémar de Chabannes et l'Espagne», en Martín ALVIRA CABRER y Pascal BURESI (eds.), *Aquitaine-Espagne (VIIIe-XIIIe siècle)*, Poitiers, Centre d'Etudes Supérieures de Civilisation Medieval, 2001, pp. 69-82.

8 *Al-Hulal al Mawsiyya. Crónica árabe de las dinastías, almorávide, almohade y benimerín*, traducción de Ambrosio Huici Miranda, Tetuán, Editora Marroquí, 1951, p. 89.

9 IBN 'IDĀRĪ, *La caída del califato de Córdoba y los reyes de Taifas (Al-Bayan al-Mugrib)*, edición y traducción de Felipe MAILLO SALGADO, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1993, p. 188.

10 *Al-Hulal al Mawsiyya. Crónica árabe de las dinastías, almorávide, almohade y benimerín*, *op. cit.*, pp. 88-89. Otras fuentes para este episodio: IBN HAYYĀN, *Al-Dajira*, fragmento traducido por Antonio UBIETO ARTETA, *Historia de Aragón. La formación territorial*, Zaragoza, Mira, 1981, pp. 56-59, a partir de la versión francesa de Reinhart Pieter Anne Dozy; IBN 'IDĀRĪ, *La caída del califato de Córdoba y los reyes de Taifas (Al-Bayan al-Mugrib)*, *op. cit.*, pp. 188-190; AL-H IMYARI, *Kitab ar-Rawd al-Mi'tar*, traducción de Pilar Maestro González, Textos Medievales, núm. 10, Valencia, 1963, pp. 86-89; *Chronique de Saint Maixent (751-1140)*, edición y traducción de Jean VERDON, París, Belles-Lettres, 1979, pp. 136-137, y AMATO DI MONTECASSINO, *Storia dei Normanni*, en *Storia de' Normanni di Amato di Montecassino volgarizzata in antico francese*, edición de Vincenzo DE BARTHOLOMAEIS , V-VII, Fonti per la Storia d'Italia, núm. 76, Roma, 1935, pp. 13-15.

11 AMATO DI MONTECASSINO, *Storia dei Normanni*, *op. cit.*, I, pp. 5-7.

12 Carl ERDMANN, *The origin of the idea of crusade*, *op. cit.*, pp. 118-140; Pierre BOISSONADE, «Cluny, la papauté et la première grande croisade internationale contre les Sarrasins d'Espagne: Barbastro», *Revue des questions historiques*, núm. XXI, 1932, pp. 257-301; Jacinto BOSCH VILÁ, «Al-Bakrī: dos fragmentos sobre Barbastro en el "Bayān Al-Mugrib" de Ibn 'Idārī y en el "Rawd Al-Micṭār" del Himyarī», *Estudios sobre la Edad Media de la Corona de Aragón*, vol. III, 1948, pp. 242-261; Marcelin DEFOURNEAUX, *Les français en Espagne aux XI et XII siécles*, París, Presses Universitaires de France, 1949, pp. 138-145; Alberto FERREIRO, «The siege of Barbastro 1064-1065: a reassessment», *Journal of Medieval History*, núm. 9(2), 1983, pp. 129-144; Jean FLORI, «De Barbastro à Jérusalem: plaidoyer pour une redéfinition de la coisade», en Philippe SÉNAC (ed.), *Aquitaine-Espagne (VIIIe-XIIIe siècle)*, Poitiers, Centre d'Etudes Supérieures de Civilisation Medieval, 2001, pp. 129-146; Joseph F. O'CALLAGHAN, *Reconquest and Crusade in Medieval Spain*, *op. cit.* , pp. 24-27; Carlos LALIENA CORBERA, «Guerra santa y conquista feudal en el noroeste de la Península a mediados del siglo XI: Barbastro, 1064», en *Cristianos y musulmanes en la Península Ibérica: la guerra, la frontera y la convivencia. XII Congreso de Estudios Medievales 2007*, Ávila, Fundación Sánchez Albornoz, 2007, pp. 187-218, y Lucas VILLEGAS-ARISTIZÁBAL, *Norman and Anglo-Norman participation…* , *op. cit.*, pp. 85-104.

13 Marcus G. BULL, *Knightly Piety and the Lay Response to the First Crusade. The Limousin and Gascony*, *c. 970-c. 1130*, Oxford, Clarendon Press, 1993.

14 José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada en España*, *op. cit.*, p. 51.

15 Jean FLORI, *La guerra santa…*, *op. cit.*, pp. 271-278.

16 José Luis VILLACAÑAS BERLANGA, *La formación de los reinos hispánicos* , *op. cit.*, p. 302.

17 Carlos LALIENA CORBERA, «Guerra santa y conquista feudal en el noroeste de la Península…», *op. cit.*, pp. 214-218, y Jean FLORI, *La guerra santa…*, *op. cit.*, pp. 271-278.

18 Luis GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, «El papado y el reino de Aragón en la segunda mitad del siglo XI», *Aragón en la Edad Media*, núm. 18, 2004, pp. 245-264.

19 Carlos LALIENA CORBERA, «Guerra santa y conquista feudal en el noroeste de la Península…», *op. cit.*, p. 204.

20 AMATO DI MONTECASSINO, *Storia dei Normanni*, *op. cit.*, V-VII, pp. 13-15, y *Chronique de Saint Maixent /751-1140)*, *op. cit.*, pp. 136-137.

21 Lucas VILLEGAS-ARISTIZÁBAL, *Norman and Anglo-Norman participation…*, *op. cit.*, pp. 85-94, y Thomas A. ARCHER, «Giffard of Barbastre», *The English Historical Review*, vol. XVIII, núm. 79, 1903, pp. 303-305.

22 Antonio UBIETO ARTETA, *Historia de Aragón. La formación territorial*, *op. cit.*, pp. 81-82 y 94-97, y Joseph F. O'CALLAGHAN, *Reconquest and Crusade in Medieval Spain*, *op. cit.*, pp. 27-29.

23 José Luis VILLACAÑAS BERLANGA, *La formación de los reinos hispánicos*, *op. cit.*, p. 336.

24 *Chronicon Lusitanum*, edición de Enrique FLÓREZ, *España Sagrada*, vol. XIV, Madrid, 1905, p. 405.

25 Las referencias al llamamiento de Alfonso VI se encuentran en *Anglo-Saxon Chronicle (Crónica Anglosajona)*, edición de John A. GILES, Londres, G. Bell and Sons, 1914, p. 161; *Historia Anglorum (History of the English People)*, de HENRY ARCHDEACON OF HUNTINGDON, en *Chronicle of Henry of Huntingdon*, editada y traducida por Thomas FORESTER, Londres, Henry G. Bohn, 1853, p. 219, y *Annales of Waverley*, en *Annales Monastici*, edición de Henry R. LUARD (Rolls Series, 1864-9), vol. II, Londres, Longman y otros, 1865, p. 198.

26 Bernard F. REILLY, *Cristianos y musulmanes, 1031-1157*, en John LYNCH (dir.), *Historia de España*, vol. VI, Barcelona, Crítica, 1992, p. 124.

27 Marcelin DEFOURNEAUX, *Les français en Espagne aux XI et XII siécles*, *op. cit.*, pp. 138-145.

Notas

Capítulo III

1 Jay RUBENSTEIN, *Los ejércitos del cielo. La primera cruzada y la búsqueda del Apocalipsis*, Barcelona, Pasado & Presente, 2012, p. 41.

2 Cowdrey ha puesto de manifiesto la relación que existió entre la predicación de la Primera Cruzada y la búsqueda de una avenencia entre Roma y Constantinopla. Véase Herbert Edward J. COWDREY, «The Gregorian Papacy, Byzantium and the First Crusade», *op. cit.*, pp. 146-169.

3 José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada en España*, *op. cit.*, p. 61; *Chronique de Saint Maixent (751-1140)*, *op. cit.*, p. 156, y Juan F. UTRILLA, «Conquista, Guerra Santa y territorialidad en el reino de Aragón: hacia la construcción de un nuevo orden feudal (1064-1194)», en Esteban SARASA SÁNCHEZ (coord.), *Las cinco villas aragonesas en la Europa de los siglos XII y XIII. De la frontera natural a las fronteras políticas y socioeconómicas (foralidad y municipalidad)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2007, p. 108.

4 Bernard F. REILLY, *Cristianos y musulmanes, 1031-1157*, *op. cit.*, pp. 128-129.

5 *Colección Diplomática de Pedro I de Aragón y Navarra*, edición de Antonio UBIETO ARTETA, Zaragoza, CSIC, 1951, p. 113.

6 Lawrence J. MCCRANK, «Restauración canónica e intento de reconquista de la sede tarraconense, 1076-1108», *Cuadernos de Historia de España*, vol. LXI-LXII, 1977, pp. 235 y ss.

7 Carlos LALIENA CORBERA, «Frontera y conquista feudal en el valle del Ebro desde una perspectiva local (Tauste, Zaragoza, 1086-1200)», *Studia Historica. Historia Medieval*, núm. 23, 2005, pp. 115-138.

8 Juan F. UTRILLA, «Conquista, Guerra Santa y territorialidad en el reino de Aragón…», *op. cit.*, p. 112.

9 Philippe SÉNAC, «La frontera aragonesa en los siglos XI y XII. *Pro defensionem christianorum et confusionem sarracenorum*», *Territorio, Sociedad y Poder*, núm. 4, 2009, pp. 151-166.

10 Enrique FLÓREZ y Manuel RISCO, *España Sagrada*, vol. XXXI, Madrid, 1859, p. 150; Carlos LALIENA CORBERA , «Frontera y conquista feudal en el valle del Ebro…», *op. cit.*, p. 125, y Juan F. UTRILLA, «Conquista, Guerra Santa y territorialidad en el reino de Aragón…», *op. cit.*, p. 112.

11 José María LACARRA, «La conquista de Zaragoza por Alfonso I el Batallador», *Al-Andalus*, núm. 12, 1947, pp. 78-79.

12 Juan F. UTRILLA, «Conquista, Guerra Santa y territorialidad en el reino de Aragón…», *op. cit.*, p. 114, y Lucas VILLEGAS-ARISTIZÁBAL, *Norman and Anglo-Norman participation…*, *op. cit.*, pp. 105-141.

13 José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada en España*, *op. cit.*, p. 72.

14 AL-HIMYARI, *Kitab ar-Rawd al-Mi'tar*, *op. cit.*, pp. 203-204.

15 Francisco GARCÍA FITZ, «La Reconquista y formación de la España medieval (de mediados del siglo XI a mediados del siglo XIII)», en Hugo O'DONNEL (dir.) y Miguel Ángel LADERO QUESADA (coord.), *Historia Militar de España*, Madrid, Ministerio de Defensa-Laberinto, 2010, pp. 198 y ss.

16 Ángel CANELLAS LÓPEZ (ed.), *Los cartularios de San Salvador de Zaragoza*, vol. I, Zaragoza, IberCaja, 1990, doc. 5.

17 La cifra de caballeros aportados por Guillermo IX de Aquitania procedente de la *Crónica de San Juan de la Peña* (edición de Antonio UBIETO, Textos Medievales, núm. 4, Valencia, 1961, p. 72) quizá sea realista, aunque la evaluación total de fuerzas que hacen los cronistas parece exagerada. Este personaje, hijo de aquel Gui-Geoffroi que había estado en la toma de Barbastro, como hemos visto, fue un trovador conocido con el nombre de Guillermo de Poitiers (el *Coms de Peitieus*) que además estuvo combatiendo en Tierra Santa en 1101-1102. Véanse Reto R. BEZZOLA, *Les origines et la formation de la littérature courtoise en Occident (500-1200)*, t. II, París, Champion, 1958-1967, pp. 253-316, y Martín DE RIQUER, *Los trovadores. Historia literaria y textos*, Barcelona, Ariel, 2011, pp. 105-141.

18 Las principales fuentes para estos episodios, en particular los que hacen referencia a la presencia de fuerzas ultrapirenaicas, en IBN 'IDĀRĪ, *Al-Bayan al-Mugrib*, fragmento glosado por Ambrosio HUICI MIRANDA, «Nuevas aportaciones de *Al-Bayan al-Mugrib* sobre los almorávides», *Al-Andalus*, núm. XVIII, 1963, pp. 315-322; ÍD., *Al-Bayan al Mugrib. Los almohades*, traducción de Ambrosio Huici Miranda, vol. I, Tetuán, Editora Marroquí, 1953, pp. 188-189; AL-HIMYARI, *Kitab ar-Rawd al-Mi'tar*, *op. cit.*, pp. 218-223; *Annales Compostellani*, edición de Enrique Flórez, *España Sagrada*, vol. XXIII, Madrid, 1767, p. 320, y *Chronique de Saint Maixent (751-1140)*, *op. cit.*, pp. 188-191.

19 Antonio UBIETO ARTETA, *Historia de Aragón. La formación territorial*, *op. cit.*, pp. 172-178, y Lucas VILLEGAS-ARISTIZÁBAL, *Norman and Anglo-Norman participation…*, *op. cit.*, pp. 119-128.

20 Esta información desmiente la afirmación del cronista Vitalis que señala lo malquerido y maltratado que fue este personaje en España, a pesar de haber venido para ayudar. Véase Orderico VITALIS, *Ecclesiasticae Historia*, Libri Tredecim, t. V, París, Parisiis, 1855 (reimp., Nueva York, Johnson Reprint Corp., 1965), pp. 6 y ss. Sobre Rotrou de Perche véase el trabajo de Lynn H. NELSON, «Rotrou of Perche and the Aragonese Reconquest», *Traditio*, t. XXVI, 1970, pp. 113-133.

21 Sobre algunos de estos francos véanse José María LACARRA, «Los franceses en la reconquista y repoblación del valle del Ebro en tiempos de Alfonso el Batallador», *Cuadernos de Historia*, núm. 2, 1968, pp. 65-80, y Carlos LALIENA CORBERA, «*Larga Stipendia et optima praedia*: Les nobles *francos* en Aragon au service d'Alphonse le Batailleur», *Annales du Midi revue de la France méridionale*, vol. 112, núm. 120, abril-junio de 2000, pp. 149-169.

22 Las fuentes fundamentales para esta campaña son el *Liber Maiolichinus de gestis Pisanorum ilustribus*, edición de Carlo CALISSE, Roma, Istituto Storico Italiano, 1904 (reedición bilingüe de Lorenzo VERONÉS, *La guerra de Mallorca en ocho libros*, cronología, introducción crítica, traducción e índice de Jaume J. CASTELLÓ, Barcelona, Bosch, 1996), y la *Gesta triumphalia per Pisanos facta de captione Hierusalem et civitatis Maioricarum et aliarum civitatem et de triumpho habito contra Ianuenses*, en *Rerum Italicarum Scriptores*, edición de Michele L. GENTILE, vol. VI, Bolonia, 1936 (traducción al catalán de Mireia MURET I MAS, «Gesta Triumphalia per Pisanos Facta», *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·Liana. Revista d'estudis històrics*, núm. 49, 1993, pp. 27-36). Sobre estas expediciones véase también el artículo de Miquel BARCELÓ, «Expedicions militars i projectes d'atac contra les illes orientals d'Al-Andalus (Al-Jazã'ir Al-Sharquiyya Al-Andalus) abans de la conquesta catalana (1229)», *Estudi general. Revista de la Facultat de Lletres de la Universitat de Girona*, núm. 1, 1981, pp. 99-108.

23 IBN AL-KARDABUS, *Historia de al-Andalus (Kital al-iktifa)*, estudio, traducción y notas de Felipe

MAILLO SALGADO, Madrid, Akal, 1993, pp. 123-122 y 150.

24 *Ibid.*, p. 150.

25 EUGENIO III, *Epistolae et Privilegia*, en Jacques-Paul MIGNE (ed.), *Patrología Latina*, vol. 180, columnas 1203-1204, y John Brian WILLIAMS, «The Making of a Crusade: the Genovese anti-Muslim attacks in Spain, 1146-1148», *Journal of Medieval History*, núm. 23, 1997, pp. 29-53.

26 CAFFARO, *Annales Ianuenses*, edición parcial de Antonio UBIETO ARTETA en CAFFARO, *De captione Almerie et Tortuose*, Textos Medievales, núm. 34, Valencia, 1973, pp. 17-18.

27 Cesare IMPERIALE DI SANT'ANGELO (ed.), *Códice Diplomático della Repubblica di Genova dal DCCCCLVIII al MCLXIII*, vol. I, Fonti per la Storia d'Italia, Roma, Bottega d'Erasmo, 1936, docs. 166-169, y Próspero BOFARULL Y MASCARÓ (ed.), *Colección de documentos inéditos del Archivo General de la Corona de Aragón*, vol. IV, Barcelona, J. E. Monfort, 1849, docs. CXLI y CXLIV, con variantes respecto a la documentación genovesa, puesto que en el documento conservado en el Archivo General de la Corona de Aragón se cita no sólo la ayuda genovesa para la conquista de Tortosa, sino también para actuar en Baleares.

28 Para la conquista de Tortosa las principales fuentes son CAFFARO, *De Captione Almerie et Tortuose*, edición parcial de Antonio UBIETO ARTETA, Textos Medievales, núm. 34, Valencia, 1973, pp. 31-35, y *Gesta comitum Barcionensium*, en *Cróniques Catalanes*, edición de Luis BARRAU DIHIGO y Jaume MASSÓ I TORRENTS, prefacio de Thomas N. BISSON, vol. II (ed. facsímil de la de 1925), Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2007, V, p. 8. Véanse también Antoni VIRGILI, *Ad detrimentum Yspanie: la conquesta de Turtusa i la formación de la societat feudal (1148-1200)*, Barcelona, Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, 2001; Nikolas JASPERT, «*Capta est Dertosa, clavis Christianorum*: Tortosa and the crusades», en Jonathan PHILIPS y Martin HOCH (eds.), *The Second Crusade Scope and Consequences*, Manchester, Manchester University Press, 1999, pp. 90-110; Lucas VILLEGAS-ARISTIZÁBAL, «Anglo-Norman Intervention in the Conquest and Settlement of Tortosa, 1142-1180», *Crusades*, núm. 8, 2009, pp. 63-129; ÍD., *Norman and Anglo-Norman participation…*, *op. cit.*, pp. 197-216, y Randal ROGERS, *Latin Siege Warfare in the Twelfth Century*, Oxford, Clarendon Press-Oxford University Press, 1992, pp. 177-179.

29 Antoni VIRGILI, «*Angli cum multis aliis alienigenis*: crusade settlers in Tortosa (second half of the twelfth century)», *Journal of Medieval History*, núm. 35, 2009, pp. 297-312, y Lucas VILLEGAS-ARISTIZÁBAL, «Anglo-Norman Intervention in the Conquest and Settlement of Tortosa…», *op. cit.*, pp. 63-129.

30 Para el asedio de Almería las fuentes fundamentales son CAFFARO, *De Captione Almerie et Tortuose*, *op. cit.*, pp. 22-29; *Chronica Adefonsi Imperatoris*, edición de Antonio MAYA SÁNCHEZ, en *Chronica Hispana Saeculi XII*, edición de Emma FALQUÉ, Juan GIL y Antonio MAYA, Turnholt, Brepols, 1990, pp. 107-108 y 246-247; *Prefatio de Almaria*, edición de Juan GIL, *Chronica Hispana Saeculi XII*, edición de Emma FALQUÉ, Juan GIL y Antonio MAYA, Turnholt, Brepols, 1990, pp. 253-267 (traducción al castellano de estas dos últimas obras en *Crónica del Emperador Alfonso VII*, introducción, traducción, notas e índices por Maurilio PÉREZ GONZÁLEZ, León, Universidad de León, 1997), y *Gesta comitum Barcionensium*, *op. cit.*, V, p. 8. Véanse también Randal ROGERS, *Latin Siege Warfare in the Twelfth Century*, *op. cit.*, pp. 177-179; Blanca GARÍ, «Why Almeria? An islamic port in the compass of Genoa», *Journal of Medieval History*, núm. 18, 1992, pp. 211-231; Francisco GARCÍA FITZ, *Relaciones políticas y guerra: la experiencia castellano-leonesa frente al Islam*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2002, pp. 98-103, y Joseph F. O'CALLAGHAN, *Reconquest and Crusade in Medieval Spain*, *op. cit.*, pp. 44-46.

31 *Prefatio de Almaria*, *op. cit.*, pp. 132 y 142.

32 Peter LINEHAN, *Historia e historiadores de la España medieval*, Salamanca, Ediciones Universidad Salamanca, 2012, p. 258 (1.ª ed., Oxford, Oxford University Press, 1993).

33 Este trovador de origen gascón (aunque no está probada su procedencia) estuvo en la corte de Alfonso VII entre 1138 y 1147. Véanse Martín DE RIQUER, *Los trovadores. Historia literaria y textos*, *op. cit.*, pp. 170 y ss., y Darío XOHÁN CABANA, *Os trovadores de Occitania*, Lugo, Edicións da Curuxa, 2011, pp. 118 y 539.

34 *Prefatio de Almearia*, *op. cit.*, p. 143.

35 Demetrio MANSILLA, *La documentación pontificia hasta Inocencio III…*, *op. cit.*, pp. 94-96, y LINEHAN, *Historia e historiadores de la España Medieval*, *op. cit.*, p. 295.

36 *Anales Toledanos I*, en *Los Anales Toledanos I y II*, edición de Julio PORRES MARTÍN-CLERO, Toledo, Diputación Provincial, 1993, p. 189.

37 Simon BARTON, «A Forgotten Crusade: Alfonso VII of León-Castile and the Campaign for Jaén (1148)», *Historical Research*, vol. 73, núm. 182, 2000, pp. 312-320.

38 IBN JALDÚN, *Histoire des Berbères et des Dynasties Musulmanes de L'Afrique Septentrionale*, edición de Paul CASANOVA , traducción de Le Baron de Slane, t. II, París, 1969, pp. 187-188.

39 Aurelio CALVO, *El monasterio de Gradefes: apuntes para su historia y la de algunos otros cenobios y pueblos del concejo*, León, Imprenta Provincial, 1936-1945, pp. 306-307 (ed. facsímil, León, Celarayn, 1984).

40 EUGENIO III, *Epistolae et privilegia*, *op. cit.*, columnas 1203-1204.

41 José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada en España*, *op. cit.*, pp. 93 y ss.

42 Sobre el alcance que tuvo la batalla de Alarcos véase *Alarcos 1195. Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del VIII Centenario de la Batalla de Alarcos*, en Ricardo IZQUIERDO BENITO y Francisco RUIZ GÓMEZ (coords.), Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1996.

43 José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada en España*, *op. cit.*, p. 96.

44 Sobre la batalla véanse Ambrosio HUICI MIRANDA, «Estudio sobre la campaña de Las Navas de Tolosa», en *Anales del Instituto General y Técnico de Valencia*, vol. I, Valencia, 1916 (reed. a cargo de Roldán JIMENO ARANGUREN, Pamplona, Palmiela, 2011); Carlos VARA THORBECK, *El Lunes de Las Navas*, Jaén, Universidad de Jaén, 1999; María Dolores ROSADO LLAMAS y Manuel LÓPEZ PAYER, *La batalla de las Navas de Tolosa. Historia y mito*, Jaén, Caja Rural de Jaén, 2001; Manuel Gabriel LÓPEZ PAYER y María Dolores ROSADO LLAMAS, *La batalla de Las Navas de Tolosa*, Madrid, Almena, 2002; Francisco GARCÍA FITZ, *Las Navas de Tolosa*, Barcelona, Ariel, 2005; Miguel Dolan GÓMEZ, *The Battle of Las Navas de Tolosa: The Culture and Practice of Crusading in Medieval Iberia*, tesis doctoral, Tennessee, University of Tennessee, 2011, http://trace.tennessee.edu/utk_graddiss/1079 ; Martín ALVIRA CABRER, *Las Navas de Tolosa, 1212. Idea, liturgia y memoria de la batalla*, Madrid, Sílex, 2012; Julia PAVÓN BENITO e Íñigo ARZOZ MENDIZÁBAL, *1212. La batalla de Las Navas de Tolosa. Ocho siglos después*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2012, y Francisco GARCÍA FITZ y Francisco VIDAL CASTRO, *Dos estudios en torno a la batalla de al-'Iqāb o Las Navas de Tolosa (1212) en al-Andalus: los reinos cristianos de la Península Ibérica frente a los almohades*, Santiago de Chile, Centro Mohammed VI para el Diálogo de Civilizaciones, 2012. Véase también el volumen monográfico que le ha dedicado el *Journal of Medieval Iberian Studies*, vol. 4, núm. 1, 2012.

45 *Crónica Latina de los Reyes de Castilla*, edición de Luis CHARLO BREA, Madrid, Akal, 1999, p. 18.

46 Demetrio MANSILLA, *La documentación pontificia hasta Inocencio III*, *op. cit.*, doc. 468, pp. 497-498, y doc. 470, pp. 500-501; *Crónica Latina de los Reyes de Castilla*, *op. cit.*, p. 49; Carta de Alfonso VIII a Inocencio III sobre la batalla de Las Navas de Tolosa, en Julio GONZÁLEZ, *El reino de Castilla en*

tiempos de Alfonso VIII, vol. II, Madrid, CSIC, 1960, doc. 897, p. 567 (en adelante Carta de Alfonso VIII). Véase también Damian J. SMITH, *Innocent III and the Crown of Aragon. The Limits of Papal Authority*, Aldershot, Ashgate, 2004.

47 Ramón MENÉNDEZ PIDAL, *Poesía juglaresca y juglares*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1924, pp. 167-168.

48 Sobre el eco de la batalla en las crónicas no castellanas véase Francisco GARCÍA FITZ, «El año de la batalla de Las Navas de Tolosa», en Esther LÓPEZ OJEDA (coord.), *1212, un año, un reinado, un tiempo de despegue. XXIII Semana de Estudios Medievales. Nájera, de 30 de julio al 3 de agosto de 2012*, Logroño, 2013, pp. 171-200.

49 María ALEGRÍA MARQUES y João SOALHEIRO, *A corte dos primeiros reis de Portugal. Afonso Henriques, Sancho I, Afonso II*, Gijón, Trea, 2009, pp. 112-113.

50 *Chronicon Conimbricense*, edición de Enrique FLOREZ, *España Sagrada*, vol. XXIII, 1767, p. 334.

51 IBN 'IDĀRĪ, *Al-Bayan al Mugrib. Los almohades*, *op. cit.*, vol. I, p. 271.

52 Francisco GARCÍA FITZ, *Las Navas de Tolosa*, *op. cit.*, pp. 220, 476 y ss.

53 *Anales Toledanos I*, *op. cit.*, pp. 172-173.

54 Rodrigo JIMÉNEZ DE RADA, *Historia de los Hechos de España*, introducción, traducción, notas e índices de Juan FERNÁNDEZ VALVERDE, Madrid, Alianza Universidad, 1989, lib. VIII, cap. II, p. 308 (en adelante *HHE*).

55 «Matando inútilmente a cuantos allí encontraron» (*Crónica Latina de los Reyes de Castilla*, *op. cit.*, p. 50).

56 *HHE*, lib. VIII, cap. VII, p. 316.

57 Carta de Alfonso VIII, doc. 897, p. 568.

58 *Crónica Latina de los Reyes de Castilla*, *op. cit.*, p. 50.

59 Léopold M. DELISLE *et al.* (eds.), *Recueil des historiens de las Gaules et de la France*, t. XIX, París, Imprimerie Royale, 1880, pp. 255-256.

60 ALBERICO, abad de Trois Fontaines, *Chronicon*, edición parcial de Gaspar IBÁÑEZ DE SEGOVIA Y MENDOZA, Marqués de MONDÉJAR, *Memorias históricas de la vida y acciones del rey don Alonso el Noble, octavo de ese nombre*, Madrid, Imprenta de D. Antonio de Sancha, 1783, ap. XIV, pp. CXXII-CXXIII (en adelante MONDÉJAR).

61 'ABD-AL-WĀHID AL-MARRĀKUŠĪ, *Kitāb al-mu'ŷib fī taljīs ajbār al-Magrib*, traducción de Ambrosio Huici Miranda, Tetuán, Editora Marroquí, 1955, pp. 266-267.

62 Ambrosio HUICI MIRANDA, *Las grandes batallas de la reconquista durante las invasiones africanas (almorávides, almohades y benimerines)*, Madrid, CSIC, 1955, pp. 245-247 (ed. facsímil con estudio preliminar de Emilio MOLINA PÉREZ y Carlos NAVARRO OLTRA, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2000).

63 *Crónica Latina de los Reyes de Castilla*, *op. cit.*, p. 50.

64 *Ibid.*, p. 51.

65 *HHE*, lib. VIII, cap. V, p. 315.

66 Carta de Alfonso VIII, doc. 897, p. 568, y Carta del arzobispo de Narbona, en MONDÉJAR, p. CV.

67 Sobre la batalla véase Francisco GARCÍA FITZ, *Las Navas de Tolosa*, *op. cit.*, pp. 475 y ss.

68 Carta del arzobispo de Narbona, en MONDÉJAR, p. CV; Carta de doña Berenguela a su hermana Blanca de Francia, en Julio GONZÁLEZ, *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, *op. cit.*, doc. 898, p. 573, y Carta de Blanca de Castilla a Blanca, condesa de Champagne, en Léopold M. DELISLE *et al.* (eds.), *Recueil des historiens de las Gaules et de la France*, *op. cit.*, pp. 255-256.

69 *HHE*, lib. VIII, cap. VI, pp. 313 y ss., y *Anales Toledanos I*, *op. cit.*, p. 173.

70 *Crónica Latina de los Reyes de Castilla*, *op. cit.*, p. 56.

Notas

Capítulo IV

1 Reinhart Pieter Anne DOZY, *Los vikingos en España*, Madrid, Polifemo, 1987; Jaime FERREIRO ALEMPARTE, *Arribadas de normandos y cruzados a las costas de la Península Ibérica*, Madrid, Sociedad Española de Estudios Medievales, 1999, y Eduardo MORALES ROMERO, *Historia de los vikingos en España…*, *op. cit.*

2 Jean FLORI, *La guerra santa…*, *op. cit.*, p. 151.

3 *La Gran Conquista de Ultramar*, edición de Pascual DE GAYANGOS, BAE, t. XLIV, Madrid, 1951, lib. III, cap. CXLIII, p. 389.

4 Nelly EGGER DE IOLSTER, «El paso por Galicia de un rey de Noruega en el siglo XII», en *Estudios en homenaje a don Claudio Sánchez Albornoz en sus noventa años*, Buenos Aires, Instituto de Historia de España, 1983, p. 269.

5 Snorri STURLUSON, «Saga of Sigurd the Crusader and His Brothers Eystein and Olaf», en *Heimskringla or The Chronicle of the Kings of Norway*, ed. *online* Medieval and Classical Library, edición basada en *Heimskringla: A History of the Norse Kings*, Londres, Norroena Society, 1907, http://omac.org/Heimskringla .

6 Jorge Luis BORGES, *Obras Completas*, II, *1959-1972*, Buenos Aires, Emecé, 2004, p. 285.

7 Sobre esta cuestión existen diferencias que han sido puestas de relieve por Jaime FERREIRO ALEMPARTE, *Arribadas de normandos y cruzados a las costas de la Península Ibérica*, *op. cit.*, p. 64. Véase también Felipe CORDERO CARRETE, «Datos para la Historia compostelana en una saga del siglo XII», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, núm. 16, 1981, pp. 80-86.

8 Jaime FERREIRO ALEMPARTE, *Arribadas de normandos y cruzados a las costas de la Península Ibérica* , *op. cit.*, pp. 62 y ss., y Juan Carlos SÁNCHEZ PARDO, «Los ataques vikingos y su influencia en la Galicia de los siglos IX-XI», *Anuario Brigantino*, núm. 33, 2010, pp. 57-86. Véase también Enrique CHAO ESPINA, *Los normandos en Galicia y otros temas medievales*, La Coruña, Grafinsa, 1977.

9 Mario Jorge BARROCA, «Historia das campanhas», en Manuel THEMUDO BARATA (dir.) y Nuno Severiano TEIXEIRA (coord.9, *Nova História Militar de Portugal*, vol. I, Rio de Mouro, Círculo de Leitores, 2003, p. 35.

10 Steven RUNCIMAN, *Historia de las Cruzadas*, *op. cit.*, p. 333.

11 EUGENIO III, *Epistolae et Privilegia*, *op. cit.*, cols. 1203-1204, 11 de abril de 1147, y Giles CONSTABLE, «The Second Crusade as Seen by Contemporaries», *Traditio*, núm. 9, 1953, pp. 213-279.

12 Las fuentes más detalladas para este episodio proceden de diversas cartas redactadas por testigos

que formaron parte de los contingentes cruzados, publicadas en *De expugnatione Lyxbonensi, The Conquest of Lisbon*, edición y traducción de Charles W. DAVID, Nueva York, 1936 (reimpresión con introducción y bibliografía a cargo de Jonathan PHILLIPS, Nueva York, 2001, p. 65) (traducción al portugués en *A Conquista de Lisboa aos Mouros. Relato de um Cruzado*, edición, traducción y notas de Aires A. NASCIMENTO, Lisboa, Nova Vega, 2007, es la versión que utilizaremos), y Susan B. EDGINGTON, «The Lisbon Letter of the Second Crusade», *Historical Research*, vol. 69, 1996, pp. 336-339 [esta última también publicada en inglés en Susan B. EDGINGTON, «Albert of Aachen, St. Bernard and the Second Crusade», en Jonathan PHILLIPS y Martin HOCH (ed.), *The Second Crusade: Scope and Consequences*, Manchester, Manchester University Press, 2001, pp. 61-67]. Una de ellas, la enviada por el sacerdote *Duodechinus* a Cuno, abad del Monasterio de Monte de San Disibodo, fue publicada y traducida al castellano por Jaime FERREIRO ALEMPARTE, *Arribadas de normandos y cruzados a las costas de la Península Ibérica*, *op. cit.*, pp. 235-242. Véase también *Annales D. Afonsi Portugallensium regis*, en Mónica BLÖCKER-WALTER, *Alfonso I von Portugal. Studien Zur Geschichte Und Sage Des Begründers Der Portugiesischen Unabhängigkeit*, Zúrich, Fretz und Wasmuth, 1966, pp. 155-157. La riqueza de estas fuentes ha permitido que el cerco de Lisboa sea un acontecimiento muy estudiado. Entre la producción más reciente véanse Harold LIVERMORE, «The Conquest of Lisbon and its Author», *Portuguese Studies*, núm. 6, 1990, pp. 1-16; Randal ROGERS, *Latin Siege Warfare in the Twelfth Century*, *op. cit.*, pp. 182-188; Bruno MEYER, «El papel de los cruzados alemanes en la reconquista de la Península Ibérica en los siglos XII y XIII», *En la España Medieval*, núm. 23, 2000, pp. 41-66; Maria João BRANCO, «A conquista de Lisboa revisitada», *Arqueologia Medieval*, núm. 7, 2001, pp. 217-234; Giles CONSTABLE, «A further note on the conquest of Lisbon in 1147», en Marcus BULL y Norman HOUSLEY (eds.), *The Experience of Crusading*, vol. I, *Western Approaches*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 39-44; Jonathan PHILLIPS y Martin HOCH (eds.), *The Second Crusade: Scope and Consequences*, Manchester, Manchester University Press, 2001 (contiene estudios de Matthew BENNETT y Susan B. EDGINGTON sobre el cerco de Lisboa); Joseph F. O'CALLAGHAN, *Reconquest and Crusade in Medieval Spain*, *op. cit.*, pp. 41-44; Pedro Gomes BARBOSA, *Conquista de Lisboa, 1147. A cidade reconquistada aos mouros*, Lisboa, Tribuna da História (col. «Batalhas de Portugal»), 2004, pp. 42-43; Jonathan PHILLIPS, *The Second Crusade. Extending the Frontiers of Christendom*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2007, pp. 136-167, y Lucas VILLEGAS-ARISTIZÁBAL, *Norman and Anglo-Norman participation…*, *op. cit.*, pp. 151-174.

13 *A Conquista de Lisboa aos Mouros (De Expugnatione Lyxbonensi)*, *op. cit.*, p. 55; Susan B. EDGINGTON, «Albert of Aechen, St. Bernard and the Second Crusade», *op. cit.*, p. 63; Jaime FERREIRO ALEMPARTE, *Arribadas de normandos y cruzados a las costas de la Península Ibérica*, *op. cit.*, p. 239, y Lucas VILLEGAS-ARISTIZÁBAL, *Norman and Anglo-Norman participation…*, *op. cit.*, pp. 151-174.

14 Christopher TYERMAN, *Las guerras de Dios…*, *op. cit.*, p. 394.

15 *Chronica Regia Coloniensis (Anales Maximi Coloniensis)*, en *MGH. Scriptores rerum Germanicarum in usum scholarum separatim editii*, vol. XVIII, Hannover, 1880, pp. 84-85, y Antonio LÓPEZ FERREIRO, *Historia de la Santa A. M. Iglesia de Santiago de Compostela*, vol. IV, Santiago de Compostela, Imprenta del Seminario Conciliar Central, 1908-1909, p. 236.

16 *A Conquista de Lisboa aos Mouros (De Expugnatione Lyxbonensi)*, *op. cit.*, pp. 61-73.

17 *Ibid.*, pp. 81-92.

18 Peter LINEHAN, *Historia e historiadores de la España medieval*, *op. cit.*, p. 272.

19 Jonathan PHILLIPS, «Saint Bernard of Clairvaux, the Low Countries and the Lisbon Letter of the Second Crusade», *Journal of Ecclesiastical History*, núm. 48, 1997, pp. 485-497.

20 José MATTOSO, *D. Afonso Henriques*, Lisboa, Círculo de Leitores, 2006, pp. 168-170.

21 *A Conquista de Lisboa aos Mouros (De Expugnatione Lyxbonensi)*, *op. cit.*, p. 85; *Annales D.*

Afonsi Portugallensium regis, *op. cit.*, p. 15; Lucas VILLEGAS-ARISTIZÁBAL , «Failed Attempt to Conquer Lisbon (c. 1142)», *Portugueses Studies*, vol. 29, núm. 1, 2013, pp. 7-20.

22 Pedro Gomes BARBOSA, *Conquista de Lisboa, 1147…*, *op. cit.*, pp. 42-43.

23 José MATTOSO, *D. Afonso Henriques*, *op. cit.*, p. 141.

24 *Ibid.*, pp. 130 y ss.

25 *A Conquista de Lisboa aos Mouros (De Expugnatione Lyxbonensi)*, *op. cit.*, pp. 93, 131 y 135.

26 Fragmento de los *Annales Sancti Disibodi*, publicado en Jaime FERREIRO ALEMPARTE, *Arribadas de normandos y cruzados a las costas de la Península Ibérica*, *op. cit.*, pp. 240-241. También en Susan B. EDGINGTON, «Albert of Aechen, St. Bermard and the Second Crusade», *op. cit.*, p. 67.

27 Las tres crónicas alemanas son la *Chronica Regia Coloniensis*, los citados *Annales Sancti Disiboldi* y *Annales Magdeburgueses*. Sobre ellas y sus diferencias con la *De expugnatione Lyxbonensi* véase Bruno MEYER, «El papel de los cruzados alemanes en la reconquista de la Península Ibérica en los siglos XII y XIII», *op. cit.*, pp. 41-66.

28 *A Conquista de Lisboa aos Mouros (De Expugnatione Lyxbonensi)*, *op. cit.*, p. 111.

29 José MATTOSO, *D. Afonso Henriques*, *op. cit.*, pp. 167-179.

30 *A Conquista de Lisboa aos Mouros (De Expugnatione Lyxbonensi)*, *op. cit.*, pp. 134-137, 142-147 y 158-165; Susan B. EDGINGTON, «Albert of Aechen, St. Bernard and the Second Crusade», *op. cit.*, pp. 63-66, y Jaime FERREIRO ALEMPARTE, *Arribadas de normandos y cruzados a las costas de la Península Ibérica*, *op. cit.*, pp. 240-241.

31 Steven RUNCIMAN, *Historia de las cruzadas*, *op. cit.*, p. 469.

32 *Annales D. Alfonsi Portugallensium regis*, *op. cit.*, pp. 64 y 158; Jaime FERREIRO ALEMPARTE, *Arribadas de normandos y cruzados a las costas de la Península Ibérica*, *op. cit.*, pp. 66-70, y Mario Jorge BARROCA, «Historia das campanhas», *op. cit.*, p. 45.

33 José MATTOSO, *D. Afonso Henriques*, *op. cit.*, pp. 205-206.

34 Las principales fuentes para estos episodios proceden tanto de los propios cruzados alemanes como de cronistas ingleses, portugueses y musulmanes. Sobre ello véanse *Narratio de itinere navali peregrinorum Hierosolyman tendentium et Silvam capientium, A.D. 1189*, edición de Charles W. DAVID, *American Philosophical Society*, núm. 81, 1939, pp. 591-678; Ralph DE DICETO, *The Historical Works of Ralph de Diceto*, edición de William STUBBS, vol. II, Londres, Longman, 1876, pp. 65-66; *Gesta Regis Ricardi*, en *Gesta Henrici secundi Benedictis abbatis*, edición de William STUBBS, vol. II, Londres, Longmans, 1867, pp. 115-121 (traducción parcial en Lucas VILLEGAS-ARISTIZÁBAL, «Revisión de las crónicas de Ralph de Diceto y de la *Gesta regis Ricardi* sobre la participación de la flota angevina durante la Tercera Cruzada en Portugal», *Studia historica. Historia Medieval*, núm. 27, 2009, pp. 166-170); Roger DE HOWDEN , *Chronica*, edición de William STUBBS, vol. III, Londres, Longman, 1870, pp. 42-46 y 175; *Chronica Regia Coloniensis (Anales Maximi Coloniensis)*, *op. cit.*, pp. 142-143; IBN ʻIDĀRĪ, *Al-Bayan al Mugrib. Los almohades*, *op. cit.*, vol. I, pp. 150-151, 153, 158-162 y 168-172; AL-HIMYARI, *Kitab ar-Rawd al-Mi'tar*, *op. cit.*, pp. 218-223; IBN JALDÚN, *Histoire des Berbères et des Dynasties Musulmanes…*, *op. cit.*, vol. II, pp. 212-213, y *Crónica de Portugal de 1419*, edición de Avelino DE ALMEIDA CALADO, Aveiro, Universidade de Aveiro, 1998.

35 *Narratio de itinere navali peregrinorum Hierosolyman tendentium et Silvam capientium…*, *op. cit.*, pp. 616-617; *Chronica Regia Coloniensis (Anales Maximi Coloniensis)*, *op. cit.*, p. 53, y IBN ʻIDĀRĪ, *Al-Bayan al Mugrib. Los almohades*, *op. cit.*, vol. I, p. 150.

36 Para las referencias bibliográficas sobre todas estas crónicas véase supra nota 34.

37 Ralph DE DICETO, *The Historical Works of Ralph de Diceto*, *op. cit.*, pp. 65-66.

38 María João Violante BRANCO, *D. Sancho I*, Lisboa, Temas e Debates, 2010, p. 170.

39 Evariste LÉVI-PROVENÇAL, «Un recueil des lettres officielles almohades», *Hesperis*, vol. XXVIII, 1941, doc. XXXIV, pp. 64-66, e IBN 'IDĀRĪ, *Al-Bayan al Mugrib. Los almohades*, *op. cit.*, vol. I, pp. 158-162.

40 Roger de HOWDEN, *Chronica*, *op. cit.*, vol. III, pp. 42-46.

41 Christopher TYERMAN, *Las guerras de Dios…*, *op. cit.*, p. 621.

42 Roger de HOWDEN, *Chronica*, *op. cit.*, vol. IV, p. 26. Véase Jaime FERREIRO ALEMPARTE, *Arribadas de normandos y cruzados a las costas de la Península Ibérica*, *op. cit.*, pp. 81 y 184.

43 Las principales fuentes para el estudio de esta campaña son la *Chronica Regia Coloniensis (Anales Maximi Coloniensis)*, *op. cit.*, vol. XVIII, pp. 239-242, y appendix VII, pp. 339-343 (de esta última parte hay traducción al español en Jaime FERREIRO ALEMPARTE, *Arribadas de normandos y cruzados a las costas de la Península Ibérica*, *op. cit.*, pp. 247-249); EMÓN, *Chronica* , traducción al castellano, texto latino y notas también en Jaime FERREIRO ALEMPARTE, *Arribadas de normandos y cruzados a las costas de la Península Ibérica*, Madrid, Sociedad de Estudios Medievales, 1999, pp. 73-232; *Reineri Annales*, en *MGH. Scriptores in folio*, edición de Georg H. PERTZ, vol. XVI, Hannover, 1859, p. 676; Oliver DE PADERBORN, *The Capture of Damietta*, edición de Edward PETERS, traducción de John J. Gavigan, *Christian Society and the Crusades, 1198-1229*, Filadelfia, University of Pennsylvania, 1971, cap. 8, pp. 50-60; GOSUINUS, *De expugnatione Salaciae Carmen o Quomodo captat fuit Alcaser a francis*, en *Portugaliae Monumenta Histórica. Scriptores*, edición de Alejandro HERCULANO, vol. I, fasc. 1, Lisboa, 1856, pp. 101-104; Cesario DE HEISTERBACH, *Dialogus Miracolorum*, edición de Joseph STRANGE, vol. II, Colonia-Bonn-Bruselas, Heberle, 1851, cap. LXVI, p. 137; Demetrio MANSILLA, *La documentación pontificia de Honorio III*, *op. cit.*, docs. 95, 96, 134 y 143; *Crónica de Portugal de 1419*, *op. cit.*, caps. 58-62, pp. 106-113; AL-HIMYARI, *Kitab ar-Rawd al-Mi'tar*, *op. cit.*, pp. 325-326, e IBN ABĪ ZAR, *Rawd al-Qirtas*, traducción y notas de Ambrosio HUICI MIRANDA, Valencia, Anubar, 1964, pp. 471-472.

44 EMÓN, *Chronica*, *op. cit.*, p. 96.

45 INOCENCIO III, *Regestorum Sive Epistolarum (ad 1209-1213)*, en Jacques-Paul MIGNE (ed.), *Patrología Latina*, vol. 216, col. 820.

46 EMÓN, *Chronica*, *op. cit.*, pp. 98-100.

47 *Crónica de Portugal de 1419*, *op. cit.*, p. 107.

48 *Ibid.*, p. 110.

49 GOSUINUS, *De expugnatione Salaciae Carmen o Quomodo captat fuit Alcaser a francis*, *op. cit.*, p. 103, y Cesario DE HEISTERBACH, *Dialogus Miraculorum*, *op. cit.*, vol. II, cap. LXVI, p. 137.

50 IBN ABĪ ZAR, *Rawd al-Qirtas*, *op. cit.*, pp. 471-472, y AL-HIMYARI, *Kitab ar-Rawd al-Mi'tar*, *op. cit.*, pp. 325-326.

51 Demetrio MANSILLA, *La documentación pontificia de Honorio III*, *op. cit.*, docs. 95-96 y 134-136.

52 *Monumenta Henricina*, dirigido por Antonio Joaquim DIAS DINIS, vol. I, Coimbra, Comissão Executiva das Comemorações de V Centenário da Morte do Infante D. Henrique, 1969, doc. 26, pp. 49-50.

Notas

Capítulo V

1 INOCENCIO III, *Regestorum Sive Epistolarum (ad 1209-1213)*, *op. cit.*, cols. 817-822.

2 Thomas RYMER, *Foedera, Conventiones, Litteare et cuiuscunque generis, acta publica inter Reges Angliae et alios quosvis Imperatores, Reges, Pontifices, Principes nel Comunitates*, 3.ª ed., t. I, La Haya, 1745, parte I, pp. 184, 187, 194, 195, y Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ (ed.), *Diplomatario andaluz de Alfonso X*, Sevilla, Caja de Ahorros El Monte, 1991, doc. 131.

3 Demetrio MANSILLA, *La documentación pontificia de Honorio III*, *op. cit.*, doc. 576.

4 Heinrich FINKE, *Papsttum und Untergang des Templerordens*, vol. I, Múnich, Verlag der Aschendorffschen Buchhandlung, 1907, doc. 126, p. 241.

5 *Anales Toledanos I*, *op. cit.*, p. 189.

6 José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada en España*, *op. cit.*, pp. 141-335.

7 Demetrio MANSILLA, *La documentación pontificia de Honorio III*, *op. cit.*, docs. 209, 369 y 404; Santiago DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ, *Documentos de Gregorio IX (1227-1241) referentes a España*, León, Universidad de León, 2004, docs. 154, 155, 300 y 590; Lucien AUVRAY, *Les registres de Grégorie IX*, París, Ernest Thorin, 1890-1907, vol. I, reg. 515, y vol. II, regs. 3313 y 3314; Augusto QUINTANA PRIETO, *La documentación pontificia de Inocencio IV (1243-1254)*, Roma, Instituto Español de Historia Eclesiástica, 1987, docs. 272, 619 y 883; Guillaume MOLLAT, *Jean XXII (1316-1334). Lettres comunes analices d'après les registres dits d'Avignon et du Vatican*, t. III, París, E. de Boccard, 1906, reg. 14287; Jean-Marie VIDAL (ed.), *Benoit XII (1344-1342). Lettres comunes analices d'après les registres dits d'Avignon et du Vatican*, t. II, París, Fontemoing, 1910, reg. 8103, y José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada en España*, *op. cit.*, pp. 345-347.

8 Joaquim MIRET Y SANS, «Negociacions diplomàtiques d'Alfons III de Catalunya-Aragó ab el rey de Francia per la croada contra Granada (1328-1332)», *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans* , 1908, doc. III, p. 314.

9 Santiago DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ, *Documentos de Gregorio IX*, *op. cit.*, doc. 626, y José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada en España*, *op. cit.*, p. 721.

10 Véanse como ejemplo los testimonios hispanos referidos a la cruzada de Las Navas de Tolosa y a la obra de Jaime I estudiados por Damian SMITH, «*"Soli Hispani"*. Inocencio III y Las Navas de Tolosa», *Hispania Sacra*, núm. 104, vol. 51, 1999, pp. 487-513, e ÍD., «Guerra Santa y Tierra Santa en el pensamiento y la acción de Jaime I de Aragón», en Daniel BALOUP y Philippe JOSSERAND (eds.), *Regards croisés sur la guerre sainte. Guerre, religion et idéologie dans l'espace méditerranéen latin (XIe-XIIIe siècle)*, Toulouse, CNRS-Université deToulouse II-Le Mirail, 2006, pp. 305-321.

11 LUCAS DE TUY, *Chronicon Mundi*, edición de Emma FALQUE, *Corpus Christianorum Continuatio Mediaevalis*, t. LXXIV, Turnholt, Brepols, 2003, p. 335; Martín DE RIQUER, *Los trovadores. Historia literaria y textos*, *op. cit.*, pp. 941-950; *Anales Toledanos I*, *op. cit.*, p. 189, y *Anales Toledanos II*, en *Los Anales Toledanos I y II*, edición de Julio PORRES MARTÍN-CLERO, Toledo, Diputación Provincial, 1993, p. 193.

12 Jaime VILLANUEVA, V*iage literario a las Iglesias de España*, t. XXI, *Viage á Mallorca*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1851, apéndice 6, p. 252.

13 Santiago DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ, *Documentos de Gregorio IX*, *op. cit.*, docs. 311-312, 623-624 y 626-631.

14 JAUME I, *Llibre dels feyts o Crónica*, edición de Vicent GARCÍA EDO, Valencia, Vicent García editores, 1990, cap. 266, y Jerónimo ZURITA, *Anales de la Corona de Aragón*, vol. I, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1976, lib. III, cap. XXX.

15 Carlos DE AYALA MARTÍNEZ, «Fernando III: figura, significado y contexto en tiempo de cruzada», en Carlos DE AYALA MARTÍNEZ y Martín RÍOS SALOMA (eds.), *Fernando III, tiempo de cruzada*, Madrid, Sílex, 2012, pp. 17-91.

16 Carlos DE AYALA MARTÍNEZ, «La presencia de las órdenes militares castellano-leonesas en Oriente: valoración historiográfica», en Isabel Cristina F. FERNANDES (coord.), *As Ordens Militares e as Ordens de Cavalaria entre o Occidente e o Oriente. Actas do V Encontro sobre Ordens Militares (15 a 18 de fevreiro de 2006)*, Palmela, Câmara Municipal de Palmela, 2009, pp. 60 y ss.

17 Santiago DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ, *Documentos de Gregorio IX*, *op. cit.* , doc. 813.

18 Ignacio RODRÍGUEZ DE LA LAMA, *La documentación pontificia de Alejandro IV (1254-1261)*, Roma, Instituto Español de Historia Eclesiástica, 1976, doc. 62. Sobre el alcance y entramado político de los acuerdos entre Alfonso X y las monarquías y ciudades citadas, que preveían el apoyo de éstas a la cruzada africana, véase José Manuel RODRÍGUEZ GARCÍA, *Idea y realidad de cruzada en tiempos de Alfonso X el Sabio (1252-1284)*, tesis doctoral inédita, Universidad de Salamanca, 2012, pp. 241-265.

19 Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ (ed.), *Diplomatario andaluz de Alfonso X*, *op. cit.*, doc. 286, y Antonio BALLESTEROS, «Itinerario de Alfonso X, rey de Castilla», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, núm. CVIII, 1936, p. 20.

20 Édouard JORDAN, *Les Registres de Clément IV (1265-1268)* , París, Thorin, 1893-1945, doc. 15.

21 José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada en España*, *op. cit.*, pp. 191 y ss.

22 Santiago DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ, *Documentos de Clemente IV (1265-1268) referentes a España*, León, Universidad de León, 1996, docs. 5, 10 y 31.

23 *Annales Lubicenses*, en *MGH. Scriptores*, edición de Georg H. PERTZ, vol. XVI, Hannover, 1859, p. 413.

24 Iohannes LONGUS, *Chronica Monasterii Sancti Bertini*, en *MGH. Scriptores*, vol. XXV, Hannover, 1880, p. 855.

25 Santiago DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ, *Documentos de Clemente IV*, *op. cit.*, doc. 20.

26 Roser SALICRÚ I LLICH, «Caballeros cristianos en el Occidente europeo e islámico», en Klaus HERBERS y Nikolas JASPERT (eds.), *«Das kommt mir Spanisch vor». Eigenes und Fremdes in den deutsch-spanischen Beziehungen des späten Mittelalters*, Münster-Berlín, Lit Verlag, 2004, p. 254.

27 José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada en España*, *op. cit.*, p. 288.

28 Sobre las campañas de Alfonso XI véanse Manuel GARCÍA FERNÁNDEZ, *Andalucía: guerra y*

frontera. 1312-1350, Sevilla, Fondo de Cultura Andaluza, 1990; Joseph F. O'CALLAGHAN, *The Gibraltar crusade…*, *op. cit.*, caps. 7-9, y Fernando ARIAS GUILLÉN, *Guerra y fortalecimiento del poder regio en Castilla. El reinado de Alfonso XI (1312-1350)*, Madrid, CSIC, 2012, sobre todo el cap. III.

29 José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada en España*, *op. cit.*, p. 646, doc. 4.

30 *Ibid.*, p. 301.

31 Marianne MAHN-LOT, «Philippe d'Évreux, roi de Navarre, et un proyect de croisade contra le royaume de Grenade (1329-1331)», *Bulletin Hispanique*, núm. 46, 1944, pp. 231-233.

32 Resumimos en los anteriores párrafos los detallados seguimientos de esta cuestión que hicieron Joaquim MIRET Y SANS, «Negociacions diplomàtiques d'Alfons III de Catalunya-Aragó…», *op. cit.*, pp. 265-336; Andrés GIMÉNEZ SOLER, *La Corona de Aragón y Granada. Historia de las relaciones entre ambos reinos*, Barcelona, Imp. de la Casa Provincial de Caridad, 1908, pp. 234-251, y José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada en España*, *op. cit.*, pp. 296-310, y doc. 5, pp. 646-647. La referencia sobre la predicación de la cruzada, *«in tota Hispania»*, en Guillaume MOLLAT, *Jean XXII*, *op. cit.*, reg. 41567.

33 Joaquim MIRET Y SANS, «Negociacions diplomàtiques d'Alfons III de Catalunya-Aragó…», *op. cit.*, p. 280.

34 *Crónica del rey don Alfonso el Onceno*, en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, edición de Cayetano ROSELL, t. I, BAE, t. LXVI, Madrid, 1953, cap. LXXXV.

35 José Enrique LÓPEZ DE COCA y Blanca KRAUEL, «Cruzados escoceses en la frontera de Granada (1330)», *Anuario de Estudios Medievales*, núm. 18, 1988, pp. 254-261.

36 John BARBOUR, *La gesta de Roberto de Bruce*, edición y traducción de Fernando TODA I GLESIA, Salamanca, Ediciones Colegio de España, 1988, especialmente pp. 225-231. En las crónicas hispanas solamente la *Gran Crónica de Alfonso XI* aporta información sobre este personaje, al que identifica como «un conde estraño». Véase *Gran Crónica de Alfonso XI*, edición de Diego CATALÁN, vol. I, Madrid, Gredos, 1976, cap. CV.

37 José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada en España* , *op. cit.*, pp. 324-325. La referencia al médico italiano en UGOLINO, F.A., «Avvenimenti figure e costumi di Spagna in una crónica italiana del Trecento», en *Italia e Spagna saggi sui rapporti storici, filosofici ed artistici tra le due civiltà*, Florencia, Felice le Monnier, 1941, pp. 91-122.

38 Para comprobarlo véase, por ejemplo, la relación de nobles, eclesiásticos y otros contingentes que estuvieron junto al rey en la *Gran Crónica de Alfonso XI*, *op. cit.*, t. II, caps. CCXCVI y CCCXXI. La referencia a los cruzados mallorquines en cap. CCCXXX. Véase también *Crónica del rey don Alfonso el Onceno*, *op. cit.*, caps. CCXLIII y CCL.

39 *Gran Crónica de Alfonso XI*, *op. cit.*, cap. CCCXXXII.

40 *Crónica del rey don Alfonso el Onceno*, *op. cit.*, cap. CCLIX.

41 La principal fuente portuguesa para estudiar la batalla de El Salado es la *Crónica dos sete primeiros reis de Portugal*, edición crítica de Carlos DA SILVA TAROUCA, t. II, Lisboa, Academia Portuguesa de História, 1952-1953.

42 *Crónica del rey don Alfonso el Onceno*, *op. cit.*, cap. CCLIV; *Gran Crónica de Alfonso XI*, *op. cit.*, t. II, cap. CCCXXXIV, y Enrique RODRÍGUEZ-PICAVEA, «Diplomacia, propaganda y guerra santa en el siglo XIV: la embajada castellana a Aviñón y la elaboración del discurso ideológico», *Anuario de Estudios Medievales*, núm. 40/2, 2010, pp. 765-789.

43 *Crónica del rey don Alfonso el Onceno*, *op. cit.*, cap. CCCIII.

44 *Ibid.*, cap. CCLXX.

45 Geofrey CHAUCER, *Los Cuentos de Canterbury*, edición de Pedro GARCÍA MASSÓ, Madrid, Cátedra, 1987, p. 66.

46 Joaquim MIRET Y SANS, *Investigación histórica sobre el vizcondado de Castellbó. Con datos inéditos de los condes de Urgell y de los vizcondes de Ager*, Barcelona, Imprenta La Catalana de J. Puigventós, 1900.

47 *Crónica del rey don Alfonso el Onceno*, *op. cit.*, caps. CCLIX, CCLXX, CCLXXVI, CCLXXVII, CCLXXXV, CCLXXXVIII, CCXCII, CCXIV, CCXCVII, CCCVI y CCCX.

48 *Poema de Alfonso Onceno*, edición de Juan DE VICTORIO, Madrid, Cátedra, 1991, estrofas 2242-2244.

49 ACA, Cancillería, Cartas Reales, Pedro III (IV), 1333.

50 Peter Edward RUSSELL, *The English intervention in Spain and Portugal in the time of Edward III and Richard III*, Oxford, Clarendon Press, 1955, p. 9.

51 Georges DAUMET, «Jean de Rye au siège d'Algeciras», *Bulletin Hispanique*, núm. 12, 1910, pp. 265-274. Publica las dos cartas de Clemente VI.

52 *Crónica del rey don Alfonso el Onceno*, *op. cit.*, cap. CCXCVII.

53 *Ibid.*, cap. CCC.

54 ACA, Real Cancillería, Cartas Reales, Pedro III (IV), 2260r.

55 José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada en España*, *op. cit.*, p. 335, y Alvar GARCÍA DE SANTA MARÍA, *Crónica de Juan II de Castilla*, edición de Juan de Mata Carriazo y Arroquia, Madrid, Real Academia de la Historia, 1982, p. 270.

56 José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada en España*, *op. cit.*, pp. 336 y ss., y Diego ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, *Crónica del rey don Enrique el cuarto de este nombre*, BAE, t. LXX, Madrid, 1953, pp. 104-105.

57 Una lista con el nombre de muchos de ellos en Roser SALICRÚ I LLUCH, «Caballeros cristianos en el Occidente europeo e islámico», *op. cit.*, pp. 254-289.

58 Pero LÓPEZ DE AYALA, *Crónica del rey don Juan*, en *Crónicas de los reyes de Castilla*, edición, prólogo y notas de José Luis MARTÍN, Barcelona, Planeta, 1991, pp. 532 y ss., y Fernão LOPES, *Crónica de D. Fernando*, edición crítica, introducción e índices de Giuliano MACCHI, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2004, cap. CXV, p. 417.

59 Anthony GOODMAN, «Sentiment and Policy: English Attitudes to Spain in the Later Middle Ages», en José Enrique LÓPEZ DE COCA (ed.), *Estudios sobre Málaga y el reino de Granada en el V Centenario de la Conquista*, Málaga, Diputación de Málaga, 1987, p. 197.

60 Pero LÓPEZ DE AYALA, *Crónica del rey don Juan*, *op. cit.*, p. 537.

61 Fernão LOPES, *hronica del rei don João da boa memoria, en Fontes Medievais da Histórica de Portugal*, edición de Alfredo Pimenta, vol. I, Lisboa, 1948, p. 323.

62 Georges DAUMET, «Jean de Rye au siège d'Algeciras», *op. cit.*, pp. 265-274.

63 Santiago GONZÁLEZ SÁNCHEZ, *Las relaciones exteriores de Castilla a comienzos del siglo XV. La minoría de Juan II (1407-1420)*, Madrid, Comité Español de Ciencias Históricas, 2013, pp. 205-263.

64 Alvar GARCÍA DE SANTA MARÍA, *Crónica de Juan II de Castilla* , *op. cit.*, pp. 107-108; Lorenzo GALÍNDEZ DE CARVAJAL, *Crónica del serenísimo príncipe don Juan, segundo rey deste nombre en*

Castilla y León, escrita por el noble e muy prudente caballero Fernán Pérez de Guzmán, en *Crónica de los reyes de Castilla*, edición de Cayetano Rosell, BAE, t. LXVIII, Madrid, 1953, cap. XXVII, p. 288.

65 Guillebert DE LANNOY, *Voyages et ambassades de messire Guillebert de Lannoy, chevalier de la Toison d'or, 1399-1450*, Mons, Societé de Bibliophiles de Mons, 1840, p. 6, e ÍD., *Oeuvres de Ghillebert de Lannoy, Voyageur, diplomate et moraliste*, recogidas y publicadas por Charles POTVIN, con notas geográficas y una tarjeta para Jean-Charles HOUZEAU, Lovaina, 1878, p. 13. Esta referencia la recoge Arié en un artículo dedicado a este personaje. Véase Rachel ARIÉ, «Un seigneur bourguignon en terre mulsumane au XV siècle. Ghillebert de Lannoy», *Le Moyen Âge*, vol. LXXXIII, 1977, pp. 283-302.

66 Un año después otro siciliano, o al servicio del rey de Sicilia, de nombre «Sens dubde» está en Granada, después de pasar por Navarra, Castilla y Portugal. Véase Roser SALICRÚ I LLUCH, «Caballeros cristianos en el Occidente europeo e islámico», *op. cit.*, pp. 256-257.

67 Béatrice LEROY, «Un modèle de souverain au debut du XV siècle: Ferdinand d'Antequera, d'apres les *Choniques de Castille* de Fernán Pérez de Guzmán», *Revue Historique*, vol. CCXCIV/2, 1995, p. 206.

68 Es posible que estas dos embajadas, a cuya cabeza se encontraban el duque de Borbón y el duque de Austria, fueran en realidad sólo una. Véase Santiago GONZÁLEZ SÁNCHEZ, *Las relaciones exteriores de Castilla a comienzos del siglo XV…*, *op. cit.*, pp. 227-228.

69 José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada en España*, *op. cit.*, pp. 341-342.

70 Alvar GARCÍA DE SANTA MARÍA, *Crónica de Juan II de Castilla*, *op. cit.*, cap. 148, p. 315, y Lorenzo GALÍNDEZ DE CARVAJAL, *Crónica del serenísimo príncipe don Juan…*, *op. cit.*, cap. XV, p. 322.

71 Lorenzo GALÍNDEZ DE CARVAJAL, *Crónica del serenísimo príncipe don Juan…*, *op. cit.*, cap. XXIX, p. 328; Alvar GARCÍA DE SANTA MARÍA, *Crónica de Juan II de Castilla*, *op. cit.*, cap. 169, pp. 364-365, y Gonzalo CHACÓN, *Crónica de Don Álvaro de Luna, condestable de Castilla, maestre de Santiago*, edición y estudio de Juan DE MATA CARRIAZO, Madrid, Espasa Calpe, 1940, pp. 128-142.

72 Sobre las propuestas de ayuda y los intentos de colaboración portuguesa durante la minoría de edad de Juan II (1407-1410) véase Santiago GONZÁLEZ SÁNCHEZ, *Las relaciones exteriores de Castilla a comienzos del siglo XV…*, *op. cit.*, pp. 230-237.

73 *Monumenta Henricina*, *op. cit.*, vol. II, doc. 9; Jerónimo ZURITA, *Anales de la Corona de Aragón*, *op. cit.*, vol. IV, p. 357; Pedro CARRILLO DE HUETE, *Crónica del Halconero de Juan II*, edición y estudio de Juan DE MATA CARRIAZO, presentación de Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ, estudio preliminar de Rafael BELTRÁN, Granada, Universidad de Granada, 2006, cap. LXXVII; José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada en España*, *op. cit.*, p. 346, y *Crónica de D. Duarte*, en *Crónicas de Rui de Pina*, introducción de Manuel LÓPEZ DE ALMEIDA, colección «Tesouros da literatura, e da historia», Oporto, 1977, cap. 13.

74 Miguel Ángel LADERO QUESADA, «Portugueses en la frontera de Granada», *En la España Medieval*, núm. 23, 2000, p. 90.

75 Jerónimo MÜNZER, *Viaje por España*, traducción de José López Toro, colección «Almenara», Madrid, 1951, p. 49.

76 Alvar GARCÍA DE SANTA MARÍA, *Crónica de Juan II de Castilla*, *op. cit.*, cap. 169, pp. 364-365. El mismo episodio en Lorenzo GALÍNDEZ DE CARVAJAL, *Crónica del serenísimo príncipe don Juan…*, *op. cit.*, cap. XXIX, p. 328, y Roser SALICRÚ I LLUCH, «Caballeros cristianos en el Occidente europeo e islámico», *op. cit.*, pp. 255 y 258-259.

77 Roser SALICRÚ I LLUCH, «Posibilidades de reanudación de la guerra de Granada a finales del reinado de Fernando I de Aragón (1415-1416)», en *La Península Ibérica en la era de los descubrimientos (1391-1492). Actas de las III Jornadas Hispano-Portuguesas de Historia Medieval (Sevilla, 25-30 de*

noviembre de 1991), vol. II, Sevilla, Junta de Andalucía, 1997, p. 1451, doc. II.

78 Guillebert DE LANNOY, *Voyages et ambassades de messire Guillebert de Lannoy…*, *op. cit.*, p. 6.

79 Francisco LÓPEZ ESTRADA, *La Toma de Antequera*, Antequera, Caja de Ahorros y Préstamos de Antequera, 1964, pp. 119-121.

80 Alvar GARCÍA DE SANTA MARÍA, *Crónica de Juan II de Castilla*, *op. cit.*, cap. 124, p. 271. La noticia de la presencia de este caballero en la conquista de la ciudad andaluza ha sido recogida por Antonio María FABIÉ, *Don Rodrigo de Villandrando, Conde de Ribadeo*, Madrid, 1882, p. 25, aunque no cita la procedencia.

81 Roser SALICRÚ Y LLUCH, «Galícia i Granada: Pelegrinatge i exercici de cavalleria en terres ibériques i musulmanes occidentals a la Baixa Edad Mitjana», en *El Camí de Sant Jaume i Catalunya. Actes del Congrés Internacional celebrat a Barcelona, Cervera i Lleida els dies 16, 17 i 18 d'octubre de 2003*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Monserrat, 2007, pp. 163-177, e ÍD., «Caballeros cristianos en el Occidente europeo e islámico», *op. cit.*, pp. 217-288.

82 Antonio María FABIÉ, *Viajes por España de Jorge de Einghen, del Barón León de Rosmithal de Blatna, de Francisco Guicciardini y de Andrés Navajero*, Madrid, Librería de los Bibliófilos, 1879, pp. III-XVII y 1-46.

83 José Enrique LÓPEZ DE COCA, «Fernando Álvarez de Toledo, capitán de la frontera de Jaén (1434-1437)», *Anuario de Estudios Medievales*, núm. 33/2, 2003, pp. 643-666.

84 Pedro CARRILLO DE HUETE, *Crónica del Halconero de Juan II*, *op. cit.*, pp. 214-215; Lope BARRIENTOS, *Refundición de la Crónica del Halconero*, edición de Juan DE MATA CARRIAZO, Madrid, Espasa Calpe, 1946, pp. 189-192, y Lorenzo GALÍNDEZ DE CARVAJAL, *Crónica del serenísimo príncipe don Juan…*, *op. cit.*, p. 525.

85 Miguel Ángel LADERO QUESADA, «Portugueses en la frontera de Granada», *op. cit.*, p. 95.

86 José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada en España*, *op. cit.*, pp. 336 y ss.

87 Elio Antonio DE NEBRIJA, *Gramática de la lengua castellana*, edición de Antonio QUILIS, Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces, 1989, p. 112.

88 Eulália DURÁN y Joan REQUESENS, *Profecía i poder al Renaixement. Texts profètics catalans favorables a Ferran el Catòlic*, Valencia, Tres i Cuatre, 1997, pp. 258 y ss.

89 Brian DUTTON, *El Cancionero del siglo XV (c. 1360-1520)*, t. V, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1990-1991, p. 227.

90 José ÁLVAREZ JUNCO (coord.), Gregorio DE LA FUENTE, Carolyn BOYD y Edward BAKER, *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*, en Josep FONTANA y Ramón VILLARES (dirs.), *Historia de España*, vol. XII, Barcelona-Madrid, Crítica-Marcial Pons, 2013, pp. 69 y ss.

91 Para una visión general sobre la presencia de extranjeros en la guerra de Granada es necesario recurrir a los ya clásicos trabajos de Miguel Ángel LADERO QUESADA, *Castilla y la conquista del reino de Granada*, Granada, Diputación Provincial de Granada, 1993 (1.ª ed., Valladolid, 1967), y de Eloy BENITO RUANO, «Extranjeros en la guerra de Granada», en *Gente del siglo XV*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1998, pp. 167-204.

92 Miguel Ángel LADERO QUESADA, *Castilla y la conquista del Reino de Granada*, *op. cit.*, pp. 222 y 333.

93 Fernando DEL PULGAR, *Crónica de los Reyes Católicos*, *op. cit.*, t. II, pp. 73-74.

94 José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada en España*, *op. cit.*, pp. 371-376 y 656-668 (texto de la bula de 1482).

95 Una nómina de los combatientes extranjeros en el artículo ya citado de Eloy BENITO RUANO, «Extranjeros en la guerra de Granada», *op. cit.*, pp. 197-204.

96 Fernando DEL PULGAR, *Crónica de los Reyes Católicos*, *op. cit.*, t. II, p. 117.

97 Alonso DE PALENCIA, *Guerra de Granada*, estudio preliminar de Rafael G. PEINADO SANTAELLA, Granada, Universidad de Granada, 1998, p. 179.

98 Alfred Lucien COVELLE, *Le livre des Bourgeois de l'ancienne République de Genève*, Ginebra, 1897, p. 63 (reed., Whitefish, Kessinger Publishing, 2010).

99 Eloy BENITO RUANO, «Extranjeros en la guerra de Granada», *op. cit.*, pp. 179 y ss.

100 Alonso DE PALENCIA, *Guerra de Granada*, *op. cit.*, p. 52.

101 Sobre la presencia portuguesa en la guerra de Granada véanse José Enrique LÓPEZ DE COCA , «Portugal y Granada: presencia lusitana en la conquista y repoblación del reino granadino (siglos XV-XVI)», en *Actas das II Jornadas Luso-espanholas de História Medieval*, vol. II, Oporto, Instituto Nacional de Investigação Científica, 1987, pp. 737-738, y Miguel Ángel LADERO QUESADA, «Portugueses en la frontera de Granada», *op. cit.*, pp. 67-100.

102 Jerónimo MÜNZER, *Viaje por España*, *op. cit.*, p. 49.

103 García DE RESENDE, *Crónica de dom João II e miscelânea*, edición de Joaquim VERÍSSIMO SERRÃO, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 1973, p. 95 y 211; Antonio DE LA TORRE y Luis SUÁREZ, *Documentos referentes a las relaciones con Portugal durante el reinado de los Reyes Católicos*, t. II, Valladolid, Patronato Menéndez Pelayo, 1960, doc. 381, p. 340, y Manuel DE FARIA Y S OUSA, *Europa portuguesa*, t. II, Lisboa, 1697, p. 501.

104 María Teresa LÓPEZ BELTRÁN y Raúl GONZÁLEZ ARÉVALO, «Los portugueses en el reino de Granada en época de los Reyes Católicos (Málaga, 1487-1518)», *Baetica, Estudios de Arte, Geografía e Historia*, núm. 24, Málaga, Universidad de Málaga, 2002, pp. 309-338.

105 Eloy BENITO RUANO, «Extranjeros en la guerra de Granada», *op. cit.*, pp. 179-181.

106 AGS, RGS, leg. 149206, 22.

107 Polo GRIMALDO, *Elegía sobre la muerte del muy alto et muy católico príncipe et rey nuestro señor Fernando*, edición, introducción y notas de Giuseppe MAZZOCHI, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1999 (reed. de la de 1516).

108 Diego DE VALERA, «Epístolas de Mosén Diego de Valera embiadas en diversos tiempos a diversas personas», en Mario Penna (ed.), *Prosistas castellanos del siglo XV*, BAE, t. CXVI, Madrid, 1959, pp. 32-34.

109 Sobre las diferentes cifras y especialidades que señalan las crónicas véase la nota 21 del trabajo de Eloy BENITO RUANO dedicado a Woodville, «Un cruzado inglés en la guerra de Granada», en *Gente del siglo XV,* Madrid, Real Academia de la Historia, 1998, p. 157. Más recientemente Christopher WILKINS ha publicado una monografía del personaje: *The Last Knight Errant. Sir Edward Woodville and the Age of Chivalry*, Londres-Nueva York, I. B. Tauris, 2010.

110 Diego DE VALERA, *Crónica de los Reyes Católicos*, edición y estudio de Juan DE MATA CARRIAZO, Madrid, Junta para Ampliación de Estudios-Centro de Estudios Históricos-Revista de Filología Española, anejo VIII, 1927, p. 201.

111 Alonso DE PALENCIA, *Guerra de Granada*, *op. cit.*, pp. 239-240.

112 Antonio DE LA TORRE, *Documentos sobre relaciones internacionales de los Reyes Católicos*, t. III, Barcelona, 1951, p. 323, y Alonso DE PALENCIA, *Guerra de Granada*, *op. cit.*, p. 246. Sobre los muertos y las heridas del conde inglés discrepan los cronistas. Véase la nota 24 del trabajo de Eloy BENITO RUANO, «Un cruzado inglés en la guerra de Granada», *op. cit.*, p. 159.

113 Eloy BENITO RUANO, «Un cruzado inglés en la guerra de Granada», *op. cit.*, p. 164.

114 *Crónica de el Rei D. João II de Ruiz de Pina*, introducción y notas de Alberto MARTINS DE CARVALHO, Coimbra, Atlántida, 1950, pp. 70-71.

115 *El libro del limosnero de Isabel la Católica*, transcripción y edición de Eloy BENITO RUANO, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, 1989. Otros acompañantes de Woodville en Eloy BENITO RUANO, «Extranjeros en la guerra de Granada», *op. cit.*, pp. 197-204.

116 Antonio DE LA TORRE, *Documentos sobre relaciones internacionales de los Reyes Católicos*, *op. cit.*, t. III, p. 323.

117 Rodney DENNYS, *The Heraldic Imagination*, Londres, Barrie & Jenkins, 1975, pp. 30-31, citado por Eloy BENITO RUANO, «Extranjeros en la guerra de Granada», *op. cit.*, p. 204.

118 AGS, RGS, leg. 148712, 177.

119 AGS, RGS, leg. 148710, 210.

120 Clements R. MARKHAM, *Richard III: His Life & Character. Reviewed in the Light of Recent Research*, Londres, Smith, Elder and Company, 1906, caps. X y XI de la parte primera (reed., Whitefish, Kessinger Publishing, 2010).

121 Diego DE VALERA, «Epístolas de Mosén Diego de Valera…», *op. cit.*, pp. 32-34, y Fernando DEL PULGAR, *Crónica de los Reyes Católicos*, *op. cit.*, t. II, pp. 213-214.

122 Alonso DE PALENCIA, *Guerra de Granada*, *op. cit.*, p. 246; Henry GUY, «Octovien de Saint-Gelays. Le Séjour d'honneur», *Revue d'histoire littéraire de la France*, núm. 15, 1908, pp. 223-224; Eloy BENITO RUANO, «Extranjeros en la guerra de Granada», *op. cit.*, p. 176, y Antonio DE LA TORRE, *Documentos sobre relaciones internacionales de los Reyes Católicos*, *op. cit.*, t. I, pp. 330-331.

123 José GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la bula de cruzada en España*, *op. cit.*, pp. 371-394.

124 Fernando DEL PULGAR, *Crónica de los reyes Católicos*, *op. cit.*, t. II, p. 291, y Alonso DE PALENCIA, *Guerra de Granada*, *op. cit.*, p. 228.

125 Nikolas JASPERT ha analizado en una conferencia impartida en 2013 en la ciudad de Granada, con el título «Los alemanes y la guerra de Granada: participación-comunicación-difusión», la poca presencia que tuvo la guerra de Granada en la documentación alemana contemporánea (le agradecemos que nos haya remitido su trabajo antes de su publicación probablemente en la Casa de Velázquez).

126 René QUATREFAGES, «Génesis de la España militar moderna», *Revista de Cultura Militar*, núm. 7, 1995, p. 60.

127 Elio Antonio DE NEBRIJA, *Gramática de la lengua castellana*, *op. cit.*, p. 112.

128 Roser SALICRÚ I LLUCH, «Caballeros cristianos en el Occidente europeo e islámico», *op. cit.*, pp. 265 y 267.

Notas

Capítulo VI

1 Ron BARKAI, *Cristianos y musulmanes en la España Medieval (el enemigo en el espejo)*, cap. II, Madrid, Rialp, 1981, pp. 154-174.

2 *Crónica de Alfonso III. Versión Rotense*, en *Crónica Asturianas*, edición crítica e introducción de Juan GIL FERNÁNDEZ, estudio preliminar de Juan I. RUIZ DE LA PEÑA y traducción de José L. Moralejo, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1985, p. 216.

3 *A Conquista de Lisboa aos Mouros (De Expugnatione Lyxbonensi)*, *op. cit.*, pp. 137 y 143.

4 Simone WEIL, «*La Ilíada* o el poema de la fuerza», en *La fuente griega*, Madrid, Trotta, 2005, pp. 15-43.

5 *Narratio de itinere navali peregrinorum Hierosolyman tendentium et Silvam capientium…*, *op. cit.*, p. 629.

6 María João Violante BRANCO, *D. Sancho I*, *op. cit.*, pp. 137-139.

7 *Narratio de itinere navali peregrinorum Hierosolyman tendentium et Silvam capientium…*, *op. cit.*, p. 636.

8 *Gesta Regis Ricardi*, *op. cit.*, vol. II, pp. 115-121 (traducción parcial en Lucas VILLEGAS-ARISTIZÁBAL, «Revisión de las crónicas de Ralph de Diceto y de la *Gesta regis Ricardi…*», *op. cit.*, pp. 166-170), y Roger de HOWDEN, *Chronica*, *op. cit.*, vol. III, pp. 42-46.

9 *Chronica Regia Coloniensis (Anales Maximi Coloniensis)*, *op. cit.*, appendix VII, p. 342.

10 *Prefatio de Almaria*, *op. cit.*, p. 142.

11 Rodrigo JIMÉNEZ DE RADA, *Historia de Rebus Hispaniae sive Historia Gothica*, edición y estudio de Juan FERNÁNDEZ VALVERDE, *Opera Omnia*, parte I, *Corpus Christianorum. Continuatio Mediaevalis*, t. LXXII, Tvrnholti, Brepols, 1987, lib. VIII, cap. VI, y *Anales Toledanos I*, *op. cit.*, p. 173.

12 *HHE*, lib. VIII, cap. VI, pp. 343 y ss., y *Crónica Latina de los Reyes de Castilla*, *op. cit.*, p. 29.

13 *Llibre dels fets*, cap. 266.

14 Santiago DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ, *Documentos de Gregorio IX…*, *op. cit.*, doc. 814, y Cesare BARONIO, Odoricus RAYNALDUS, James LADERCHII y Agustín THEINER, *Annales Ecclesiastici*, t. XXI, París, 1870, año 1238, pp. 181 y 46-47.

15 Joaquim MIRET Y SANS, «Negociacions diplomàtiques d'Alfons III de Catalunya-Aragó…», *op. cit.*, p. 280.

16 John BARBOUR, *La gesta de Roberto de Bruce*, *op. cit.*, pp. 217-218.

17 *Gran Crónica de Alfonso XI*, *op. cit.*, t. I, cap. CV.

18 *Ibid.*, cap. CCLXX.

19 *Ibid.*, cap. CCCXIII.

20 *Ibid.*, caps. CCXCVIII, CCCVII, CCCIX y CCCX. Sobre la consideración de los ingleses véase José Manuel RODRÍGUEZ GARCÍA, «Los enfrentamientos bélicos con Inglaterra y sus gentes: la visión castellana, 1250-1515*», Revista de Historia Militar*, núm. 84/2, 1998, pp. 1-45.

21 *Gran Crónica de Alfonso XI*, *op. cit.*, cap. CCLXXVI.

22 *Ibid.*, caps. CCXII, CCCXXIII, CCCXXIV y CCCXXXVI.

23 *Ibid.*, caps. CCCII, CCCIV, CCCVIII, CCCIX y CCCXXXVIII.

24 *Poema de Alfonso Onceno*, *op. cit.* , estrofa 2293.

25 *Gran Crónica de Alfonso XI*, *op. cit.*, cap. CCCIV.

26 *HHE*, lib. VIII, cap. VI, y *CLRC*, p. 29.

27 Fernando DEL PULGAR, *Claros Varones de Castilla*, *op. cit.*, tít. XVII, p. 131.

28 Marjorie CHIBNALL, *The World of Orderic Vitalis*, Nueva York, Clarendon Press-Oxford University Press, 1984.

29 Ron BARKAI, *Cristianos y musulmanes en la España medieval…*, *op. cit.* , pp. 162 y ss. La figura de Robert Burdet ha sido objeto de un trabajo monográfico por parte de Lawrence J. MCCRANK, «Norman crusaders in the Catalan reconquest: Robert Burdet and the principality of Tarragona», *Journal of Medieval History*, núm. 7, 1981, pp. 67-82 (el mismo artículo en *McCrank, Medieval Frontier History in New Catalonia*, 1996, pp. 67-82). Sobre este mismo personaje véanse también los trabajos de Antonio María JORDÁ FERNÁNDEZ, «Terminologia jurídica i Dret Comú: a propòsit de Robert Bordet, "Princeps" de Tarragona (siglo XII)», en *El temps sota control. Homenatge a F. Xavier Ricomà*, Tarragona, 1997, pp. 355-362; Eloy BENITO RUANO, «El Principado de Tarragona», en *Misel·lania Ramón d'Abadal*, Estudis Universitaris Catalans, 1994, pp. 107-119, y Joaquim MIRET I SANS, «La familia de Robert Burdet, el restaurador de Tarragona», en Justo MARTÍNEZ (ed.), *II Congreso de Historia de la Corona de Aragón. Actas y memorias*, vol. I, Huesca, 1922, pp. 57-74.

Notas

Conclusiones

1 *Anales Toledanos I*, *op. cit.*, p. 188.

Ilustración de cubierta: detalle de un capitel del Monasterio de Santa María la Real de Aguilar de Campoo (Palencia) representado la matanza de los inocentes. Museo Arqueológico Nacional (NI 50177).

© Francisco García Fitz y Feliciano Novoa Portela
© Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A., 2015
San Sotero, 6 - 28037 MADRID
edicioneshistoria@marcialpons.es

ISBN: 978-84-15963-47-9

Diseño de la colección: Manuel Estrada. Diseño Gráfico

Edición digital: Disquisicion{es}

Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-Nocomercial-Compartir igual)